La otra piel

DAVID MARK

Siruela/ Policiaca

La otra piel
DAVID MARK
Siruela/ Policiaca

David Mark

La otra piel

El segundo caso del sargento
Aector McAvoy

Traducción del inglés de
María Porras Sánchez

Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Créditos

Edición en formato digital: septiembre de 2014

Título original: *Original Skin*
En cubierta: fotografía de © iStock.com/Jhorrocks
© David Mark, 2013
All rights reserved
© Ediciones Siruela, S. A., 2014
© De la traducción, María Porras Sánchez, 2014
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-63-0

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

Para Nikki… esto y todo lo demás

«Pero yo les digo: el que mira a una mujer deseándola ya cometió adulterio con ella en su corazón. Si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecado, arráncalo y arrójalo lejos de ti: es preferible que se pierda uno solo de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea arrojado a la Gehena.»

Evangelio según San Mateo 5, 28-30

«Ninfómana: mujer tan obsesionada por el sexo como el varón medio.»

Mignon McLaughlin, *The Neurotic's Notebook*, 1960

LA OTRA PIEL

Prólogo

«Debería haber pasado la aspiradora», piensa, quitándose una pelusa de la lengua. «Debería haber dejado el salón bonito.»

Siente una presión en los riñones.

«También debería haber echado una meada.»

Se incorpora y se levanta del suelo, cual sirena izándose sobre una columna de espuma, y trata de sacudirse las migajas y los pelos de gato de su pecho brillante.

«Tanto aceite corporal», piensa. «Tan provocativo y tan resbaladizo. Esto va a ser como pelearse con un delfín...»

Suena la alarma de su teléfono móvil. Ya son las diez. Su visitante se retrasa más de lo que le gustaría.

«Serás nenaza», se dice a sí mismo. Y luego exclama, imitando la voz de su padre:

–¡Maricón de mierda!

El chico lleva así un buen rato. Empieza a sentirse incómodo. Sucio, pero en el mal sentido. El deseo comienza a desvanecerse.

Se pregunta si existirá una palabra para describir el sentimiento opuesto a la pasión: la ausencia de lujuria, el momento en que el deseo deja de atenazarte.

Empieza a sentirse un poco estúpido. Un poco indigno.

Trata de pensar en una forma más adecuada para describir la sensación. Le gustan las palabras. Le gusta que lo tomen por una persona elocuente. Siempre utiliza bien los pronombres cuando le promete a un amante que hará realidad todos sus deseos. Pone mucho empeño en sus poemas.

«Desastrado.»

De repente se da cuenta de la imagen tan miserable que proyecta. Ahí, en su pobre apartamento en un bajo, tumbado desnudo sobre la moqueta barata, espantando a su gata cada vez que esta aparece en la puerta del dormitorio para mirarlo fijamente con una expresión burlona de superioridad.

–Cinco minutos más –dice de nuevo, y se pregunta si esta no será otra decepción. Si no habrá malgastado su tiempo y sus expectativas por otro cobarde.

Empieza a notar una quemazón en la zona de la espalda y los hombros por estar junto a la estufa de tres resistencias. Es una sensación extraña. Las otras partes de su cuerpo están tiritando y tiene la piel de gallina. Se da la vuelta, reprimiendo una risita al imaginarse como un pollo en un asador.

–Asado en saliva –dice para sí, y se ríe ante su brazo desnudo.

Vuelve el rostro al resplandor de la estufa. Demasiado calor. Se da la vuelta de nuevo, le preocupa acabar sudoroso y sonrojado. Levanta una mano para quitarse más migas y

pelusas de la cara.

El chico ronda los veintitantos, es alto y delgado. En su cara, marcada por el contenido de la moqueta polvorienta que cubre la totalidad de su apartamento de un dormitorio, destacan unos labios carnosos y una nariz demasiado grande. No es un hombre atractivo pero puede ser buena compañía.

–Soy una persona complaciente –dice, dirigiéndose a la moqueta, la boca encajada en el hueco del codo, el aliento con regusto a cigarrillos. Luego se revuelve y trata de ponerse de nuevo en situación.

Está desnudo. Boca abajo y despatarrado en el suelo de su salón. Su cuerpo larguirucho ocupa casi todo el espacio. Ha tenido que apartar el sofá de dos plazas adquirido en una tienda de segunda mano y tirar las cajas de pizza en su habitación para poder hacerle hueco a su visitante.

–Cinco minutos más –repite, reacio a aceptar que la fantasía de esa noche no va a hacerse realidad.

Extiende el brazo para coger su móvil, metido dentro de una de sus gastadas zapatillas de deporte blancas. No hay mensajes nuevos.

Luego lee los más recientes.

«Oh, sí.»

Siente que el deseo vuelve a apoderarse de él. Tiene que cambiar de postura para hacerle sitio a la incipiente erección entre sus piernas.

Empieza a sentir el ansia. Una lujuria lánguida se apodera de sus movimientos.

«Hora de caminar como una pantera», y suelta una risita.

Más duro que el acero. Un bombón.

«Deberías empezar a cobrar, chaval. Estás para comerte.»

De la misma manera que un abstemio que se emborrachara de cuando en cuando a lingotazos de whisky, el placer sexual altera su percepción de las cosas. Comienza a sentirse mejor respecto a la imagen que proyecta frente a la puerta abierta. Sabe que su espalda y su culo le cortarían a cualquiera el aliento: ese tatuaje que se remonta hasta sus hombros y que bien valió la agonía por la que pasó a manos del artista que lo realizó.

Sabrá cómo hacer feliz a su visitante.

De repente se oye un crujido en las escaleras.

Sonríe y la sonrisa le sale temblorosa.

«Allá vamos.»

Arquea la espalda. Se prepara para ser inspeccionado. Levanta el rostro para asegurarse de que el cinturón está donde lo dejó, enroscado como una serpiente.

–¿Es esto lo que querías? –pregunta con voz ronca y sensual.

Durante un momento todo permanece en silencio. El suelo de madera cruje.

Luego siente un peso familiar en la espalda. La sensación de ser aprisionado bajo el cuerpo de otro ser humano. La excitación bienvenida fruto del desamparo que surge al entregarte a otra persona.

Por el rabillo del ojo ve que una mano enguantada recoge el cinturón. Cierra los ojos, está ansioso por empezar a jugar.

–¿Soy tu fantasía? –vuelve a preguntar.

Por fin, una respuesta susurrada al oído: un torrente de palabras excitadas.

–Estás para morirse.

Una sensación repentina, como una punzada que desgarrara la carne, como si intentaran que la nuez se le clavara en el cráneo.

–¡Su nombre!

La saliva se le escapa entre los labios abiertos en un gesto malsano y forma espumarajos que le cuelgan hasta la barbilla, barriendo el polvo y las migajas. Los ojos amenazan con salírsele de las cuencas, saltan como burbujas de sopa calentada al microondas...

Un momento después ya tiene las facultades embotadas y enajenadas. Sus pensamientos se contraen y se retuercen.

«Demasiado apretado, demasiado fuerte, demasiado. La fantasía da miedo.»

Y las palabras de nuevo.

–Tu amiga. La de las flores rosas. La chica que se reía.

Confusión y dolor, eso es todo, una sensación de ir a menos, de consumirse, derretirse, fundirse con la nada...

–La chica. Se rio de mí...

La oscuridad se cierne sobre él mientras golpetea con los dedos pringosos y las piernas enclenques el suelo polvoriento.

Un instante de lucidez. Una chispa repentina de entendimiento.

Sabe para qué es todo esto. Sabe por qué está muriendo. Sabe por qué la vida se le está escapando del cuerpo y la poesía de su alma. Sabe lo que quieren. Lo que debe hacer...

La misma voz una vez más.

Pura rabia. Puro veneno.

–La que miraba y se reía...

Ahora siente una rodilla sobre su columna. Arquea la espalda y los dientes se le clavan en los labios y sangran, como también es sangre lo que late en sus oídos...

Quiere pedir clemencia. Quiere suplicar por su vida. Quiere que todo esto termine. Quiere vivir. Escribir y crear. Follar y bailar.

–El nombre. Su puto nombre.

Ahora lo sabe. Sabe que estas serán sus últimas palabras. Sabe que todas las advertencias han sido para nada. Sabe que va a morir y que lo último que haga será cometer una traición.

El cinturón se afloja en su garganta por un instante brevísimo. Las fuertes manos vuelven a la carga.

El chico toma una bocanada de aire. Intenta tragar. Solo consigue que se le escape un siseo antes de que le coloquen de nuevo el cinturón bajo la mandíbula y mane de sus ojos un reguero de sangre de olor dulzón.

–Suzie...

El nombre es al mismo tiempo un acto de traición y la súplica de un moribundo.

Capítulo 1

–Cuando me fui a la cama a medianoche no estaban aquí. Y esta mañana, cuando me he levantado a las seis, me los encuentro campando a sus anchas. –El hombre señala con el brazo, desesperado–. Entonces ¿cuándo han aparecido?

La agente Helen Tremberg se encoge de hombros.

–Entre las doce y las seis, supongo.

–Pero ¡no han hecho ningún ruido! ¡Y ahora escuche! Menudo guirigay. ¿Cómo es posible que no hayan despertado a nadie?

Tremberg no puede alegar gran cosa.

–Quizá sean ninjas.

El hombre le lanza una mirada. Tendrá unos treinta y tantos años y, por su ropa, presumiblemente trabaja en una oficina. Tiene el pelo entrecano y unas gafas más que pasadas de moda. En su actitud hay algo que sugiere que se trata de alguien que tiene un plan de pensiones de bajo riesgo y cierta tendencia a examinar el contenido de los pañuelos después de sonarse la nariz. Se lo imagina perfectamente con dos copas de vino encima empezando todas sus frases con un «Yo no es que sea racista, pero...».

El hombre vio el campamento gitano desde la ventana de su cuarto de baño mientras se lavaba los dientes. Lo que vio, según sus palabras, fue «simplemente un pandemónium» y llamó al 999, el número de emergencias. No fue la primera persona en salir a la calle cubierta de hojas secas que da al campo de fútbol, pero sí la única que había decidido decirle a Tremberg a la cara lo que pensaba de la situación.

Media hora antes, Tremberg se moría de ganas de empezar el día. Llevaba haciendo trabajo de oficina desde que se había reincorporado a su puesto, incapacitada para participar en las operaciones más o menos interesantes hasta que concluyera su terapia con el psicólogo del cuerpo y su doctor le firmase lo que parecía una serie interminable de formularios certificando que la puñalada que había recibido en la mano no le había causado un daño irreversible. Esa noche, si todo iba bien, le permitirían sumarse a la parte más entretenida de la profesión y vería cómo su jefa, Trish Pharaoh, esposaba a un miembro de una banda de estupefacientes y cerraba una operación antidroga. Tremberg quiere implicarse. Lo necesita. Tiene que mostrar buena disposición y probar que no es una rajada. Quiere demostrarle a cualquiera que tenga dudas que ya ha superado el incidente que casi le cuesta que un asesino en serie le rebane el cuello, y lo ha hecho

siguiendo la fórmula de la vieja escuela, eliminando el recuerdo de su sistema a base de vodka y una buena llorera.

–¿Cuándo se marcharán? –le pregunta el hombre–. ¿Qué pensáis hacer al respecto? Este es un buen barrio. Pagamos nuestros impuestos. No tengo nada contra ellos, pero este no es el lugar. ¡Hay otros lugares para ellos! ¿Qué vais a hacer?

Tremberg no responde nada. No tiene respuesta a su pregunta. No quiere hablar con este hombre. Quiere ponerse a trabajar. No tiene ganas de apoyarse contra la portería de un campo de fútbol que se encuentra en la intersección de los acomodados pueblos de Anlaby y Willerby. Se siente como un portero que observara cómo se desarrolla el partido en el extremo opuesto del campo.

–Debería haberme quedado en el coche –dice para sí, mirando más allá de donde está el hombre, donde están aparcadas las caravanas, no demasiado apartadas del centro del campo de rugby adyacente. Toma nota del pandemónium.

Seis caravanas, cuatro vehículos todoterreno, un Mercedes y tres remolques para caballos, por lo menos dos generadores y, por lo que puede ver, también un baño portátil. Todo está dispuesto dibujando un amplio semicírculo alrededor de tres sofás floreados y una tumbona, donde un número cada vez mayor de mujeres y niños gitanos se están sentando a beber té, mientras hablan con los agentes uniformados y les gritan de cuando en cuando a los colegiales y a los motoristas aburridos que se han apeado de sus vehículos para presenciar la conmoción a través de la verja del parque.

Como la mayor parte de los habitantes de East Yorkshire, Tremberg se ha visto afectada por el atasco. Ha dejado el coche unas calles más atrás, atrapado en el embotellamiento que se monta dos veces al mes debido a una infraestructura de transportes local que aguanta sin romperse menos que un KitKat.

Aburrida y sin nada que hacer aparte de mirar el cielo oscuro y plomizo a través del parabrisas polvoriento de su Citroën, Tremberg había encendido la radio esperando encontrar algo relajante. Después de pasarse dos minutos escuchando *California Dreamin* y preguntándose distraídamente por qué parecía que esa era la única canción que ponían en Radio Humberside, fue interrumpida por el boletín del tráfico. Había una docena de caballos sueltos en Anlaby Road y unos gitanos causando escándalo en las pistas deportivas junto a los diques. No le quedaba otra opción que salir del coche y ver si podía echar una mano.

–¿Van a disparar a los caballos?

Tremberg centra su atención en el hombre.

–¿Disculpe?

–¡La policía! Que si van a disparar a los caballos.

–Por mi parte, no –afirma Tremberg, a punto de perder la paciencia–. La Unidad de Control de Animales está de camino. A ellos también les ha pillado el atasco. Estamos haciendo todo lo que podemos. Podría hacerle una llave de cabeza a uno de esos cabrones si usted lo sujetara por las piernas...

Ken Cullen, un inspector delgado, con barba y uniforme, que por el momento se encuentra intentando poner orden en la situación, detecta el tono peligroso en las palabras

de la policía y se apresura a acercarse.

–Lo siento, señor, estamos haciendo todo lo posible. Si pudiera regresar a su casa por ahora y dejar que nos ocupemos de esto...

Tremberg se aparta mientras alguien más preparado para aguantar a soplapollas despacha al entrometido. Cuando se vuelve hacia ella, el inspector la mira con una sonrisa radiante.

–Apuesto a que desearías no haberte detenido para ayudar, ¿eh?

–No tengo nada mejor que hacer, Ken. Estaba parada en el atasco como cualquier otro gilipollas. Pensé que podría echar una mano, pero creo que esto no es lo mío.

–Pues no sé, Helen. ¡Creo que tienes madera para controlar a las masas!

Tremberg comparte unas risas con su antiguo sargento uniformado, recientemente ascendido a inspector, que se ha mudado, como ella, al otro lado del río, procedente de Grimsby.

–Me alegré cuando oí que habías vuelto al tajo –lo dice ya serio–. ¿Va todo mejor ahora?

Tremberg le hace el signo de la victoria.

–No he perdido ni un ápice de mi destreza –le contesta, sonriente.

Cullen le da un repaso rápido. Observa el fino impermeable que lleva sobre un sobrio traje a rayas y una blusa blanca. Tiene la melena corta y cuidada, pero prescinde de joyas y maquillaje. Por las noches de juerga y fiestas de despedida pasadas en el pub, el inspector sabe que Tremberg suele acicalarse y que, cuando se sube la falda, tiene unas piernas extraordinarias, pero estando de servicio prefiere ser asexual. Muchas otras agentes han adoptado su postura, tratando de evitar que vayan diciendo que han usado su feminidad para obtener favores, pero con ello han provocado que se rumoree que son lesbianas. Con frecuencia, Tremberg desearía poseer la actitud despreocupada de Trish Pharaoh, que va por la vida como si fuera diciendo «que te jodan», se viste como le da la gana y le importa un pimiento que la gente piense si le van las pollas o los coños.

Durante un rato la pareja se queja de que el ayuntamiento ha cerrado al tráfico las calles residenciales, dejando sin alternativa a los que se desplazan a diario al trabajo cuando las arterias principales están embotelladas. Ambos están de acuerdo en que la autoridad local se compone de un montón de bobos bienintencionados y de capullos, y que, sin duda, el nuevo presidente de la Autoridad Policial joderá la cosa aún más.

Con esa forma de quejarse tan inglesa, pronto la emprenden contra el cielo, tan gris, y contra la gasolina, tan cara, hasta que una agente joven se aproxima. Parece estresada y despeinada por el viento, y lleva un chubasquero amarillo sucio de barro.

–Los tenemos a todos menos a uno, señor –anuncia, en un tono de voz que sugiere que se ha esforzado por evitar utilizar un término más vulgar–. El sargento Parker y Dan han conseguido reunirlos. Están en el aparcamiento de Beech Tree. No pueden salir de ahí. Un tipo con un Land Rover les ha cortado el paso. Los dueños están intentando atarlos ahora. Es un caos, señor. Al pobre Mickey se le han rajado los pantalones al tratar de agarrar a uno por el pelo. Por la crin. Como se llame. La mitad de Anlaby está cubierta de mierda de caballo. Y los putos críos gitanos tampoco ayudan, silbando todo el

rato como si esto fuera una maldita peli del Oeste...

Tremberg tiene que apartar la cara al imaginarse a los *bobbies* tratando desesperadamente de rodear a los animales huidos, dando palmas y voces para evitar que los jacos se coman los bordes del césped de alguien importante.

–¿Y el último? –pregunta Cullen, poniéndose su abultado casco.

–Es un maldito cabrón. Uno de los gitanos ha dicho que es un semental que ha olido a una hembra en celo. Hasta ahora ha abollado una docena de coches. Parece que la tiene tomada con los Audis.

–¿Y la Unidad de Control de Animales?

La agente suelta un bufido y por un momento ella también se vuelve caballuna.

–Están teniendo una reunión de lo más útil en la parte de atrás de su unidad. Venga a repasar las directrices y a llamar a los veterinarios. No me espero gran cosa de ellos. Yo apuesto por el grandullón.

Su último comentario viene acompañado de una sonrisa sincera.

–¿El grandullón?

La policía se vuelve para mirar a Tremberg. Vuelve a sonreír de una forma que a la agente le empieza a resultar familiar.

–El tipo escocés de tu unidad. Ese que...

–¿McAvoy? –Tremberg arquea las cejas mientras mira a su alrededor como si él los pudiera estar observando.

–Sí. Uno de los compañeros lo llamó. Dice que sabe de animales. Se crió en una granja o algo por el estilo, ¿no? Se presentó hará como un minuto. No sé dónde habrá aparcado el coche, pero creo que ha venido corriendo hasta aquí.

–¿Y qué es lo que está haciendo?

La agente se quita el casco y agita la cabeza en un gesto de admiración.

–Está a punto de echarle un pulso al caballo.

El sargento Aector McAvoy pasó sus primeros meses de servicio tomándose muy en serio lo de ir vestido de paisano. Trataba de camuflarse a base de pantalones caqui, botas de montaña y camisas baratas color ratonil que estrenaba puntualmente cada lunes recién sacadas del envoltorio de plástico. Su disfraz nunca funcionó. Cuando uno mide 1,96 y es pelirrojo, y además tiene pecas y un bigote característico de las Tierras Altas escocesas, siempre es el tipo que más destaca en la habitación.

Fue su joven esposa, Roisin, la que puso fin a sus intentos de pasar desapercibido. Le dijo que un tiarrón tan guapo como él no se merecía vestir como un puto imbécil de esos que van vendiendo biblias. A Roisin se le daban bien las palabras.

A pesar de sus objeciones le había permitido a su mujer que le cambiara el *look* como si se tratara de una niña jugando con una muñeca. Bajo su tutela y sonrojándose con cada nuevo cambio en su guardarropa, McAvoy había acabado siendo conocido dentro del cuerpo tanto por sus trajes caros, su abrigo de cachemir, su maletín de cuero y sus gemelos, como por sus aptitudes detectivescas y sus cicatrices.

En este momento se encuentra tumbado de espaldas, mirando las nubes hinchadas, con

las solapas manchadas de barro y de baba de semental y un rastro de mierda de caballo recorriéndole una pernera de su traje azul oscuro; sí, desearía no haberse quitado nunca la ropa caqui.

McAvoy trata de ignorar los gritos de ánimo de los transeúntes y se vuelve a poner de pie.

–Te vas a enterar, cabronazo…

Se encontraba de camino a una reunión con la Autoridad Policial cuando recibió la llamada. Uno de los agentes encargados de acorralar a los animales que se habían escapado había perdido los nervios después de que una de las yeguas lo arrastrase hasta empotrarlo contra un contenedor de vidrio, por lo que había decidido que ya era hora de recurrir a la ayuda de un especialista. El agente solo había trabajado en una ocasión con McAvoy, en la urbanización de Orchard Park. Les habían ordenado custodiar el acceso a una escena del crimen hasta que llegara el furgón de criminalística y no habían sido bien recibidos por los lugareños. McAvoy y él habían soportado los insultos e incluso las primeras botellas y latas que les arrojaron, pero cuando les soltaron a un terrier Staffordshire que no paraba de gruñir con la orden de ahuyentarlos, McAvoy había sido el que había aguantado el tipo sin moverse mientras el agente más joven trataba de convencer a una pared de ladrillo de que se lo tragara. El gigantesco escocés se había puesto de rodillas y se había enfrentado al perro cara a cara, inclinando la cabeza y abriendo mucho los ojos, mientras le mostraba al bicho las palmas abiertas de las manos y se aplastaba contra el pavimento rajado, sumiso y nada amenazante. El perro se detuvo como si se hubiera topado con un cristal, y cuando aparecieron los refuerzos y la muchedumbre fue disuelta, se encontraba tumbado de espaldas mientras McAvoy le rascaba la panza con sus grandes manos ásperas. El joven policía se había quedado con el número de McAvoy a sabiendas de que alguna vez podría necesitar la ayuda del hombretón. Ha creído que hoy merecía la pena llamarlo.

McAvoy, que habría aceptado gustosamente batirse en duelo con un antílope a cabezazos con tal de no pensar en la inminente reunión con la Autoridad Policial, había estado encantado de soltar el coche de cualquier manera y salir corriendo hacia el lugar.

Calienta motores. Estira los brazos y hace crujir el cuello de un lado a otro. Algunos motoristas que lo observan hacen sonar el claxon y McAvoy se sorprende cuando ve por el rabillo del ojo que muchos de los espectadores están grabando la escena con la cámara de sus teléfonos móviles.

–Pégale un tiro –exclama una voz entre la multitud.

Algunos acogen la sugerencia con murmullos de aprobación.

McAvoy trata de ignorar las voces, pero las risas y el griterío que se ha formado cuando el semental ha cargado contra él y lo ha tirado al suelo han provocado que se ruborice; ahora tiene las mejillas del color de un arándano maduro.

–Como le dispares al caballo te saco los ojos.

El dueño de la voz tiene un acento tan inconfundible que consigue que todo el mundo guarde silencio por un momento. El hombre se encuentra de pie a su izquierda, apoyado

sobre el capó de un Volvo azul. Por su parte, el dueño del coche ha adoptado esa actitud tan inglesa consistente en fingir que no ha visto que ese gitano grande e intimidante ha sentado sus posaderas encima del capó de su coche.

El calé es un hombre achaparrado que está quedándose calvo, de cara redonda y carrillos relucientes. A pesar del frío y de las nubes que se están agrupando, lleva los brazos al aire. La camiseta sin mangas y los vaqueros azul intenso no hacen nada por ocultar su barriga y su torso flácido.

–

El hombre contesta encogiéndose de hombros, pero el trozo de cuerda que lleva en la mano indica que ha estado a punto de intentar reclamar su animal antes de que McAvoy tomara la iniciativa.

–

El hombre asiente.

–Más cachondo que un minero de Cornualles el primer día de permiso.

–Hostia puta.

Hace un momento casi lo atrapa. El semental estaba solo a unos metros, mascando narcisos del margen de un jardín de una de las calles laterales que conducen a la atestada carretera. La voz suave de McAvoy y sus movimientos pausados le habían permitido aproximarse al animal más que ninguna otra persona desde que había arrancado este carnaval inesperado, pero, mientras el caballo cabeceaba, uno de los transeúntes lanzó un grito de ánimo y el ruido lo espantó, mandando a McAvoy y a su ropa cara directos al barro.

–¿Tiene nombre?

–¿Se refiere a mí o al caballo, señor?

–Al caballo.

–Que me jodan si lo sé. Pruebe con «Lucero».

Lentamente, tratando de mantener los pies firmes sobre el asfalto, McAvoy avanza hacia donde se encuentra el animal en ese momento. La bestia, con los ojos desorbitados, cubierto de barro y sudor, se ha trasladado al jardín de uno de los bonitos chalés construidos a espaldas de la carretera. Sus ocupantes contemplan la escena a través de los ventanales delanteros de doble acristalamiento. Al no tener ningún coche en la entrada y viendo que el caballo no está interesado en sus magnolios, parecen disfrutar del espectáculo.

–Tranquilo, amigo –susurra McAvoy mientras se abre de brazos y se dirige al camino de acceso a la casa–. Confía en mí.

Sabe lo que sucederá si él falla. Los veterinarios intentarán aproximarse con un tranquilizante. Fallarán, pues se acercarán en grupo y se limitarán a asustar al animal. Luego se presentará algún granjero bienintencionado con una yegua dócil con la esperanza de atraer al semental. El semental se excitará aún más. Abollará los coches. Se hará daño. Finalmente, llamarán a un tirador y el caballo recibirá tantas balas como sean necesarias para conseguir que la ciudad vuelva a ponerse en marcha. McAvoy no quiere que eso suceda. El joven agente que le ha llamado le ha informado que el caballo se ha

escapado de los terrenos donde los nómadas han instalado el campamento. Por experiencia sabe que los gitanos adoran a sus animales y que este, a pesar del pelaje gris y de los mechones largos que le cuelgan de las patas dándoles aspecto de botas peludas, tiene pinta de haber sido bien cuidado y de haber trabajado duro.

–Tranquilo, chico. Tranquilo.

McAvoy ya está junto al animal. Levanta una mano con la palma abierta y susurra murmullos tranquilizadores y cancioncillas en el oído del caballo. Este relincha. Comienza a apartarse. McAvoy inclina la cabeza. Hace gala de las dos características que mejor lo definen: su tamaño y su delicadeza. Mira fijamente a los ojos marrones del animal confuso y asustado…

El caballo apenas respinga cuando McAvoy le pone la cuerda alrededor del cuello. Continúa tarareando. Susurrando. Canturreando la única canción gitana que recuerda y deseando tener la misma voz suave que usa su mujer cuando la canta junto a su cuello.

Esta vez los gritos de júbilo de la multitud no tienen casi ningún efecto en el jaco. Se deja conducir hasta el camino. Sus cascos sin herrar contra el asfalto emiten un tamborileo agradable.

McAvoy levanta la vista y ve caras sonrientes. Le arden las mejillas y se esfuerza por mantener el rostro impasible cuando los motoristas lo reciben con un breve aplauso, encantados de saber que pronto podrán meter la quinta para llegar a un trabajo que odian y contarles a los compañeros la divertida anécdota de la mañana.

–Buen trabajo, señor. Buen trabajo.

El gitano se ha apartado de la multitud. Sin que nadie se lo pida, va hasta el lado opuesto del animal y lo coge de la oreja con delicadeza, inclinándose hasta rozar el cuello del jaco para decirle: «Valiente imbécil».

McAvoy aprecia esa muestra de cariño. El hombre sabe de animales. Adora los caballos. No puede ser un mal tipo.

Juntos serpentean entre los coches en dirección a las pistas deportivas. Tres agentes uniformados se apoyan exhaustos sobre el capó de dos coches patrulla estacionados. Se les ve desaliñados y agotados. Al pasar McAvoy le hacen un gesto de agradecimiento. El joven agente que lo llamó antes levanta un puño en gesto de triunfo y se inclina para comentarle algo a un compañero. Los dos se echan a reír y, automáticamente, McAvoy siente que es el objeto de una broma.

–Los ataremos, señor –dice el gitano–. Pensamos que era un cercado. Me di un susto de muerte al ver que habían desaparecido, de veras.

McAvoy ha recuperado el aliento y mira al hombre por encima de las crines encrespadas del caballo.

–No es un lugar indicado para acampar, señor. Es un campo de fútbol. Sabe que no pueden instalarse aquí.

–Bueno, ¿no podría dejarlo pasar? –pregunta el calé, mirando a McAvoy fijamente con sus ojos azules; de repente destilan un encanto pícaro y chispeante–. He tenido bronca con una de las familias del norte. No somos bien recibidos. Solo una noche o dos más, para dejar que las aguas se calmen, y todos volveremos a ser tan amigos.

En realidad, McAvoy no lo está escuchando. Este aviso no era para él. Por el momento solo se está dejando llevar. Le han pedido que atrape un caballo que se había escapado y eso es lo que ha hecho. La diversión se acabó. Ahora tiene que intentar ponerse presentable para una reunión con la renovada junta de la Autoridad Policial de Humberside, y tratar de explicarle al nuevo presidente por qué deberían mantener su unidad y por qué el número de crímenes violentos se está disparando. Esta perspectiva lo ha tenido en vela de manera tan eficiente como su hija de tres meses. De repente, al venirle a la mente la reunión, siente que las náuseas le revuelven el estómago.

Una ráfaga de viento trae consigo un tufo a beicon frito y a cigarrillos de liar. Levanta la cabeza, ansioso por inspirar una bocanada de aire puro y vivificante. Abre los ojos. Se queda mirando el cielo, tan negro como la pez; es cuestión de segundos que se ponga a llover.

Se aproximan al semicírculo de *roulottes*. Se oye un alarido que McAvoy atribuye a una de las mujeres sentadas en los sofás de la caravana más cercana. Rondará los cuarenta años, tiene el pelo rizado con mechas rubias y viste un chándal blanco dos tallas menos de lo que le corresponde./p>

–Ah, eres un buen hombre –grita mientras se aproximan. Suelta su taza de té y levanta su cuerpo pequeño y curvilíneo del sofá–. Ya sabía yo que todo saldría bien, ¿a que sí?

Este último comentario va dirigido a grito limpio a dos chicas adolescentes que están sentadas en el sofá de enfrente; las dos lucen camisones rosas bajo sudaderas con capucha. Una quizá sea un año mayor que la otra, pero ambas tienen el pelo liso y negro con la raya en el mismo lado y llevan la misma cantidad de aretes y cadenas de oro.

McAvoy le entrega la cuerda al hombre y este se inclina en gesto de sincero agradecimiento.

–Señor, es usted un buen hombre. Un buen hombre. Es escocés, ¿no es así?

McAvoy asiente.

–De las Tierras Altas occidentales.

–¿Y la falda? –pregunta el otro, con una sonrisa.

–Bastantes miraditas me echan sin tener que ponérmela.

El gitano se ríe del comentario

–Por Dios, pues sí que eres grande.

Como McAvoy nota que está a punto de ruborizarse de nuevo, se limita a asentir. Hay que volver al tajo.

–Mantenga a Lucero

–Sí, señor, lo haré.

McAvoy mira a su alrededor. Se fija en los sofás, los generadores y los aseos portátiles. En las caras que empiezan a aparecer tras los visillos de encaje impolutos de las ventanillas de las caravanas, tan interesadas en saber qué está ocurriendo en el umbral de sus casas como los dueños de los chalés de cuatro dormitorios que circundan las pistas.

No puede evitar imaginarse a su mujer. Ella solía vivir así cuando se conocieron. No era mucho mayor que las chicas del sofá. Su mirada era igual de desconfiada, su mundo igual de pequeño...

Se gira a tiempo de ver a Helen Tremberg y al inspector Ken Cullen atravesando lentamente el campo de fútbol adyacente. Les saluda con la mano, dudando si lo tratarán como a un héroe o como a un idiota entrometido.

–McAvoy, ¿no es así? ¿Es eso lo que ha dicho?

Hay algo en la forma que tiene el viejo gitano de repetir su nombre. Algo que indica que McAvoy es una persona conocida.

No le da tiempo a intentar averiguarlo. Las nubes más bajas, semejantes a ropa húmeda tendida, finalmente se dividen. La lluvia cae torrencialmente. Tremberg, poco dada a hacer aspavientos, suelta un chillido y se detiene en seco para ponerse la capucha de su chubasquero. Los gitanos sueltan una andanada de improperios y el nuevo amigo de McAvoy se pone a ladrar órdenes con un acento tan cerrado que podría tomarse por otro idioma.

Media docena de hombres jóvenes salen del interior de las caravanas, los sofás desaparecen bajo lonas y las ventanas se cierran de golpe.

–Dios –exclama Tremberg, ajustándose la capucha y batiéndose en retirada hacia su vehículo–. ¡Pues sí que son ninjas!

McAvoy no la sigue. Se queda de pie, con los brazos extendidos, dejando que la lluvia lo cale hasta la piel. Sabe que lo van a poner a prueba en la reunión de esa mañana. Sabe que será una experiencia dolorosa. Y también sabe que su existencia será más llevadera si, en lugar de presentarse cubierto de estiércol, llega empapado.

Capítulo 2

9:31 horas. High Street, Centro histórico.

Las ráfagas de lluvia caen como puñales de un cielo gris plomizo.

Una fila estrecha de hermosos y antiguos palacetes mercantiles ahora ocupados por aseguradoras, bufetes de abogados, galerías de arte y museos.

El sargento Aector McAvoy corre bajo la lluvia con los papeles de la reunión sujetos bajo su chaqueta empapada. Los goterones se estrellan en sus labios y en su nariz.

Sube las escaleras y resbala en el mosaico que hace las veces de alfombra tras las puertas del cuartel general de la Autoridad Policial, una rosa realizada con teselas rojiblancas, bajo un lujoso pasaje abovedado de madera y cristal.

Muestra su identificación al guardia de seguridad que hay en el mostrador de la entrada y luego sube los escalones de tres en tres.

Everett, el subdirector de la Policía, está esperando ante la puerta de la sala de reuniones. Va hecho un pincel, con su uniforme azul tieso y recién planchado.

–¡Dios santo, sargento!

Everett está horrorizado ante lo que ven sus ojos. Aector McAvoy le ha estado viniendo muy bien para personificar el rostro más moderno de la policía de Humberside. Culto, educado, muy hábil con los ordenadores y respetuoso con todas las directrices que los superiores puedan inventar, ha prestado su colaboración al subdirector en innumerables reuniones del comité y otros compromisos públicos.

–¡Mira qué pinta traes! ¡Necesitaba que estuvieras perfecto, tío!

Estrictamente hablando, no hay ninguna necesidad de que un sargento se presente ante la Autoridad Policial, pero el subdirector Everett espera que el nuevo presidente le formule algunas preguntas difíciles y se las ha arreglado para asegurarse de que McAvoy esté ahí para responderlas por él. Todas sus esperanzas están puestas en que McAvoy se lleve la peor parte del interrogatorio.

–Lo siento, señor –se disculpa McAvoy entrecortadamente, tratando de recobrar el aliento–. Había un caballo...

Everett, un hombre de aspecto ratonil con la cara chupada que consiguió subir en el escalafón hasta alcanzar el segundo puesto del departamento de Policía sin que pareciera ser bueno en nada en particular, agarra el abrigo de McAvoy y se lo quita a tirones. Antes de que el sargento pueda protestar siquiera, Everett saca un peine del bolsillo trasero del

pantalón y se pone de puntillas para peinar a su subordinado.

McAvoy se aparta y luego coge el peine.

–Gracias, señor.

Hace lo que puede. Se peina hacia atrás y se seca la humedad del bigote con el índice y el pulgar. Recupera el aliento. Se abrocha la chaqueta del traje y se coloca bien la corbata. Saca sus informes y alisa los papeles con la palma de la mano.

Luego entra tras Everett en la sala de reuniones.

Habrá como una docena de hombres y mujeres sentados ante unas mesas organizadas más o menos en forma de *u*. Encima hay jarras de agua y vasos vacíos, blocs de notas y papeles con aspecto oficial. Una de las paredes al fondo de la estancia está cubierta por un gran cuadro rosa y azul de los rascacielos de Manhattan. Fue un regalo del anterior presidente a la Autoridad y nadie ha sido lo bastante descortés como para quitar de en medio esa monstruosidad.

–Joder, Everett, ¿acaso obligas a nadar a tus oficiales?

Esa voz atronadora con acento de Yorkshire proviene del hombre grande y barbudo que preside la mesa.

Everett suelta una risita falsa mientras McAvoy y él toman asiento en el escritorio vacío más cercano.

–Disculpe, señor presidente, han llamado al sargento McAvoy para que se encargue de un avance importante del caso en el que tanto interés ha demostrado usted.

Tressider hace un gesto con la mano para restarle importancia. A continuación, se fija en McAvoy.

–Un avance importante, ¿eh? ¿Seguro que no estaba ayudando a un puñado de gitanos a reunir sus caballos?

McAvoy se ruboriza al instante. Prácticamente siente que le sale humo del pelo mojado.

–Ah, joder, ya no está bien visto decir gitanos, ¿no es eso? –Tressider se gira hacia la secretaria, que está ocupada contando los minutos que faltan para que acabe la reunión–. Tacha eso, ¿quieres, querida?

Los otros miembros de la Autoridad intercambian miradas, pero nadie dice nada. Tressider domina la sala. Tiene una presencia imponente y bastante personalidad como para sobresalir en cualquier entorno, incluso sin la ventaja que le conceden su corpulencia y su marcado acento de Yorkshire.

La buena estrella de Peter Tressider va a más. Un hombre a tener en cuenta, con contactos influyentes.

Rondará los cincuenta y tantos años y, antes de dar sus primeros pasos en política de la mano del Partido Conservador un par de décadas atrás, ya era un conocido hombre de negocios. Su familia posee un almacén de madera, una empresa de distribución y un par de agencias inmobiliarias, además de haber invertido mucho y bien en distintas compañías emergentes. Salió elegido y entró en la administración del distrito de East Riding en 1997 y poco después accedió al gabinete del ayuntamiento, ocupando puestos de alto nivel en comités dedicados a la prevención criminal, la educación y la inclusión

social.

La prensa estimaba a Tressider por sus declaraciones, pues le proporcionaba titulares gracias a su forma llana de expresarse, sus réplicas ingeniosas y por no andarse con tonterías. Lo habían censurado en varias ocasiones por decir tacos durante los plenos y la opinión pública estaba encantada con su imagen de hombre de Yorkshire: alguien que decía lo que le gustaba y que le gustaba lo que decía, joder.

Había sido elegido miembro de la Autoridad Policial de Humberside un par de años atrás y se había propuesto hacerla suya. El papel le iba bien. En 2005 Tressider fue uno de los concejales que se negaron a cumplir la orden de la Secretaría de Estado que exigía que se destituyera al jefe de la policía de Humberside después de que la contabilidad del cuerpo fuera puesta en entredicho. Se ganó el favor de muchos sectores por decirle al político de turno que «no metiera las narices» en los asuntos locales. Siempre listos a captar una cita jugosa, los periódicos locales estaban pasándoselo en grande solo con imaginarse lo divertido que sería que Tressider fuera el próximo candidato por el Partido Conservador en las siguientes elecciones al Parlamento británico.

–Bueno, me alegra que haya podido unirse a nosotros, sargento. Tenemos mucho de qué hablar.

Tressider se coloca los papeles delante y se concentra en un punto del orden del día. Luego levanta la vista y examina a McAvoy con más atención.

–El *Yorkshire Post* asegura que representa el rostro sexi de la policía.

Se escuchan unas risitas nerviosas por parte de los demás miembros del comité, que se giran para fijarse en McAvoy.

–¿Disculpe, señor presidente?

–Aquí –dice, y localiza el artículo fotocopiado entre los documentos de su escritorio.

McAvoy reconoce el artículo y se le cae el alma a los pies.

Tressider se aclara la garganta con gesto teatral.

–«Hay quien dice que representan el lado sexi del trabajo policial. Ellos son los hombres y mujeres que investigan a fondo los casos de asesinato más importantes, quienes consiguen encarcelar a los asesinos y hacer de las calles un lugar más seguro gracias a su experiencia y sus habilidades».

Tressider levanta la vista. Está sonriendo.

Luego continúa.

–«En su labor policial radica el germen de detectives de ficción como Morse, Rebus y Thorne».

Mueve el dedo por la página extendida ante él, enunciando cuidadosamente cada palabra.

–«Pero ayer, en una habitación humilde junto a la cantina de la comisaría de Courtland Road, en Orchard Park, Hull, la escena no podía estar más alejada de una serie de detectives de la tele.

»El *Yorkshire Post* ha sido invitado a conocer al equipo que se creó el año pasado con los fondos de la Secretaría de Estado, que está colaborando para cambiar la forma en la que se investigan los casos más graves, tanto a nivel local como nacional. Es la Unidad

de Delitos Graves y Crimen Organizado, la brigada del cuerpo especializada en asesinatos. El equipo de Courtland Road representa solo una parte del cuerpo, compuesto por un centenar de civiles y oficiales de policía a ambos lados del río Humber, encargado de investigar todas las muertes sospechosas y otros delitos graves. Muchos de los civiles son agentes de policía retirados, que estudian las montañas de información que circulan por la sala de operaciones. El cuerpo hace así uso de décadas de experiencia en lugar de desperdiciarla a base de jubilaciones».

Tressider se detiene. Le dirige una sonrisa a McAvoy.

Luego continúa con su lectura.

–«La superintendente Patricia Pharaoh, la oficial de mayor rango, declaró: "Estamos intentando hacer algo un poco diferente y, por el momento, la valoración es positiva. El volumen de documentación que manejamos requiere un traspaso meticuloso a la gente adecuada y nuestros procedimientos son muy rígidos. Es difícil cuantificar los éxitos cosechados en los últimos meses, pero sabemos que esta brigada está marcando la diferencia. Esperamos que, a pesar de los recortes presupuestarios, la gente sea consciente de lo importante que es esta unidad"».

Se oye un murmullo procedente de los demás miembros del comité.

–Muy bien hecho –dice Tressider asintiendo–. Por cierto, hay más. ¿Debería continuar?

McAvoy no responde. Se pregunta si le echarán la culpa del artículo del periódico y, de paso, de todo lo demás.

Tressider continúa.

–«A pesar de que el cuerpo ahora utiliza el sistema informático Holmes, gran parte de los contenidos de cada caso continúan estando en papel. Cada elemento se deriva a un receptor, que se encarga de leerlo y decide qué ha de hacerse con él. A continuación, los encargados de confeccionar los índices introducen la información en el sistema antes de que esta sea procesada por un lector de documentos experto. Esta persona relee cada documento que recibe y decide qué hacer a continuación. Luego, el responsable de operaciones adjudica el trabajo a los equipos de actuación en función de su importancia y en conjunción con la política del cuerpo, calificándola de alta, media o baja. Después, todo esto pasa por el responsable de la oficina, que da el visto bueno definitivo a todas las actuaciones y es el encargado de que la sala de operaciones funcione como es debido».

Tressider se detiene. Levanta la cabeza y finge bostezar.

–Joder, pues a mí me resultó fascinante.

McAvoy levanta la mirada, cambia de opinión y se concentra en comprobar que los puños de su camisa tienen la longitud adecuada. La tela gotea bajo la presión de sus dedos.

–¿Sexi, sargento? –Tressider le da un repaso burlón–. No estoy seguro de estar capacitado para juzgar. ¡Quizá habría que preguntarle a la señora!

Se vuelve a la vicepresidenta: una mujer nerviosa de pelo gris que lleva un collar de perlas, con rebeca y jersey a juego.

–¿Qué dices, Noreen? ¿Qué te parece el lado sexi de la policía?

La señora suelta una risita vergonzosa que supuestamente deja a Tressider un poco desilusionado. Está claro cómo este hombretón se convirtió en presidente con tanta facilidad. También queda claro el gran valor que tendrá para su partido si le permiten continuar y colarse en Westminster, como tantos predicen.

–Es buena propaganda, en cualquier caso –dice Tressider, hurgándose en los dientes con un dedo grande–. Vamos a observar su unidad de cerca, sargento. Veremos en qué se emplea el presupuesto. Pero este tipo de titulares no me disgustan. No me disgustan en absoluto.

McAvoy mira sus papeles. Trata de separarlos pero se da cuenta de que están tan empapados que resulta imposible.

–La periodista cursó la petición de acceso a través de los canales oficiales –asegura–. Yo estaba allí ese día...

Tressider le hace un gesto para que se calle con su manaza derecha. Luego se endereza en la silla.

–Vamos al grano –dice, y los miembros del comité responden con un murmullo generalizado.

Todos ellos representan a los únicos e inigualables cabronazos entrometidos de la comunidad local. La Autoridad se compone de diecisiete miembros. La mitad son concejales elegidos entre los cuatro ayuntamientos de la zona y el resto son independientes. Son los mandamases. Los hombres y mujeres que toman las decisiones importantes y nombran a los jefazos de la pasma. Entre ellos no hay ni un solo madero.

–El sargento McAvoy está aquí para responder a las preguntas concretas que tengan sobre el incremento de los crímenes violentos, señor presidente.

Tressider le lanza a Everett una mirada fulminante.

–Creía que tú habías venido precisamente para eso, Everett.

Everett, visiblemente incómodo, replica:

–McAvoy es un miembro fundamental del equipo que está investigando en la actualidad ese tema en concreto y...

Tressider asiente. Centra su atención en McAvoy.

–Vietnamitas, según tengo entendido –anuncia con brusquedad–. Siempre han estado metidos en la mierda esa de la marihuana, ¿no es así? Pero parece que se están poniendo de lo más desagradables. Corríjame si me equivoco.

McAvoy toma aliento. Se pregunta por dónde empezar.

Durante los últimos cinco años, las bandas vietnamitas han controlado el mercado local de cannabis, montando plantaciones en almacenes y edificios abandonados, cultivando sus cosechas con discreción y luego vendiendo el producto a través de una red de camellos. Las cosas iban como la seda. Normalmente los únicos que resultaban heridos eran aquellos que la jodían, y la policía de Humberside no le prestaba mucha atención al cultivo de una droga que supuestamente sería legalizada tras las próximas elecciones al Parlamento.

Pero hacía más o menos un año que la Brigada de Estupefacientes había empezado a

oír rumores de que, al menos en esta costa, alguien había comenzado a desplazar y a ganarle terreno a los vietnamitas. Otros tipos se habían unido al juego y sus métodos de persuasión no eran nada agradables.

Unos meses antes, dos asiáticos habían sido encontrados inconscientes en la playa de Hessle Foreshore. Las marcas en el rostro de ambos hombres revelaban que habían sido repetidamente golpeados, pero lo que realmente impresionó a los sanitarios fueron las heridas en el resto del cuerpo.

Los encontraron desnudos, en posición fetal, con las manos clavadas a las rodillas. Tenían zonas en la espalda y en el torso donde la carne había sido reducida a algo similar a la mermelada quemada, a juzgar por su color y consistencia.

Todo parecía indicar que se había usado una pistola de clavos para inmovilizarlos y una herramienta de las que se utilizan para eliminar pintura para infligirles las quemaduras.

Los hombres continuaban con vida básicamente porque sus atacantes pensaron que el mensaje que deseaban enviar sería más contundente solo con la mutilación.

Ninguno de los dos hablaba ni una palabra de inglés pero sus ojos contaban una historia en un lenguaje universal.

Un par de meses más tarde, un adosado al oeste de la ciudad ardió hasta los cimientos con sus ocupantes dentro. El tufo que salía por las ventanas rotas les recordó a los bomberos y a los agentes allí reunidos al olor de una barbacoa de jardín. La mitad del vecindario acabó colocado a causa de los efluvios provocados por la enorme cantidad de cannabis recién recolectado que ardió y se mezcló con el humo. Pero ni siquiera eso pudo enmascarar la peste a carne quemada.

A pesar de las protestas del superintendente Adrian Russell, de la Brigada de Estupefacientes, se decidió dar prioridad a la investigación de los asaltos y Trish Pharaoh fue puesta al mando.

Nadie dudaba ni por un momento que las víctimas no estuvieran implicadas en la producción de cannabis. En la ropa tenían rastros de marihuana, de fertilizante e incluso de la marca de agua mineral con gas que, según los expertos, hace que las cosechas florezcan mejor.

Al principio Pharaoh no obtuvo casi nada de los testigos, pero luego movió algunos hilos y les aseguró que podría ayudarlos y permitirles quedarse en Reino Unido, en lugar de ser extraditados a Vietnam, y así fue como consiguió la descripción de los tipos que los habían atacado. Mencionaron a dos hombres blancos y fuertes. Habían empezado a recibir órdenes de ellos en el momento en que echaron abajo la puerta de una de sus plantaciones de marihuana y acercaron un teléfono móvil a la oreja del encargado. El jefe de la banda cedió de inmediato el mando de la operación. A partir de entonces, tanto la cosecha como los trabajadores pasaron a manos de otra persona. Ellos debían cooperar. Trabajar duro. Se ocuparían de sus familias.

Nunca se supo cuál fue la transgresión de aquellos hombres. Molestaron a alguien. Hicieron algo mal. Dijeron algo equivocado, quizá. Realizaron una llamada que no deberían haber realizado. Cayeron en desgracia ante sus nuevos jefes. Y pagaron las

consecuencias.

Todavía se sabía poco de estos nuevos traficantes de drogas, pero las estadísticas criminales que se derivaron de su llegada fueron la vergüenza de los jefazos. El número de incidentes relacionados con la posesión de cannabis subió un diecisiete por ciento en doce meses. No obstante lo peor fue el aumento de crímenes violentos. Y los que recibían las palizas no eran precisamente camellos. Fueron aquellos que tenían pequeñas plantaciones particulares. El tipo de personas que cultivaban lo bastante para consumo propio y para sus amigos, esos fueron los que recibieron las palizas en la calle. Los golpearon hasta tal punto que resultaba difícil reconocerlos. Los dejaron demasiado asustados o demasiado malheridos como para hablar.

A Tressider el tema le preocupa lo bastante como para exigir respuestas. Y Everett no tiene ninguna que ofrecerle.

Tartamudeando al principio y luego más animado, McAvoy expone la situación lo mejor que puede. Le cuenta al comité que no se trata simplemente de una cuestión de escasez de recursos. La cuestión es que la nueva operación de drogas está, sin duda, «muy, pero que muy bien» organizada.

–Puta maría –maldice Tressider–. Deberíamos legalizarla y ya está. Acabar de una vez. Va a pasar de todas formas, ¿no? Este país va hacia atrás y hacia delante. ¡No puedes fumarte un pitillo en un pub pero puedes beberte un litro de sidra del supermercado por dos libras y media! ¡Y ahora esta historia con la pistola de clavos! Eso sí que es una cabronada, por Dios.

–Hemos intentado encontrar ejemplos de tácticas similares empleadas en el resto del país pero no hemos tenido éxito, señor. Esta gente parece haber salido de la nada. Se pusieron al mando y ahora están haciendo las cosas a su manera...

–Pero ¿por qué cannabis? ¿Por qué no cocaína? ¿O éxtasis? ¿O incluso heroína?

McAvoy siente una vibración en el bolsillo, de donde extrae discretamente su teléfono móvil. Tiene que esforzarse por no sonreír.

–Hemos hecho un progreso significativo, señor –anuncia con firmeza–. Uno de los informantes de la superintendente Pharaoh nos ha proporcionado la localización del mayor alijo de cannabis de la banda. Esperamos poder llevar a cabo una redada pronto y contamos con que los que perpetraron los ataques en la playa sean detenidos.

Tressider le sostiene la mirada a McAvoy durante una fracción de segundo más de la cuenta. Le hace sentir incómodo. No sabe a ciencia cierta qué estará pensando el presidente, ni si están a punto de alabarlo o de reprenderlo.

–Es un alivio conocer a un capullo que sabe lo que hace –anuncia Tressider finalmente–. Parece que tiene un día ocupado por delante, sargento. No le retendremos más.

McAvoy se dispone a levantarse.

–En realidad, estaría bien echar una meada. ¿Hacemos una pausa?

Los miembros del comité se levantan entre murmullos consternados y aprobatorios. McAvoy recoge sus cosas.

–Qué desastre –masculla Everett por lo bajo–. Qué puto desastre.

McAvoy supone que el comentario va dirigido a él. Prefiere hacer como que no lo ha oído.

Abriéndose paso como puede, con cuidado de no rozar a nadie con sus ropas mojadas, abandona la sala y baja las escaleras. Siente un cosquilleo en su interior a causa de la excitación. Pharaoh ha hecho progresos. Leanne tiene una dirección. Y en menos de una hora podrían disponer de todo lo necesario para echar abajo algunas puertas y liarse a poner esposas a diestro y siniestro.

Cuando regresa a High Street comprueba que la lluvia ha hecho una pausa para recobrar fuerzas. El viento frío se agarra a su ropa empapada y le pone la piel de gallina al instante. McAvoy siente un escalofrío. Mira el reloj y trata de decidir qué hacer durante la próxima hora. Tiene un rato libre antes de reunirse con Pharaoh en uno de los rincones más tranquilos del centro de la ciudad, a solo cinco minutos andando. En caso de que tuviera que volver a la oficina en coche, no tendría más que doblar la esquina y regresar. Mira a su alrededor.

En el edificio adyacente a la Autoridad Policial está el Museo de Hull y East Riding. Lo ha visitado un montón de veces con Roisin y Fin, pero Lilah probablemente sea demasiado pequeña para apreciar el gigantesco mamut peludo que hay en la entrada, o el cañón encargado por Enrique VIII, que fue encontrado por unos arqueólogos durante una excavación de las murallas de la ciudad y que se exhibe junto a otras reliquias del pasado turbulento de la urbe.

Deja la entrada del museo atrás y sus pasos lo conducen hasta la ribera. El río Hull da nombre a la ciudad y atraviesa el centro del núcleo urbano para luego perderse en las aguas oscuras y turbulentas del río Humber. El sargento se queda mirando el agua sucia. Los metros de barro espeso depositados, como si de una *mousse* de chocolate se tratase, contra las paredes de ladrillo y vigas que conforman la vereda donde él se encuentra en ese momento.

A su izquierda se alza el *Corsario Ártico*, un anticuado pesquero de arrastre transformado en museo flotante por unos tipos bienintencionados deseosos de asegurarse que todo el mundo tuviera la oportunidad de experimentar cómo era la vida a bordo de un barco de pesca de altura.

Sin nada que hacer y sin rumbo, recorre el camino de sirga junto al río. Levanta la vista a la calle de dos direcciones que pasa por encima. Mira más allá del paso elevado, donde se yergue el acuario de la ciudad, una estructura piramidal inclinada que de puro moderna y reluciente resulta incongruente, situada en el barrizal llamado Sammy's Point.

Comienza a llover de nuevo. Se pregunta durante un momento si debería acurrucarse bajo el puente para secarse. Quizá telefonear a Roisin o llamar a Helen Tremberg, para averiguar si hay alguna novedad.

Al darse cuenta de que ha estado pensando sin moverse de sitio, se refugia de la lluvia que arrecia y se apoya contra una de las columnas de hormigón que sustentan el paso elevado. Cierra los ojos. Se pregunta durante un rato si tendría que haber replicado a las críticas masculladas del subdirector Everett o si ha hecho bien en mantener el pico cerrado.

Vuelve la vista al lugar por donde ha venido. A la ciudad donde ha desarrollado la mayor parte de su carrera. Donde ha arriesgado su vida y donde ha capturado a hombres y mujeres que habían tomado la vida de otros. Es incapaz de amar esta ciudad, pero sí que siente un cierto afecto por ella. Una cercanía. Siente un vínculo con este lugar al final del camino, una ciudad que creció gracias a la prosperidad de una industria que mataba a sus hombres para luego, cuando esta desapareció, caer en la decadencia y en la apatía.

A las espaldas del edificio de la Autoridad Policial se distingue la forma de dos hombres que a esta distancia parecen simples monigotes. Dos siluetas recortadas contra la pintura blanca del *Corsario* y el cielo gris.

McAvoy se pregunta si serán miembros del comité. Si serán concejales echándose un pitillo o riéndose del corpulento sargento que se ha presentado en la reunión chorreando pero que ha parecido convencer a Tressider de que el sol sale por su culo.

McAvoy empieza a retroceder sobre sus pasos. No hace ningún intento por protegerse de la lluvia. Está demasiado empapado como para preocuparse por ello.

Perdido en sus pensamientos, a la deriva en sus ensoñaciones, no ve marcharse a las dos figuras. Ha llegado a la ribera del río antes de lo que esperaba. Echa un último vistazo al agua. Se permite una sonrisa al observar las ruedas de un carrito de supermercado sobresaliendo de la orilla embarrada. Las botellas y los muelles de colchón que ensucian la superficie. Un teléfono móvil, intacto sobre la superficie espesa y pegajosa, como un diente sobre el glaseado de una tarta de chocolate que se hubiera desprendido....

Bajo sus pies hay una extensión de barro de unos tres metros. Le sigue una pequeña pendiente de casi dos metros hasta el agua.

Desde ese ángulo el teléfono parece relativamente nuevo. McAvoy se pregunta si se le habrá caído a alguien del bolsillo. Si luego alguien lo habrá apartado de un puntapié sin querer, a causa del caos y la histeria que provoca la lluvia.

McAvoy arruga el entrecejo. Le sorprende que el móvil no se haya hundido aún bajo la superficie. Si no será su deber como policía intentar recuperar un objeto de evidente valor.

Más adelante, en el camino, hay una escalera metálica sujeta al muro de contención del río; su superficie parece resbaladiza y mugrienta, embarrada y peligrosa.

«¿Merece la pena, Aector? ¿En serio?»

Echa un vistazo a su reloj.

«Podría pertenecer a alguno de los miembros del comité. Podría ser importante.»

Y arruga el entrecejo.

«Si está roto, podrías arreglarlo. Supondría un desafío para ti.»

Pasa una pierna al otro lado.

«Solo intenta ver si alcanzas...»

Y comienza a bajar la escalera.

Capítulo 3

10:46 horas. Unos 130 kilómetros en dirección oeste.

Una ligera llovizna cae sobre la calzada gris e irregular, sobre las fachadas de contrachapado de las tiendas y los coches viejos.

–¡Puta mierda cojonera del copón!

Harry Tattershall utiliza como nadie los tacos; es formidable y viperino y hace composiciones con las palabras equivalentes a carambolas de billar o a regates de fútbol. Si fuera capaz de hacer lo mismo con el lenguaje culto, sería premio nacional de poesía.

–¡Gilipollas de la hostia puta que lo parió!

Recoge el mazo de llaves que hay tirado en el arcén sucio y mojado. Se golpea la cabeza en el espejo retrovisor de su Saab anticuado al incorporarse.

–¡Puto mamarracho pichacorta!

Se pasa la mano por la frente, arrastrando las gotas de lluvia hasta su pelo espeso, luego se quita las gafas de culo de vaso y las frota, mezclando el vaho y las huellas de dedos antes de volver a calárselas en la nariz partida. Tirita; desearía haberse puesto algo más aparte de los pantalones de chándal y la camisa a cuadros antes de salir de su vivienda social dando un portazo. Es un hombre de baja estatura con las extremidades voluminosas; rondará los cincuenta años. No disfruta fumándose el cigarrillo que suele colgarle del labio inferior. Se limita a mantenerlo ahí para encenderse el siguiente.

Normalmente Harry está orgulloso de ocupar el puesto de administrador general de un club privado pero, en días como este, no puede evitar sentirse más bien como el conserje. Si estuviera en su poder contratar a algún vigilante lo haría en un abrir y cerrar de ojos, pero los dueños protestan hasta si cambia la leche entera por semidesnatada; en sus propias palabras, son «más agarrados que un puño cerrado».

La luz azul de la alarma antirrobo está parpadeando pero no hay sonido. Desconectaron la sirena hace meses para que los vecinos no se quejaran. El lugar no es lo que se dice bonito, está a un kilómetro y medio al este del centro de Huddersfield, en la esquina de una calle plagada de pizzerías de tres al cuarto y peluquerías baratas. A pesar de tener una localización tan fea, el club se ha enfrentado a un montón de problemas protagonizados por manifestantes y entrometidos. La licencia del local depende de que el ayuntamiento no encuentre una buena excusa para cerrarlo, así que tener contentos a los lugareños es algo prioritario.

Harry hurga entre las muchas llaves del mazo y encuentra la grande, la que abre la puerta principal. No se le ocurre probar con el picaporte. Duda que la alarma haya saltado por una buena razón; siempre lo hace cuando está a punto de ver una nueva peli porno acompañado de una tetera y un paquete de galletas.

El portón azul se abre y Harry permanece un instante en mitad de la corriente, en el cubículo sin pintar con bovedilla donde todas las noches, a partir de las siete, cualquiera que haya alcanzado la edad de consentimiento sexual puede presentarse con sus mejores galas de encaje o de plástico, pasar un billete de diez libras y su tarjeta de socio por la ranura de la puerta interior y esperar a que lo dejen pasar a disfrutar de una noche de sexo libre, de tríos o, como en aquella ocasión memorable, a montar un ciempiés humano.

Harry abre la puerta interior y se adentra en la oscuridad del bar del piso de abajo. Está pintado de rojo, con lámparas de pared metálicas y unas siluetas de mujeres desnudas artísticamente repartidas por todo el espacio. El suelo está lacado en negro y las cabinas y los taburetes de la barra están recubiertos de falso terciopelo ajado que, como bien sabe Harry, nunca llega a limpiarse bien del todo.

Con pasos rápidos y experimentados, Harry cruza el bar y enciende las luces de abajo. Las bombillas tardan un momento en prender y hay un leve parpadeo antes de que toda la sala se ilumine.

Harry sabe al instante que algo va mal. Se oye un zumbido proveniente del ordenador tras la barra. Es un viejo cacharro y el ventilador interno está lleno de polvo, así que normalmente hace el mismo ruido que un helicóptero en apuros. El motor está ahora en funcionamiento. Puede que el monitor esté apagado, pero una lucecita verde que parpadea bajo la barra revela que el ordenador ha sido usado recientemente.

Harry enciende de nuevo el monitor. Agita el ratón. Frunce el ceño cuando va apareciendo en la pantalla la base de datos con los nombres y las direcciones de los socios.

–Rehostia puta mierda de los cojones.

Esto lo masculla entre dientes, con resignación, a sabiendas de que le acaban de fastidiar el día. Ya les han entrado en otras ocasiones, por supuesto. Alguna vez ha llegado al trabajo y se ha encontrado con que les habían mangado del almacén las reservas de alcohol para toda la semana, y la colcha pija de leopardo de la cama circular en la habitación de exhibición duró una semana antes de desaparecer en las profundidades de un bolso grande. Pero esta es la primera vez que se han interesado por el ordenador. Harry duda que un intruso se molestara en llevarse el cacharro, pero en el disco duro hay elementos que, en un arranque de lucidez, comprende que debería haber protegido mejor.

–Mierda.

Su exclamación resulta tan sencilla que le resulta sorprendente.

Se sube a un taburete y comienza a teclear. Nunca se describiría como un experto en informática pero sabe hacer una base de datos y navegar para encontrar porno. También sabe cómo pasar las grabaciones de la habitación donde se practica el intercambio de parejas del circuito de seguridad a su archivo personal.

Harry aparta el taburete del teclado, saca un vaso de media pinta de debajo de la barra y lo sostiene junto al dosificador de la botella de vodka, de la que se sirve una dosis doble. Abre el refrigerador de las cervezas y saca una botella de Holsten. Le da un trago

al vodka y luego diluye la quemazón de la bebida con la cerveza rubia. Aún no está preocupado pero su cabeza va a mil por hora. Se pregunta si le echarán la culpa. Cómo habrán entrado. Cómo habrán salido...

Harry cae en la cuenta de que no ha registrado el resto del edificio. Hay otro bar en el piso de abajo con una pista de baile, una barra para *strip-tease* y una gran pantalla plana de televisión donde pasan pelis porno para poner a los clientes a tono. En el piso de arriba hay cinco dormitorios privados que se pueden cerrar con llave y tres donde la política es de puertas abiertas.

En el bareto de toda la vida donde Harry trabajaba antes siempre había un bate de béisbol junto a la caja. Desearía estar allí en ese momento. Pero en los dos años que lleva gestionando el negocio no ha habido ningún problema. Los miembros del club comparten la misma forma de pensar y son afables. Conocen las reglas y asumen el juego. Saben recibir un no por respuesta y se marchan cuando se lo piden. A Harry le gusta trabajar aquí. Con tener a dos estudiantes sirviendo en la barra y a un gorila en la puerta tres horas los viernes y sábados por la noche, el local funciona a las mil maravillas. La última vez que hicieron recuento tenían más de mil socios y siempre suele haber cincuenta y tantas personas que asisten de forma regular los viernes por la noche, cambiando los garitos habituales por una velada donde pueden ser quien coño quieran en compañía de personas que no les juzgan y a las que agradecer sus atenciones.

La mente de Harry zumba, tiene los mismos problemas de funcionamiento que el ventilador del ordenador. Trata de imaginarse quién podría querer entrar y por qué habrán ido directos al cacharro. Ha tenido tiempo de sobra para conocer a la clientela durante los dos últimos años, instalado al final de la barra con una taza de café, asintiendo con aprobación ante el ecléctico vestuario de las damas y los caballeros. Podría escribir un libro con todo lo que ha visto. La gente. Los pervertidos. El gigantesco asiático con collar de perro y mallas. El grandullón con la máscara dorada que muge como un novillo cuando alcanza el orgasmo. La mujer de setenta años a la que tuvieron que separar de su pareja sexual cuando se le salió la cadera. La chica gorda disfrazada de pirata que gritó que la estaban violando cuando uno de los cuatro hombres con los que estaba follando trató de metérsela por el culo...

Harry vuelve a teclear, sin saber qué hacer. Se plantea las posibles consecuencias de no hacer nada. ¿Y si se encuentra con un ladrón? ¿Y si han visto las grabaciones en sus archivos? No puede permitirse que lo chantajeen. Sencillamente tendría que admitir su culpa ante los jefes y buscarse otro trabajo. Duda que presentaran cargos. Pero ¿quién podría tenerla tomada con él? Menea la cabeza y echa un trago de vodka. Quizá alguien está buscando algún tipo de información. Quizá un miembro del club quiere averiguar algo más sobre alguien que le ha gustado o que lo ha jodido. Quizá hayan querido borrar sus propios datos. Sabe por experiencia que los miembros no son en absoluto dados a proporcionar su nombre y su dirección auténticos, por lo que duda que alguien piense que vale la pena intentar siquiera conseguir el nombre o el número de teléfono de algún otro socio.

Un inconfundible crujido en el piso de arriba rompe el hilo de sus pensamientos.

Harry cierra los ojos, toma aliento, luego coge la botella casi vacía de Holsten por el cuello y la levanta; un hilillo de cerveza le recorre la tinta azul borrosa de su antebrazo tatuado.

Abre la puerta que da a la escalera y echa un vistazo a la oscuridad. Las escaleras enmoquetadas se pierden en la penumbra un poco más arriba y subirlas no resulta nada apetecible. Harry se detiene, ya medio decidido.

Se oye otro crujido.

–Joder.

Pone el pie en el primer escalón. Coloca una mano en la barandilla y comienza a subir, intentando pegarse al extremo de cada escalón para no hacer ruido.

Al llegar al final de la escalera, un último hilillo de cerveza le recorre la muñeca. Deja escapar una pequeña exclamación seguida de una palabrota al sentir el frío repentino.

Harry sabe que se ha delatado. Quienquiera que esté esperando en la oscuridad puede quedarse ahí si le sale de los cojones.

Se da la vuelta y comienza a bajar despacio los escalones.

Esta vez el sonido es inconfundible. Pisadas a la carrera. Un movimiento inesperado. Algo se aproxima.

Harry levanta la vista.

Crac.

Harry abre la boca para soltar una retahíla de insultos pero se encuentra con que no puede articular palabra. Tiene la lengua hecha papilla, se la ha machacado con las muelas. Un acto reflejo en respuesta al martillazo que le han descerrajado justo encima de la sien izquierda.

Un movimiento. Un impacto que retumba en el hueso. Golpes secos y chasquidos.

Harry se encuentra desmadejado en el suelo. Tumbado sobre el costado izquierdo. Nota que sus viejas piernas están dobladas en un ángulo extraño y rozan los escalones y el ladrillo.

Oscuridad.

Ahora nubes rojas.

Siente una fricción en la espalda y presión en las muñecas.

Ahora se encuentra observando el techo de gotelé desde un ángulo que nunca antes había visto. Ahora nota la moqueta polvorienta y barata contra su rostro. ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Por qué estoy al pie de la escalera?

Harry parpadea. Le duele a causa del esfuerzo. También parece despertar otra sensación.

De repente, la agonía. Lo retuerce entre sus dedos.

Harry levanta la vista. Ve un rostro. Le resulta vagamente familiar, es un rostro atractivo y frío.

Oye una voz que le pregunta suavemente al oído:

–Su nombre auténtico. Aquí no está. Solo pone «Florecilla». Eso ya lo sé.

La voz le llega como si estuviera debajo del agua. Harry oye un eco. Nota la piel húmeda.

–En realidad nunca pensé que estaría aquí. Sabía que no lo comprobarías. Solo hay un nombre y un número. Y el número es falso.

Harry quiere hablar. Quiere pedir ayuda. Una ambulancia. Consigue articular un gañido.

–Lo siento. Ya empiezo a desesperarme. Tenía que intentarlo. Ni siquiera sé si realmente es ella. Él dijo Suzie, pero podría haber mentido...

Harry vuelve a gañir. Paladea sangre. Sangre y vodka.

–La cosa va a peor. Podría haber sido sencillo. Mira dónde estamos ahora. Habrá más, lo sé. Acabo de empeorar las cosas. Él se enfadará tanto...

Harry sabe lo que quiere decir. Nota que las palabras empiezan a formarse en su cabeza. Quiere decir que, vaya de lo que vaya esto, nunca dirá ni una palabra. Quiere decir que nota que se está muriendo y que no puede soportarlo. Quiere saber dónde están sus gafas y si podrán arreglarse.

–Pensaba que se te había roto el cuello. Creo que sí. No sé. Podría haberme marchado sin más si se te hubiera roto el cuello. Ahora tiene que parecer que ha sido un accidente.

Harry intenta moverse. Se da cuenta de que no siente las extremidades. De que solo le duele un lado del cuerpo. En el otro no siente nada.

–Lo siento tanto...

Harry yace roto en mitad del suelo. Sus miembros son ramas quebradas; su espalda, cristal resquebrajado. Está boca arriba, encajado en el umbral de la puerta. Su postura es el relato de su muerte. La de un hombre que resbaló subiendo las escaleras y que no pudo sofocar las llamas...

Tiene el cuello grotescamente torcido hacia la izquierda, por eso no ve la colilla del cigarrillo que una mano enguantada apaga en su camiseta empapada en vodka. No puede mover los brazos para sacudírsela. Solo puede mirar, con los ojos desencajados, y comprobar cómo empieza a arder.

Ve que su asesino camina hacia la puerta trasera con el mismo martillo en la mano que ha utilizado para hacer saltar la cerradura y para hundirle el cráneo.

Ahora ya solo queda espacio para el dolor. Calor. Humo y llamas.

Traga saliva, luchando por aclararse la garganta, por hablar.

Traga sangre coagulada. Comienza a ahogarse.

Tose y vomita, ahogándose en sangre y vómito, mientras las llamas se apoderan de sus ropas rasgadas y se extienden por el suelo.

Antes de tener que soportar el hedor a su propia carne quemada, está muerto.

Capítulo 4

Por su postura, se diría que Suzie está rezando. Está inclinada hacia delante con los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas, apretando los pulgares con tanta fuerza contra la frente que se hace marcas. Mueve los labios pero de ellos no sale ningún sonido, como si estuviera pidiendo perdón o una bendición.

Sus pensamientos no tienen nada de divinos.

Está perdida en sus recuerdos. Atrapada en una evocación que ha salido a la superficie involuntariamente.

Por un momento, es como si estuviera entrando en la sala roja, con su bola de discoteca y sus sábanas de terciopelo. Suzie observa formas desnudas. Da un paso atrás al tiempo que suelta una carcajada nerviosa, está bastante borracha y mareada como para cortarles el rollo. Ahora contempla una máscara maliciosa y lasciva, una imagen incongruente que corona un cuerpo rollizo que no hace nada para ocultar su deseo.

Suzie se recompone. Dice que sí. Se deja llevar. Siente que una mano cálida y familiar coge la suya. Acepta su consentimiento como si de una bendición se tratase.

Está de espaldas, tiene un peso encima. La luz proyecta sombras en la cara que gruñe y que la embiste, proporcionándole un placer que bien podría ser dolor...

Suzie sale de su ensimismamiento. Trata de apartar el recuerdo. Compone sus rasgos hasta formar una sonrisa. Lo esconde. Esconde sus sentimientos, incluso de ella misma...

Suzie tiene veintiséis años. Es menuda. Un poquito más rellenita de lo que le gustaría en la zona del abdomen. Sus jefes la califican de excéntrica cuando los clientes señalan sus uñas multicolores y su llamativa bisutería casera. Hoy lleva puesta una minifalda corta negra sobre unos *leggings*, una camiseta blanca de manga larga y chanclas. La bufanda Disney de flecos que lleva al cuello cubre el extremo de un tatuaje que sus jefes del bufete de abogados le han pedido que no muestre. Cuando ella aceptó taparse los tatuajes de sus muñecas se consideró que los guantes de encaje hasta la altura del codo eran más inoportunos que las mariposas que ocultaban, por lo que se ha acostumbrado a llevar muñequeras fluorescentes. Supone que le pedirán que se las quite tan pronto como uno de los socios más antiguos reúna el valor de hacerlo. El pelo le llega hasta la cintura y lo lleva teñido de un color entre cobre y otoñal, y hoy se lo ha recogido con una goma rosa, dejando al descubierto una cara corriente pero bonita. Unos colibrís diminutos cuelgan de unas orejas muy perforadas.

Mirarla resulta divertido.

Consigue que la gente sonría.

Las campanas de la iglesia de Saint Mary la informan de que es la una del mediodía, aunque ella no necesita que se lo anuncien. Ha alcanzado un punto en el que su

estómago la avisa de que ha llegado la hora del almuerzo. Teme estar convirtiéndose en un animal de costumbres.

Suzie se pregunta por qué no habrá más gente ahí. Es un lugar bonito y todos los días se sorprende de tenerlo para ella sola. Está a cinco minutos del trabajo y a tiro de piedra del relativo bullicio de la ciudad vieja, junto al centro de la ciudad, pero durante los tres meses que lleva almorzando allí solo ha tenido que compartir este encantador jardincito un puñado de veces.

Se encuentra en la única plaza ajardinada que hay en el barrio de los museos, oculta en medio de este nido de hermosos edificios antiguos y calles empedradas construidas hace dos siglos en el ángulo formado por los ríos Hull y Humber. Aquí, entre la Casa Wilberforce y el Museo Streetlife, ha encontrado un sitio que se le antoja un santuario. Aquí, protegida por las arcadas de ladrillo rojo, se siente maravillosamente invisible, sentada bajo las ramas protectoras de un árbol que considera casi suyo.

La lluvia vuelve a arreciar. Las gotas más gruesas suenan de forma agradable sobre las hojas color burdeos. Suzie se fija en una hoja hinchada por el peso de las gotitas ahí concentradas y extiende la pierna izquierda para derramar el agua fría y volcarla sobre los dedos desnudos de los pies. La sensación es de lo más estimulante.

Suzie saca el iPhone del bolsillo de su bolso. Fue una compra fuera de lo común que la obligó a vivir un mes a base de bocaditos de salchicha y galletas que sisaba de la cocina de la oficina tras haberse gastado en su adquisición todo el presupuesto para comida de un mes.

Entra en Facebook. Dos antiguos amigos del colegio le han dado un toque y tiene un nuevo mensaje de su madre.

Desde la mata de flores más cercana le llega el trino de un pájaro a través el aire cargado de humedad. Suzie busca una miga de pan en el banco para dársela. Encuentra una en su bufanda y se la lanza al pájaro, que la ignora y sale volando.

–Lentejas, las tomas o las dejas... –murmura por lo bajo.

Abre su cuenta de correo electrónico. Ignora los mensajes de las distintas webs que le envían códigos de descuento para bajarse canciones o bonos para comer en restaurantes de comida rápida.

–¿Qué tenemos aquí...?

Dos correos nuevos.

De repente está sonriendo. Siente un pellizco de excitación entre el pecho y el estómago.

–Así que te lo estás tomando en serio...

Él le ha enviado un correo a media mañana y otro cinco minutos antes de que saliera a almorzar. En uno le pregunta si se ha masturbado cuando se ha despertado y el otro es un mensaje donde le asegura que al pensar en ella se le pone «durísima».

–Qué lindo –comenta Suzie, mientras pulsa el botón de respuesta.

Empezó a hablar con Dom la noche anterior: al principio un poco desganada, distraída por la película de vampiros que estaba viendo en el portátil, y más tarde con creciente intensidad.

En su anuncio en la página web el tipo había ido directo al grano.

«Macho dominante busca una compañera de juegos menor de 30 años. Que no le tenga miedo a nada. ¿Te la juegas? Deja que controle tu cuerpo. Sé mi muñeca de trapo.» Había finalizado el mensaje escribiendo «un beso». A Suzie ese detalle le había gustado.

«Hola», había respondido ella. «He visto tu anuncio. Creo que podríamos pasar un buen rato juntos. Tengo veintiséis y estoy bastante bien. Ya he jugado antes a esto. Me encanta que me dominen y que me lleven al límite. ¿Soy tu tipo?»

Dom le contestó en menos de un minuto. Le aseguraba que estaba «deseoso» de saber más. Decía que «ansiaba» poder probarla. Le «consumía la necesidad de lamer las lágrimas de su rostro». Sus palabras tenían cierto lirismo que Suzie valoraba. A Suzie le gustan las palabras. Cursó un año de Literatura Inglesa en la universidad antes de que el trabajo de su prometido los obligara a trasladarse a Hull y decidieran que su sueldo era tan abultado que suponía una pérdida de tiempo para ambos que ella continuara con sus estudios. Cuando cortaron, poco después, ella encontraba consuelo en pocas cosas, pero una de ellas eran las palabras. Se apuntó a un curso de escritura creativa. Allí conoció al que se convertiría en su mejor amigo, el pavito real, un chico delgado, risueño y adorablemente absurdo.

Suzie había disfrutado con la charla que había mantenido con Dom la noche anterior. Le parecía auténtico. Lleva un par de años jugando a estas cosas y sabe que, nueve de cada diez veces, los tíos que se fríen el cerebro a base de enviarle mensajes en los que le suplican que haga realidad sus fantasías se acobardan a la hora de concertar una cita. Suzie ha practicado sexo vía mensaje con innumerables conquistas *online*, pero solo unos pocos han tenido agallas para presentarse en persona, y menos aún han sido capaces de cumplir sus promesas.

Quiero que me hagas llorar.

Suzie pulsa «Enviar». Aguarda un minuto. Espera que la respuesta sea inmediata.

Esto es lo más emocionante. Para ella el sexo en sí no es lo importante. Es el juego. El sentirse traviesa. La aprensión y la excitación que la hacen temblar y revolverse, inquieta, mientras consulta la pantalla del móvil una y otra vez, esperando un nuevo correo como una novia en tiempo de guerra que esperase una carta de amor.

¿Eres una chica valiente? ¿Quieres enseñarme todo lo que tienes?

Suzie sonríe mientras lee el mensaje y le da un trago a su zumo antes de contestar. Se había mentalizado por si el aluvión de mensajes de la noche anterior era cosa de un día. Está acostumbrada a las restricciones frecuentes del cibersexo: muy a menudo son a causa de una esposa que llega a casa temprano o que llama a la puerta del cuarto de baño.

Soy toda tuya.

Se queda mirando la pantalla durante un momento y, como no recibe ninguna respuesta inmediata, abre una de las páginas de internet guardada en sus favoritos. Echa un vistazo a los últimos diseños de tatuajes y se pregunta si le quedaría bien el pequeño

ramillete de dientes de león reseñado como «tatuaje del día». No está segura. Sus tatuajes son creaciones propias, aunque sobre todo está orgullosa de los lirios y las flores de cerezo rosas que le van desde los muslos hasta el nacimiento del cuello. Ella y su amigo acudieron al estudio el mismo día: él para adornarse con plumas de pavo real, ella para convertirse en un jardín chino. Los resultados fueron deslumbrantes. El que realizó los tatuajes no podía dejar de sonreír. Les tomó fotos desde todos los ángulos y les preguntó si les importaba que usara las imágenes para su material promocional. Ellos se sintieron halagados y consintieron, encantados con su propia belleza.

Quiero ver lo que eres capaz de hacer.

El mensaje salta en una esquina de la pantalla. Ella arruga la nariz un tanto decepcionada. Dispone de un tiempo limitado. No quiere que le envíe nada sugerente, sino algo sucio y muy obsceno.

De todo.

El recuerdo del día pasado en el estudio de tatuajes, felizmente doloroso, la deprime. Siempre le pasa lo mismo con esta clase de pensamientos. Han pasado seis meses desde que perdió a su mejor amigo. Medio año sin el chico con el que reía y lloraba, cotilleaba y jugaba, que se ató una cuerda al cuello y se colgó en la cocina del piso que habían estado planeando compartir.

¿Qué haces esta noche?

Simon solía mantenerla a salvo. Jugaban juntos a esto. Eran los mejores amigos. Amigos de verdad. Él la mantenía a salvo de sí misma, le proporcionaba cierta cercanía mientras ella se dejaba llevar por las aventuras amorosas que la hacían sentirse más viva. Ella le daba a él razones para sentirse amado y necesitado, una forma de escapar de los pensamientos oscuros que lo llevaban a recibir castigos y a sufrir abusos, y que amenazaban con hundirlo...

¿Me prometes que tienes tatuajes?

Suzie suspira, la excitación se le está pasando.

Florecitas rosas por toda la espalda. Mariposas en las muñecas. Una cremallera en la parte de atrás del muslo. Todos te suplican que los recorras con tu lengua.

No hay respuesta. Suzie se pregunta si la cosa terminará ahí. No se sentirá decepcionada. Así es el juego.

Su teléfono suena.

Esta noche. Quiero ver tus flores. Quiero ver que te portas como una chica mala.

Suzie esboza una sonrisita, a la vez que cruza y descruza las piernas mientras comienza a imaginarse que quizá esta vez sea de verdad.

No le da tiempo a responder antes de que el teléfono vuelva a sonar.

Ven sola.

A menos de un kilómetro de distancia, donde parece que llueve el doble...

Trish Pharaoh mira a su sargento de arriba abajo. Luego de abajo a arriba. Se coloca el vaso de café para llevar entre las rodillas. Extiende un brazo hacia delante. Agarra su corbata con ambas manos y la estruja como si estuviera estrangulando una anguila.

–¿Estás probando un nuevo desodorante? –le pregunta con dulzura–. Pues no está funcionando.

McAvoy aprieta los labios. Sonríe apenas, sin saber qué cara poner, decantándose finalmente por una cara de mentecato avergonzado. Es una expresión que acostumbra a poner cada vez que está en compañía de su jefa.

Pharaoh le suelta la corbata y se sacude el agua de la mano. Rodea con las palmas el vaso de plástico. Señala la lluvia, que asola la plaza desierta como si del oleaje se tratara.

–Esto es por tu culpa –le acusa.

McAvoy olisquea el aire.

–Proviene del mar... –comienza a decir a la defensiva.

–Cierra el pico.

Se aparta de él. Le da un trago a su café.

–A ti no te he traído ninguno –comenta, señalando su bebida. No suena para nada a disculpa–. Me figuré que si lo hacía pondrías una queja por intento de soborno o por acoso sexual.

McAvoy asiente con solemnidad.

–Joder contigo, Hector, eres una alegría de hombre.

McAvoy se disculpa. Agacha la cabeza.

Se encuentran bajo la marquesina de una joyería en Trinity Square. Los adoquines grises de la plaza brillan como recién barnizados a causa de la lluvia, y las grandes puertas de madera de la mayor iglesia de la ciudad, a menos de cien metros de donde se encuentran, están tan empapadas que han adquirido un color chocolate. McAvoy echa apenas un vistazo a su alrededor. Corta un pensamiento de raíz, antes de empezar a preguntarse cuánto tiene que llover para limpiar la sangre que fue derramada en el seno de la iglesia de la Santísima Trinidad hace solo unos meses...

–¿Han sido muy cabrones? –pregunta Pharaoh, terminando su bebida y haciendo un alto hasta que las campanas de Saint Mary, a unos ochocientos metros de donde están, dejan de dar la hora–. Me refiero a los de la Autoridad. Dicen que el tío nuevo es un abusón, ¿es así?

McAvoy todavía no se ha decidido.

–Te dice las cosas a la cara –contesta, tras pensárselo bien–. Es un tipo grande. Con una gran personalidad. Está muy bien informado.

Pharaoh se queda mirándolo, esperando algo más.

–Está al tanto de lo que hacemos. La unidad. Parece que lee los informes y que retiene los datos.

–Eso es lo último que necesitamos –dice Pharaoh, arrojando su vaso en una de las papeleras que abundan en la plaza.

–Quiere que hagamos progresos en el caso de las drogas, jefa. Quiere arrestos, redadas. Un poco de acción, según ha dicho.

Pharaoh pone los ojos en blanco.

–Quiere un escaño en el Parlamento, Hector. Quiere tener buena prensa para poder largarse a Westminster.

McAvoy no dice nada. Se lleva las manos a los bolsillos. Nota el bulto del teléfono embarrado. Pasa los dedos por el teclado. Se imagina a sí mismo sentado a la mesa de la

cocina de su casa, desmontando el aparato con delicadeza con herramientas de precisión aunque empuñadas por unas manos demasiado grandes. Se pregunta qué mosca le habrá picado para recogerlo y si tiene derecho siquiera a hurgar en el maldito trasto.

–Ojalá hubiera traído un paraguas –dice Pharaoh pensativa, observando cómo la lluvia castiga la plaza. Se queda mirando a McAvoy–. Aunque no cabríamos los dos debajo, ¿verdad? Tendrías que llevarlo tú. Ser mi esclavo durante un rato, ¿eh?

McAvoy aparta la mirada antes de que ella lo vea ruborizarse. Se dice a sí mismo que le toma el pelo por diversión, no por maldad. Recuerda todas las veces que se ha puesto de su parte. Que lo ha animado. Que ha arriesgado su carrera por apoyarlo.

–Vamos entonces –ordena, cuando queda patente que él no va a responder–. Vamos a mojarnos.

Pharaoh se aparta de la pared donde ha estado apoyada. Ha pasado ya los cuarenta, es una mujer curvilínea y normalmente va con botas de motero, un vestido por la rodilla y cazadora de cuero. No aparenta ser la jefa de la Unidad de Delitos Graves y Crimen Organizado de la policía de Humberside. Pero es jodidamente buena en su trabajo, trabajo que heredó en circunstancias difíciles, y dirige los egos y las neurosis de su equipo como una inspiradora maestra de primaria.

–¿De veras no quería verse con nosotros en algún lugar neutral? –pregunta McAvoy, con los ojos entornados por la lluvia–. ¿Quería que fuéramos a su casa?

Pharaoh se encoge de hombros.

–Le di la opción de escoger otro sitio. Ella pidió que fuéramos a su casa. En caso de que te lo estés preguntando, sí, la previne de los riesgos. Le dije que no se lo recomendaba.

McAvoy asiente.

–Sabe lo que se hace, supongo.

Esta vez es el turno de Pharaoh de quedarse callada.

Salen de Trinity Square y caminan en silencio hasta pisar el empedrado mojado de Dagger Lane. Se encuentra solo a un minuto de la ciudad vieja y a un paseo del puerto, al otro lado del tráfico de la calle de dos direcciones, con sus pubs vacíos y sus barcos que se balancean.

–Es una de las del final –dice Pharaoh, señalando con la cabeza la fila de casas adosadas de ladrillo rojo que ocupan la vieja travesía, cuyo enigmático nombre, «Calleja de la daga», se pierde en la noche de los tiempos.

–¿Y ella está segura de esto? –pregunta McAvoy.

–Eso parecía.

Pharaoh pulsa el timbre del adosado estrecho y anodino. Se gira hacia McAvoy.

–Ponte guapo, hombre. Ya sabes que le pones.

–Jefa, yo...

La puerta se abre.

Leanne Marvell tiene cuarenta y un años y, aunque ya no se dedique a trabajar de gorila de discoteca o a participar en campeonatos de culturismo, su puerta de entrada a los esteroides, sigue siendo una mujer corpulenta e impone físicamente. A pesar de no

ser demasiado alta tiene un físico masculino, y puede que sus músculos no estén tan bien definidos como aparecen en las fotografías de sus días como levantadora de pesas que ha visto McAvoy, pero todo indica que, si echaran un pulso, saldría ganando ella.

Una nariz grande es la única nota discordante en un rostro relativamente hermoso, en el que se dibuja una sonrisa al ver a McAvoy en su puerta.

–Aector –dice, sin mirar a Pharaoh siquiera–. No esperaba que tú también vinieras.

Con un gesto tímido, Leanne se alisa el pantalón de chándal gris y la barriguita que asoma debajo de su top deportivo desaparece milagrosamente cuando toma aire para encogerla.

–Déjanos pasar, Leanne –dice Pharaoh, poniendo los ojos en blanco–. Y no te sientas obligada a decir su nombre en gaélico, joder. Si nos ponemos quisquillosos debería ser Eichann. He leído sobre el tema. Nadie más se llama Aector. Es solo este capullo, que quiere ser así de raro.

Leanne les indica que pasen al recibidor. Se aprieta contra el cuerpo empapado de McAvoy mientras cierra la puerta.

McAvoy se dispone a hablar. Querría señalar que el origen de su nombre forma parte de un compromiso que alcanzaron su padre, hablante de gaélico, y su madre, angloparlante, cuando eligieron el nombre de su segundo hijo varón. Pero decide cerrar el pico.

–Tendréis que perdonar el desorden...

Leanne abre una puerta y hace pasar a los dos policías a un salón pequeño y desangelado. Contiene un sofá floreado de dos plazas, una mesita de café barata cubierta de paquetes de tabaco de liar y papelillos y una enorme pantalla plana de televisión. Hay una vieja chimenea de piedra en la pared más alejada pero no está encendida; solo hay dos cables pegados con cinta adhesiva a la piedra. Las paredes están empapeladas en tonos melocotón y rosa, y la única foto que hay colgada está torcida. Es un retrato de Leanne, cuando era más joven y estaba en forma, exhibiendo sus músculos con un bikini morado y un bronceado de rayos UVA mientras recogía un premio de manos de un hombre con la cabeza afeitada y demasiados dientes.

–¿Shaun no va a venir? –pregunta Pharaoh, quitándose el abrigo y colgándolo del respaldo del sofá. Luego saca un cepillo del bolso y lo utiliza para peinarse.

–Hasta dentro de unas horas, no creo –le responde Leanne a McAvoy–. ¿Quieres quitarte el abrigo, sargento?

–Estoy bien así –dice McAvoy, evitando mirar a Pharaoh de reojo.

–Siéntate, Leanne. Cuéntanos qué hacemos aquí.

Leanne se deja caer en el borde de la mesita. Luego mete un brazo debajo del sofá y saca una pesa de un tamaño formidable. Comienza a practicar con el brazo derecho. Si hacer ese esfuerzo le duele, no se le nota.

–Será esta noche –revela Leanne, mirando las zapatillas de deporte blancas y sucias que lleva puestas y la moqueta de debajo, más sucia todavía–. Lo prometo. Será allí esta noche.

–¿Estás segura?

–Lo he visto en su móvil. Él había salido. He estado leyéndolo todo el tiempo. Me siento como si lo estuviera espiando.

–Eso es lo que estás haciendo, querida.

–Lo sé, pero no me gusta la sensación.

–¿Él no lo sabe? ¿No tiene ni idea?

–Él confía en mí.

–¿Y tú estás segura? ¿De verdad que quieres continuar por este camino?

–No tengo elección.

Pharaoh asiente. Leanne ya ha tomado una decisión. La tomó hace meses, con la cara llorosa apoyada contra la pared del hospital Hull Royal, sangre en la ropa y un cigarrillo de Trish Pharaoh en los labios.

Ha llovido mucho desde los días en que Leanne representaba a su país en los campeonatos de halterofilia y recibía premios y trofeos de culturismo. Es uno de los personajes más pintorescos de la ciudad vieja. Sobria, es una mujer bondadosa, amable y considerada. Una buena amiga. Una vecina decente. Borracha, es un demonio. Es una fiera llena de rabia que perdió la custodia de sus dos hijos a manos de los servicios sociales y su trabajo a causa de su ficha policial. Ha sido condenada por tráfico de drogas, posesión y violencia, y se libró de que la sentenciaran por intento de asesinato porque su exnovio al final no quiso presentar cargos.

McAvoy ha leído y releído su expediente y siempre le ha costado conciliar la imagen de esta mujer coqueta y amistosa con las fotos que muestran el daño que ha causado cada vez que su rabia se ha desatado por culpa de los esteroides en su torrente sanguíneo.

A Pharaoh le llamó la atención su carácter. La noche en que los dos vietnamitas que cultivaban marihuana fueron encontrados en Hessle Foreshore, Leanne estaba en urgencias con Shaun, su novio, esposada a dos agentes de policía distintos, tras ser arrestada por atacar a su pareja con un sacacorchos. Se lo había clavado en la oreja y lo había apuñalado dos veces en el pecho antes de que él consiguiera liberarse tras estrellarle un cenicero metálico en la cabeza. Ninguno había sido capaz de explicar de qué habían estado discutiendo cuando fueron interrogados por los agentes uniformados que echaron la puerta de su casa abajo y los enviaron al hospital. Pero claramente se trataba de algo importante.

Mientras los arrastraban a la recepción del Hull Royal, Pharaoh estaba de pie en la cafetería más cercana, escuchando a uno de los médicos más jóvenes exponer el diagnóstico de los dos vietnamitas. Había estado concentrada en su café *latte* con el ceño fruncido, estremeciéndose ante la calma con la que el médico describía las heridas de la pistola de clavos en las manos y las rodillas de las víctimas, las quemaduras de su espalda y de su torso. Una herramienta para rascar pintura, había especulado el doctor. Convierte la piel en gelatina...

El médico había recomendado que ambas víctimas fuesen trasladadas de inmediato a una unidad especializada en Wakefield, donde sus heridas podrían ser mejor tratadas. Pharaoh había dado su aprobación. Lo había dispuesto todo. Hizo que bajaran de la planta a los dos hombres esposados a sus camillas. Había una ambulancia esperándolos

fuera. Una escolta policial. Pharaoh no estaba dispuesta a correr riesgos.

Y, entonces, uno de los dos vietnamitas distinguió a Shaun. Este estaba forcejeando con dos de los agentes, intentando que le soltaran las manos, desesperado porque le permitieran hablar con Leanne. Estaba diciendo a gritos que la quería. Que mataría a cualquiera que se interpusiera entre ambos. Que la perdonaba aunque su oreja y su corazón estuvieran sangrando.

Entonces Shaun se detuvo. Se quedó completamente callado. La ausencia de ruido fue mucho más potente que los gritos. Varias cabezas se giraron, incluida la de Pharaoh. Y vio la forma que tenía Shaun de mirar fijamente a los hombres que estaban bajo su custodia.

Se había quedado completamente pálido. Los agentes que lo sujetaban notaron que le abandonaban las fuerzas y lo redujeron en el suelo. Y los dos cultivadores de droga dejaron escapar una sarta de palabras desapasionadas, un galimatías que ninguno de los que estaban en el amplio vestíbulo supo interpretar, si bien le confirmaban a Trish Pharaoh que sus víctimas conocían a ese hombre y que lo conocían bien.

Una vez las víctimas fueron trasladadas a Wakefield sin problemas, Pharaoh apostó por su corazonada e insistió en que mantuvieran separados a Shaun y a la mujer que habían llevado con él.

Consiguió sus nombres. Buscó sus expedientes. Se familiarizó con su pasado criminal. Los antecedentes penales de Shaun solo incluían delitos menores. No había pasado nunca más de una semana entre rejas. Lo habían condenado por posesión de drogas y por participar en una reyerta. A Pharaoh le había impresionado más el expediente de Leanne. Había cumplido una pena de cárcel considerable y podía enfrentarse a otra.

Pharaoh la encontró en una habitación individual del hospital, esposada a un agente, con un médico cosiéndole la herida de la nuca y pidiéndole que hiciera lo posible por dejar de llorar, porque le estaba resultando difícil que los puntos le salieran pequeños.

–Va a dejarme, lo sé –sollozaba Leanne, sin dirigirse a nadie en particular y casi sin reparar en Pharaoh–. Es demasiado joven para mí. Tiene toda la vida por delante. No necesita esto, soy una carga para él...

Pharaoh le había pedido al agente que le quitara las esposas. Le preguntó al médico si había acabado. Y luego sacó a Leanne Marvell fuera y le puso un cigarrillo entre los labios.

Vulnerable, aterrada y colocada a base de un cóctel de analgésicos y esteroides, Leanne era la candidata perfecta para ser interrogada. Y Pharaoh lo había aprovechado. Le contó que dos cultivadores de cannabis vietnamitas habían sido hallados torturados y mutilados en la playa de Hessle Foreshore y que habían identificado a Shaun. Pharaoh había sido lo bastante prudente para no dar demasiados detalles. Había dejado que la imaginación de Leanne hiciera la mayor parte del trabajo. Y, por fortuna, McAvoy no había estado allí para pararle los pies.

A pesar de su formidable apariencia y la condena que había cumplido encerrada en prisión, Leanne se vino abajo. Le contó lo que sabía y le rogó que la ayudara a mantener a Shaun fuera de la cárcel.

A cambio, prometía ayudar a Pharaoh en todo lo que pudiera.

Ahora Leanne era oficialmente una informante de la policía y estaba al tanto de lo que le pasaría si les mentía. Y estaba a punto de ganarse su paga.

McAvoy, que legalmente está obligado a estar presente en todos los encuentros que Pharaoh mantenga con cualquiera de los soplones oficiales, le ha tomado cariño a Leanne. La mujer podría pasar por esquizofrénica del cambio tan grande que experimenta cuando bebe, pero aquí y ahora parece una buena persona, intentando hacer todo lo que está en su mano por su hombre.

–Él nunca puede enterarse –puntualiza, a pesar de que ya le han confirmado este punto–. Tenéis que decir que habéis perdido las pruebas o algo así. Él no puede ser el único al que no acusen por esto.

Pharaoh le pone una mano en la rodilla. Le ofrece un cigarrillo y luego se lo enciende.

–Nos hemos ocupado de todo, Leanne. Vamos a cuidar de ti.

Durante el transcurso de las distintas entrevistas ha quedado claro que Shaun es prácticamente un peón en la jerarquía de la banda que se ha apoderado del negocio del cannabis. Era poco más que un mensajero respetado por los trabajadores, un encargado de supervisar el traslado de la cosecha de un almacén a otro y de transportar a los vietnamitas que aún trabajaban para la banda, casi reducidos a prisioneros, de una propiedad a otra. No sabe nada de los matones que imponen mano dura en el negocio. No sabe de dónde salen las órdenes. Aun estando borracho, apenas le ha contado nada a Leanne sobre sus jefes, salvo que son blancos y que le provocan un miedo atroz.

–No soy una soplona –asegura Leanne, con el mantra que no ha dejado de repetir durante todos sus encuentros–. Sé que él ha hecho cosas malas. Pero nunca haría eso. No es una persona violenta, de verdad que no. No sé por qué lo culpan a él...

Pharaoh carraspea, tratando de que la conversación avance. Sabe que McAvoy no aprueba que ella permita que Leanne piense que han inculpado a su novio por torturar a los dos vietnamitas. De hecho ni siquiera es sospechoso. A través de un intérprete las víctimas han dado una descripción muy vaga de sus atacantes, pero han dejado claro que los hombres que los maltrataron eran piezas más importantes en el tablero, no el tipo que conducía la camioneta. No han proporcionado demasiados detalles en las descripciones. Hombres grandes. Blancos. Fuertes. Actuaban siguiendo las instrucciones de un hombre más pequeño, quien parecía estar pasándoselo en grande con todo aquello...

–¿Crees que podríamos empezar de cero? –pregunta Leanne de repente, bajando la pesa para concentrarse en su cigarrillo. Luego mira a McAvoy–. ¿Crees que podríamos volver a empezar?

McAvoy hace todo lo que puede por ofrecerle una sonrisa alentadora. Trata de no fijarse en sus ínfimas posesiones o en los signos de fragilidad y maltrato que su cuerpo empieza a mostrar.

–Cuidaremos de ti –asegura–. Lo prometo.

Con esas palabras sellan el trato.

Leanne asiente.

–El almacén junto al edificio Lord Line –dice–. En el muelle de Saint Andrew. Donde

solía ponerse la gente a pescar. Cerca del monumento conmemorativo.

McAvoy le sostiene la mirada a Leanne mientras Pharaoh comienza a marcar un número en su teléfono móvil. Se imagina el lugar. La oscuridad. La proximidad del Humber y sus aguas frías y profundas.

Recrea en su mente una zona que ya ha sido testigo de tantas muertes como para teñir de rojo las aguas.

Capítulo 5

18:24 horas. Aparcamiento del restaurante Peter Pang.

Los farolillos rojos tintinean y se balancean, desaparecen para luego reaparecer entre las sombras del tejado estilo pagoda.

McAvoy acecha. Escucha. Mira.

El sonido de las olas golpeando la madera y la piedra del malecón gris; el río Humber, ancho y marrón, confundiéndose con las nubes y la llovizna.

Las tormentas de la mañana no se han disipado del todo, ahora el cielo pende sobre sus cabezas, pesado y amenazador, con un color gris lapidario. El río, revuelto por los chaparrones, araña las vigas podridas del muelle de Saint Andrew. Flores muertas y tarjetas conmemorativas vuelan sobre el agua a merced del viento. A menudo la gente deja flores aquí. El muelle fue el hogar de la flota pesquera de Hull. Fue el último trozo de tierra firme que vieron miles de pescadores de arrastre que perecieron en el mar.

Siguiendo las órdenes de Pharaoh, McAvoy ha apagado su teléfono, pero después de dos horas en ese vehículo sin apenas espacio para moverse y sin nada que hacer más que mirar capós de coches y ladrillos, necesita hacer algo que lo mantenga alerta.

El móvil regresa a la vida con solo un movimiento de su pulgar. En la pantalla de lucecitas que se mueven bajo el cristal aparecen dos manecitas que intercambian un apretón. Un momento después el aparato vibra para alertarlo de tres nuevos mensajes de texto. Uno es de Roisin, que le dice que le quiere y que cuando llegue a casa lo estará esperando con la chaqueta de cuero roja que le regaló por Navidad y nada más. Los otros dos son de Pharaoh, en el primero le dice que está «ABURRIDA» y en el segundo que necesita echar una meada. McAvoy aprieta los labios para reprimir una risa.

–Pollo al limón –dice el agente Andy Daniells, olisqueando el aire–. Puede que gambas en salsa de ostras.

–¿Disculpa?

–Con salsa de judías negras, seguro. Nada de *satay*.

McAvoy aparta la vista de la mole distante del almacén y se queda mirando a su compañero.

Daniells, que diez segundos después de estrecharle la mano le ha contado que la doble ele de su apellido es de origen escandinavo y no galés, es nuevo en la unidad. Es un chaval de veintitantos afable y agradable, calvo y con una complexión saludable y rubicunda. Hace un mes que se trasladó del CID, el Departamento de Investigación Criminal, y desde entonces McAvoy siempre lo ha visto vestido igual. Seguramente en su juventud decidió que unos pantalones chinos arrugados azul marino, una camisa celeste y una corbata roja a rayas era el atuendo que mejor le sentaba y de ahí no pasó.

Los limpiaparabrisas rechinan con poca elegancia cada vez que repasan el cristal del Corsa, convirtiendo las gotitas en surcos. McAvoy baja la ventanilla, saca un brazo y utiliza la manga de su chaqueta para intentar conseguir que el cristal sea más apto para la vigilancia.

–¿Crees que este sitio tiene algo que ver con todo esto? –pregunta Daniells, haciendo un gesto en dirección al restaurante.

McAvoy se alegra de poder hablar de un tema más familiar y niega con la cabeza.

–No, hemos hablado con el dueño. Está limpio. Se saca una pasta con el negocio y no está dispuesto a arriesgarlo. ¿Sabías que John Prescott suele venir aquí habitualmente? Una vez se metió en problemas por aparcar en una plaza para discapacitados. Salió en los periódicos...

–Prescott, ¿ese no fue viceprimer ministro? –pregunta Daniells, sin avergonzarse en absoluto.

McAvoy se detiene a pensar un momento y se plantea si debería enseñar al joven detective la importancia de tener una buena base de conocimientos locales y de política, pero decide que este joven alegre y parlanchín ya lo irá pillando. Solo lleva viviendo en la costa un año o así, de modo que sigue teniendo un fuerte acento de los Midlands.

–Sí, fue el número dos de Blair.

–Entonces debió de hacer mucho por esta ciudad...

–Sí, eso es lo que cualquiera creería.

Continúan en silencio durante un momento y McAvoy, que nunca se ha mostrado cómodo en los *tête-à-tête* con sus compañeros de trabajo, empieza a sentirse cohibido. Vuelve a repasar sus notas, hurga entre los papeles que tiene en el regazo y mira el reloj una vez más.

–Es tarde –dice Daniells, levantando el brazo izquierdo del volante y mostrándole a McAvoy su reloj barato–. Ella dijo a las seis.

McAvoy se enerva. No puede evitarlo.

–¿Ella?

–Pharaoh. Dijo que a las seis.

McAvoy aprieta los labios con fuerza.

–¿Te refieres a la superintendente Patricia Pharaoh?

–Claro –dice Daniells, sin detectar el tono de advertencia en la voz de McAvoy. De repente se echa a reír, acordándose de algo–. ¿Has visto cuando estaba intentando ponerse el chaleco antibalas? Podríamos haberlo subido a YouTube...

–¿Cómo dice, agente?

Esta vez Daniells detecta el peligro.

–No pretendía meterme con ella, de verdad –se apresura a decir–. Es una gran jefa.

–Sí, lo es.

Se queda mirando el sombrío aparcamiento al otro lado de la ventanilla. Distingue la rueda de repuesto del furgón de vigilancia. McAvoy trata de imaginarse la escena que transcurre en el interior: Trish Pharaoh, Helen Tremberg, Ben Neilsen y media docena de agentes uniformados, todos apretujados e inquietos bajo una luz tenue, con las porras

extensibles listas y engrasadas, dispuestos a saltar a cada interferencia de la radio...

–Tenemos movimiento.

La voz de la radio pertenece al inspector jefe Colin Ray, el segundo en la cadena de mando de la unidad. Es un tipo desgarbado con ojos saltones y cara ratonil, con inclinación por los trajes de raya diplomática. Ya casi cincuentón, tiene la piel pálida y verdosa y es temido, respetado y despreciado a partes iguales. En el hipotético caso de que se avecinara el apocalipsis y que la ley y el orden se fueran al garete, muchos de los compañeros de Ray se complacerían en pegarle una buena paliza.

McAvoy trata de aguzar los sentidos. Espera que Daniells haga lo mismo.

Un Land Rover negro acaba de entrar en el aparcamiento, sus llantas se deslizan por el asfalto mojado despidiendo un sonido a dinero.

Daniells está a punto de meter la cabeza bajo el volante pero un gesto de la mano de su sargento lo detiene. «Nada de movimientos bruscos», trata de decirle McAvoy con la mirada. Nada que pueda alertar al ocupante.

–¿Es nuestro hombre?

Esta vez la voz pertenece a Pharaoh.

–Está demasiado oscuro, no puedo confirmarlo.

–Joder.

McAvoy nota la frustración en la voz de su jefa.

–¿Crees que son ellos?

La voz de Daniells suena excitada y nerviosa. McAvoy se pregunta en cuántas operaciones como esta habrá participado el joven policía.

–Tendremos que esperar.

McAvoy desearía estar en el furgón con Pharaoh y poder ofrecerle una sonrisa alentadora que le transmitiera que cree en ella y que todo saldrá bien.

–Atentos ahora –indica la voz de Pharaoh.

El Land Rover aún no se ha movido. Continúan detenidos en la diagonal opuesta de McAvoy y Daniells. Si tienen suerte, dos tipos fornidos se apearán y cruzarán los quinientos metros escasos de solar que los separan del almacén abandonado. Una vez dentro, Pharaoh dará una señal y su equipo se pondrá en marcha para arrestar a todos los que haya en el interior. McAvoy ocupa esta posición por si alguien intenta escapar de las redes: listo para cortar la carretera si alguien huye en un vehículo. Espera que el inspector jefe Ray y la inspectora Shaz Archer estén tiritando mientras montan guardia en el tejado de la tienda de muebles gigante que marca el final del polígono que atraviesa la carretera, antes de desembocar en este lugar medio acabado y deslucido. En el extremo opuesto del almacén hay dos coches patrulla de la Unidad de Apoyo Operativo aparcados, ocultos tras un muro de contenedores, listos para bloquearle la retirada a cualquiera que consiga escapar a la zona de carga del muelle, aún en funcionamiento.

Se oye de nuevo la voz de Pharaoh:

–Aguantad, niños...

Transcurren unos segundos.

Luego minutos.

–Vaya infierno de sitio, ¿no? –comenta Daniells en tono lúgubre, mirando el edificio de ladrillo al otro lado del parabrisas–. Todos esos pescadores...

–Arrastreros –murmura McAvoy entre dientes–. Los pescadores a secas se quedan en la orilla con una caña. Los pescadores de arrastre arriesgan sus vidas faenando en el mar en unas condiciones mucho más duras de las que te puedas imaginar.

–Solo quería decir que...

Daniells no tiene ocasión de añadir nada más.

Quemando rueda, el Land Rover sale pitando del aparcamiento.

La voz del inspector jefe Ray en la radio...

–Hostia puta...

El vehículo atraviesa el aparcamiento a toda velocidad pero, en lugar de girar a la izquierda para regresar directamente a la carretera, tuerce a la derecha y sale disparado hacia el solar lleno de escombros que queda entre el restaurante Peter Pang y el siguiente almacén ruinoso.

–¿Qué está haciendo?

McAvoy siente como si un puño se cerrara sobre su esófago. Agarra la radio pero con las prisas el micro se le escurre y va a parar al suelo. Cuando se inclina para recogerlo, los papeles del regazo también se le caen y lo revuelve todo hasta que consigue agarrar el micrófono con los dedos.

–Jefa, salid de ahí, es una trampa...

McAvoy no sabe por qué, pero acaba de abrir la puerta del coche. Podría haberle ordenado a Daniells que condujera. Nunca sabrá por qué no lo hizo.

Apenas ha corrido media docena de pasos cuando ve la luz. Ve cómo emerge la llama de la ventanilla oscura del Land Rover. Ve cómo tiembla y se agita mientras el vehículo se abre camino a toda velocidad a través de ese paisaje afilado. Ve que una figura asoma la mitad del cuerpo por la ventanilla del vehículo en marcha y que echa el brazo hacia atrás...

El Land Rover da media vuelta sin frenar apenas mientras se aproxima al pequeño cobertizo donde McAvoy ha entrevisto la rueda de repuesto delatora del furgón de policía.

Su grito de advertencia muere en su garganta. Por un instante la luz se eleva por los aires trazando un arco, destacándose contra el cielo oscuro, antes de bajar más y más... para estrellarse contra las puertas traseras de un furgón de policía hasta los topes de agentes, repentinamente prisioneros en un vehículo envuelto en llamas.

Capítulo 6

En casa.

El extremo de la urbanización Kingswood, a veinte minutos en coche del centro de Hull y lo bastante cerca de los pueblos de East Riding por un lado, como para compensar la proximidad del mayor barrio de viviendas sociales de la zona por el otro.

Este lugar es una simulación por ordenador: una extensión de casas idénticas con jardines del tamaño de una toalla; de coches de segunda mano comprados a plazos y salones cuadrados decorados con aparadores de saldo y sofás de las rebajas de enero, fotos del primer día de cole y muebles de Ikea negros y blancos.

Aquí, en la curva de una anodina calleja sin salida, hay una casa pintada de blanco y con ladrillo visto, un Corsa azul oxidado con dos ruedas subidas al bordillo, unas cortinas color marfil de buen gusto y un ligerísimo aroma a repostería...

Roisin McAvoy apoya la cabeza contra el pecho desnudo de su marido, repasando distraídamente los bordes afilados de una de sus muchas cicatrices con unos dedos delicados con las uñas pintadas de rojo.

McAvoy apenas si nota las caricias sobre su piel muerta. Todavía puede oler las llamas. Después de veinte minutos en la ducha frotándose la cara y el pelo con champú casero de romero y menta, aún no ha conseguido quitarse el tufo acre a petróleo y humo que se pega a su piel como una tela húmeda.

–¿Quieres otro?

Roisin se zafa de su abrazo y hace un gesto en dirección a la taza que su marido sostiene torcida y sin mucha convicción con el índice y el pulgar. Las nubes de azúcar se han fundido y forman una bonita cobertura sobre la capa de chocolate caliente de dos centímetros y medio.

–¿Aector? ¿Quieres otro?

–No, aún no –dice sin saber por qué–. Estaba muy rico.

–Es la canela –dice ella, radiante–. Es afrodisíaca, ¿sabes?

McAvoy lo sabe. Ya han tenido antes esta conversación. Roisin también lo sabe, pero en el pasado este tipo de comentarios han derivado en cosquillas y otras cosas divertidas, y a él le agrada que ella intente llevarlo a ese terreno de nuevo, a pesar de que no tiene fuerzas para el lapso de «tiempo de adultos» que claramente ella lleva ansiando todo el día.

–¿Estás seguro de que no te has golpeado la cabeza, cariño?

–Ni me acerqué, Roisin. Ni siquiera noté el calor de las llamas.

Nadie ha salido gravemente herido en la explosión. Ben Neilsen tropezó al salir del furgón y se hizo un corte en la mano. Una de las agentes usó demasiada laca antes de

ponerse el uniforme y, por un momento, cuando las llamas prendieron en su pelo, pareció una visión celestial, pero Pharaoh tuvo suficiente presencia de ánimo como para arrojarla a un charco de cabeza y la mujer no ha sufrido quemaduras significativas.

La operación no ha salido bien. El Land Rover se las arregló para despistar a los coches patrulla en el laberinto de edificios viejos de los muelles. El helicóptero, cuando por fin apareció, no fue capaz de rastrear la pista. Y cuando Pharaoh y lo que quedaba de su equipo echaron abajo el desvencijado portón de madera del almacén abandonado, con la esperanza al menos de salvar el día haciéndose con un alijo de marihuana, comprobaron que el lugar había sido abandonado. Unas largas mesas alineadas en mitad del espacio frío y oscuro cubiertas de tierra y hojas evidenciaban que el edificio se había utilizado para cultivar la droga pero, quienquiera que lo hubiera hecho, hacía mucho que se había marchado. Leanne no había contestado al teléfono y los agentes uniformados que enviaron a su casa aseguraron que estaba vacía, con las luces apagadas.

–Ella se pondrá bien –dice Roisin suavemente–. Pharaoh. Es una chica dura.

McAvoy mira a su mujer, tratando de identificar la expresión de su rostro. Aún no conoce a su jefa. A pesar de estar casada con un policía, Roisin no se siente cómoda en presencia de los representantes de la ley. Sabe que Pharaoh significa mucho para su marido y que no hay riesgo de infidelidad, pero McAvoy ha detectado que la voz de su mujer suena ligeramente más afilada cada vez que el nombre de Pharaoh sale a relucir.

–Por la mañana habrá una sesión informativa –comenta McAvoy–. O un interrogatorio, más bien. Veremos qué sacamos en claro de anoche. Lo primero que haré será intentar localizar a Leanne a primera hora. Estoy seguro de que ella nunca nos tendería una trampa. No es una mala persona. Solo está, ya sabes... Hecha polvo...

–Lo solucionarás, Aector. No te preocupes.

Se hallan en la cocina, apoyados contra la encimera. Roisin acaba de terminar de fregar los platos. Ha declinado la ayuda de McAvoy. En parte porque asegura que los hombres no deben ocuparse de las tareas domésticas y en parte porque su marido acostumbra a tirarlo todo y es un desastre.

–Oh, hoy me ha llamado un viejo amigo –comenta Roisin de repente–. Nos puede conseguir un Toyota, uno de esos con tracción a las cuatro ruedas. Dos mil libras y solo tres años de antigüedad...

Con un rictus de dolor, McAvoy se sonroja al instante. Desearía que su mujer no hubiera sacado el tema. No sabe cómo reaccionar cuando menciona a sus «amigos» y «contactos», y menos aún desde el follón de esa mañana con los gitanos. No cree que un coche de esas características haya sido adquirido de forma honrada. Teme que incluso sea robado. Se avergüenza de sus pensamientos y de los prejuicios que estos revelan, incluso contra la persona a la que más quiere en el mundo.

–Ya veremos –dice McAvoy–. El seguro todavía podría pagarnos.

Roisin suelta una carcajada burlona. La familia McAvoy está librando una batalla contra su aseguradora. Su utilitario fue reducido a cenizas una semana antes de Navidad, conducido por un asesino que lo estrelló contra un edificio de ladrillo y que pereció en la explosión resultante. McAvoy solo sufrió quemaduras leves. Esas heridas fueron una

nadería comparadas con el dolor de cabeza que les estaba dando el seguro. La compañía afirma que su póliza no cubría los accidentes «laborales». Se niega a indemnizarlos. A McAvoy ya lo han pasado al menos con una docena de departamentos distintos, todos compuestos por lo que parecen niñatos de doce años que no paran de reírse cuando leen la descripción del motivo que causó el accidente.

De repente se oye un llanto desganado proveniente del piso de arriba y Roisin cierra los ojos, frustrada. Tiene aspecto de estar cansada. Lilah está teniendo un día difícil y se lo ha pasado entero lloriqueando, sin querer comer.

–Voy yo –propone McAvoy, pero Roisin le hace un gesto con la mano, insistiendo en que se siente.

Él no quiere, por temor a quedarse dormido tan pronto como cierre los ojos. Su mujer pasa rozándolo, demasiado cansada para darse cuenta de que él ha extendido un brazo para abrazarla.

McAvoy se queda de pie a solas en la cocina durante un rato. Echa un vistazo en la panera y en la caja de galletas. Se come dos de mantequilla de cacahuete y echa un trago de leche directamente del cartón, frente al frigorífico, para quitarse las migas de los dientes. Busca algo que hacer. Distingue su abrigo encima de la mesita de la cocina y lo recoge para colgarlo en el armario bajo la escalera. Mientras lo hace, Roisin aparece en lo alto de la escalera. Lleva a Lilah en brazos y la niña tiene la cara enrojecida y los ojos llorosos.

–Voy a tirar esos pantalones –dice, haciendo un gesto en dirección al cesto de la ropa sucia junto al baño–. Están fatal.

Luego se agacha y recoge algo del suelo.

–Oh, esto estaba en el bolsillo.

Y le lanza el teléfono móvil.

McAvoy casi se había olvidado de él. Se sonroja al mirarlo.

–Un modelo bien pijo –comenta Roisin, en mitad de un bostezo–. ¿Vas a intentar arreglarlo?

McAvoy se pasa la lengua por el interior de la boca. Está a punto de decir algo para justificar su interés cuando se da cuenta de que Roisin no pretende que lo haga.

Se limita a asentir y a deleitarse con su sonrisa.

Una hora más tarde.

Una voz con acento irlandés, cortante de puro cansancio, exclama:

–Joder, vaya si lo es.

Roisin acaba de declarar que el hombre que está saliendo en la televisión es un gilipollas.

McAvoy levanta la vista, preguntándose de quién hablará su mujer.

Ha estado ensimismado, concentrado en un trabajo complicado. Se quita las gafas de lectura y deja que sus ojos se ajusten a la televisión gigante de pantalla plana que hay en una esquina de la habitación. Le recorre un escalofrío. Es el pajarraco. El señor carahuevo. El soplapollas de las noticias. «Ese gilipollas», si se le quiere llamar por su

nombre completo. Es toda una institución de Hull, un tipo que ha sido elevado al estatus de estrella local sin tener ni un solo admirador. Es flaco, una criatura repulsiva con pinta de comadreja, con la cabeza demasiado grande respecto a su cuerpo enjuto y un bigote extremadamente fino, con una piel tan bronceada que ha tomado el color de la arena mojada. McAvoy siempre ha tenido la sensación de que tiene cara de alguien que intentara acordarse si ha apagado el gas. Cómo consiguió el chollo de presentar las noticias locales es algo que siempre ha sido objeto de especulación, hay incluso quien sugiere que estuvo relacionado con un ritual complicado y con el sacrificio de una cabra.

–Oh, Dios, apágalo –suplica él, mientras se pregunta cómo no ha podido reparar en la voz del hombre hasta ahora.

–No puedo –responde Roisin–. ¡Socorro!

Le está dando de mamar a Lilah y le asoma un pecho por el escote de su camisón de leopardo, entrevisto entre los pliegues de su bata–. ¡El mando está allí! –exclama, en un arranque de desesperación fingida, gesticulando hacia el control remoto. Este parece mofarse de ella desde el otro extremo del sofá–. Estoy atrapada.

McAvoy pilla la indirecta. Tiene una bandeja sobre las rodillas con el móvil embarrado y todo un surtido de destornilladores, algodones y cepillos dispuestos en el brazo del sillón. Lo aparta todo y se levanta para dirigirse descalzo hasta Roisin. Coge el mando y se lo entrega. Ella lo recibe agradecida pero no alcanza a cambiar el canal.

–¿Qué tal va? –pregunta, señalando las herramientas.

McAvoy hace una mueca.

–No lo sé. Está prácticamente limpio. Tengo un adaptador y puedo cargarlo a través del portátil. La batería de mi viejo Nokia debería servir si la que tiene está frita. La tarjeta SIM está vacía, así que... No sé, desearía no haberlo encontrado nunca.

Roisin se echa a reír.

–No, eso no es verdad.

McAvoy vuelve a su sillón y Roisin, con cuidado de no mover a Lilah, toquetea los botones. Antes de que pueda cambiar el canal, el soplapollas presenta una noticia sobre los cambios en la composición de la Autoridad Policial.

–¿Qué tal te ha ido? –pregunta Roisin, acordándose de su reunión.

–Ha ido, a secas –responde McAvoy–. El nuevo presidente tiene algunas ideas interesantes. Podría llegar lejos.

–Suena como si quisieras mandarlo allí tú mismo.

McAvoy niega con la cabeza.

–No consigo decidirme. Supongo que tampoco importa lo que yo piense.

Roisin se ríe.

–Eso no te lo crees ni tú.

McAvoy le saca la lengua y vuelve a concentrarse en el móvil averiado, desconectando de la tele mientras su mujer se pone cómoda para ver su telenovela. Recuerda que tenía una taza de té, pero se imagina que la habrá dejado en algún sitio, mientras bañaba a Fin y le contaba un cuento, por lo que el té ya estará tan frío que no merece la pena buscar la taza.

Diez minutos más tarde, satisfecho con la mejor limpieza que haya podido hacerle al teléfono, desaparece en la cocina y se dirige al cobertizo por la puerta trasera. Se encuentra en el pequeño patio, apenas nueve baldosas, junto a la caja de arena y la mini-cama elástica. Su aroma a serrín y a témpera, aceite de linaza y soldadura, le recuerda a su padre. Tiene que aferrarse a este tipo de lazos. No se dirigen la palabra.

Las herramientas de McAvoy están cuidadosamente dispuestas en la pared. Cada pieza está delineada con rotulador negro para así poder saber al instante si algo no está en su sitio. Abre un cajón de plástico y hurga en la colección de cables y clavijas. Tiene la costumbre de guardar cosas dispares que considera demasiado interesantes para tirar, herencia de las estrecheces pasadas en su juventud.

Escoge un puñado de cables y los lleva consigo al salón, deteniéndose por el camino para recoger su portátil de la cocina, donde lo ha dejado cargando. Si no tuviera las manos tan llenas de cosas se haría con otro trozo de pastel de merengue de limón que hay en la bandeja junto al microondas, pero antes de que pueda plantearse meter las zarpas en el dulce, la voz de Roisin lo reprende desde el salón.

–Deja eso. Ya te has comido dos trozos.

McAvoy regresa al salón con la cabeza gacha: lo han pillado.

–No iba a tomar más...

–Embustero. –Roisin arquea una ceja, con gesto gatuno–. ¿Acaso no te alimento bien?

McAvoy se queda mirando su torso tamaño tonel, sus pantorrillas y sus muslos macizos, constreñidos por unos vaqueros recortados y una camiseta de rugby, como si estuviera a punto de metamorfosearse en Hulk.

–Está taaaaaan bueno... –dice, como un niño pidiendo más tarta.

–Haré otro el fin de semana. Uno no siempre consigue lo que quiere.

Lo dice de tal manera que los dos se echan a reír sin necesidad de añadir nada más.

Un rato más tarde, después de maldecir discretamente y de pincharse varias veces el pulgar, McAvoy ha conseguido confeccionar un adaptador casero con un viejo cable de teléfono y está enchufando el móvil a su portátil.

–Allá vamos. –Pulsa el botón de encendido en el teclado.

Roisin, que está bostezando y tratando de mantener los ojos abiertos para ver los créditos del programa, apenas tiene fuerzas para fingir interés.

–¿Funciona? –pregunta mientras cambia a Lilah de postura para estar más cómoda.

McAvoy está demasiado absorto en el ordenador como para contestar. Nunca había usado este *software* antes, se lo ha descargado de una página especializada en recuperación de datos, recomendada por un compañero de la Unidad de Soporte Técnico.

–¿Aector? –lo llama su mujer, arrastrando las palabras.

McAvoy levanta la vista. Roisin está a punto de quedarse dormida, se ha acurrucado y no está ni sentada ni tumbada, las piernas dobladas hacia un lado. McAvoy aparta a un lado el ordenador y va hasta ella y coge a Lilah de entre sus brazos indolentes. Su hija se revuelve y le hace un mohín, lanzando un gritito como si desaprobase que la molestaran, pero su padre se la acerca al pecho y la calma hasta que cae en un sueño ligero. Vuelve a

sentarse en el sillón y observa la pantalla mientras la memoria del teléfono se va transfiriendo a su portátil.

–Mira lo que ha hecho papá…

La cara de su hija se refleja en la pantalla parpadeante, convirtiendo sus mejillas de albaricoque y su frente suave color almendra en un *collage* iridiscente de imágenes, palabras, números, nombres…

Lilah vuelve a espabilarse. Se incorpora y agarra la oreja de su padre. La sostiene, como si estuviera decidiendo si conseguiría algo dándole un tirón, pero luego la suelta cuando siente que su padre le acaricia la barbilla con los nudillos.

McAvoy sostiene a su hija de modo que pueda ver la pantalla.

–Creo que esto podría haber funcionado –le dice al oído con delicadeza, como si estuvieran compartiendo un secreto.

Ella mira la pantalla con los ojos como platos, intrigada y fascinada. McAvoy sonríe y comienza a leer.

–¿Qué tenemos aquí?

Cubre los ojos de Lilah con la mano. El movimiento es inesperado y Lilah suelta un chillido de miedo que suele ser el preludio del comienzo del llanto.

En el sofá, Roisin se endereza de un brinco. Ve a su marido tapándole los ojos a su hija, colorado como un tomate, señalando el portátil con la cabeza como un loco.

–Por Dios…

Bostezando, completamente exhausta, demasiado cansada como para andarse con miramientos, Roisin se desliza hasta el suelo y va hasta ellos de rodillas. Coge a Lilah de entre los brazos de su marido y la estrecha entre los suyos, cantándole a duras penas parte de una canción. A base de mecerla y arrullarla, Lilah se calma y Roisin se pone en pie achacosamente.

–La llevaré arriba –dice esta vez con más dulzura.

Su mirada se encuentra con la de su marido y consigue guiñarle trabajosamente el ojo. Es su disculpa por haber sido brusca y McAvoy, que nunca ha sabido de dónde saca ella su amor por él, desearía que no se sintiera obligada a justificarse.

Cuando se cierra la puerta, vuelve a mirar la pantalla del portátil. Se centra en el puñado de mensajes legibles que se intuyen entre una maraña de cifras, letras y código informático. Se sonroja aún más si cabe. Siente la necesidad de cerrar la puerta con llave y echar las cortinas.

–Joder…

Un minuto después, Roisin regresa a la habitación. Lo mira a los ojos y abre los brazos, declarando que es toda oídos.

–El teléfono… –empieza McAvoy.

–¿Has conseguido hacerlo funcionar? Bien hecho.

–Sí, pero… –Se detiene. Pone cara de travieso.

–¿Qué?

–«Quiero que penetres en mi interior. Quiero arquear la espalda como un gato, apretarme contra ti, tu miembro tan dentro de mí que sienta que respiro por ti…»

–¡Hostia puta!

El cansancio se le olvida por un momento a su mujer y le falta tiempo para atravesar la habitación, pasar por encima del brazo del sillón y caer en sus brazos, haciendo saltar la clavija que conecta el teléfono con el portátil. A McAvoy no le importa. Esto es divertido.

–¿Hay más? –pregunta ella, mirando el portátil.

McAvoy levanta una mano para señalar la pantalla y luego se detiene. Su esposa, una mujer brillante, ingeniosa, guapa y talentosa, fue criada en el nomadismo. Estuvo escolarizada esporádicamente y de forma discontinua. Le cuesta trabajo leer, a pesar de la paciencia que él ha empleado para ayudarla a desarrollar cierto amor por las palabras. Entonces escoge otra frase al azar y se la lee.

–«Haz conmigo lo que quieras. Soy un juguete para dar placer, un trozo de carne que espera ser azotado, arcilla para moldear con tus manos... un receptáculo a la espera de que lo llenes con toda tu frustración y tu rabia...»

Roisin suelta una risita y se estrecha contra su cuerpo. Son dos adolescentes leyendo el diario de un amigo: dos chicos traviesos que saben que lo que hacen está mal, pero que están encantados de hacerlo.

–«Quiero sentir tu respiración contra mí, la cuerda horadando mi piel...»

–Es muy buena –apunta Roisin apreciativamente–. Apuesto a que a él le encantó.

–«Quiero esculpir tu rostro con mi mente. Tu identidad seguirá siendo la desesperada fantasía que ya hizo que sintiera tu lengua en mis hombros, tu mano en mi polla...»

McAvoy se detiene en seco y Roisin contiene la respiración. Luego suelta un bufido.

–¿Son dos tíos?

McAvoy se sorprende a sí mismo haciendo una mueca y se ruboriza, desde la frente hasta el cuello, sintiéndose culpable. Como buen liberal, se desprecia a sí mismo con todas sus fuerzas.

–Bueno, no hay nada de malo en que...

Roisin está riéndose.

–Pero si te estaba encantando –dice ella para provocarle.

–Igual que a ti –protesta él, aceptando que no hay forma de salir de esta con dignidad. Se limita a echarse a reír y a enterrar su cabeza en el pecho de su mujer.

–¿Te has puesto cachondo? –le pregunta, seductora, tratando de meter una mano bajo su camiseta.

–¡No! –Luego añade tímidamente–: Un poco.

–Yo también –confiesa ella, apretando su rostro contra el suyo.

Capítulo 7

«Como una zorra», le ha escrito él, después de que Suzie le preguntara si tenía alguna preferencia en cuanto a su vestimenta. «Como una chica mala.»

Lo cierto es que ella no ha sabido interpretar estas indicaciones, pero supone que no implican llevar una bufanda Disney o una mochila de los Osos Amorosos.

Aun así ha disfrutado disfrazándose y, al mirarse en el espejo del interior de la puerta del armario, le ha gustado lo que ha visto. Ha conseguido encontrar un atuendo entre su explosión colorista de prendas que, en su opinión al menos, se podría calificar de putón.

Ahora está tiritando con el vestidito azul y la chaqueta de cuero de segunda mano que le llega hasta las rodillas desnudas. Se ha recogido el pelo y se ha maquillado lo bastante como para asegurarse de que no se hará daño en la cara en caso de caída.

Los zapatos altos en los que ha insistido su compañero de juegos están en el asiento del acompañante de su Fiat Panda. Los tacones de aguja no paraban de enredarse en la alfombrilla cada vez que pisaba el acelerador, así que se los ha quitado en el último semáforo. Ahora va conduciendo descalza, no sabe muy bien si le gusta o no el tacto del barro húmedo y del metal en la planta de los pies.

Hace una noche de perros. La lluvia es como una cortina húmeda extendida sobre la carretera a oscuras. Ni siquiera parece que esté cayendo, solo cuelga en mitad de la atmósfera opaca y helada, omnipresente como un fantasma, dispuesta a calarte hasta los huesos.

Suzie desearía que Simon estuviera con ella. Puede imaginárselo sin hacer ningún esfuerzo; es como si lo viera, fumándose un cigarrillo de liar en el asiento del acompañante y diciéndole lo guapa que está.

Ese deseo no es nada nuevo. Suzie anhela tanto que Simon vuelva que prácticamente reza por ello. Pero esta noche tiene más bien una vaga sensación de inquietud, de preocupación por su seguridad, en lugar de ganas de reír y charlar con su mejor amigo.

Son casi las nueve de la noche. Esta es su tercera visita a este lugar pero es la primera vez que viene sola.

Recuerda el mensaje que le envió Simon cuando ella le contó que había oído que existía un punto de encuentro donde parejas y solteros podían practicar el sexo con desconocidos en la carretera de la costa, camino de Bridlington.

«El área de descanso de Coniston... el lugar donde los sueños se hacen realidad.»

Situada a dieciséis kilómetros del centro de la ciudad, entre dos pueblos medianos, esta pequeña vía de servicio se ha vuelto muy conocida dentro de determinados círculos. Aunque a Suzie no le gusta demasiado la expresión, según los periódicos es un sitio de «cancaneo». Es un punto de encuentro para los que acuden solos y un lugar donde las

parejas hacen alarde de exhibicionismo para disfrute de tipos a los que les gusta pasar el tiempo libre sentados dentro de un coche a oscuras. Todos y cada uno de ellos desean que el próximo par de faros que vean en el retrovisor anuncien una mamada y no a la policía.

–Suze, en serio, ¿qué es lo que estás haciendo?

Se hace la pregunta mientras maniobra despacio para acceder con su coche diminuto y destartalado a la entrada sombría del área de servicio.

En más de un kilómetro y medio a la redonda no hay ni una casa.

Suzie siente los nervios y la excitación en el estómago, en los muslos, pero definir eso como deseo sexual sería inapropiado. La verdad es que no hace esto por el sexo. En realidad no. Quizá sea solo para demostrarse a sí misma que está viva. Significa ser alguien que no solo fantasea, sino que consigue que las cosas ocurran. Lo hace porque cree que privarse de la excitación es de débiles.

En los años que duró la relación con su prometido, el sexo era simplón y rutinario. La vida no estaba mal. Una cosa intermedia. Segura. Cuando se le rompió el corazón, Suzie se sintió perdida. Hizo cosas que nunca antes habría imaginado. Encontró reservas de lujuria y rabia a partes iguales y cometió errores que la catapultaron a una nueva forma de existencia. Fue en busca de rollos de una noche y líos con los compañeros de la oficina, cópulas sudorosas en baños de discoteca y en el asiento trasero de los coches. Empezó a leer novelas eróticas y a ver películas porno. Se compró juguetes con los que complacerse cuando no podía encontrar una pareja. Cada vez que comenzaba una conversación, dejaba claro que calentar no iba con ella. Que lo suyo era jugar en serio.

En uno de estos encuentros conoció a un hombre atractivo mayor que ella que advirtió su ansia por lo desconocido. Le había enseñado varias páginas web y foros donde personas que pensaban como ellos podían disfrutar de un poco de diversión adulta. Y ella se había lanzado de lleno a esa vida. Comparado con este, el sexo corriente pronto pasó a ser considerado algo aburrido e insípido. Adoraba la sordidez y la bajeza de estos emparejamientos y tríos hasta tal punto que rechazaba las citas con potenciales novios por verse a altas horas con desconocidos.

Simon era el único amigo que sabía todo eso. Algo sucedió poco después de conocerse que los unió en una amistad sin prejuicios. Ambos eran libres de ser ellos mismos, significara lo que significase eso. Se unían el uno a la otra en sus juegos y se reían de sus aventuras. Ella no podía hablar con otros colegas del tema. No podía soportar sentirse juzgada o, peor aún, analizada. No quería oír sus comentarios horrorizados sobre qué vacío en su corazón o qué golpe en la cabeza la habían obligado a someterse a ese tipo de abusos y degradaciones.

En realidad no quiere pensar en nada de eso. Solo sabe que se siente como si estuviera viviendo la vida en colores en lugar de en blanco y negro.

–Ojalá estuvieras aquí, Si. ¿Qué coño estoy haciendo?

Hay dos vehículos en el área de descanso. Un coche familiar grande está aparcado a la derecha de Suzie, a la sombra del montón de guijarros y tierra que oculta esta zona de la vista y hace de ella un lugar idóneo. Las luces y el motor están encendidos.

En la distancia puede distinguir la forma de otro coche. Es oscuro y pesado, tiene las luces apagadas y no se distingue al ocupante.

Suzie ha estado escuchando la radio distraídamente. Se ha producido algún tipo de accidente en el muelle de Saint Andrew. Han lanzado un cóctel molotov contra un furgón de policía y dos agentes han sido trasladados al hospital. Se pregunta si será el furgón con el radar de velocidad; en su fuero interno espera que lo sea.

Suzie respira hondo. Aparca en el lado opuesto del área de descanso donde se encuentra el coche familiar. Se pregunta a quién está a punto de follarse.

Al resplandor de los faros de su coche puede distinguir que el conductor es bastante alto. A esta distancia puede intuir que es un hombre de mediana edad, pero es difícil saberlo con seguridad. A decir verdad, da lo mismo.

Cierra los ojos y trata de calmarse. Ha hecho cosas mucho más diabólicas que esta. Ha estado metida en juegos mucho más peligrosos que este. Pero en el pasado Simon siempre estaba ahí para cogerla de la mano.

–Dios, cómo te echo de menos.

Durante las primeras semanas que pasó sin él este tipo de cosas no le apetecían. No entró en ninguna página web de las que solían divertirla tanto. No envió ningún mensaje guarro ni cerró sus correos electrónicos con un beso. Pero cuando la pena se hizo más llevadera, el deseo volvió a aparecer. La primera vez que fue a una fiesta de intercambio de parejas sin él hubo lágrimas, pero no tantas como para inhibirla. La noche fue bien. Se divirtió. Hizo nuevas amistades. Prometió regresar al siguiente encuentro. Incluso le había dicho a su compañero de juegos de hoy lo mucho que esperaba que pudiera asistir con ella.

Suena el móvil que está en el asiento del acompañante y Suzie pega un respingo. Lo coge y lee el mensaje.

Ve y hazle feliz.

La excitación del momento le pone la piel de gallina. Extiende el brazo hacia el asiento de al lado para alcanzar sus tacones y se calza los pies fríos, consciente de lo mucho que le tiemblan los dedos cuando cierra la hebilla. Echa un vistazo rápido a su reflejo en el retrovisor casi a oscuras y baja del coche.

Una corriente de aire le abre la chaqueta de cuero y Suzie siente que le tiemblan las piernas mientras avanza dificultosamente con los tacones por el asfalto, acortando la distancia que la separa del vehículo, ahora a unos pasos de ella.

El hombre del interior del coche la observa aproximarse. Casi alcanza el techo del vehículo con la cabeza. Tiene una cara larga y chupada y gafas sin montura. Lleva un traje bonito y se ha aflojado la corbata casi hasta mitad del pecho. Tiene el rostro enrojecido y se aprecia una capa de sudor en el cuero cabelludo, bien visible. Cuando baja la ventanilla, a Suzie la asalta un tufo a alcohol. Al inclinarse hacia delante para hablar con él, ve que el hombre ya se ha desabrochado los pantalones.

–¿Quieres jugar?

La frase suena tonta y falsa dicha en voz alta, pero no se le ocurre nada mejor.

El hombre parece atónito y Suzie se pregunta si realmente esperaba follar esa noche o

si solo había venido para averiguar si los rumores eran verdad.

–¿Tenías algo en mente?

Su voz le llega pastosa pero no tiene forma de saber si es por la bebida o por los nervios.

–Aquí fuera hace frío –dice Suzie, intentando sonar sexi.

–¿Quieres entrar?

Suzie recuerda las instrucciones que le han dado. Se pregunta si su nuevo amigo estará observándola. Si está sentado en el coche más alejado, sonriendo mientras ella hace realidad su fantasía sin que le vea la cara siquiera.

–¿Por qué no sales aquí conmigo? El capó de tu coche parece taaaaan cómodo...

El hombre forcejea con la portezuela del coche. Se apea del vehículo al tiempo que una botella de Jack Daniel's medio llena cae al asfalto. El hombre le propina una patada que la manda debajo del coche y se pone en pie. Necesita agarrarse al coche para mantener el equilibrio y tiene los ojos medio cerrados.

El hombre le saca treinta centímetros a Suzie y le dobla la edad.

Ella levanta la vista para mirarlo. Decide que no va a besarlo.

Se pregunta si esto estará poniendo cachondo al espectador. Se siente mínimamente excitada, pero tiene más que ver con el hecho de estar allí porque se lo han ordenado y la están observando que con las ganas de tener relaciones sexuales con este hombre.

Decide ir directamente al grano. Extiende el brazo y le aprieta la entrepierna. Él gime y Suzie se pregunta durante cuánto rato habrá estado excitándose, aquí, solo, en la oscuridad.

–¿Puedo lamerte? ¿Chuparte? ¿Ahí abajo?

Ella no quiere que lo haga y el que esta noche mueve los hilos tampoco le ha ordenado que acepte este tipo de placeres.

Ella niega con la cabeza.

–Fóllame. Ahora.

Suzie camina de la forma más sexi que puede hasta situarse delante del coche. Nota el capó cálido y vibrante al tumbarse sobre él, boca abajo, escuchando el rumor del motor. Sin mediar palabra, se levanta el vestido. La sensación del aire frío nocturno y la llovizna sobre su piel desnuda es maravillosa.

Un momento más y él está detrás de ella, todavía con la ropa puesta, apretando su erección contra sus muslos.

Suzie desearía tener el teléfono a mano. Desearía poder escribirle a su nuevo amigo para preguntarle si está disfrutando del espectáculo.

Oye el ruido que hacen los pantalones al caer al suelo mojado. Siente unos dedos rudos e inexpertos entre sus piernas y luego una mano en su pelo.

Suzie aprieta la cara contra la carcasa húmeda del coche. Nota que el hombre busca a tientas una forma de penetrarla.

–Acaba de una vez –murmura contra la palma de su mano.

Se oye un coche.

Un motor grande y poderoso que vuelve a la vida. Unas llantas gruesas y caras sobre el

asfalto mojado. El chirrido repentino provocado por un pie que pisa el acelerador.

Suzie se da la vuelta. Mira más allá de donde está el hombre que la embiste entre gruñidos. Abre los ojos como platos. Siente verdadero terror.

El otro coche va directo hacia ellos, está apenas a unos metros de distancia y acelera.

Le sale un grito ahogado. Un sonido antinatural que se le agarra a la garganta.

Desesperadamente echa al hombre hacia atrás pero este la sujeta contra el capó del coche. Lo oye gruñir y tambalearse mientras intenta que se esté quieta.

–¡Apártate de mí!

Suzie sabe que está a punto de morir. Se pregunta si fue así como Simon se sintió cuando se ahorcó.

Y entonces se revuelve, chilla, se zafa de su opresor: el rugido del motor del coche ahoga sus gritos mientras exclama «¡Muévete!».

Es libre. Se arroja al barro de la cuneta de la carretera.

Se da la vuelta justo a tiempo de ver cómo el 4 x 4 embiste al hombre cuando este se disponía a darse la vuelta, aplastándolo contra el capó de su coche, metal contra carne.

Está atrapado entre ambos vehículos, con las piernas y las nalgas aún al aire; los faldones de la camisa están cómicamente divididos como un telón que dejase al descubierto una erección moribunda.

Suzie no es capaz de emitir ningún sonido. Tiene la garganta bloqueada. Tampoco puede cerrar los ojos. Se queda mirando, incapaz de apartar la vista del hombre y de esa boca abierta y jadeante, como si fuera un pez expirando su último aliento, mientras la cabeza se le inclina hacia el capó del vehículo, que lo mantiene en pie.

Suzie está despatarrada en el suelo frío. Está mojado. Se ha clavado unas piedras al aterrizar y le sangran las rodillas. Tiene la boca abierta, como imitando al hombre moribundo.

Por fin consigue taparse la cara con las manos sucias. Bloquear la escena durante un momento. Evitar que su memoria retenga más imágenes.

Solo vuelve a mirar cuando oye moverse el vehículo grande. Levanta la vista y observa que el 4 x 4 da marcha atrás, se detiene y luego traza un semicírculo. No vuelve a detenerse. El ruido que provoca una bota pisando a fondo el acelerador resuena en los oídos de Suzie.

Un momento después está sola, sentada en la cuneta del área de servicio, viendo cómo el extraño cae al suelo como si estuviera hecho de papel mojado. Sus piernas son un amasijo turbio de piel, sangre y hueso.

Suzie se obliga a moverse. Se baja el vestido como si de repente temiera que la vieran. Avanza, con pasos vacilantes, hasta donde yace el hombre.

–Lo siento –dice, aunque las palabras se le atragantan.

Regresa a su coche tambaleándose. Forcejea con la puerta. Llora. Intenta introducir la llave en el contacto una docena de veces. Se rompe un tacón al pisar el acelerador.

Recorre ocho kilómetros conduciendo con manos temblorosas antes de ocurrírsele llamar a emergencias.

Conduce otros tres kilómetros hasta encontrar una cabina de teléfono.

Casi ha llegado a casa cuando tiene la feliz idea de dar media vuelta para borrar las huellas del auricular.

Capítulo 8

Lilah está berreando. Está muy agitada. Da patadas con sus rechonchas piernecitas color salchicha cruda. Se está dejando las mejillas en carne viva de tanto llorar.

–Por favor, pequeña. Por favor...

McAvoy tiene la manaza extendida sobre la barriga revuelta de su hija, tratando de calmarla con un suave masaje de dedos.

Se inclina sobre la cuna. Llena el pequeño mundo de su hija con su cara. Trata de transmitirle sinceridad, de convencer a ese bebé asustado y revoltoso de que no hay nada que temer. Que papá está aquí. Que nunca tendrá que sentirse asustada, ni sola, ni triste...

La levanta y la estrecha contra su pecho. Le acaricia la suave pelusilla que le cubre la cabeza tibia. Trata de calmarla, poniendo una mejilla donde empieza a despuntar la barba contra su piel suave e inmaculada.

Poco a poco, Lilah se calma. Con una de sus manitas descubre el labio inferior de McAvoy y se aferra a él territorialmente mientras vuelve a caer en el duermevela.

A McAvoy le parece bien que su hija reclame todas las partes de su cara que le apetezcan; se inclina contra la pared y mira a través de la ventana. Contempla la urbanización, todo tan simétrico, tan nuevo, tan homogéneamente insulso.

Se concede un instante para el recuerdo. Evoca las ventanas empañadas. El aroma a turba quemada. El suelo de piedra helado de la pequeña granja familiar. Y esa vista: los campos ondulantes de brezo y turberas que desembocan en las aguas negras del Loch Ewe...

Se sacude el recuerdo de la cabeza. Se concentra en el presente. En Hull. En su cielo y sus calles.

McAvoy nunca ha tenido necesidad de usar la palabra en una conversación, pero se imagina que el color del cielo al alba, a medio camino entre el negro tiznado de naranja de la noche y el gris encapotado del día, podría definirse como «isabelino». Es un término que leyó en un libro cuando era niño y, gracias a su rocambolesco origen, se instaló en su memoria. La palabra remite al color grisáceo y amarillento propio de los pergaminos, el mismo que supuestamente había adquirido la ropa interior que llevaba Isabella, archiduquesa de Austria, al término de los tres años que duró el asedio a su castillo.

Es una palabra que siempre le hace arrugar la nariz pero parece extrañamente apropiada para definir este amanecer húmedo y pálido.

McAvoy echa un vistazo a su reloj. Acaban de dar las seis.

Se queda escuchando por si se oyen otros sonidos en el interior de la casa pero, a

excepción de la respiración tranquila de Lilah contra su pecho, todo está en silencio. Roisin y Fin aún duermen. Tiene un momento para sí mismo.

Sin hacer ruido va hasta la cuna y tiende a Lilah dentro. Avanzando de puntillas, abandona la habitación y cierra la puerta tras de sí, a sabiendas de lo ridículo que debe parecer: un hombre de su tamaño andando de puntillas como un ladrón, vestido solo con unos calzoncillos e impregnado de olor a humo y falto de sueño.

Extrae el teléfono móvil del bolsillo de los pantalones que hay tirados junto a la puerta del dormitorio, junto con la corbata, los calcetines y los calzoncillos que ha elegido para ponerse. Está acostumbrado a marcharse a horas intempestivas. No le gusta despertar a su mujer vistiéndose en el dormitorio.

Luego baja las escaleras mientras escucha los mensajes de su contestador.

Entra en la cocina, se sirve un vaso de leche y le añade un chorrito de sirope de fresa. Se lo bebe al instante de un trago.

Un momento después se dirige de nuevo escaleras arriba. Se pone la ropa y escucha el mensaje de voz; desearía con todas sus fuerzas haber podido responder a esa llamada cuando sonó a las dos de la mañana.

–McAvoy, al habla Pulis, sargento de guardia de la comisaría de Queens Gardens. Acaban de pasarme su petición. Lo siento, hasta ahora no había caído en la cuenta. Shaun Unwin, ¿verdad? Creo que está buscándolo a él o a Leanne Marvell. Shaun ha estado aquí con nosotros. En una celda. Se supone que tenemos que ponerlo en libertad a primera hora, pero puedo retenerlo si me avisa...

Veinte minutos después McAvoy está atravesando a paso ligero Queens Gardens. El cielo todavía no se ha abierto para dar paso al chaparrón que oculta, pero el aire es húmedo y la mañana gris. Agradece haberse parado a coger el abrigo largo de lana del respaldo del sofá antes de abandonar en silencio la casa. Ha empujado el coche con el freno de mano quitado dos calles enteras antes de arrancarlo. Quiere que su familia duerma profundamente.

Sigue el camino enlosado que recorre estos jardines tan bien cuidados repletos de estanques para patos y césped hasta llegar a las escaleras que llevan a la fachada de hormigón y cristal de la comisaría de policía de Queens Gardens.

El sargento que hay en el mostrador tras el cristal enarca las cejas cuando entra su colega y levanta la vista para mirar el reloj situado tras él.

–Dios, te has levantado con el gallo.

–Shaun Unwin –declara McAvoy encaminándose a la recepción–. ¿Lo han soltado?

A McAvoy le suena que el sargento está emparentado con algún militar. Este abre una carpeta de plástico y recorre con el dedo una lista de nombres.

–Fue puesto en libertad a las 4:40 horas –anuncia–. Pulis le dijo que podía desayunar algo antes de irse a casa pero él estaba deseando marcharse.

McAvoy cierra los ojos.

Se acuerda del nombre del sargento.

–Mis instrucciones fueron claras, sargento Uxbridge. Era fundamental que hablara con

él…

El sargento se enfurece.

–Mira, colega, yo no estaba de guardia. ¿Hiciste la petición por escrito? Resulta que a veces se traspapelan, ¿sabes? Ahora bien, si está en el ordenador, me debería saltar un aviso indicándome que no suelte al cabrón si alguien todavía lo necesita, pero hasta eso falla a veces...

Exasperado, McAvoy se da media vuelta. Se pasa la lengua por la boca y una mano por las mejillas sin afeitar.

En su mente hay fragmentos de información que ha conseguido enlazar mientras conducía hasta la comisaría, entre varias llamadas a Pharaoh que le han puesto la cabeza como un bombo.

Shaun Unwin fue arrestado el día anterior a las 15:15 horas por alteración del orden público, mientras Pharaoh y su equipo estaban sentados planificando la redada en el muelle de Saint Andrew.

Estuvo bebiendo sin parar en el pub The Mission. Encendió un cigarrillo y se negó a apagarlo. Le lanzó un puñetazo al barman y acabó atravesando con el antebrazo la delantera de plexiglás del *jukebox*. Se comportó como un gilipollas y les dijo a los dueños que, sin no les gustaba, que llamaran a la poli.

No trató de escapar cuando se presentó la policía. Pareció entregarse prescindiendo de su violencia habitual.

El agente que llevó a cabo el arresto dijo que no pudo sonsacarle nada a Unwin. No respondió nada cuando él, igual que otros antes, intentó encontrar a Leanne Marvell para informarla de la detención de su pareja.

McAvoy cierra los ojos. La redada de la pasada noche estaba condenada al fracaso desde el principio. Leanne le había confesado a su novio que se lo había contado a la policía. Él hizo todo lo posible para que lo encerrasen y, de manera intencionada o no, las noticias llegaron a oídos de la banda que lo tenía a sueldo. Seguramente hubo llamadas. El cannabis se trasladaría a otra parte. Y luego mandaron a unos cabrones en un Land Rover para hacerles una fogosa advertencia a los polis que creían que estaban tratando con la típica escoria criminal...

Su teléfono suena. Frunce el ceño de antemano y responde tan rápido como puede.

–¿Jefa?

–Acabo de enterarme –dice Pharaoh, gritando para hacerse oír por encima del zumbido de su deportivo y del estruendo del tráfico de la carretera que va desde su casa, al otro lado del río, hasta el puente Humber–. Putos imbéciles. ¿Has intentado buscarlo en la casa? Es lo bastante lelo como para volver allí.

–No, jefa, vine directamente a Queens Gardens...

–Vale. Bueno, pues corre, joder. ¿Por qué se toma esta gente la libertad de pensar? Si Unwin quería quitarse de en medio, Leanne nos lo podía haber pedido. Lo podríamos haber planeado de otra manera. Él no habría tenido nada que ver en todo esto. Quedarse en una celda mientras nosotros vamos a buscarlo... ¿qué se cree que van a pensar sus jefes?

Las puertas se abren de par en par y McAvoy sale al frío del exterior. Aún no se ha puesto a llover y sus pisadas sobre la vereda escurridiza son firmes cuando atraviesa corriendo los jardines para salir a Parliament Street y luego a Whitefriargate, con sus cadenas de tiendas de ropa y bocas de alcantarilla llenas de hojas muertas, botellas vacías y envases de plástico de comida para llevar.

Continúa avanzando hasta Trinity Square y Dagger Lane.

Contesta el teléfono, que vibra junto a su muslo.

–¿Y bien? ¿Alguna cosa? ¿Shaun? –lo siguiente lo dice en tono de verdadera preocupación–. ¿Leanne?

La calle está desierta. La luz de las farolas ilumina la bruma causada por la humedad en medio de la atmósfera gris y McAvoy siente un escalofrío al comprobar que, a pesar de la ausencia de lluvia, está completamente empapado.

Una voz en su oído:

–¿McAvoy?

–Casi he llegado, jefa.

–Ella estará bien. La has visto. Es una mujer dura. Ella no se ha chivado. Han atado cabos ellos solos...

Ambos intentan concentrarse en pensamientos más positivos, más felices. No lo consiguen.

–No se oye nada, jefa. No creo que él viniera aquí y llevamos intentando localizar a Leanne toda la noche...

McAvoy se detiene.

Suelta una maldición.

–¿Hector?

La puerta del adosado de Leanne está entreabierta apenas un par de centímetros.

El sargento cierra los ojos un momento.

–La puerta está abierta, jefa.

–Joder, Hector. Vale, estoy llegando. Pide refuerzos de inmediato.

McAvoy se queda mirando la puerta. Extiende una mano y toca la madera húmeda. La empuja y entra en la casa.

–Hector, no estoy lejos del puente. En veinticinco minutos como mucho estoy ahí. Ni se te ocurra entrar.

McAvoy asiente y retrocede.

Entonces lo huele. Aprecia el suave y terrenal aroma del sufrimiento: lágrimas y dolor. Es un algo que flota en el aire, apenas un deje. El tufillo se agarra a sus fosas nasales y lo penetra hasta la garganta.

–Jefa, hay alguien dentro.

McAvoy no dice nada más. Cuelga y luego apaga el teléfono. Se dispone a entrar a hurtadillas, como si no quisiera despertar a un niño, al abrigo de la casa.

Llega a las escaleras sin hacer ningún ruido. Se mueve lentamente, pero sube los escalones de tres en tres para evitar algún posible peldaño que cruja.

Olfatea el aire: un gran ciervo que olisquea el aire de la mañana.

Ahora se dirige hacia la habitación que supone que es el dormitorio. Es una puerta sencilla pintada de blanco y no está cerrada del todo. Avanza lentamente hacia ella. Extrae la porra extensible del bolsillo y luego vuelve a guardarla. Ha visto lo que es capaz de hacer. No quiere añadir su nombre a la lista de agentes que han empleado ese arma mortal bajo los efectos de la adrenalina y que, como consecuencia, se han visto expedientados o abrumados por la culpa.

Empuja la puerta y la abre.

Shaun Unwin está atado por los tobillos a una silla de respaldo alto. Está desnudo. Tiene las palmas de las manos sobre las rodillas: una imitación dantesca de un colegial obediente.

La habitación huele a sangre. A combustible. A carne quemada.

Shaun tiene la piel del torso derretida hasta el hueso.

Tiene los pies inmóviles en medio de un charco de sangre que mana de la herida causada por unos clavos que le atraviesan las manos y las rodillas.

La cabeza, sin vida, cuelga hacia delante.

McAvoy cruza la habitación. Levanta la cabeza de Shaun. Retrocede al encontrarse con la mandíbula desencajada del hombre. Los dientes partidos. La sangre azulada, negruzca. Las mejillas grotescamente perforadas.

A Shaun le han metido en la boca un trapo mojado en combustible y le han prendido fuego. Su lengua derretida es apenas un muñón negruzco.

McAvoy, luchando contra su instinto, extiende una mano y tantea con los dedos el cuello de Shaun.

Regresa a la pared y saca el teléfono.

Pharaoh contesta antes de que él pueda decir nada.

–Está muerto, ¿verdad? Shaun. Apuesto a que el puto imbécil entró tan campante por la puerta.

–Lo han torturado, jefa –dice McAvoy con suavidad–. Han debido cebarse con él un buen rato. No veo a Leanne por ningún sitio. Joder, qué desastre...

Oye un sonido tras él que lo hace detenerse en seco.

Shaun debe de haber llegado a casa sobre las cinco de la mañana. En ese momento pasan unos minutos de las siete. Hacer algo así podría llevar tiempo. Es posible que aún estén...

Esta vez el ruido es inconfundible. El sonido de la madera al golpear el ladrillo y, después, pisadas sobre los adoquines.

McAvoy se abalanza hacia la ventana. Mira de izquierda a derecha, buscando como loco el origen del ruido.

Consigue distinguir tres figuras. Alcanza a ver brevemente a alguien vestido de cuero negro, un tipo de piel porcina y barba. Unas espaldas anchas con el cuello subido. Un destello castaño. La presencia, dentro de esa imagen caótica, de una forma más pequeña y delicada, más rápida que las otras dos, un borrón de color y un resplandor blanco.

Y desaparecen.

McAvoy se encuentra solo en el piso de una informante desaparecida.

Cae de rodillas y se pone al mismo nivel que el cuerpo destrozado de ese hombre torturado hasta la muerte por permitir que su mujer abriera la boca.

–Aquí no hay nadie –contesta McAvoy al teléfono y, al decirlo, es como si se le hinchara la lengua y la boca se le llenara de bilis.

Se detiene y se retracta de la mentira.

–Jefa, lo siento...

Capítulo 9

En casa de nuevo. Se siente cansado y culpable. Dolorido y enfermo.

«No ha sido por tu culpa. Andaban jugando con mala gente. Sucedió así. Leanne todavía podría estar bien...»

Ha escuchado muchas palabras tranquilizadoras en las últimas horas pero ninguna de ellas lo ha ayudado a sentirse mejor o ha desterrado de sus sentidos el hedor de la piel de Shaun.

Pharaoh ha tomado las riendas. Se ha abierto una investigación por asesinato, pero los jefazos todavía no han decidido si la considerarán parte de la investigación en curso que lleva Pharaoh o si se encargará otro equipo del CID. McAvoy está convencido de que cualquier intento de arrebatarle el caso a Pharaoh es una locura, pero también sabe que su opinión no cuenta para nada. Él solamente es el poli que encontró el cadáver. El poli que se ha pasado el día prestando declaración y dejando que la policía científica se llevara su ropa porque entró en la vivienda sin el traje protector blanco reglamentario, contaminando la escena del crimen.

McAvoy agita la cabeza, odiándolo todo. Deseando haber sabido escuchar mejor. Haber corrido más rápido. Haber atrapado al menos a uno de ellos. No tienen nada para continuar. La descripción que ha dado es aún más vaga que la que proporcionaron los trabajadores vietnamitas que sufrieron las mismas vejaciones unos meses antes. Los análisis preliminares sobre los clavos incrustados en las rodillas de Shaun parecen indicar que proceden de la misma arma que se utilizó en el primer ataque, y el diagnóstico inicial del médico revela que Shaun sufrió torturas durante una hora antes de que su corazón se rindiera.

Nunca había tenido tantas ganas de abandonar la comisaría. Nunca le había apetecido tanto abrazar a Roisin.

Ella se encuentra en ese momento en el piso de arriba cambiándole los pañales a Lilah. Encantada de tener a su marido en casa pronto y esperando que su presencia le permita dormir unas horas más.

McAvoy debería estar disfrutando de ello también. Debería estar arriba, haciéndolas reír. Debería estar poniéndose las botas para ir a recoger a Fin al colegio dando un paseo. Debería recrearse en la mirada de su hijo, llena de orgullo y de alegría por tener el padre más grandote del cole.

Sin nuevas directrices que seguir y sin saber dónde buscar a Leanne, McAvoy ha decidido echar un último vistazo al contenido del teléfono móvil que ha pescado en el barrizal del río Hull. Albergaba la esperanza de que, si volvía a estudiarlo, satisfaría su curiosidad y sería capaz de deshacerse del maldito trasto. Podría volver a concentrarse. Sentirse ocupado. Arreglar las cosas.

Engancha el móvil al portátil. Comienza a trastear.

Abre la agenda de contactos y revisa los puntos y los números, las espirales y los dígitos comprimidos. Entrecierra los ojos y trata de entresacar algo inteligible. ¿Y? ¿YC2? ¿Yo?

McAvoy coge un trozo de papel de la libreta junto al teléfono y anota media docena de variaciones posibles con esos números. Va hasta donde está enchufado el portátil y se sienta en su sillón, con el calor de la batería del ordenador provocándole una agradable sensación en las piernas desnudas.

Accede a internet. Teclea el primer número que más o menos podría encajar con ese galimatías numérico. No encuentra nada aparte de los números de serie de una empresa de mensajería. Prueba con el siguiente. 07969...

Bingo.

Hay tres entradas. El teléfono está vinculado a tres páginas web.

McAvoy pulsa la primera.

«Gato negro de tres años, muy cariñoso, desaparecido en la zona de Anlaby el domingo pasado. Si alguien lo encuentra, por favor llamen al...»

McAvoy, esperando que el animal apareciera, pulsa el siguiente enlace.

«Nuevo club de baile. Dirigido a gente de todas las edades y todos los niveles. Profesores experimentados y ambiente divertido. Todos los miércoles en el salón parroquial de la Iglesia de Saint Mark, Anlaby Common. Contactar con Simon: 07969...»

McAvoy asiente. Está empezando a componer una imagen. Empezando a implicarse.

El tercer enlace lo lleva a la web juegossucios.com. Se queda mirando la pantalla blanca, el *banner* morado chillón, las fotos en miniatura de mujeres con medias de rejilla y hombres de torso desnudo con los genitales al descubierto.

«¡La web número 1 para ligar por internet! ¡Intercambio de parejas!»

Aparta la vista de la pantalla. Mira hacia la puerta. Prepara una explicación por si entra Roisin.

Vuelve a centrarse en el portátil, no tiene claro si en este momento personifica a un cotilla o a un policía.

Despliega la página hasta encontrar el número de teléfono.

«DÁMELO TODO. DÉJAMOE SER TU ESCLAVO. HOMBRE JOVEN, DELGADO Y DISPUESTO A TODO BUSCA MACHO DOMINANTE. ZONA DE ANLABY. LLAMA AL 07969...»

–¿Alguien te ha hecho daño?

Dice las palabras quedamente, pero están cargadas de una creciente aprensión.

McAvoy copia el mensaje. Crea una carpeta en su escritorio y guarda el enlace y el texto. Hace lo mismo con el foro de la mascota perdida y el club de baile country. Se

pregunta por qué es importante. Por qué necesita saberlo. Por qué no se limita a tirar el teléfono a la basura y a asumir que nada de esto es de su incumbencia a menos que se haya cometido un crimen. Se pregunta cómo se ha convencido con tanta certeza de que merece la pena emplear su tiempo en este asunto.

–¿Quieres ayudarme?

La voz baja flotando por las escaleras sin rastro de su musicalidad habitual. Roisin está cada vez más cansada e irritable. Le ha dicho antes que lleva tres días sin hablar con otro adulto. Que se ha descubierto tarareando la canción de los dibujos animados cuando volvía de dejar a Fin en el colegio. Que tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no pedir la tarta con forma de «vaca que hace muuu» cuando fue a la pastelería el fin de semana pasado. Se muere por otros estímulos. Necesita pasar tiempo con otros adultos. Necesita sentirse una chica joven en lugar de una madre.

McAvoy se pasa la lengua por la boca para asegurarse de que no tiene migas que lo delaten. Hace un leve gesto de asentimiento. Se decide.

–Tengo una idea...

Imagina que soltará un chillido cuando le diga que esa misma noche comienzan un curso de baile country en Anlaby.

–Tienes que acercarte más a mí...

Su compañera de baile huele a vino tinto y pan de ajo, lasaña de microondas y cigarrillos mentolados. Mira hacia arriba con su bonita cara, los ojos muy maquillados y una capa de sudor cubriéndole el rostro y la sienes. Rondará los veinticinco y está claro que ha hecho esto antes. Está haciéndose polvo los pies sobre el duro suelo de madera y el vestido rojo se le sube por encima de sus rodillas sonrosadas dejando al descubierto unas pantorrillas firmes y unas uñas pintadas de rojo. Mueve los brazos con tanta ferocidad que McAvoy se pregunta si no la guiará alguien por control remoto. Incluso es capaz de tararear siguiendo la música que, a oídos de McAvoy, suena igual del derecho que del revés.

Trata de ignorar la cercanía del cuerpo de la chica y su calidez. Se concentra en los movimientos de sus pies. Lleva la cuenta con la cabeza. La sujeta por las caderas como si estuviera hecha de cristal. Trata de recordar si la suspensión que está a punto de poner ella en práctica se denomina setenta o suspensión *full nelson* y se pregunta si el paso *Suzy-Q* que está realizando le provocará osteoporosis de mayor.

–Un, dos, tres...

Echa un vistazo por encima del hombro de su compañera para ver si su mujer está pasándoselo en grande en brazos de un septuagenario vestido con pantalón de pana amarilla y camisa de marca. Tiene las manos firmemente asentadas en su culo. Parece estar comprobando mentalmente la firmeza de un melón.

McAvoy y su mujer han venido vestidos en plan country, estilo Oeste americano. Y han descubierto que esa noche toca salsa.

–Sí, solía ser los miércoles, pero lo hemos cambiado –les ha explicado la simpática mujer de mediana edad de la puerta–. La salsa es más divertida. Es genial para los

jovenzuelos. Los principiantes son bienvenidos. Solo cinco libras por cabeza. Habrá refrescos en la pausa. Y Mike llegó a ser el campeón del condado…

Roisin ha soltado un gritito y le ha suplicado que lo intente al menos. Le ha dicho que pueden ir a clases de baile country otra noche si eso era lo que más le apetecía. Ha dicho que era una lástima desperdiciar a la niñera y que quizá terminaría encantándole.

No le encanta. La salsa solo le provoca indigestión.

–El truco está en la cadera –asegura Mike, moviendo las suyas de una manera que, si saliera de ese salón parroquial, lo detendrían por conducta indecente–. Excelente. Sí, menéalo. ¡Menéalo!

Mike le grita este último comentario a la pareja de McAvoy. Ella obedece, extremando tanto sus movimientos que él se pregunta si los tacones no se quedarán atornillados al parqué cuando se separen para bailar con la siguiente persona del círculo.

–Eso es, querida. ¡Es como el sexo!

McAvoy tiene pinta de haber estado corriendo bajo la lluvia. Está empapado de sudor, la camisa blanca se le pega a la piel y le incomodan los vaqueros humedecidos. Está muy sonrojado, tanto por el esfuerzo como por la vergüenza, y le resulta difícil ocultarlo porque Roisin decidió echarle el pelo para atrás con la mano al darse cuenta de que estaba chorreando sudor encima de sus compañeros.

–…Y descansamos.

Cesa el sonido de los tambores y la guitarra española y la docena de personas del círculo prorrumpen en una pequeña ovación y se dan palmaditas los unos a los otros.

McAvoy está respirando como un mastín gigante y apenas consigue esbozar una sonrisa educada cuando su compañera le da un apretón en el brazo empapado.

–Lleva algún tiempo acostumbrarse –dice comprensivamente–. Yo lo pillé enseguida, pero otros tardan más.

–Hay peces en tierra firme que bailan mejor que yo –masculla McAvoy entrecortadamente, inclinándose hacia delante y llevándose las manos a las pantorrillas, como si acabara de correr una maratón.

Siente que ella le da una palmadita en sus anchas espaldas.

–No lo dejes. Tienes ritmo.

Él se endereza. Logra reírse un poco.

–Sí, pero es distinto del de todos los demás.

La chica extiende su mano. McAvoy se limpia la suya en los vaqueros y se la estrecha.

–Mel –se presenta ella.

–Aector –replica él. Le resulta raro haberse presentado sin mencionar su rango. Se pregunta por qué razón no lo habrá hecho. Se pregunta también si en su subconsciente se está recordando que no está aquí en calidad de policía. Está aquí extraoficialmente. Es un capullo entrometido que le miente a su mujer…

–Aector, ¿me has visto?

McAvoy se gira al mismo tiempo que una exaltada Roisin se abraza a él.

–Has estado estupenda –contesta instintivamente.

–¡Lo sé! Esto es increíble, Aector.

–Ella es Mel –dice él, para explicar la presencia de esta mujer sudorosa y atractiva a su lado–. Estoy transformando sus pies en aletas. No creo que me considere un ganador de campeonatos en potencia.

Roisin parece fijarse por primera vez en la compañera de baile de su marido. La mira de arriba abajo. Vestido rojo. Pelo recogido en una cola de caballo y coronada con una rosa de seda roja.

–Pensábamos que hoy tocaba baile country –dice ella animadamente, señalando su blusa de cuadros rojos y blancos anudada al ombligo, los *shorts* vaqueros y las botas por la rodilla color pardo–. Pero esto es mucho mejor.

–La clase de baile country ha cambiado de noche –explica Mel.

–Eso nos han dicho.

–De todas formas ahora no va mucha gente –comenta, y deja de dirigirse a McAvoy para conversar con su mujer–. Y todos son unos carcamales. Fui un par de veces cuando las clases eran medio decentes. Te echabas unas risas. Últimamente tendrán suerte si cuentan con bastante gente para bailar en fila. Antes no era así.

–La gente se aburrió del tema, ¿no? –pregunta McAvoy.

Mel niega con la cabeza.

–Hay una profesora diferente –explica–. Una señora aburrida se quedó con la clase y la gente que solía venir por el Risitas se marchó.

–¿El Risitas?

–Simon –responde, sonriendo al instante–. Él y su tía solían llevar la clase. Era casi una noche de cabaret. Era tan divertido.

–¿Se ha marchado a otro club? –pregunta Roisin–. Quizá podríamos ir allí…

Mel niega con la cabeza.

–No –contesta, apartando la vista–. Es una triste historia.

McAvoy se quita el sudor de la nariz. Se obliga a no forzar las cosas. Hay que dejar que las chicas hablen. Escucha y toma notas mentalmente.

–No sabíamos que era tan infeliz –confiesa Mel.

–Lo dejó, ¿no? –pregunta Roisin.

–Se suicidó –responde Mel desapasionadamente–. Se puso una cuerda alrededor del cuello y se ahorcó en su piso.

McAvoy se sorbe la nariz.

Parpadea una sola vez.

–Pobre chico –dice Roisin.

McAvoy asiente. Trata de parecer enrollado.

–¿Cómo se llamaba?

Mel saca su móvil. Busca en sus contactos.

–Simon –responde con tristeza, sosteniendo la pantalla para revelar una foto de mala calidad de un chico alto, delgado, sudoroso y sonriente–. Simon Appleyard.

McAvoy se queda mirando el número de teléfono que aparece junto a la imagen del joven.

Parpadea una vez, como una cámara tomando una foto.

Archiva en su memoria unos dígitos que ya conoce.

Capítulo 10

11:13 horas. Comisaría de policía de Courtland Road, en la urbanización Orchard Park. Un nombre precioso para un pozo de mierda.

Este solía ser un barrio decente. Algunas zonas lo siguen siendo. Todavía quedan algunos propietarios a los que no se la suda todo y que se ocupan de barrer la puerta de su casa y recoger las bolsas de patatas fritas y las botellas vacías de cerveza y de cortar el césped de los jardines bien cuidados de delante de sus viviendas. Todavía hay gente a la que no se la suda todo y que creen que, cuando los edificios más altos abandonados sean derribados y los drogatas se marchen a otro sitio, esta vecindad de adosados minúsculos y pisos de renta baja podrá presumir de ser un buen barrio.

Por el momento agradecen que los maderos hayan plantado su tienda tan cerca.

El Equipo de Incidentes Graves opera en la primera planta: un almacén abarrotado de terminales mugrientos y escritorios manchados de café, de archivos atestados, bandejas saturadas de papeles y tazas sucias. Una habitación tan desprovista de alegría como una celda, decorada con pósters de prevención criminal, con memorándums y códigos de buenas prácticas superpuestos, que parten de una pizarra blanca rayada donde los nombres de los casos abiertos están garabateados con rotulador rojo en una letra ilegible.

Las persianas rotas no consiguen tapar la vista y la lluvia. Los fluorescentes del techo zumban y le confieren a esta habitación opresivamente silenciosa el color de la leche agria.

McAvoy levanta la vista del escritorio que le han cedido.

Botas de motero pisando fuerte sobre la delgada moqueta azul.

Un rastro de perfume de Issey Miyake lo bastante intenso como para agarrarse a tu garganta.

Pulseras tintineando como si su portadora estuviera aporreando un tambor.

Una melena que se agita sensualmente rozando el cuello de la chaqueta de cuero...

McAvoy se siente desleal solo de pensarlo, pero lo cierto es que a Trish Pharaoh no se le da nada bien ir de incógnito. Los otros sentidos anuncian su presencia mucho antes de que los ojos se fijen en ella.

–Aector, niño mío. Mami necesita un abrazo. –Su superior planta su trasero en el escritorio, arrugando los papeles que él había impreso y en los que estaba trabajando con una regla y un rotulador. Luego se inclina hacia delante y deja caer la cabeza en su hombro para darse cabezazos contra él–. Los odio a todos –asegura.

McAvoy mira a su alrededor. Hay tres civiles del personal de apoyo sentados en los escritorios cercanos, pero no hay más agentes de policía en la habitación. Se permite una sonrisa.

–¿Están siendo malos, jefa? ¿Los de arriba?

–Están siendo unos gilipollas, Aector.

–¿No fue usted la que me dijo que era mejor no esperar nada de la gente? ¿Que cuando un idiota es idiota, nada debería sorprenderte?

Pharaoh retira la cabeza de su hombro y tuerce el gesto.

–¿Eso lo he dicho yo? No creo que dijera «idiota».

–Creo que dijo «cabronazo».

–Sí, ahora empiezo a recordar.

Pharaoh ha pasado toda la mañana con el director del Departamento de Investigación Criminal, el superintendente jefe Andrew Davey. Sus subordinados lo apodan el Contable y, a veces, cosas mucho más malsonantes. En realidad es un policía cuarentón bastante decente que parece haber dedicado su vida a rellenar formularios, elaborar informes para el comité y diseñar una sucesión inútil de tablas para cuadrar los días de vacaciones. Normalmente tiende a no interferir en el trabajo de los distintos equipos del departamento. Es un tipo enclenque que va siempre vestido elegantemente, con indigestión crónica y unas gafas que le dejan marcas a los lados de su larga nariz. A McAvoy siempre le ha dado la impresión de que le hace falta una buena llorera.

–¿Qué tal ha ido?

Pharaoh pone los ojos en blanco. Sus pestañas se quedan pegadas un instante y se las separa con los dedos, con uñas que, a pesar de estar tan mordisqueadas, lleva pintadas de rojo.

–Tengo «instrucciones de supervisar», signifique lo que signifique eso. El asesinato de Shaun va a ser investigado por la vía ordinaria del Departamento de Investigación Criminal, pero bajo mi supervisión, aunque han dejado claro que en este momento no se fiarían de mí ni para hervir agua en una tetera. Da la sensación de que piensan que Leanne está detrás de todo esto, pero tú y yo sabemos que eso son chorradas. Davey ha dejado claro que piensan que ella nos tendió una trampa, a nosotros y a Shaun también, pero ella es como es. Tú lo sabes. Yo lo sé. O bien está tan jodidamente asustada que se ha ocultado o bien la han pillado también a ella...

McAvoy la mira a los ojos sin querer y rápidamente aparta la vista.

–Los atraparemos –asegura–. A Pistola de Clavos y a Soplete. No pueden...

–Suenan como una pareja de lucha libre, Hector. O de superhéroes de mierda.

–Y al tercer hombre –continúa McAvoy–. Esto no está bien. Nada bien. Han hecho todo esto para enviar un mensaje. Necesitamos devolvérsela. Necesitamos atraparlos, jefa.

Pharaoh sonríe.

–Lo haremos –dice–. Bueno, alguien lo hará. No seré yo. Me han apartado temporalmente del caso. Me han quitado de en medio para que no sea un problema. Me han pedido que me concentre en algunos de los aspectos «periféricos» del caso, lo cual se ha convertido en una de mis frases favoritas del día.

McAvoy cierra los ojos. Menea la cabeza.

–¿Colin Ray?

Pharaoh le dirige una sonrisa triste.

–Él está al mando ahora. Va a aportar una nueva perspectiva al trabajo que hemos hecho hasta el momento. Yo me quedo con Daniells y una lista de recados. Por lo visto Ray es el nuevo par de ojos que el caso necesita.

–Pero usted ha peleado por ello –dice McAvoy, consternado–. Sé que lo ha peleado.

Pharaoh levanta una mano y extiende el dedo índice.

–Creo que me he dejado una uña en su escritorio.

Como no sabe qué decir, McAvoy se queda mirando la moqueta.

Pharaoh deja escapar un suspiro y se endereza.

–Vamos –dice alegremente–. Ahora no tendrás mucho que ver con esto. Y, de todas formas, no deberías tener tantos recelos con Ray. Es un buen poli, lo que pasa es que es un capullo. Tienes otras cosas más importantes de las que preocuparte como, por ejemplo, escribir un informe donde se explique que yo soy la hostia y que el equipo de investigación criminal es una caca y que deberían darme más recursos y más dinero, además de una botella diaria de vino Zinfandel.

McAvoy se pasa una mano por la cara y acaba por sonreír.

–Lo haré lo mejor que pueda.

–Ni siquiera te voy a preguntar cómo pinta esto –asegura, preguntándoselo de todas maneras–. Salimos caros, ¿no es así? Nuestra unidad. Sabes que seremos los primeros en sufrir los recortes presupuestarios, diga lo que diga el nuevo presidente. Y hemos tenido un par de cagadas notorias en los últimos días.

–Usted no ha tenido la culpa –asegura él, convencido.

Ella mira a través del cristal al aparcamiento asolado por la lluvia. Se esfuerza por sonreír.

–Gracias, Hector, pero últimamente no he estado muy fina. No tendría que haber ordenado la redada sin estar segura al cien por cien. Ten en cuenta que me he defendido con uñas y dientes. Les he dicho que la presión a la que nos tienen sometidos para conseguir resultados acaba conduciendo a este tipo de cagadas. Pero no lo pillan. Les queda demasiado lejos. No saben mucho más aparte de lo que leen en los periódicos y, según los tabloides, Hull se está yendo al carajo.

–Nunca fue un paraíso –recalca McAvoy, intentando hacerla sonreír–. Exageran, ese es su oficio. Es una lucha de poder por una droga que se legalizará en unos cuantos años. Luego tenemos a los que están enseñando los dientes. Alguien está intentando probar que es un hombre fuerte y hay gente que lo está pagando caro.

–Podríamos haberlos atrapado –confiesa Pharaoh con desesperación–. Podríamos haberlos empapelado.

–No creerá ni por un momento que esos matones están al mando, ¿verdad? No son más que los mazas. Aunque los pilláramos, siempre tendríamos que preocuparnos por los tipos que están al mando. Y sabemos que son gente seria. Los vietnamitas no son hermanitas de la caridad. Quienquiera que se haya hecho con la operación debe de ser un sujeto de cuidado.

–Eso no nos toca pensarlo a nosotros –dice Pharaoh enfurruñada–. Puede que solo

sean matones a sueldo, pero los queremos a ellos. Son torturadores. Y ahora también asesinos. De cara a la opinión pública, son ellos a quienes deberíamos sacar de las calles, no a los que tienen una fortuna en el banco por cultivar marihuana. Esto ha dejado de ser una operación antidroga. Ya no lo es. Tenemos que justificarlo todo, Hector. Tenemos que incluirlo todo en la puta tabla correspondiente...

McAvoy asiente. Se da cuenta de que perseguir criminales sin ofender a las otras unidades especializadas requiere un ejercicio de equilibrio considerable. Parte de esta investigación debería estar en manos de narcóticos. Pero Pharaoh, al menos por el momento, los ha mantenido al margen... para consternación del superintendente Adrian Russell, que no ha ocultado su descontento. Se le da muy bien el descontento. Provoca muchísimo.

–Podrían habernos matado –dice ella–. Podrían haber bloqueado las puertas y habríamos ardido vivos.

–No piense así, jefa.

–No pretendo ser morbosa, Aector –dice–. Me siento confusa. Estos cabrones no se lo piensan dos veces si tienen que clavarle las manos a las rodillas a alguien, pero cuando tienen la oportunidad de achicharrar un furgón lleno de polis, ¿no la aprovechan?

McAvoy lo medita.

–Quizá no querían llamar tanto la atención. Quizá era un aviso. Se habría montado una buena si alguien hubiera salido gravemente herido.

Pharaoh vuelve a encogerse de hombros.

–Tenemos algunas pistas que podemos seguir, eso es lo principal. La cámara del aparcamiento del restaurante Peter Pang grabó la matrícula. Un concesionario de lujo en Doncaster denunció el robo del vehículo el mismo día de la redada.

–¿En Donny?

–Sí, por lo visto la gente del sur de Yorkshire puede permitirse pagar 50.000 libras por un coche. ¿Quién lo habría dicho?

–¿Algo más?

–Sí, se ha recuperado una huella dactilar parcial de la botella que nos arrojaron. Pertenece a un tío con una lista de antecedentes tan larga como tu brazo. Como el tuyo, no como el mío. Lesiones físicas de gravedad, desfalco. Cumplió condena por robo a mano armada. Lo que se dice una buena pieza.

–¿Cómo se llama?

–Alan Rourke.

–No me suena...

–Es un mal bicho –dice ella–. Está conectado con algunos elementos de la peor... Aector, ¡rápido!

La superintendente salta del escritorio y se pone en pie, agarrando a McAvoy del cuello de la camisa para que se levante y girándolo hacia la puerta. Peter Tressider, el presidente de la Autoridad Policial, acaba de entrar en la sala y está haciéndole un gesto con la mano al superintendente jefe Davey, que le pisa los talones con la cara desencajada por el pánico.

Tressider echa un vistazo a la sala ignorando por completo lo que le está diciendo Davey al oído. Distingue a McAvoy y abre la boca como si se hubiera llevado una agradable sorpresa. Atraviesa la estancia con los brazos abiertos y, por un segundo, McAvoy teme recibir un abrazo de oso.

–Sargento –lo saluda cariñosamente, estrechándole la mano con su enorme y carnosa zarpa–. Me alegro de verle de nuevo. He oído que anoche lo pasaron bien. Pura diversión, ¿eh? Por Dios, sabemos que le sometimos a un interrogatorio duro, pero no esperábamos que fuera a arriesgar su vida por las estadísticas. Aunque a veces uno tiene que lanzarse de cabeza, ¿eh? Creo que leí eso en un libro sobre samuráis o algo por el estilo. ¿O eran ninjas? Da igual, es una lectura excelente. Se lo prestaré. ¿Alguna vez ha leído *El arte de la guerra*? Un tema fascinante. Creo que le daré otro repaso si alguna vez llego a Westminster, ¿eh? ¡Ahí andaré sobrado de enemigos!

McAvoy tiene que hacer un esfuerzo para no encogerse frente al entusiasmo de ese enorme político barbudo.

–Fue una operación complicada, señor, pero se pueden extraer muchas cosas positivas.

Tressider hace un gesto con la mano como quitándole importancia. Parece que es una costumbre que tiene. McAvoy se pregunta si los analistas políticos tendrán algo que decir al respecto si alguna vez consigue un escaño en la Cámara de los Comunes. Si aplaudirán sus gestos bruscos y mundanales o si, por el contrario, les resultará un dinosaurio impaciente.

El presidente se gira hacia Pharaoh.

–Y usted debe de ser la jefa, ¿no? ¿Pharaoh?

Pharaoh sonríe. Le estrecha la mano. Se las arregla para no esbozar una mueca de dolor cuando Tressider se la estruja.

–Eso me temo, señor.

–Estoy encantado de que se encuentre ya entre nosotros. ¡Encantado! Abundan las personas que se cogen un mes de baja por estrés y ¡aquí está usted! De vuelta al trabajo y lista para tomar las riendas. Impresionante. ¡Muy inspirador!

Pharaoh suelta una risita insegura, sin saber cómo interpretar este derroche de optimismo.

–Solo quiero atrapar a esos hijos de puta –declara, decantándose por ser ella misma–. Espero que las altas instancias me lo permitan.

Tressider asiente, comprensivo. Se da unos toquecitos en la nariz con un dedo rechoncho.

–Nosotros no hemos hablado nunca –dice, guiñándole un ojo–. Esta conversación nunca ha tenido lugar. Pero no se preocupe. Me gusta su estilo.

Se produce un momento de silencio.

–¿Le podemos ayudar en algo, señor?

Tressider les ofrece una cálida sonrisa.

–No, no, he venido a otra reunión y he pensado que debía pasarme a saludar. Quería comprobar que todos estaban en forma y saludables y con ganas de volver al trabajo. Confío en que me mantendrán informado y a cambio yo no meteré mis narices en lo

suyo, ¿verdad?

Ambos agentes sonríen y él vuelve a estrecharles la mano con más fuerza que antes si cabe. McAvoy echa un vistazo por encima del hombro y comprueba que el superintendente jefe Davey está perplejo, la viva imagen de la tristeza. Al volver la vista ve que el presidente tiene la mirada fija en la pantalla de su ordenador.

–¿Algo interesante? –pregunta, señalando la pantalla–. ¿Una pista?

McAvoy se descubre haciendo un gesto raro con la boca. Se lame los labios. Se crispa. Se sonroja al instante. Recuerda por qué nunca juega al póker.

–Solo se trata de algo que pensaba que merecía la pena comprobar...

–Enséñemelo.

McAvoy abre el artículo que había tratado de ocultar cuando notó que Pharaoh se aproximaba. Se trata de la reseña del *Hull Daily Mail* sobre la muerte de Simon Appleyard. Pharaoh, quien, al igual que Tressider, no tiene ni idea de qué va la cosa, lee la mitad y se gira hacia McAvoy. Él la mira a los ojos básicamente porque teme que, si mira a otra parte, acabará fijándose en su escote.

–¿Un proyecto particular? –susurra ella.

McAvoy abre la boca. Vuelve a cerrarla. Agacha la cabeza.

–Solo es algo que no me encaja.

Ha encontrado el artículo mientras hacía una búsqueda en Google sin mucha convicción, durante su pausa de media mañana. Lo ha entristecido. El propietario del teléfono ahora tiene identidad. McAvoy ha estado leyendo las palabras que escribió alguien real. Un joven cariñoso, solitario y confundido que se puso una soga al cuello y se quitó la vida.

–Su forma de escribir...

McAvoy se esfuerza por expresarlo con palabras. No puede explicar el motivo por el que, desde el principio, ha sentido tanta inquietud.

–¿Escribir? –pregunta Tressider.

–Hay algo en la forma en que murió que me preocupa –dice, sintiendo la molesta presencia del sudor en la frente. Puede imaginarse a dos hombres junto al río Hull bajo la lluvia incesante. Puede ver el teléfono plantado en el fango. Puede verse a sí mismo deslizándose por el muro del muelle para recuperar el dispositivo que lo ha conducido hasta aquí. Se pregunta en qué coño estaba pensando y lo mal que va a terminar todo esto.

–Sigue tu instinto, chaval –dice Tressider, como perdiendo interés–. Uno nunca puede equivocarse con eso. Bueno, ha sido un placer. Señora Pharaoh, espero que nos volvamos a ver. Y Aector –¿lo he dicho bien?–, estoy encantado de comprobar que no has resultado herido. Mantenme informado.

Se da media vuelta. Arrastra a Davey de la misma manera que un tornado arrambla con el ganado y sale dando un portazo, como una tormenta benigna.

–Me entran ganas de pegarte –exclama finalmente Pharaoh–. No voy a hacerlo, pero esta tarde una parte de mí se arrepentirá de no haberte dado un porrazo en la cabeza, espero que lo tengas en cuenta.

McAvoy baja la vista. Permanece en silencio.

–¿Ibas a contármelo? –pregunta ella.

–En realidad no hay nada que contar.

Ella suelta un suspiro exasperado.

–Como si no tuviéramos bastante trabajo.

–Lo puedo hacer en mi tiempo libre.

–No tienes tiempo libre, Hector. Entre traficantes de droga y bebés estás hasta el cuello. Ayer mismo ese cabrón nos dijo que quería que las estadísticas de crímenes violentos descendieran más del veinticinco por ciento. ¿Y tú vas y conviertes un suicidio en una investigación por asesinato?

–Solo necesito escarbar un poco, jefa...

Pharaoh levanta las manos con gesto de desesperación. Mira hacia la puerta cerrada, como si Tressider todavía estuviera allí. Se encoge de hombros, parece que ha tomado una decisión.

–A la mierda. Yo solo me encargo de los aspectos periféricos. Y el jefe ha dicho que sigas tu instinto. Escarba un poco. Y, si la lías con las estadísticas, será culpa de Colin Ray. ¿Trato hecho?

McAvoy sonríe.

–Trato hecho.

Los elementos han hecho de Hull una ciudad de gárgolas. McAvoy nunca había visto antes tantas caras congeladas en una mueca. Atractivos oficinistas que tuercen el gesto ante el viento implacable. Clientes que se dirigen a Marks & Spencer para comprar su cena precocinada que gesticulan enfurruñados bajo la lluvia. Se diría que la ciudad vieja al completo tiene el ceño fruncido.

Es la hora de la comida. Whitefriargate, en la periferia del núcleo del centro de la ciudad, debería estar a rebosar de compradores. Sin embargo el tiempo ha obligado a todo el mundo a quedarse a cubierto. McAvoy tiene la amplia y hermosa calle comercial para él solo. Es una de las pocas personas que se molestan en levantar la vista. Deja que sus ojos vaguen por las primeras plantas y se deleiten en la arquitectura: los bellos palacetes mercantiles que conducen al barrio de los museos y a la ribera. Goza con la fachada ornamental del banco de la esquina de Parliament Street. Se permite soñar un rato despierto. Imaginarse esa calle cuando Hull vivía sus mejores días en lugar de dedicarse a recordarlos.

Le alegra haber ido caminando. Le gusta sentir la ciudad bajo sus pies. Desearía que su destino estuviera más lejos.

El expediente del caso Simon Appleyard aún no ha sido incluido en el sistema informático y las copias en papel todavía continúan en el juzgado que investiga las muertes sospechosas. Está disfrutando con el paseo. Espera poder pasarse una hora o dos en una habitación silenciosa, inmerso en los últimos momentos de una vida prematuramente sesgada.

Sus botas dejan unas enormes huellas sobre los adoquines que parecen teñidos del

color de la arcilla barnizada bajo la lluvia incesante.

Lo asalta el aroma a pollo asado proveniente de una carnicería. Cae en la cuenta de que lleva sin comer desde el día anterior. Toma nota mentalmente para contárselo a Roisin cuando llegue a casa para que no lo acuse de ocultarle cosas y luego se pregunta si no sería más considerado callarse para que no se sienta obligada a prepararle algo tan pronto como llegue. Se pregunta si ella pensará que él está intentando que se sienta culpable. Si no sería más fácil contarle que la noche anterior fueron a clase de baile para que él pudiera descubrir el motivo de que alguien enterrase un teléfono móvil.

Se pregunta si el resto de la gente se sentirá así. Desearía, por una vez, saber cómo debe vivir.

Continúa bailando salsa mentalmente mientras se dirige hasta la calle que exhibe el atractivo nombre de Land of Green Ginger, literalmente «tierra del jengibre verde». Esta calleja aloja dos pubs, un bufete, un salón de belleza y un juzgado, aunque los agentes inmobiliarios no mencionan todos estos servicios cuando tratan de endosar a algún cliente las interminables promociones de apartamentos que parecen haber surgido como las setas en esta parte de la ciudad vieja.

McAvoy va preparando en su cabeza su discurso. Se pregunta si le podrían ayudar. Solo necesita un pequeño favor. Conoce a un par de señoras en el tribunal forense y se avergüenza al instante al pensar que probablemente lo ayuden solo porque él les gusta.

El viento y la lluvia le están sentando bien. Respira hondo. Disfruta con el olor a olas lejanas y a aceite de motor. Inhala los aromas grasientos de la carnicería y de las tiendas de bocadillos. Inspira una bocanada de la sempiterna nube de tabaco que cuelga sobre la puerta de las máquinas recreativas mientras los clientes se gastan las ganancias de las tragaperras en cigarrillos y mecheros de los de cinco por una libra.

Se pregunta si ama esta ciudad o si le desea la muerte.

El teléfono suena en su bolsillo interior mientras entra en el vestíbulo de una nueva tienda de ropa para coger la llamada.

–Sargento McAvoy, Delitos Graves y Crimen Organizado.

–Sargento Arthurs, Tonterías y Chapuzas.

McAvoy se echa a un lado para dejar entrar a dos chicas adolescentes. A pesar del mal tiempo llevan falditas plisadas sin medias y unas sudaderas con capucha empapadas. Se pregunta si no deberían estar en clase. Si están bien. Cuántos años tienen. Qué quieren. Si están seguras...

–Gracias por devolverme la llamada, sargento –le agradece McAvoy, obligándose a mirar hacia la calle–. Es sobre un incidente que investigó el pasado mes de noviembre.

–Sí, lo decía en el mensaje –apunta Arthurs alegremente. McAvoy no conoce en persona al agente uniformado pero, por su voz, se imagina a un hombre de mediana edad, seguramente con hijos–. Simon Appleyard.

–Lo siento, podría darme un poco más de...

–Se ahorcó en Springfield Court. Usted se personó.

–Ah, sí –dice el sargento Arthurs, cayendo en la cuenta–. Sí, una historia triste. Lo encontró el casero, creo. Las pesquisas judiciales se cerraron hace unas semanas. No se

determinaron las causas del fallecimiento, ¿no?

McAvoy asiente pero cae en la cuenta de que el otro hombre no puede verlo.

–Eso es –afirma–. ¿Qué me puede contar?

–Bueno, nada demasiado emocionante –responde el otro policía–. El casero necesitaba entrar para leer el contador. Llamó y no obtuvo respuesta. Entró con su llave y ahí estaba. Muerto en la cocina. Se había desplomado sobre sus rodillas. Creo que la cuerda estaba atada al soporte de los cuchillos. Llevaba unos días allí. Shelley Dalston y yo nos personamos. La agente Dalston. ¿La conoce?

–No –responde, sin querer desviarse del tema–. De hecho voy a echarle un vistazo a su informe ahora mismo, estoy de camino. ¿Le importaría darme la versión abreviada?

El sargento Arthurs deja escapar una risita.

–¿Lo más destacado? Bien, el chico estaba desnudo, eso sería un buen comienzo. Ah, y estaba cubierto de aceite para bebés. Pero lo que se dice chorreando. ¿Qué más quiere saber? No dejó ninguna nota, eso se lo puedo asegurar.

McAvoy mira al cielo. Las nubes le recuerdan a la nieve que se queda amontonada en las cunetas: montones de color blanco sucio.

–¿Qué hay del informe judicial?

–Bueno, después de que nosotros hiciéramos nuestro trabajo el tema se derivó al CID y ellos le prestaron unos cinco minutos de su valioso tiempo. Cuando se abrió la investigación judicial hice un par de preguntas para ver en qué había quedado la cosa. La forense dictaminó que el estrangulamiento fue la causa de la muerte. Ese día se ganó el sueldo, ¿eh?

Al otro lado de la calle, un hombre elegantemente vestido abandona el bufete de abogados por la puerta acristalada. Abre un paraguas grande de color dorado y casi tira al suelo a una mujer de mediana edad que iba acarreando penosamente algún objeto pesado en una bolsa del supermercado Argos. McAvoy desearía que el hombre se disculpase. Que admitiera su error y que la ayudara. Que fuese bueno. Luego contempla cómo el hombre se marcha.

–¿Sabe si había algo en su ordenador? ¿Se envió al laboratorio técnico?

–Que yo recuerde no había ordenador –responde el sargento–. En los tiempos que corren, eso ya de por sí es todo un misterio. No creo que tuviera familia cercana. Me parece recordar que bailaba, si eso le sirve de algo. ¿Qué está buscando exactamente?

Aunque McAvoy esperaba que no le hicieran esa pregunta está preparado para contestar.

–Otra comisaría se ha puesto en contacto con nosotros –miente él–. El CID de Berkshire tiene otros dos supuestos suicidios. Cabe la posibilidad de que hubieran visitado una página web de esas donde la gente se intercambia consejos para quitarse de en medio.

–¿Y creen que nuestro chico podría haber hecho lo mismo? No, como le digo, no había portátil.

–¿Teléfono tampoco?

–Nosotros al menos no lo vimos. Su pariente más cercano vive a varios kilómetros de

distancia, así que fueron otros agentes a darle la noticia. Su tía acudió a identificarlo. Una señora encantadora...

–¿Le preguntó por el teléfono?

Una pausa, como si el otro hombre se lo estuviera pensando.

–No estoy... oh, espere, sí. Sí, cuando la recogimos dijo que llevaba varios días llamándolo antes de que lo encontraran. No respondía. No había contestado sus mensajes... Sí, supongo que eso implica que tenía teléfono móvil.

–¿Incluyó esto en el informe? ¿Sabía de esto el CID?

–Estoy seguro de que lo anoté en mi cuaderno. Pero no, creo que redacté el informe policial antes de hablar con su tía.

McAvoy permanece en silencio.

–¿Los otros tíos también eran gays o qué? –pregunta el sargento Arthurs en tono jocoso.

–¿Disculpe?

–Los otros suicidas. ¿También eran gays?

–¿Cómo sabe que era gay?

El hombre se echa a reír.

–No pretendo ser gilipollas, amigo. Era gay, eso es todo. Es algo que se nota.

McAvoy empieza a acalorarse bajo su ropa mojada.

–¿Y cómo «se nota»?

–Bueno, no creo que muchos heteros se tatúen toda la espalda con plumas de pavo real, ¿no le parece?

McAvoy no responde. Traga saliva.

–Bueno, no.

–De todas formas viene en los papeles, ¿no? En el informe judicial.

McAvoy se rasca la cabeza. Observa cómo la señora de la bolsa se incorpora y se sostiene en un bolardo. Deja caer el peso de su cuerpo en un adoquín suelto y el agua sucia le salpica la pierna. Tuerce el gesto. Comienza a llorar.

La siguiente pregunta que formula es directa.

–¿Cree que fue un suicidio?

El sargento Arthurs emite un sonido que sugiere que está pensándoselo a fondo.

–Creo que sí –responde al fin–. Al principio no. Me figuré que había sido un accidente erótico. Un juego erótico en solitario que quizá salió mal. Pero no, el tipo llevaba una vida solitaria. Una existencia mísera. Creo que se quitó de en medio.

McAvoy le agradece al otro hombre su tiempo. Está a punto de colgar, confiando en que el informe del caso sea de más utilidad.

–Oh, espere –dice Arthurs–. Hay una cosa que me sorprendió cuando revisé el informe. En él no se mencionaba el moratón que tenía.

McAvoy se detiene.

–¿Dónde tenía el moratón?

–En la espalda –responde Arthurs–. Apenas se distinguía entre las plumas de pavo real y el puto aceite de bebé.

Capítulo 11

Una estufa eléctrica de tres resistencias encendida.

Está al rojo vivo, siente el calor en las mejillas.

No hay ninguna otra luz en esta habitación viciada y sofocante.

McAvoy entrecierra los ojos para poder ver las palabras que está garabateando en su cuaderno con un boli que agujerea las páginas húmedas.

–¿Crees que alguien lo mató?

La pregunta sale de la nada y está formulada con la misma voz que se suele emplear cuando se le pregunta a alguien si querría otro trozo de tarta.

McAvoy no levanta la cabeza. No sabe qué cara poner. No sabe la respuesta. ¿Cree que Simon Appleyard fue asesinado? La pregunta lo lleva a reconsiderar sus ideas. Se da cuenta de que se ha estado comportando como si fuera así desde el principio. Reconoce que, en su interior, siempre ha sentido que está dando caza a un asesino.

Se pregunta por qué.

Es un detective metódico, aferrado a los procedimientos, no demasiado inclinado a confiar en su instinto ni en las corazonadas. No tiene nada en lo que basarse para creer que alguien ha acabado con una vida cuya hora no había llegado.

–Creo que hay cuestiones sin resolver –responde, confiando en que la cosa no pase de ahí. Con frecuencia le invaden el sentimiento de culpa y las inseguridades y no sabe quién es o cómo ser. Aquí, ahora, en este diminuto adosado arreglado a desgana, con su jardín asilvestrado, su anticuado papel de pared y sus cuadros impersonales, siente que no se merece ser tratado con tanta cordialidad. Le preocupa estar intentando hacer llorar a esta mujer, muy a su pesar. Necesita que ella deje a un lado sus miedos y sus dudas. Quiere que le anime a hurgar y escarbar y patear hasta que consiga dar con las respuestas. Necesita sentir que está husmeando en la vida de su sobrino por razones más nobles que su propia curiosidad macabra.

La mira. Asiente para mostrar que el té está muy bueno y se graba la imagen de esta mujer en la cabeza.

Carrie Ford probablemente fue muy hermosa veinte años y cinco mil hamburguesas atrás. Bajo una espesa capa de grasa, McAvoy distingue lo que en su día fue un porte elegante y esbelto. Sus ojos verdes y su rápida sonrisa resultan anacrónicos en medio de una cara pastosa y sin maquillaje que remata un cuerpo descuidado y rechoncho.

Lleva puesto el uniforme del supermercado donde trabaja. Un vestido de poliéster blanco con un tabardo verde, oculto bajo una chaqueta vaquera de talla extra grande. Tiene la edad que aparenta. Parece que la pena de los últimos seis meses ha tallado en su piel las arrugas de toda una vida.

Se disponía a ir a trabajar cuando él ha llamado a la puerta de cristal esmerilado.

–Pensé que eras el taxi –repite mientras le sirve una segunda taza de té. Y luego dice por tercera vez–: El trabajo puede esperar, ¿verdad?

Es una mujer agradable. Vive sola en este adosado de dos dormitorios, a poca distancia caminando del trabajo y a dos minutos de donde murió su sobrino, indefenso y con los ojos saltones, sobre una moqueta azul.

–Ese es nuestro Simon –dice, haciendo un gesto en dirección a la repisa de la chimenea.

Media docena de tarjetas de cumpleaños ocultan los marcos de fotos y los adornos y a McAvoy le resulta imposible ver a quién se refiere. Ella va hasta la chimenea. Saca una foto de un marco barato. Se la entrega a McAvoy con una sonrisa.

–Esa es de la clase. Nuestra clase de baile country. ¿Ve esa sonrisa en su cara? Es cuando era más feliz. Actuando. Ayudando a aprender a la gente. Animando a otras personas.

Como la luz es tan mala, McAvoy tiene que girar la foto como si fuera un cristal y quisiera arrojar un destello al techo. Entrecerrando los ojos, estudia la foto de ese chico delgado y moreno. Le dirige una gran sonrisa a la cámara y, aunque no sea favorecedora, es una imagen feliz. El flequillo le cae sobre los ojos y está empapado de sudor, como también lo están el cuello y el pecho. La transpiración le ha calado la sudadera sin mangas con el cuello recortado de manera provocativa. McAvoy vuelve a inclinar la foto. Ve su propia cara reflejada en ella. La endereza apresuradamente.

–¿No notó nada? –pregunta–. ¿Nunca le pareció que estaba deprimido?

La señora Ford vuelve a sentarse en su sillón de respaldo alto.

McAvoy, en la esquina más alejada del sofá de dos plazas a juego, desearía haber aceptado la invitación de colgar su abrigo. Tiene demasiado calor, sus ropas húmedas están empezando a despedir vapor por culpa de la estufa eléctrica que ella ha encendido instintivamente después de conducirlo al pequeño salón.

–Tenía sus días buenos y sus días malos –contesta, mirando la foto que McAvoy tiene en sus manos. Sin decir nada, él se la devuelve y le conmueve la ternura con la que ella mira la fotografía.

–En el informe judicial se menciona que tenía problemas con su padre. Con su sexualidad...

La señora Ford pone mala cara. Se lleva al pecho la fotografía de su sobrino.

–La única persona que tenía problemas con la sexualidad de Simon era su padre –asegura ella–. Te diré que es mi hermano antes de que me lo preguntes. Siempre fue un capullo.

–¿No estuvo muy presente en la vida de Simon cuando era niño?

–Ninguno de los dos, ni su madre ni su padre.

–Eso no debió de ser fácil –comenta él–. Sin nadie con quien hablar...

La señora Ford hace un gesto de desdén con las manos.

–Simon sabía lo que era desde niño –asevera–. Nunca le importó. Era una persona extrovertida, ¿sabes? Lleno de vida. Nunca escondió quién era o lo que era. Y su padre

no tenía derecho a opinar siquiera.

–Pero sí que opinaba, ¿verdad?

Ella suspira. Vuelve a fijarse en las tarjetas de cumpleaños de la repisa.

–Son de los chicos de mi clase –dice–. De baile country. Ahora no quedan muchos alumnos. No es lo mismo sin Simon. Él era la atracción, lo sé. Era tan divertido… Podría haber sido un gran DJ. Él era quien atraía las masas. No venían para aprender a bailar.

–He oído que él también era un bailarín estupendo.

–Simon podía hacer cualquier cosa –afirma ella con una voz que parece provenir de un lugar lejano.

–Por todo lo que he oído de él diría que era un chico encantador –comenta McAvoy. A menudo ayuda decir este tipo de frases.

–Lo crié yo, ¿sabes? –dice ella, volviendo al presente–. Su madre no quería saber nada de él y su padre, bueno, ese no tenía remedio. Vivió conmigo durante casi toda su niñez. Yo nunca tuve hijos. No me llegué a casar, aunque no te pienses que soy una solterona. He estado con hombres. Pero Simon ha sido la única constante en mi vida.

McAvoy se da cuenta de que está hablando con una mujer que prácticamente fue como una madre para el fallecido. Trata de comprender cómo debe de ser eso.

–¿Él creció aquí?

–No, querido. Me mudé aquí solo hace unos años. Siempre vivimos en Anlaby. Él y yo hemos vivido en casi todos los pisos del pueblo. Somos como los gitanos, aunque nunca nos hemos ido demasiado lejos…

McAvoy se reclina en la silla y la deja hablar. Trata de recrear a la persona que fue su sobrino a partir de sus recuerdos.

–Su padre venía de vez en cuando –dice desdeñosamente–. Llamaba cuando se acordaba. A veces enviaba algo de dinero. Pero no tenían ninguna afinidad. Su padre quería un hijo al que pudiera llevar a ver el fútbol y al pub. Simon quería bailar y escribir poesía. Para él fue horrible darse cuenta de que a ojos de su padre todo lo que él hacía era grotesco. Tenía trece años la primera vez que su padre lo llamó maricón. ¿Te lo puedes imaginar?

McAvoy cierra los ojos. Le da un sorbo al té, que se ha quedado frío.

–Durante la investigación salieron a relucir unos mensajes de texto, ¿verdad? ¿Una pelea con su padre?

La señora Ford se lleva las manos al regazo y comienza a mover la pierna arriba y abajo compulsivamente. O está nerviosa o intenta que sus emociones no la dominen.

–¿Quién no ha hecho eso alguna vez? ¿Quién no se ha tomado un par de copas y ha enviado algunos mensajes para anunciar al mundo lo jodido que está? Así es la vida. Me temo que son los tiempos que corren.

McAvoy asiente.

–¿Simon enviaba muchos mensajes?

–Estaba enganchado –ríe la señora Ford–. Te enviaba cientos al día si eras lo bastante tonto como para responderle a más de uno. Él y Suzie casi se mueren de hambre intentando ahorrar lo bastante para comprarse uno de esos teléfonos pijos. Él todavía

estaba ahorrando cuando sucedió. Chico tonto. Debería habérselo gastado antes de hacerlo, ¿no crees? Acabar a lo grande.

McAvoy finge mirar sus notas.

–¿Suzie?

La señora Ford se pellizca el puente de la nariz, como si le hubiera entrado repentinamente sinusitis. Baja la vista hacia la placa con su nombre. La lee, como si necesitara una prueba para saber quién es.

–Esos dos eran uña y carne. –Sonríe–. Ojalá te pudiera decir su apellido. Es terrible no saberlo, pero en los tiempos que corren esas cosas no se preguntan, ¿verdad? Una chica encantadora. Loca de atar, por supuesto. ¡Qué ropa! La mitad del tiempo parece que va disfrazada pero habría hecho cualquier cosa por mi Simon. Eran inseparables, esa es la verdad. –Se detiene. Parece estar debatiéndose sobre algo–. No creo que fueran una mala influencia el uno para el otro ni nada de eso. Suzie cortó con su novio justo antes de que ella y Simon se hicieran amigos. Simon sabía escuchar. Se les ocurrió una tontería para darle una lección al ex. Cometieron algunos errores tontos pero aprendieron de ellos...

McAvoy solo ha tenido tiempo de echarle un vistazo rápido al expediente del caso y no ha encontrado mención alguna a una amiga.

–¿Compañera de colegio?

–No, se conocieron en un curso de escritura –explica ella con cierto orgullo–. Eso es lo que le habría gustado ser, creo yo. Escritor. O poeta, en otra época. Tenía un gran talento para las palabras. Incluso cuando enviaba mensajes intentaba que quedaran bonitos.

Tras depositar su taza de té en el suelo, junto al sofá, McAvoy se inclina hacia delante.

–Señora Ford, por su forma de hablar no parece que usted haya pensado ni por un momento que su sobrino se quitó la vida.

Ella tuerce el gesto y luego deja escapar un suspiro que parece provenir directamente del corazón.

–¿Qué sabemos en realidad de los demás? –pregunta–. No, nunca creí que Simon fuera de esa clase de personas. No se pasaba el día sonriendo como un payaso, pero disfrutaba lo bastante de la vida como para compensar las cosas malas. Después de todo, de eso se trata, ¿no? Así es la vida.

McAvoy aparta la mirada para no tener que contestar.

–Señora Ford, necesito preguntarle acerca de la vida personal de Simon.

–¿Sobre su vida sexual? –Ella sonríe con calidez y simpatía–. Los dos acabaremos por sonrojarnos.

–¿Era promiscuo?

–Era joven.

–¿Tenía muchas parejas sexuales?

–Disfrutaba.

McAvoy echa un vistazo a su cuaderno.

–Señora Ford, necesito que sea un poco más específica. Tenemos pruebas que

sugieren que Simon había entablado contacto con una nueva pareja sexual poco antes de morir.

Ella se encoge de hombros. Contempla la fotografía que tiene entre manos.

–Sargento, yo era su tita. Fui para él casi una madre, más que la de verdad. Nos divertíamos juntos y nos reíamos más que la mayoría, pero no se le ocurría llamarme cada vez que se tiraba a un tío.

McAvoy esboza una mueca automáticamente. Ella lo nota. Él trata de disimular tosiendo. Quiere que ella piense que ha sido la crudeza innecesaria de su comentario y no el acto en sí lo que le ha causado un escalofrío.

–¿Entonces no conoció a ninguno de sus novios?

–Conocía a «amigos» –comenta, alisando las arrugas inexistentes en su uniforme–. A veces ligaba con un chico en el salón parroquial o me decía que había ido al teatro o de copas o algo y mencionaba a alguno que otro, pero no me gusta cotillear.

–Usted ha señalado que era promiscuo... –dice con cautela.

Ella se endereza en el sillón. Parece que está a punto de levantarse para volver a colocar la foto en la repisa de la chimenea, pero finalmente no se decide y permanece en el mismo sitio.

–Es por las cosas que se contaban él y Suzie –explica ella con vaguedad, haciendo un gesto con la mano–. Quizá se estuvieran tomando el pelo el uno al otro, no lo sé. Eran como dos niños. Ella se ruborizaba cuando él me decía que le preguntara qué había hecho ella esta o aquella noche. Ella solía hacer bromas sobre lo destrozado que estaba Simon para dar bien las clases. Eso era lo habitual –comenta, echando un vistazo a su reloj–. No era un chico tímido, eso es lo único que puedo asegurar.

McAvoy se pregunta si se puede sacar algo en claro de todo esto. Si es que alguna vez hubo algo que sacar. Echa un vistazo a sus notas.

–Me han dicho que tenía tatuajes...

–Oh, sí –dice ella alegremente–. Dios, eran maravillosos. Se hizo el primero cuando acababa de cumplir los dieciséis. Una letra de un grupo que le gustaba. Después de ese les cogió el gusto.

–Me han dicho que su espalda era una obra de arte.

Ella sonríe.

–Le habría encantado oírte decirlo. Salieron en una revista, ¿sabes? Un anuncio en una revista del corazón. Lo vi en la sala de espera de la consulta de un médico, no hará mucho tiempo. Simon se habría subido por las paredes si se hubiera enterado. Yo no estaba muy convencida cuando me lo contó. Como no eres de por aquí seguramente no lo sepas, pero las plumas de pavo real traen muy mala suerte.

–En mi tierra también.

–¿De verdad? Creía que era una cosa de Hull.

–No, creo que es igual en todas partes.

La señora Ford saca el labio inferior como si estuviera rumiando si eso tiene importancia. Decide que no.

–En cualquier caso, no me acababan de convencer, pero a él le chiflaban. Estaba

atravesando su fase más, esto... –Busca la palabra adecuada y finalmente se decide–: extravagante.

–¿Y cuándo fue eso?

–Hace no más de un año. Suzie y él se tatuaron el mismo día. Los siguientes días caminaban como si se hubieran quemado tomando el sol, pero cuando me lo enseñó me pareció precioso.

–¿Por qué plumas de pavo real?

–Es algo que había leído, creo –aventura ella mirando otra vez el reloj; su cara da a entender que quizá el trabajo no pudiera esperar mucho más rato–. Una temporada le dio por los pavos reales. Le iban bien. Fue solo una fase, supongo.

McAvoy tamborilea con los dedos sobre el cuaderno. Se da unos toquecitos con el bolígrafo en los dientes. Se pregunta si ha descubierto algo. Aparta la cara del fuego eléctrico y se lleva las palmas a sus candentes mejillas.

–¿Cree que alguien podría haberlo asesinado?

Le hace esta pregunta sin andarse con rodeos, igual que le ha preguntado ella.

La mujer tarda en responder. Se limita a mirar su fotografía y a acariciar el cristal.

–No lo sé –responde finalmente–. En mi fuero interno supongo que me asusta que muriese haciendo algo un poco...

–¿Sí?

–Alguna cochinada. He leído que últimamente a la gente le gustan ciertas cosas. Espero que no fuera nada de eso.

Él quiere que ella lo diga. Quiere que le preocupe que fuera asesinado. Quiere convertir su incertidumbre en una investigación oficial, aséptica y certera, y necesita su dolor para que así sea.

–Señora Ford, ¿sospecha que podría haber habido terceras partes involucradas?

McAvoy es consciente de que se ha echado hacia delante, quizá la está presionando demasiado.

Ella lo mira fijamente a los ojos.

–No estoy segura de querer saberlo –dice, dejando caer la cabeza–. Puedo soportar que esté muerto. Es doloroso pero sé llorar su pérdida. Si pensara que alguien le hizo daño...

Levanta la vista.

Tiene los ojos acuosos pero no hay riesgo de que se eche a llorar.

–Si digo «muerto» suena a que está en paz, mientras que «asesinado»...

McAvoy no replica nada.

Está seguro de que pronto perturbará esa paz.

Suzie está sentada en la mesa de la cocina de su piso alquilado situado encima de una floristería, en Anlaby Road. La llovizna empaña la ventana de cristal. La persiana de rafia y las cortinas hechas a mano ondean a causa de la brisa que se cuela por las grietas de la pintura del marco.

Detrás del cristal está cada vez más oscuro. Lo suficiente como para encender la luz si

encontrara las ganas de hacerlo. Las farolas proyectan una luz amarilla chillona que dota al ambiente de un aire antinatural, industrial.

Té dulce, es lo mejor según los libros. Es bueno para las impresiones fuertes. Te calma los nervios. Por lo visto es mejor que el Prozac.

–Putos mentirosos –maldice entre dientes.

Suzie lleva bebiendo litros de ese potingue desde la noche anterior. Le ha añadido bastante azúcar como para provocarle diabetes a un elefante. Y, aun así, no es capaz de sujetar la taza sin que le tiemblen las manos mientras se la lleva a los labios.

Vuelve a mirar la web del periódico *Hull Daily Mail*.

Tres párrafos y un número de teléfono. El titular está en azul y el texto en letras blancas.

Un hombre resulta herido
en un área de descanso de East Yorkshire

Un hombre de 44 años se encuentra en cuidados intensivos después de ser presuntamente atropellado y que el conductor se diera a la fuga. El incidente tuvo lugar en East Yorkshire, en un conocido punto de encuentro donde se practica el «cancaneo» sexual.

El hombre, que se encontraba en la zona por motivos de negocios y que ha declarado ser de West Yorkshire, fue encontrado el martes a altas horas de la noche por unos motoristas en el área de descanso de Coniston, en la carretera de Bridlington.

Los responsables del caso están interesados en contactar con la persona que realizó una llamada al teléfono de emergencias desde una cabina cercana poco después de producirse el incidente. Cualquiera que disponga de información puede contactar con la policía de Humberside en el 0845 6060222 o llamar a Prevención Criminal, de forma anónima, al 0800 555 111.

En realidad no es mucho, pero Suzie lo prefiere así. Si estuviera en primera plana cree que probablemente se derrumbaría. Llamaría al número. Admitiría que había sido ella. Les contaría cómo suele divertirse.

Se queda mirando la pantalla del portátil durante una eternidad. Relee el artículo una y otra vez. Acaba apareciendo el salvapantallas. Es una foto de Simon y ella, disfrazados para la noche setentera del club Silhouettes. Pelucones afro naranjas, pantalones de campana plateados y cuellos enormes. Una gran sonrisa.

Hunde la cabeza entre las manos. Lloró todo lo que necesitaba cuando llegó a casa la noche anterior y esa mañana solo ha aguantado una hora en el trabajo antes de decirles que se sentía mal y que tenía que marcharse a casa. La última vez que lloró fue cuando leyó por primera vez el artículo en el *Hull Daily Mail*. Ya no le quedan lágrimas.

Aparta el té. Va hasta la encimera y coge un paquete de galletas de chocolate de un armario. Lo abre. Se mete dos en la boca tras apoyarse contra el escurridor de platos.

Desearía que él estuviera con ella.

Regresa a la mesa. No sabe qué hacer.

Repasa distraídamente los demás artículos de la web. Hay un reportaje firmado por el periodista especializado en sucesos sobre el futuro de la policía de Humberside. Predice que habrá recortes fulminantes y despidos. Suzie no sabe lo que significa «fulminantes» pero no le suena bien. Lee unas declaraciones del nuevo presidente de la Autoridad. Promete hacer todo lo que pueda durante su mandato para mantener la financiación al máximo pero advierte que se avecinan tiempos difíciles. El artículo menciona que se pronostica que será el próximo candidato al Parlamento inglés por Haltemprice y Howden. Suzie se pregunta si la gente lee este tipo de chorradas por pasar el rato.

Abre otro artículo. Lee por encima los detalles del desagradable ataque que ha sufrido un tipo en Hessle Road. Alguien ha apaleado a un hombre de 33 años cuya identidad no se ha difundido hasta dejarlo inconsciente en la puerta de su casa. Los vecinos han asegurado que cultivaba marihuana para calmar el dolor provocado por un antiguo accidente de moto. Se buscan testigos. Al parecer dos hombres de raza blanca corpulentos y un hombre más joven y menos recio fueron vistos abandonando la escena en un 4 x 4. Se trataría del último y preocupante incidente en una escalada de altercados violentos relacionados con las drogas que también han sido puestos en conexión con el descubrimiento de un cuerpo sin vida en Dagger Lane.

Suzie pierde interés. Se aparta de la pantalla.

Junto a su portátil yace su móvil apagado, sin vida. No ha sido lo bastante valiente como para encenderlo.

«¿Habrá sido él?»

La pregunta la está matando. ¿Le habrá tendido una trampa el hombre que la instó a que tuviera relaciones con otro para su disfrute? ¿Era esa su fantasía? ¿Verla aplastada bajo el peso de un extraño medio desnudo, en medio del sonido del metal retorcido y los borbotones de sangre? ¿O fue solo una coincidencia? ¿Estaba allí el hombre siquiera cuando sucedió? ¿Podría haber visto algo? ¿Podría ser un testigo? Peor todavía, piensa ella, ¿qué sucedería si él hubiera contactado con las autoridades y les hubiera hablado sobre ella?

Mira hacia la entrada, imaginándose a dos policías uniformados aporreando la puerta con furia, llevándosela esposada, todos sus secretos al descubierto.

Suzie le da otro mordisco a la galleta. Relee el artículo una vez más. Echa otro vistazo a la cabecera del periódico. Ahora recuerda la forma que tuvo el diario de interpretar la muerte de Simon.

Sin otro motivo que cambiar la imagen de la pantalla, teclea en el buscador del periódico el nombre «Simon Appleyard».

Dos artículos.

Uno de ellos revelaba el nombre y la edad de un joven que había sido hallado muerto en su piso de Anlaby dos días antes.

El otro artículo es sobre la investigación judicial; la vista tuvo lugar hace tres semanas, no asistió porque le pareció demasiado doloroso.

Una mujer de Hull le ha rendido homenaje a su «cariñoso y sociable» sobrino, que acabó con su vida después de caer en una depresión a causa de su sexualidad.

El titular del Tribunal Forense de Hull, Martin Duffy, presidió ayer la vista sobre el fallecimiento de Simon Appleyard, de 24 años, hallado muerto en su piso de Springfield Court el pasado mes de noviembre.

El joven se ató una cuerda alrededor del cuello y la asió al soporte de los cuchillos que había anclado a la pared de su cocina. Cuando su casero encontró el cuerpo sin vida, llevaba cuatro días muerto.

Simon, que trabajaba para una empresa de servicio de aparcacoches en Wilcolmlee, había ganado varios premios de baile country a nivel nacional y daba clases en Anlaby.

Su tía, Carrie Ford, de Saffron Close, Willerby, declaró: «En ocasiones tenía días malos, igual que todo el mundo, pero los que lo conocíamos y lo queríamos ignorábamos que fuera tan infeliz. Tenía muchas razones para vivir. Siempre estaba lleno de vida, era pura alegría. Era todo un personaje, tan sociable y extrovertido, de una naturaleza tan bondadosa. No sé qué haré sin él, no sé quién me va a hacer reír.».

Se informó al tribunal de que el señor Appleyard había sido tratado por depresión durante su adolescencia y que le habían recetado antidepresivos en dos ocasiones. De adolescente tuvo problemas para aceptar su sexualidad y tuvo un enfrentamiento con sus padres cuando se declaró gay, a la edad de diecinueve años.

A pesar de que no se encontró ninguna nota de suicidio, el padre del señor Appleyard mostró a la sala unos mensajes de texto que probaban que se sentía despreciado y con tendencias suicidas durante las semanas previas a su muerte.

Kevin Appleyard, que se desplazó desde su domicilio en Derbyshire para la vista, declaró: «Me dijo que nos había decepcionado, me dijo que estaríamos mejor sin él. Dijo que yo no lo aceptaría tal y como era. Solo quisiera poder abrazarlo una vez más...».

Suzie aparta la vista de la pantalla, tan asqueada como cuando leyó esa sarta de mentiras por primera vez.

Se pone enferma solo de ver mencionado al padre de Simon en el artículo. Le repugna que el hombre que maltrató y atemorizó a su amigo durante su infancia se atreva a sugerir siquiera que alguna vez abrazó a su hijo. Se pregunta si, antes de entregárselo al juez, Kevin Appleyard habría tenido la feliz idea de cambiar el nombre de su hijo en el móvil para poner «Simon» donde antes tenía «Maricón».

En la esquina inferior de la pantalla aparece el aviso de que tiene un nuevo correo electrónico. Lo abre automáticamente.

¿Sigue en pie lo del viernes? ¿Vuelta a la rutina? Bss.

El mensaje es de una pareja a la que conoce como Jota y Jota. El chico es un tipo rubio poco atractivo con tatuajes del Leeds United y faltas de ortografía. La otra jota es una morena regordeta que lleva *piercings* en los pezones y gafas; Suzie siempre la recuerda llevando tiritas en los talones. Se conocieron en una fiesta el año anterior. Eran bastante graciosos y vivían razonablemente cerca de su casa y de la de Simon como para que les compensara hacerse amigos de ellos. La estrategia les había ahorrado un dineral en gasolina.

Se pregunta si debería ignorar el correo. Concentrarse en sus preocupaciones y sus penas. Consigue aguantar exactamente diez segundos antes de decidir que no tiene nada mejor que hacer que contestarles unas líneas.

Hola. Esta vez no estoy segura. No me siento demasiado bien. Creo que podría aguaros la fiesta. Bss.

Pulsa «Enviar».

Espera un minuto, tamborileando con los dedos en la mesa. Se come otra galleta. Comienza a releer la noticia del *Hull Daily Mail* sobre el atropello, luego se aburre y la cierra. Se queda un rato mirando la pantalla como si estuviera debatiendo consigo misma y pincha en el enlace a una de las páginas guardadas en su carpeta de «favoritos». La lleva a la web de Xanadu.

Como siempre, se siente excitada. En la fotografía del centro de la pantalla hay un grupo de hombres y mujeres de mediana edad. Tienen las caras distorsionadas, cuerpos de lo más corrientes y exhiben impúdicamente su desnudez. Miran a la cámara con una gran sonrisa y con los pulgares hacia arriba.

Tras ellos, los prados verdes de Lincolnshire componen una imagen digna de postal. Solo necesita un eslogan.

«Somos gordos pero siempre pillamos cacho», le sugirió ella a Simon en una ocasión.

O, señalando la foto en miniatura de una mujer de 61 años montada en un columpio erótico luciendo una máscara sado: «¿Esto me hace el culo gordo?».

Vamos, Florecilla. Sin ti no hay fiesta. Bss.

Suzie no puede evitar sonreír. Hay un fiestón de cumpleaños en Xanadu ese viernes por la noche. La dueña, una inspectora de Hacienda con pechos de matrona y predilección por pinzarse los pezones, cumple cincuenta años. Christine y su marido, Big Dunc, llevan al frente del Xanadu ocho años. Para ser un club de intercambio de parejas es bastante pijo. El secreto mejor guardado de Lincolnshire ocupa más de una hectárea de superficie y está a tres kilómetros de la casa más cercana. Christine y Big Dunc acogen encuentros tres veces a la semana. Uno para parejas, uno para solteros y otro al que puede ir quien quiera.

Suzie navega por la página, haciendo mohines y preguntándose qué otra cosa podría hacer el viernes si al final decide no ir a por su pedazo de tarta y su copa de champán gratis. Se siente sola. Cierra los ojos al darse cuenta. Nunca antes se lo había planteado realmente. Desde lo de Simon anda perdida.

Suzie se pasa la lengua por los labios. Se dispone a teclear.

Una idea se le pasa por la cabeza. ¿Se lo ha contado a él? ¿Ha mencionado la fiesta y el lugar? No le es posible comprobarlo sin encender el teléfono y repasar sus mensajes y no le apetece hacerlo, así que decide que seguramente no le dijo nada.

«Pero la pasada noche...»

Vuelve a revivirlo. El estruendo de los coches chocando. El crujir de los huesos. El ruido del cuerpo al caer sobre el asfalto mojado.

«No vayas, Suzie», se dice. «Ya no es lo mismo.»

¿Tan malo sería? Si alguien le exigiera alguna vez que se justificase, Suzie trataría de explicar que hay una gran diferencia entre un intercambio de parejas y una orgía. Durante el último al que asistió en la finca de Christine se pasó la mayor parte de la noche en la cocina, ayudando a la anfitriona a preparar aperitivos y hojeando un libro de recetas. Se pasó una hora charlando con una simpática mujer de Dorset, comentando las mejores maneras de planchar un sujetador de plástico.

Sus dedos se deslizan rápidamente por el teclado. El artículo sobre el atropello está minimizado en la parte inferior de la pantalla. La noticia sobre la investigación judicial está a la derecha. Pero la página que atrae su atención le ofrece libertad y diversión; un viernes noche para ser joven y hedonista. Una noche para escapar de una realidad abrumadora.

«Anoche casi te matan», se dice.

Una respuesta se forma en su mente tomando la voz de Simon.

«Razón de más para vivir.»

Ella asiente. Se decide.

¿A qué hora os vais? Bss.

Capítulo 12

–¿Es con dos tes o con dos eles? –pregunta Daniells, con la lengua apretada contra el labio inferior.

Pharaoh gira la cabeza lentamente con una sonrisa irónica casi pintada en su cara.

–¿Qué?

–Rottweiler –dice, señalando su libreta abierta con el boli–. ¿Se escribe con doble te o con doble ele?

Ella tarda un momento en contestar. Luego se inclina hacia él, le arrebata el boli de entre los dedos y, haciendo acopio de todas sus fuerzas dentro del limitado espacio de su pequeño deportivo, se lo lanza a la cabeza. El boli rebota y cae al suelo del coche.

Daniells hace una mueca. Cierra el cuaderno y vuelve a guardárselo en el bolsillo interior. Luego hace como si se echara la cremallera en la boca.

Pharaoh se gira hacia la ventanilla, donde el mayor de los perros guardianes continúa gruñéndoles, saltando de vez en cuando para ladrarles un poco más y cubriendo el cristal de saliva, vaho y huellas de pezuñas.

Le gustaría decirse a sí misma que ha sido una retirada estratégica y ordenada, pero lo cierto es que Daniells y ella han echado a correr hacia el coche como velocistas olímpicos cuando los perros aparecieron y les enseñaron los colmillos. Han hecho lo correcto. Los perros han bajado la cabeza y han corrido tras ellos rechinando los dientes, y Daniells se ha pillado los bajos de su abrigo con la puerta del acompañante.

–Por esto mismo deberíamos llevar pistola –dice Daniells, que no ha perdido un ápice de jovialidad y parece estar pasándoselo bien a pesar de que un rottweiler cabreado casi le arranca una pierna.

–¿Qué?

–Pistolas –repite.

Ella se vuelve hacia él.

–¿Le dispararías a los perros?

Él imita una pistola con el índice y el pulgar y finge que le dispara a la bestia musculosa, marrón y negra que está dándole lengüetazos a su ventanilla. Arruga los labios y sopla la punta de su dedo índice, como si fuera un cañón humeante.

–Estaría bien tener esa posibilidad –dice.

Pharaoh no responde nada durante un rato. Solo lo mira fijamente. Es una mirada que lo hace esbozar una media sonrisa incómoda y nerviosa.

–Sal de aquí –dice ella.

–¿Cómo dice, jefa?

–Estarás más seguro ahí fuera que aquí dentro.

Permanecen sentados en silencio, un silencio solo interrumpido por los aullidos de los perros y las ráfagas de lluvia sobre los cristales.

–Podríamos irnos –sugiere Daniells–. Volver con la unidad canina.

Pharaoh ha estado pensando lo mismo, pero el hecho de que Daniells le haya dado un consejo la vuelve testaruda.

–No vamos a ir a ningún sitio –afirma.

El biplaza está aparcado a la entrada del chalé de Alan Rourke. Es una bonita propiedad de tres dormitorios con unas enormes ventanas panorámicas de doble acristalamiento enmarcadas por unos lujosos cortinajes de terciopelo y encaje. Cuando llamaron al timbre sonó la melodía de «Are You Lonesome Tonight?», que popularizara Elvis Presley. Estaban comentando que Rourke tenía una choza bastante bonita pero un gusto pésimo cuando los dos perros del demonio salieron de la parte trasera de la propiedad y los persiguieron hasta el coche.

–Ha tenido que oírlos –argumenta Daniells–. Y sus vecinos también.

Es una calle sin salida tranquila. Una docena de chalés con jardines bien cuidados y cipreses; Mercedes aparcados en caminos de entrada con mosaicos de ladrillo rojo y tiestos de flores colgando de la pared junto a puertas de doble hoja de PVC.

–Estarán acostumbrados –repone Pharaoh, bajando el espejito para revisar el estado de su máscara de pestañas y del lápiz de labios.

No le prestó demasiada atención a los animales cuando estuvo leyendo el expediente de Rourke. El último contacto que había tenido con la policía estaba relacionado con una queja presentada después de que sus perros atacaran a un niño pequeño que estaba jugando con la pelota en el jardín de su abuela. En su ficha policial no constaba nada sobre el incidente salvo que la denuncia había sido retirada. Pharaoh solo esperaba que hubiera sido a cambio de un incentivo económico y no de una intimidación.

–Vamos –murmura, más para sí que para su subordinado. Observa atentamente la puerta, como si quisiera que se abriera sola.

–¿Cree que sabe que somos de la policía? –pregunta Daniells.

Pharaoh abre los brazos teatralmente, abarcando su pequeño deportivo y sus ropas de civil.

–Yo quería el modelo que traía las luces en el techo pero no me podía permitir eso y el reproductor de CD –ironiza.

Luego deja escapar un suspiro. Baja imperceptiblemente la ventanilla.

–Señor Rourke –grita–. Soy la superintendente...

Sus palabras se pierden en una cacofonía de gruñidos y ladridos amenazantes.

–Hay que joderse.

Entierra la cabeza entre las manos. Desearía que McAvoy estuviera ahí. A pesar de tener las habilidades sociales de un niño nervioso de cinco años, Pharaoh valora al agente Daniells como policía. Es entusiasta y bien dispuesto. Se ha pasado su vida laboral rodeada de cínicos hastiados convencidos de que si algo no les apetece es que no merece la pena hacerlo. Daniells es capaz de meterse de lleno en las tareas más tediosas y soporíferas y siempre está agradecido. Le pidió de buena gana que la acompañara para

hablar con Rourke. Él le había pedido un favor a alguien y había conseguido que les mandaran rápidamente los resultados del laboratorio de los fragmentos de cristal que contenía el cóctel molotov hallados en la escena. Estaba tan contento que ella casi le propone detenerse en una gasolinera para comprarle unas golosinas de premio.

Tiene que reprimir una sonrisa involuntaria al imaginarse a McAvoy encogido en el asiento del acompañante. Se pregunta qué haría. Para empezar, seguro que nunca habría echado a correr huyendo de los perros. Les habría cantado hasta dormirlos o les habría reventado la cabeza. Ojalá lo hubiera visto hablar con el semental que se escapó. Entiende perfectamente cómo calmó al animal con sus grandes ojos y sus palabras suaves. Ella también ha experimentado su empatía y esa ternura que no parece de este mundo. Siente unos celos extraños hacia el caballo. Vio lo mejor de él. Se pregunta si el caballo es consciente de que su brillante e irremediable sargento también puede llegar ser un capullo irritante.

–Bonito lugar, ¿verdad?

Están en uno de los hermosos pueblos situados al oeste de la ciudad, una ciudad dormitorio versión Hull. No es para nada la clase de lugar que uno relacionaría con un hombre como Rourke.

Pharaoh extiende la mano hacia el hueco de la guantera y coge una copia de su expediente.

La foto policial muestra a un hombre de cincuenta y tantos años hosco y con una barba incipiente que mira a la cámara con el ceño fruncido bajo una mata repeinada de pelo negro que se vuelve gris en las sienes. Luce un frondoso bigote que ella relaciona con los fruteros bretones y no le vendría mal peinarse las cejas.

–Siete años –menciona ella, recorriendo con el dedo su larga lista de delitos y de estancias en prisión–. Eso es un montón de tiempo.

–¿Le cayeron por las lesiones físicas?

–No, por robo a mano armada. Solo le cayeron dos años por las lesiones. Por lo visto lo provocaron.

–Apuesto que sí.

–No ha perdido el tiempo –dice, y a medida que lee, se siente más esperanzada de haber tenido un golpe de suerte y que el hombre que ha ido a interrogar esté relacionado con la banda de traficantes que tantas ganas tiene de meter entre rejas.

–Espera...

De la parte de atrás de la casa acaban de salir dos hombres. No hay duda de que Rourke es uno de ellos. Va vestido con vaqueros negros, zapatillas de deporte blancas y una camiseta extra grande de Fred Perry donde se marcan unos bíceps fuertes y tatuados y un barrigón impresionante. Lo acompaña un hombre más joven con pantalones de chándal color verde chillón y una chaqueta de cuero cara encima de una camiseta interior. Es delgado y tiene la cara chupada y, aunque se ha rapado la cabeza recientemente, se nota que es pelirrojo. Tiene un cigarrillo encajado en los labios que, en el momento de lanzarles una mirada despectiva y enfadada a los ocupantes del coche, apunta hacia arriba.

–Señor Rourke, soy la superintendente...

Al hablar, los perros se ponen a ladrar de nuevo y el hombre más joven se echa a reír cuando ella retira apresuradamente la boca de la ventanilla entreabierta.

Rourke se quita de la boca un diminuto cigarrillo de liar sin encender.

–Ben, Dara. Dejadlo.

Los dos perros dejan de ladrar. Se dirigen, obedientes, a su lado. Él les acaricia las cabezas sin quitarle a Pharaoh los ojos de encima. Los perros se lamen el morro tan contentos. Se diría que son animales distintos.

–¿Maderos? –pregunta Rourke.

Pharaoh asiente.

Rourke hace un gesto con la cabeza para indicar que son libres de salir del vehículo. Pharaoh respira hondo y se dispone a hacerlo. Al bajarse de ese coche tan bajo y tan estrecho se le sube la falda revelando buena parte de un muslo atractivo. Se retira el pelo de la cara y se estira la chaqueta, tensando la espalda con un movimiento que acentúa su figura.

Rourke no cambia de expresión, pero el tipo más joven le dirige una mirada lasciva.

–Deberían estar encerrados –dice Pharaoh, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a los perros, mientras recorre el camino de entrada y se detiene lo bastante cerca de Rourke como para invadir su espacio. El hombre huele a café, nicotina, gomina y caballos.

–No le harían daño ni a una mosca –asegura él, con un deje irlandés en el acento.

–Las moscas me importan un comino –replica ella–. Lo que no me apetece es que me hinquen los dientes en el culo.

–Eso es una pena –dice Rourke, y el joven se ríe con más fuerza de lo que el comentario merece–. Tienes pinta de ser de las que lo disfrutarían.

Daniells ha llegado junto a Pharaoh. Les dirige a todos una gran sonrisa.

–¿Se les puede acariciar? –pregunta alegremente; al parecer, ya se le ha olvidado que hace nada quería meterles una bala en la cabeza.

–No les gustan los maderos –dice Rourke–. Así que, claro, acarícialos.

Daniells adelanta una mano pero Pharaoh se la aparta.

Rourke sonríe.

–¿Es un poquito corto? –pregunta, señalando con la cabeza al joven agente de amplio rostro.

–Siempre piensa lo mejor de las personas –dice, mirando a Rourke a los ojos–. Él y yo somos como la noche y el día.

Rourke se encoge de hombros. Se retira el pelo húmedo de la cara con una mano sucia y manchada por la nicotina.

–¿Qué es lo que queréis?

–Para empezar no estaría mal resguardarnos de la lluvia –dice Pharaoh, levantando la vista al cielo gris.

–La casa está hecha una pocilga –asegura Rourke–. Aquí estamos a las mil maravillas.

Pharaoh no lo presiona.

–¿Quién es tu amigo?

El chico aparta los ojos de su escote y la mira a la cara.

–Soy el hombre que llevas esperando toda tu vida –dice.

Por la cara que pone, es imposible saber si pretende ser irónico.

–¿De verdad? –La voz de Pharaoh adquiere un tinte seductor y amenazante–. Pues no parece que te haya tocado la lotería.

Al escuchar esto Rourke sonríe. Parece que se relaja un poco.

–RJ está haciendo unos trabajos para mí –dice.

–¿Trabajar? Pensé que eras alérgico.

Rourke hace un gesto en dirección a su casa.

–No me va mal.

–Veo que robar bancos tiene sus ventajas.

–Todo eso forma parte del pasado, hermana. Ahora soy un buen chico.

Cuando Rourke sonríe, parece un tipo encantador. Pharaoh tiene que esforzarse por recordar que es un criminal violento y no un pícaro adorable.

–El martes por la noche –anuncia ella–. ¿Dónde estabas?

Rourke se lleva a la boca el diminuto cigarrillo apagado. Chupa la boquilla mientras piensa.

–Aquí –asegura–. Lo más probable.

–¿Toda la noche?

–Estuve empinando el codo –dice–. Después de *EastEnders* no me acuerdo de mucho. Pero sí, estuve aquí.

–¿Hay alguien que pueda confirmar eso? ¿Quizá tu mujer? ¿O tu amiguito aquí presente?

–Lo dudo –responde, y sus ojos azules centellean con algo que Pharaoh solo puede definir como «encanto»–. Llevo tres años sin ver a esa puta. Y Ro tenía asuntos que resolver esa noche. Se cree que esto es un hotel...

–¿Entonces vives solo?

Rourke le da un codazo al chico con su brazo rollizo y le sonríe juguetonamente.

–De vez en cuando disfruto de alguna visita femenina –dice con un fingido acento aristocrático.

Pharaoh asiente.

–¿Sabes por qué te lo pregunto?

–Lo cierto es que no –contesta Rourke–. Pero tampoco os quiero aquí y aquí que os habéis plantado, así que supongo que me lo vais a decir.

–Encontramos tus huellas dactilares en una esquirla de cristal –anuncia ella.

–¿Y?

–Cristal perteneciente a una botella que alguien rellenó de gasolina, encendió y arrojó a un furgón de policía donde, mira por dónde, estaba yo sentada.

Si Rourke está preocupado no lo demuestra. Hace una mueca y se alisa el bigote.

–Soy un poco viejo para ir lanzándole cócteles molotov a los maderos. Pero lo bastante joven para hacerles otras cosas, ¿eh?

A Pharaoh se le agota la paciencia.

–Señor Rourke, trate de imaginarse qué se me está pasando por la cabeza en este instante.

–¿Una imagen bonita?

–Más bien salgo yo llamando por radio para que me envíen un furgón lleno de policías que pisotearán tu jardín, le pegarán una patada a tu puerta, le dispararán un tranquilizante a tus perros y te sacarán de aquí esposado para arrojarte a una celda. Luego tendremos de nuevo esta conversación y desearás haberme ayudado cuando tuviste la oportunidad. De modo que aquí tienes tu oportunidad. ¿Por qué crees que tus huellas están en esa botella?

Rourke baja la vista para mirar a sus perros. Los acaricia y juguetea con sus orejas.

–¿Dónde sucedió todo eso? –pregunta finalmente.

–Cerca del edificio Lord Line, en el muelle de Saint Andrew. Estábamos llevando a cabo una operación de vigilancia.

–¿Vigilando el qué, cariño?

–Pensábamos que un almacén cercano estaba siendo utilizado para cultivar cannabis.

–¿María? –se mofa Rourke–. ¿Y a quién coño le importa?

–Estoy de acuerdo –concede Pharaoh–. Para ser sincera, me importa una mierda. Pero los que están al mando del cotarro son gente muy mala y han herido a una buena persona, por lo que nos gustaría meterlos en la cárcel.

Rourke asiente.

–Me parece bien.

–Entonces todo lo que me puedes contar es que el martes por la noche estabas en tu casa y que no tienes ni idea de por qué tus huellas acabaron en una botella de cristal que fue arrojada al furgón. –Pharaoh se alisa la parte delantera de su chaqueta–. Es una excusa de mierda –concluye.

–Tus tetas mojadas por la lluvia son bonitas.

El hombre más joven está mirando fijamente el pecho de Pharaoh. Ella suelta una risita incrédula.

–¿Cómo dices, hijo?

–Son bonitas –repite, y levanta la cabeza para mirarla a los ojos–. Apuesto a que no se ven tan prietas cuando te quitas el sujetador, ¿eh, vieja puta?

Pharaoh abre la boca pero, antes de que pueda decir nada, Rourke le pega al otro un manotazo con su pezuña rolliza en el pecho y lo empuja hacia atrás. Se gira para enfrentarse a él, agarrándolo de las solapas de la chaqueta y acercándoselo a su cara.

–¿No puedes evitarlo, verdad? –le escupe.

–*Maraigh!* –grita el chico, con los pies rozando el camino–. *Maraigh!*

Ni Rourke ni los dos policías tienen tiempo de reaccionar. La orden, exclamada en gaélico, no significa nada a oídos de Pharaoh o Daniells, pero los rottweiler reaccionan como si alguien hubiera hecho sonar la campana.

El tiempo parece detenerse.

A su derecha, Daniells se lleva la mano al bolsillo, tratando de extraer su porra

extensible de las profundidades de su maltrecho abrigo.

Rourke se está girando hacia ella, con los ojos como platos y la boca abierta.

El hombre más joven retrocede tambaleándose. Se gira. Se dispone a echar a correr.

En una fracción de segundo, los dos animales se convierten en unos asesinos amenazadores y voraces. Ladrando y entrechocando las fauces, se vuelven hacia los desconocidos.

Abren la boca y de unos colmillos tan grandes como dedos les cuelgan espumarajos. Luego saltan.

Pharaoh extiende las manos para cubrirse la cara pero no cierra los ojos a tiempo para librarse de la imagen.

Su vista se llena de pelaje marrón y negro. Colmillos. Una lengua rosa y unos ojos amarillos.

Mientras cae al suelo, tiene la fría certeza de que la palabra en gaélico significa «matar».

Capítulo 13

–Espero que le hayan puesto la inyección letal a los perros –dice Colin Ray, inclinándose por encima de la mesa para coger una patata del plato de Helen Tremberg y arreglándoselas para mancharse su mugriento traje de raya diplomática con una gota de kétchup.

–Sí, sería terrible que se contagiaran de algo –comenta Shaz Archer, echando un trago de su lata de coca-cola light. Luego deja escapar una risotada semejante a un ladrido. La clase de carcajada que soltaría un viejo de clase alta y no una mujer joven y menuda con un vestido caro y medias a juego.

Ni McAvoy, ni Tremberg, ni Ben Neilsen se suman a las risas.

–Alegraos, gilipollas –dice Ray, estirándose para coger otra patata frita y echándose a reír cuando Tremberg le aparta el plato–. Ella está bien.

Están sentados en la cantina de la comisaría de policía de Courtland Road. En la televisión del rincón de la sala están puestas las noticias con el volumen quitado y dos agentes uniformados están jugando al billar cerca del bufé, donde una señora cincuentona está ofreciendo una amplia selección de viandas –pastel de carne, lasaña, patatas fritas o morirse de hambre– a un par de vendedores de *software* que están de visita, vestidos con trajes grises y chapas con su nombre.

El superintendente jefe Davey acaba de terminar de cagarla durante la reunión de urgencia que han tenido. Ray y Archer están ahora a cargo de toda la investigación. Los almacenes de cannabis, Rourke y el ataque a la jefa de la unidad ya se consideran parte de un único caso. Ray y Archer se disponen a interrogar al que fuera atracador a mano armada, que está encarcelado en una celda como un loco, amenazando con vengarse de cualquiera que no le diga qué ha pasado con sus perros. El resto del equipo de delitos graves está aquí reunido, dispuestos a ayudar y listos para tomar el relevo, si es que se lo piden...

Pharaoh está en la cama de un hospital con dentelladas en el pecho, el cuello y las manos. Daniells, con puntos de sutura en las manos, está escribiendo penosamente su informe en un escritorio prestado en las dependencias del CID.

El adolescente pelirrojo, el que dio la orden de matar, está en paradero desconocido. Todos los coches patrulla de la división están buscándolo.

–El chico nuevo dice que estaría muerta si Rourke no los hubiera detenido –comenta Ray despreocupadamente–. Les bastaron cinco segundos para herirlos.

–Tiempo suficiente para que el chaval se pirara –apunta Archer.

–Tendremos una identificación mañana por la mañana, te lo prometo –farfulla Tremberg con la boca llena de patatas. Está afectada por lo sucedido a su jefa, pero tiene

un apetito que no se lo quita nadie.

–Nosotros también te lo prometemos –asegura Ray, lanzándole un beso–. El maldito irlandés estará cantando en cinco minutos, te lo garantizo.

–No es irlandés –señala McAvoy con los ojos cerrados.

Ray hace una mueca.

–¿No? ¿Apellidándose Rourke?

–Es de ascendencia irlandesa. Nació en South Yorkshire. De familia nómada. Viene todo en su expediente. Deberías leerlo.

Se hace el silencio durante un momento.

–Un puto gitano, ¿eh?

Tremberg le lanza a McAvoy una mirada. Él está mirando al techo, con la cara prácticamente gris. Ella sabe que su mujer es de origen gitano y también sabe que para él es un tema delicado. Ha llegado a la reunión con el rostro enrojecido y sin aliento; seguro que había venido corriendo desde dondequiera que estuviera cuando anunciaron por radio que Pharaoh había resultado herida y que todos los miembros de su equipo debían presentarse inmediatamente en Courtland Road. Cuando oyó lo que había pasado, ella advirtió en su rostro algo que podía definirse como perplejidad y desesperación. Aún no lo ha visto nunca enfadado pero no duda de que es capaz de estarlo y que Colin Ray haría bien en callarse.

–Pertenece a una familia nómada –repite McAvoy deliberadamente.

–Un puto gitano, eso es lo que he dicho –replica Ray, antes de compartir una risa con Archer.

Esos dos son inseparables. Cuando fue creada la unidad hubo un tiempo en que se consideró al inspector jefe Colin Ray como el candidato más previsible para dirigirla, con su inflexible aunque extraordinariamente atractiva protegida como número dos. En lugar de eso, Pharaoh había conseguido el puesto y él, que era mayor que ella, no se lo había tomado bien, menos aún cuando le pidieron que fuera su segundo.

–Daniells nos ha proporcionado una buena descripción –interrumpe Ben Neilsen de sopetón–. Un chaval delgado, con la cabeza rapada y pelirrojo, un cabrón canijo... no puede ser difícil encontrarlo.

–Asegura que fue completamente inesperado –añade Tremberg–. El ataque, quiero decir. Rourke estaba contestando las preguntas de la jefa. No es que fuera demasiado amistoso pero tampoco había nada de lo que preocuparse. El chaval comentó algo sobre las tetas de la jefa y Rourke le pegó un manotazo. Luego el chico les gritó a los perros que atacaran. Daniells no sabría decir si quería que agredieran a Rourke o a la jefa.

–Nunca atacarían a su dueño –musita McAvoy–. Ni en un millón de años.

–Entonces, ¿por qué azuzárselos a la jefa?

–Quizá para demostrar que tenía cojones de hacerlo.

McAvoy se frota la cara con una mano y mira el reloj. Procura mantener el control de sus emociones. Está furioso porque no le han pedido que dirija la investigación, pero también es consciente de que no tiene ningún derecho a esperar algo así y que solo por contemplar esa posibilidad podría considerarse que ve las heridas de su jefa como una

oportunidad. Se mantiene firme en su sitio.

–¿Y dónde estabas tú, por cierto? –pregunta Ray. Se ha girado en su silla para poder ver a los dos chicos que están jugando al billar y no se vuelve para formular la pregunta–. Pensé que estabas haciendo alguna tarea de chupatintas para Everett o algo por el estilo. ¿No hay por ahí ninguna tabla interesante que requiera tu atención?

McAvoy siente que se le suben los colores.

–Estaba echándole un vistazo a un caso antiguo.

–¿Un caso cerrado? –pregunta Ray, volviendo a la mesa y haciendo un gesto con la mano que sugiere que no valora mucho la calidad del juego–. Eso es competencia de los de Operación Zorro, no nuestra.

–Esto es reciente, ellos se encargan de casos más antiguos. Solo se trata de algo que valía la pena investigar más a fondo.

Archer se inclina hacia delante. McAvoy nota que el encaje de su sujetador se trasparenta a través de su blusa blanca de seda y aparta la vista enseguida. Ella tiene experiencia utilizando su imagen para seducir y conseguir resultados; al percibir su incomodidad, prácticamente ronronea.

–Así que ahora nos dedicamos a elegir lo que nos apetece, ¿no? –pregunta ella.

–¿Disculpa?

–Olvídalo.

Archer se termina su lata de refresco y luego se levanta y coge su abrigo del respaldo de la silla de plástico duro para ponérselo. Colin Ray también se pone de pie y se sacude las migajas de su bocadito de salchicha de la pechera del traje. Probablemente fuera una prenda cara cuando lo compró, pero ahora tiene las solapas llenas de manchas y está arrugado a la altura de la entrepierna.

–Nos vamos –dice, cogiendo una última patata y guiñándole un ojo a Tremberg–. Llamadnos si hay algún avance.

–Sí, vamos a pasarnos la noche preocupados por la suerte de esos perros.

La pareja se echa a reír mientras sale por la puerta batiente, así que no escuchan a Tremberg decir:

–Gilipollas.

Neilsen, Tremberg y McAvoy permanecen sentados sin decir nada más.

–¿Y qué caso es? –pregunta finalmente Neilsen.

McAvoy se queda mirándolo. Es un chico alto y guapo que proviene de una familia pesquera de Hessle Road donde no tienen muy claro si estar orgullosos o avergonzados de que su hijo menor sea policía.

–Un chico joven –responde después de una pausa–. Lo encontraron ahorcado en la cocina de su casa. Casi no se investigó. Tengo su antiguo teléfono móvil. Está lleno de mensajes de alguna pareja sexual de la que no hay ni rastro en el informe. Se interrumpen repentinamente. Algo no encaja. Ahí hay algo más.

–¿Y las pruebas forenses?

McAvoy hace una pausa. Parece que ha tomado una decisión. Mete la mano en su maletín y saca el informe y sus notas. Se acerca más a la mesa.

–No hay duda de que el estrangulamiento fue la causa de la muerte –dice mientras lee las notas de su cuaderno–. La forense dijo que la cuerda que tenía alrededor del cuello fue definitivamente la que impidió que la sangre regara el cerebro. Confirmó que había fibras adheridas a la piel. Había mantenido relaciones sexuales en las veinticuatro horas previas. Penetración anal. No se encontraron muestras de ADN. Al parecer, estaba cubierto en aceite de bebé. Dos horas antes de morir comió unos *tagliatelle* precocinados y una barrita de chocolate. Y se había tomado un vaso de naranjada.

–¿Y luego decidió que ya había tenido bastante? Esos platos precocinados son terribles...

–El expediente pasó por el Departamento de Investigación Criminal y le dedicaron unos treinta segundos. El juez determinó que el veredicto no era concluyente al no haberse hallado ninguna nota de suicidio, pero no se llevó a cabo investigación alguna. En el inventario de su piso no se menciona el teléfono móvil a pesar de que no se separaba de él casi nunca.

–¿Entonces lo tienes tú? –pregunta Ben con curiosidad.

–No lo sé. Puede. Si él conservaba su propio número en el teléfono.

–Eso es irrelevante –dice él, haciendo un gesto de indiferencia.

–Mira, he hablado con su tía hoy. Asegura que no hay motivos para creer que se suicidara.

Tremberg y Neilsen se giran para verse bien. Intercambian una mirada y Tremberg se erige como portavoz.

–¿No crees que sería mejor que mirásemos para otro lado?

–¿Disculpa?

–Después de la cagada de la otra noche y ahora esto de Pharaoh, ¿de verdad queremos decirles a los del CID que un asesinato se les ha pasado por alto o que nunca les importó una mierda? ¿Necesitamos un asesinato más en cartera sin tener un sospechoso? ¿Cómo va a afectar algo así a las estadísticas?

McAvoy parece decepcionado al mirarla. Casi como si le hubieran roto el corazón.

–No creo que eso importe –argumenta, sin añadir nada más.

Se quedan sentados unos minutos más. McAvoy no les cuenta nada más sobre Simon. Está decidido. Las heridas de Pharaoh le sientan tan mal como una bola de nieve en el estómago, pero no puede evitar considerar su ausencia como una oportunidad. Su superior le dijo que indagara un poco. Y ahora no está presente para que la contradigan.

Todos se despiden alegremente y se levantan el cuello de los abrigos mientras corren por el aparcamiento a oscuras asolado por la lluvia. McAvoy abre rápidamente la puerta del coche y se cuela dentro. Lo arranca justo a tiempo para escuchar los titulares de las siete de la tarde. Una oficial de policía ha resultado herida tras ser atacada por un perro en Anlaby. La policía llama a la colaboración ciudadana por si hubiera testigos del ataque con un cóctel molotov en el muelle de Saint Andrew, el último en una escalada de violencia relacionada con las drogas...

Observa el coche de Tremberg confundirse con el tráfico. Se despide con un gesto de la mano, que se pierde en la lluvia que arrecia. El Suzuki Swift de Neilsen pasa a

continuación. Deja que transcurran treinta segundos. Apaga el motor. Sale del coche y cruza corriendo el aparcamiento.

Saca el teléfono del bolsillo y lo sostiene sobre la palma caliente y húmeda de la mano mientras se dirige a la Unidad de Soporte Técnico. Cuando llama a la puerta blanca y les advierte a sus colegas que Trish Pharaoh ha insistido en obtener resultados cuanto antes, espera que estos atribuyan su rubor a la carrera que se ha pegado bajo la lluvia más que a la vergüenza que le causa mentir.

Capítulo 14

Colin Ray retiene el humo en los pulmones y siente que los ojos le empiezan a lagrimear. Nota un cosquilleo familiar en el pecho.

Retenlo, Col, retenlo...

Ha subido las escaleras sin necesidad de espirar. Seis, siete, ocho escalones que desembocan en el pasillo verde descolorido.

Le lloran los ojos, el pecho le late con fuerza...

Gira el picaporte y entra en la sala de interrogatorios B.

Deja escapar el aire. El olor a tabaco invade la habitación cerrada y húmeda.

–Pensé que te merecías un respiro –dice, y acto seguido le entra un ataque de tos.

Las salas de interrogatorios llevan siendo zonas de no fumadores desde 2007. Los fumadores están a merced de los policías si quieren meterse su chute de nicotina. Colin Ray no se siente compasivo. Ha aplazado el interrogatorio para poder salir a echarse un cigarro y ha rechazado la petición de Rourke de salir también él.

–Deberías dejarlo, amigo –dice Ray, retirando la silla del escritorio y sentándose enérgicamente, al tiempo que se seca los ojos y la nariz con la palma de la mano–. No te sienta bien, estás hecho una mierda.

Rourke levanta la vista. Se encoge de hombros.

–Debe de ser como mirarse en el espejo.

Ray le dirige una sonrisa. Ha disfrutado de la última media hora de enfrentamiento verbal con este gitano duro e imperturbable. Rourke no ha dicho nada. Ha declinado el ofrecimiento de llamar a un abogado con un gesto de la mano y se ha embarcado en una sucesión de «sin comentarios». Se diría que la cosa no va con él. Tiene pinta de ser la clase de hombre capaz de estar allí sentado indefinidamente con tal de no ayudar a la policía en sus investigaciones.

La puerta vuelve a abrirse y hace su aparición Shaz Archer caminando con unos tacones imposibles. Ha ido a cambiarse de ropa ya que con el atuendo de antes no ha conseguido atraer la atención de Rourke. Ahora lleva medias estampadas, una falda cara a media pierna y un top vaporoso de lunares sobre una camiseta negra. Se ve estilosa, sexi y no se parece para nada a ninguna de sus compañeras. Es lo opuesto a Helen Tremberg. Ella hace gala de su sexualidad y no le importa enseñarles a los sospechosos un poco de su escote si eso significa que van a empezar a hablar para darle las gracias. Por ahora a Rourke parece importarle un pimiento.

–Estás despampanante, Shaz –comenta Ray, arrugando los labios con un gesto de aprobación.

–Estaba helada. Podías colgar un sombrero en mis pezones.

–Yo no llevo sombrero.

–No estaba hablando contigo, Col.

Al otro lado de la mesa Rourke le dirige una sonrisa de agradecimiento y complicidad.

Pero no pica.

–Esto apesta a cenicero –comenta Archer, sentándose y cruzándose de piernas con el crujido sensual del nailon sobre la seda.

–Embriáganos con tu aroma, cariño. Danos un respiro.

Archer mete una mano en el bolso y saca un frasco de perfume. Arroja un poco al aire con el espray. Luego se pone un poco más en las muñecas y extiende el cuello para rozarse bajo las orejas. Toda la operación tiene un aire sexi pero Rourke no presta atención. Permanece mirando fijamente la pared. Solo se vuelve hacia ella cuando el perfume alcanza sus fosas nasales.

–Ahora huele como un burdel –comenta.

–Es Chanel –replica Archer con aspereza.

–Como un burdel caro –puntualiza él, y le dirige un bostezo descomunal.

Ray le hace un gesto con la cabeza a su colega. Ella hace girar su silla y enciende la grabadora.

–20:09 horas. Interrogatorio del sospechoso Alan Rourke a cargo del inspector jefe Colin Ray y de la inspectora Sharon Archer. Bien, señor Rourke, ¿por dónde íbamos?

Rourke echa hacia atrás la silla.

–Aquí estamos, cariño. Pasándonoslo en grande.

–Cierto –dice Ray, succionando la parte interna de sus mejillas y rascando algo bastante asqueroso de la solapa de su traje a rayas.

–Estábamos hablando de tus huellas, las que encontramos en la botella que fue arrojada al furgón de policía. Estábamos hablando de tus perros, los que atacaron a dos agentes de policía. Estamos aquí sentados y somos todo oídos, estamos esperando a que abras el pico y comiences a largar con esa puta jerga incomprensible que farfulláis los de tu calaña.

Ahora que la grabadora está puesta, Ray debería tener más cuidado con lo que dice pero, si las consecuencias le preocupan, sabe ocultarlo bien.

Rourke no dice nada. Esboza una sonrisa torcida.

–Go n-ithe an cat thu, is go n-ithe an diabhal an cat.

Ray y Archer intercambian una mirada.

–¿Cómo dices?

–Que te coma un gato, y que el diablo se coma al gato.

Ray se rasca la cara con sus uñas sucias y amarillentas. Se aparta el pelo grasiento de la cara. Se ríe sin hacer ruido.

–¿Ese es el lema de tu familia?

–Somos más de perros.

–Sí, nos hemos dado cuenta. Y Pharaoh también.

Rourke asiente y baja la mirada. Suspira.

–¿Ella se encuentra bien?

–Estamos esperando el diagnóstico –miente Ray–. Nos tememos lo peor.

Rourke permanece en silencio.

–Me quedé con ella –dice finalmente–. Me podría haber largado, ¿verdad? Encerré a los perros. Os llamé. Sostuve una toalla contra su cuello...

–Qué buen corazón –le espeta Ray, retirándose de la mesa.

La habitación está silenciosa durante un rato, mientras Ray y Rourke se sopesan el uno al otro. Ray ha comenzado el interrogatorio asumiendo que sería cuestión de tiempo que Rourke cantara. Ahora que se encuentra cara a cara con este ladrón violento retirado empieza a dudar que alguna vez se ablande.

–Has pasado largas temporadas en la cárcel, Alan –comienza, cambiando de táctica–. No querrás ni ver otra celda. Solo necesitamos algunas respuestas. Algo de información. Vamos a comenzar con el chico. Nuestro adolescente fugado. ¿Cuál es vuestra conexión?

Rourke vuelve a apartar la vista.

–Sin comentarios.

–No suena demasiado convincente cuando lo dices, Alan. Sabes que sí que quieres comentar.

–Te lo juro por Dios: sin comentarios.

Archer hurga en el bolso y saca un chicle que se mete en la boca. Sostiene el paquete en alto por si Ray y Rourke quieren. Este último acepta.

–Gracias, cariño.

Ella sonríe, toda simpatía y calidez.

–Entenderás que nos tomemos esto muy en serio –dice, inclinándose hacia delante–. Se trata de dos incidentes, Alan. El cóctel molotov y el ataque con los perros, y ambos han puesto en riesgo la vida de nuestros respetables agentes de policía. Y estás implicado en ambos. Seguro que sabías que esto no podía quedar impune. Comprendo que te rijas por un código. No te gusta la pasma. Pero no creo que seas la clase de hombre que le pegaría fuego intencionadamente a un furgón repleto de policías. Y también sé que fue el chico quien dio la orden a los perros para que atacaran...

Un relámpago de ira atraviesa la cara de Rourke. Lanza un juramento en gaélico. Se disculpa. Asiente.

–Pero son tus perros, Alan. Serás tú el que llore cuando los sacrifiquen.

Por primera vez los ojos de Rourke muestran algún tipo de emoción. Se muerde el labio.

–Tenemos un poco de margen en todo esto, Alan. El tema aún no está cerrado. Los perros están siendo bien atendidos. Están a salvo con la unidad canina. Son como unas vacaciones. Pero quieren volver a casa, igual que tú. Danos algo en lo que pensar. Dinos qué hacía tu huella en la botella. Cuéntanos tu historia, Alan. Algo que nos sirva y que nos permita apartarte de nuestra investigación.

Rourke bosteza. Masca el chicle. Se queda mirando el techo, como si la historia más interesante que jamás hubiera leído estuviera escrita allí arriba.

Ray pierde la compostura.

–Me vas a dar algo, amigo. De una forma u otra, me vas a contar lo que no sé.

Rourke vuelve a prestarle atención al agente más veterano. Menea la cabeza con desaprobación, como si estuviera ante un cachorro que no supiera controlar bien su vejiga.

–Al final todo se reduce a eso, ¿no es verdad? Sois todos igual de malos. Putos maderos, todos idénticos. Durante toda mi vida me habéis mirado por encima del hombro. Al final todo se reduce a lo mismo. Yo ya he pagado mi deuda, señor. He pasado página. Llevo mucho tiempo sin meterme en problemas. Y, aun así, venís a llamar a mi puerta. Se lo dije a aquel tipo el mes pasado, podéis amenazarme todo lo que queráis, pero no tengo nada que deciros...

Ray se inclina hacia delante de pronto.

–¿El mes pasado?

–Un tipo con cara redonda y traje caro. Un pez gordo.

Ray se gira hacia Archer. Sin necesidad de abrir la boca le transmite que no diga nada. Vuelve a centrarse en Rourke.

–¿Has sido interrogado recientemente?

En la base de datos todo parece indicar que Rourke lleva mucho tiempo sin tener contacto con la policía.

–No sé si fue un interrogatorio –contesta pensativo–. Más bien quería charlar.

–Sobre...

Rourke vuelve a cerrarse en banda.

–Sin comentarios.

Ray da un manotazo sobre la mesa.

–¿Cómo se llamaba el agente?

Rourke parece valorar qué implicaciones conllevaría el no darle esa información a la policía.

–Russell –dice por fin.

Archer da a entender con su reacción corporal que este hecho es significativo y Rourke enarca las cejas.

–¿No metió eso en vuestra base de datos? Tampoco me sorprende. Algo así requeriría agallas. Pero le diré algo, señor: hacen falta cojones para amenazar a un hombre cuando lo guardan sus rottweilers. Se puso de color verde, igualito que estas paredes. No creo que tuviera intención de hablarme así.

Ray vuelve a reclinarse en su silla. Aprieta los labios. Se pregunta si el gitano le estará diciendo la verdad. Adrian Russell es el jefe de la Brigada Antidroga: el último superviviente de un equipo corrupto que se fusionó con Delitos Graves y Crimen Organizado el año anterior. También es amigo de Colin Ray.

–¿Te habló de drogas?

–Sin comentarios.

–¿De robos?

–Pregúntale a él.

–Vas a hablar conmigo...

Rourke sonríe abiertamente, todo cándido.

–Joder, pues claro que no.

23:41 horas. Morpeth Street, Hull.

Farolas parpadeantes y lluvia que no cesa.

Una fila de casas compartidas por estudiantes y pisos de renta baja, donde una de cada dos ventanas muestra un cartel de una fiesta en alguna discoteca y donde los jardines delanteros alojan montañas de bolsas de basura rasgadas, cajas de pizza y muebles rotos. Donde atrona la música de todos los estilos posibles a través de las ventanas abiertas y las televisiones gigantes de plasma titilan en salones sin cortinas.

Georgie-Lee Suthers tiene diecinueve años y está sentada en el escalón de la entrada de una de las mejores casas de la calle. Se está fumando un cigarrillo y jugando con el móvil.

Va vestida como una novia cadáver: lleva un vestido de segunda mano empolvado de talco. Tiene un tajo lívido pintado en el cuello. Los ojos, semejantes a los de un panda, miran desde una cara blanca siniestra y lleva las piernas enfundadas en medias de rejilla rotas, dejando al descubierto todo un ejército de hormigas tatuadas.

La lluvia está estropeando su maquillaje pero, gracias al vino Mateus Rosé y los chupitos de ron que se ha tomado, le importa un comino.

Mira el teléfono. Desearía que le hubiera llegado un mensaje. Una disculpa. El anuncio de que un autobús lleno de invitados está de camino.

Georgie-Lee mordisquea la punta del filtro del cigarrillo y murmura con despecho:

–Muchas gracias.

Se suponía que iban a montar una gran fiesta, pero nadie en su sano juicio la definiría así; como mucho es una reunión de amigos.

Georgie-Lee se ha pasado las tres últimas horas intentando que el cumpleaños de su compañera de piso sea algo especial, pero ni siquiera los confines de su atestado piso de dos dormitorios pueden disimular lo decepcionante que resulta que solo hayan asistido una mísera docena de invitados.

Ha trabajado mucho para que la noche sea un éxito. Ha pedido a unos amigos que se lleven a Jen de compras mientras ella se dedicaba a inflar globos y a colocar las tartas de chocolate crujiente y los bocaditos de salchicha medio congelados en la mesilla. Incluso ha preparado una lista de música para el iPod con sus temas compartidos para salir de fiesta. Se ha tomado un buen vaso de vino y ha estado bailando por el piso mientras lo cubría de telarañas de pega y siluetas de esqueletos. Ha esparcido una bolsa de arañas falsas por doquier y ha pintado pupilas en unas bolas de ping-pong para echárselas al «brebaje de la bruja».

Cuando faltaba media hora para que Jen volviera, Georgie-Lee se dio cuenta de que tendría que haberle pedido a la gente que confirmara su asistencia. La treintena de amigos de la universidad que dijeron que intentarían estar allí por todos los medios la han dejado tirada. Jen ha emitido todas las exclamaciones pertinentes, por supuesto, pero incluso después de ir a su cuarto para ponerse el provocativo disfraz de vampiresa que Georgie-Lee ha elegido para ella, ha dejado bien claro que no tenía ganas de fiesta y que

tampoco le agradaba que nadie más tuviera.

Georgie-Lee juega con su teléfono. Se pregunta si debería cambiar su estatus de Facebook y poner «pensando en buscar amigos que no sean unos pasotas de mierda».

Evidentemente no lo hará. Georgie-Lee no es capaz de ser mala con la gente. No le gustan ni los conflictos ni los malos rollos. En lugar de eso, accede a la red y le dice a todo aquel que se moleste en leerlo que está «¡¡pasándoselo como nunca!!».

Apaga el cigarrillo en la pared y se plantea si debería volver. Cuando bajó a tomar el aire dejó a un profesor chiflado y a un hombre lobo hurgando en su colección de películas en DVD y preguntando por qué no tenía ninguna de samuráis. No le apetece en absoluto ir a animar a la gente y fingir que la fiesta es algo que no es. Quiere que todos se marchen y que se marchen ya. Quiere darle a Jen su regalo y ver una película de terror con las luces apagadas.

Georgie-Lee levanta la vista. Trata de recibir algo de lluvia en el rostro, pero el tejadillo de la entrada la mantiene relativamente seca, a pesar de que el aire frío la hace tiritar. Mira calle abajo, pensando si debería ir de puerta en puerta para preguntar a todo aquel que parezca vagamente interesante si le apetece apuntarse a la fiesta. Se pregunta si los dos tíos que viven en el número 57 estarán sentados en casa viendo algún DVD en su piso de la planta baja, pero le bloquea la vista un 4 x 4 grande, aparcado justo delante del murete que marca el límite de su propiedad. Es un vehículo de aspecto lujoso, pero las ha pasado canutas. El parachoques delantero está hundido y tiene un faro rajado. Se pregunta a quién pertenecerá. Parece fuera de lugar.

Revisa sus mensajes de Facebook. Comenta sobre una foto de una amiga. Se pregunta si debería molestarse en cambiar de nuevo el estado de su relación y decide dejarlo como está por ahora. Su novio y ella suelen cortar y reconciliarse más o menos una vez a la semana, por lo que la frecuencia de los cambios empieza a resultar embarazosa.

Entra en la página de Tatuajes Hull. Stefan tiene hueco mañana. Devon estará pillado todo el día, pero ha subido algunas fotos de sus viejos diseños en blanco y negro.

Distraídamente, Georgie-Lee echa un vistazo a las distintas galerías de fotos, comparando las imágenes. Se descubre preguntándose una vez más por qué alguien se tomaría la molestia de hacerse un tatuaje de Winnie the Pooh o del burro Eeyore. Se pregunta qué clase de persona entra en un estudio de tatuajes y pide que lo marquen de por vida con la letra de una canción de Coldplay o la foto de un abuelo muerto. Nada de eso es bonito y, para Georgie-Lee, lo bonito es lo único que cuenta. Su propio tatuaje la emociona de verdad y verlo en la web, expuesto para las masas, la hace estremecerse de placer.

Agranda la imagen. Contempla su propia espalda desnuda. Una sólida rama marrón se extiende desde el nacimiento de su nalga derecha hasta la base de su cuello; va contoneándose, como la corriente de un río, y se transforma en ramas más finas y flores delicadas; un *collage* de florecitas superpuestas contra un brillante fondo de lirios.

El diseño en realidad no es suyo. Supone que legalmente no debería habérselo tatuado, pero ha cambiado ligeramente el diseño y ha añadido detalles de su propia cosecha, e incluso Devon disfrutó de la oportunidad de perfeccionar la imagen que le había tatuado

a otra chica unos meses antes.

Repasa los distintos comentarios que acompañan la imagen, deseando en secreto que alguien haya añadido un cumplido, pero a los cuatro iconos de «me gusta» y al «me encanta» de una antigua compañera del colegio no se ha sumado ningún otro.

Le dolió menos de lo que se había esperado y, a pesar de que habían previsto cuatro sesiones, Devon se las arregló para terminar en dos. Ella lo observaba trabajar en el espejo, completamente absorto, mientras los barcos piratas de sus antebrazos subían y bajaban al dibujar como mecidos por mares propicios.

Durante un tiempo se planteó que su primer tatuaje fuera un castillo encantado, lleno de margaritas y duendes juguetones. Pero entonces vio los anuncios. Media página en *The Journal*. El chico con las plumas de pavo real y la chica con las florecillas. Había pedido cita casi inmediatamente y había llevado una copia de la revista e insistido en que el artista que había creado ese diseño se lo hiciera también a ella. Él le habló del *copyright y de los derechos de autor y ella accedió a realizar algunos cambios menores en el diseño. Añadió un nenúfar y un diminuto colibrí en una rama alta. Preguntó si aceptaban tarjetas de crédito y luego se desnudó hasta la cintura.*

–¿Vienes arriba?

Ella levanta la vista. Una cabeza asoma por la ventana de la segunda planta, engalanada con una peluca afro barata y una cazadora parecida a la que Michael Jackson llevaba en Thriller.

–Solo será un segundo –contesta Georgie-Lee, y la cabeza se retira.

Ella inspira hondo. Ensaya una sonrisa. Es incapaz de ser la amargada de la fiesta. Necesita estar siempre contenta y animada.

Se levanta y desliza el móvil bajo la banda elástica de uno de sus guantes largos.

Le da la espalda a la calle y se detiene antes de dar dos pasos al escuchar el portazo de un coche. Está cerca.

Lo bastante cerca como para sugerir que otro invitado ha llegado, un fiestero más que salve la noche.

El sonido la lleva hasta alguien desconocido que se está apeando del 4 x 4. Ella asiente aceptando la realidad y se da la vuelta.

–Suzie.

Georgie-Lee se pregunta si habrá oído bien. Instintivamente, se gira en la dirección de donde proviene el sonido.

Un momento después ha caído de espaldas. Unos miembros fuertes y poderosos la sujetan al suelo.

Un antebrazo le aprieta bajo la barbilla, obligándola a mantener la cabeza pegada a las losas frías y mojadas. Otra mano destroza la peluca y le borra los polvos blancos, el maquillaje negro de los ojos.

Ella se retuerce, intenta chillar.

Y entonces le dan la vuelta. Está boca abajo. Siente como si la estuvieran desgarrando. Unas manos, unas uñas, rasgan su vestido.

Un aire frío repentino sobre la piel desnuda, dedos que despedazan el fino tejido y que

tiran del cierre de su sujetador con tanta fuerza que los aros se le clavan bajo los pechos...

–Ayuda, por favor...

Se le atraganta la voz, apenas un respiro, un sonido animal que se corta de improviso al sentir unos puños en el pelo.

Extiende los brazos hacia atrás. Se retuerce, se mueve. Lucha por su vida.

Unos labios húmedos junto a su oído.

–Tenía que asegurarme. Lo siento.

Los adoquines cada vez más cerca de su cara.

Oscuridad.

Y la nada.

Capítulo 15

No van a juego.

Roisin agita una mano en dirección a los pies de McAvoy.

–¿El qué?

–Tus zapatos. Uno es una deportiva y el otro una bota.

Él se fija en su calzado. Asiente.

–Sí.

Ella se gira hacia el fregadero. Llena de agua la tetera. Treinta segundos después se da cuenta de que el agua rebosa y consigue cerrar el grifo.

–¿Qué estaba haciendo yo?

–Té, o eso creo. ¿O ibas a usar el agua para esterilizar?

–Ya me acordaré.

Entre los dos se las han arreglado para dormir cuatro horas la noche anterior. Lilah ha tenido fiebre. Ha gritado hasta que se le ha puesto la cara como un tomate cherry. Ha apretado los puños con tanta fuerza que se ha hecho unos arañazos en forma de media luna en sus palmitas. Ha conseguido que a sus padres se les salten las lágrimas de la impotencia y el cansancio. Al final cayó rendida tras una inocua sobredosis de paracetamol, sobre las cuatro de la mañana, durmiéndose como un tronco sobre una almohada encima del regazo de papá.

–No puedes ir a trabajar, Aector –dice Roisin–. No en ese estado.

Lleva puesto un camisón y unas chanclas y está empapada.

Ha tratado de ponerse la chaqueta de cuero una docena de veces antes de llevar a Fin a la escuela, pero no ha sido capaz de encontrar los agujeros de las mangas y ha terminado yendo en pijama. Algunos padres le han dirigido miradas comprensivas, conscientes de lo que significa ser madre de un bebé de cuatro meses y las inexplicables consecuencias en el vestuario.

–No puedo pedirme una baja por cansancio.

–Trabaja desde casa.

–Roisin…

–Mmm.

Son dos zombis comunicándose mediante gruñidos entrecortados, gestos y frases a medio terminar.

–Necesitas dormir.

–Ya he dormido.

–Dormías no más de cinco minutos y luego te incorporabas. Mírate.

McAvoy se levanta de la silla de respaldo duro de la cocina y coge el tostador. Es plateado y está tan pulido que reluce. Examina su cara en el reflejo. Está sin afeitar. Tiene bolsas oscuras bajo los ojos. Un moratón ha empezado a formarse en la órbita del ojo por dejar la cabeza apoyada en la mano demasiado tiempo. Se percata de que lleva desabrochado el último botón. Se lo abrocha. Se estira su corbata roja y comprueba que no tiene papilla ni babas de bebé en la pechera de la camisa negra ni en su traje gris claro. No encuentra nada que no pueda remediarse con un trapo húmedo.

–Con Fin pasaba lo mismo. Esta noche se encontrará mejor.

Roisin asiente. Está demasiado cansada para discutir.

–Al final nunca me lo contaste –dice, levantando la tetera y preguntándose por qué pesará tanto–. ¿Se encuentra bien Pharaoh?

McAvoy está absorto hurgando en el armario bajo la escalera en busca de su otra bota. Unos momentos después la localiza en su mano izquierda.

–Se pondrá bien. Estará dolorida, pero bien.

–Eso es bueno.

–¿Te queda algo de ese ungüento?

–No.

La respuesta de Roisin suena bastante concluyente. Se le dan muy bien las plantas medicinales y las hierbas. Hay pocas plantas, árboles, raíces, frutos u hojas que no sea capaz de mezclar para fabricar un emplasto o una píldora. En circunstancias normales se ofrecería a preparar un nuevo lote, pues sus deseos de ayudar y de sanar dejarían cualquier otra ocupación en segundo plano. Pero esta mañana está demasiado cansada. Está irritable y siente náuseas y querría dormirse contra el pecho de su marido y no despertar hasta que sus hijos fueran lo bastante mayores como para votar.

McAvoy no tiene oportunidad de pedirle si podría preparar algo para calmarle el dolor a Pharaoh. Su teléfono suena.

–McAvoy –dice sin mucha energía.

–¿Sargento?

–Sí –responde, pasándose una mano por el pelo–. Estoy a punto de salir.

–Soy Dan, de soporte técnico. Tengo algo para usted.

Medio dormido, McAvoy se imagina al otro hombre. Dan tiene pinta de acabar de salir de la universidad: es de baja estatura, fibroso y luce una melena desaliñada muy estudiada. Bajo la bata blanca normalmente va vestido con camisetas de grupos de música y lleva zapatillas de deporte con pantalones de vestir.

–¿Sargento?

McAvoy se sacude un poco. Se endereza y cierra los ojos con fuerza, tratando de centrarse.

–Sí. Lo siento. La pequeña me ha dado una noche horrible. Te escucho.

–Vale. Lo cierto es que lo hemos hecho por la vía rápida. Estoy intentando juntar horas

extras, así que me he pasado la noche aquí. Estoy planeando ir a Glastonbury pero he gastado todos mis días de vacaciones...

McAvoy se muerde la lengua, lo cual es toda una hazaña teniendo en cuenta que está en mitad de un bostezo. Reprime las ganas de meterle prisa a Dan, muy consciente de su propensión a darle la lata a la gente con temas que supone que le interesan a todo el mundo. Por fin, el técnico se centra en el móvil.

–Sí, bien, como nos dijo, está hecho polvo –dice, y casi se le puede oír encogerse de hombros–. Hizo un buen trabajo al recuperar esa información. Hemos enviado al laboratorio algunas muestras de suelo halladas en el aparato...

–No había necesidad de eso, sé dónde fue encontrado...

–Es el procedimiento estándar –replica Dan.

–Vale.

–Extraje de nuevo la tarjeta SIM y la introduje en otro teléfono pero, como usted ya advirtió, solo aparece una secuencia de números y fragmentos sin sentido. Tuve más suerte con el aparato.

–¿Sí?

–Bueno, no todos los contactos estaban guardados en la tarjeta. Un par de ellos estaban en la memoria del teléfono. No sé por qué la gente hará eso, a veces simplemente pulsan el botón que no es.

McAvoy empieza a espabilarse. Se imagina una brisa helada soplando a través de su cráneo, disipando las brumas del sueño y refrescando sus pensamientos.

–¿Y bien?

–Le he enviado los números por correo electrónico. Solo había un par de ellos y no hay manera de saber a qué contacto pertenecía cada uno, pero están todos los dígitos.

McAvoy se pone apresuradamente la bota mientras habla. Sin darse cuenta se deshace el nudo de la corbata y lo vuelve a rehacer.

–¿Has comprobado a quién pertenecen?

Dan se echa a reír.

–Dijo que Pharaoh había pedido personalmente que investigáramos esto, ¿verdad?

–¿Por qué lo dices?

–Tengo muchas ganas de agradar, sargento –contesta el hombre más joven, de una manera que, de haber estado menos cansado, McAvoy habría encontrado divertida.

–¿Has encontrado algo, Dan?

–Sí –replica, un tanto petulante–. Está todo en el correo. Si necesita algo más, dígamelo.

Y Dan cuelga.

–Joder –maldice McAvoy entre dientes, sacando el portátil de su maletín y encendiéndolo. Abre su cuenta de correo y se descarga el informe técnico.

–¿Algo interesante? –pregunta Roisin. Sostiene en la mano un yogur líquido y está sentada en el suelo, apoyada contra el frigorífico.

–Podría ser –dice McAvoy, leyendo los dos pequeños párrafos de detalles–. Había dos números de teléfono completos en la memoria. Dan ha solicitado a la compañía

telefónica que le envíen los detalles, pero eso podría llevar algún tiempo. Por eso han introducido los dígitos en el buscador y los han localizado en el informe del comité de contratación pública. Ayuntamiento de Hull.

–Eso está bien –apunta Roisin.

McAvoy se pasa la lengua por el interior de la boca.

–Ayuntamiento –murmura, pensativo.

El número figura en el listado de una partida de móviles encargada por el Área de Contratación Pública del ayuntamiento, destinados a concejales y a representantes electos. McAvoy no sabe muy bien qué pensar de este descubrimiento. Podría tratarse de algo completamente intrascendente. ¿Un número de teléfono entre los contactos del móvil de un muerto? ¿Acaso tiene importancia? Se descubre planteándose cuántos cientos de personas tendrán su número guardado. Si se molestaría si lo contactaran en un caso similar.

Según el procedimiento, él ni siquiera debería estar leyendo el informe técnico. Dan cobrará por su trabajo a expensas del presupuesto de Pharaoh. Oficialmente, McAvoy no se encuentra llevando a cabo ninguna investigación por homicidio y ningún superior, salvo Pharaoh, está al tanto de lo que está haciendo. Pero para validar el engaño previo necesita volver a saltarse las reglas. Siente que acaba de asumirlo. Siente que empieza a salivar, el preludio de una enfermedad. Siente que le pica la piel, como si le estuvieran peinando todo el vello del cuerpo a contrapelo. Lo acepta como un sacrificio y como una recompensa.

McAvoy busca el número de teléfono del Ayuntamiento de Hull.

La búsqueda en Google le devuelve también una página entera de titulares negativos. La autoridad local siempre ha estado en los puestos de la cola de la tabla en cualquier liga desde que McAvoy vive en la zona. Ha sido severamente criticada por todos y cada uno de los inspectores que han recorrido los pasillos revestidos de madera del edificio del ayuntamiento.

McAvoy marca el número y escucha las opciones grabadas.

«Para consultas sobre recogida de basuras, pulse tres. Para solicitar la devolución de un impuesto local, pulse cuatro…»

–Si quieres descubrir por qué un número de teléfono estaba almacenado en la memoria del móvil de un chico muerto, pulsa seis –le susurra McAvoy a Roisin.

Ella no contesta. Tiene los ojos cerrados y se está derramando el yogur encima de los pies.

–Ayuntamiento de Hull –contesta una voz femenina, cuando McAvoy pulsa la opción para «otras consultas».

–Contratación pública, por favor –solicita él.

Un momento después está a la espera, escuchando una melodía monótona y clásica. Tararea al ritmo de la música pero se percata de que se le están cerrando los ojos, así que los abre bien.

–Al habla Jacquie Carrington –responde una voz aguda y alegre.

–Hola –contesta McAvoy, de repente un tanto inseguro–. Soy el sargento Aector

McAvoy. Le telefoneo de la policía de Humberside...

–¿Sí? la mujer no suena ni indiferente ni tampoco demasiado molesta.

–Estoy tratando de averiguar a qué concejal del ayuntamiento pertenece un número de teléfono en concreto.

–Los números de teléfono móvil de los concejales están publicados en la web –replica ella.

–Sí, bueno. He llamado al número y el teléfono ya no está operativo, pero creo que pertenecía a una partida encargada por el ayuntamiento el pasado mes de julio.

La respuesta no llega hasta pasado un momento.

–Me parece que tendría que consultar este tema con mi supervisor –dice, como si estuviera leyendo un guion.

–Evidentemente, podría solicitar esta información por los conductos oficiales –contraataca McAvoy con rapidez–. Pensé que quizá podría ahorrarme algún tiempo. Señorita Carrington, ¿verdad?

La mujer se repite. Le asegura a McAvoy que hablará con su jefe y que le devolverá la llamada. Toma su nombre, su número de teléfono y le da las gracias por su tiempo. Promete no demorarse mucho.

McAvoy cuelga el teléfono e hincha los carrillos. Se gira para mirar a Roisin y siente que el corazón le late más deprisa al comprobar lo adorable que está, roncando suavemente en el suelo, con la ropa húmeda pegada a la piel de gallina. Sonriendo, va hacia ella y la coge en brazos con la misma facilidad que levanta a sus hijos. La lleva hasta el salón y la deposita en el sofá. Está tan desmadejada como una muñeca de trapo y no protesta cuando él le quita la ropa mojada. La recuesta y regresa a la cocina para coger una manta de la secadora. Regresa y la tapa. Acerca los labios a su mejilla y susurra en su oído:

–Te quiero.

Cree distinguir una levísima sonrisa.

Su teléfono vuelve a sonar. Roisin abre los ojos al oír el sonido repentino y él la calma nerviosamente para responder a la llamada mientras sale con precipitación del salón, cerrando la puerta tras de sí.

–McAvoy.

–¿Sargento McAvoy? –Es una voz nasal y joven.

–Sí. ¿Es el Departamento de Contratación Pública?

–Sargento McAvoy, mi nombre es Ed Cocker. Me preguntaba si tendría disponibilidad para hablar de uno o dos temas delicados de naturaleza política.

McAvoy se sonroja.

–¿Cómo ha...?

–Sargento, me inclino a pensar que usted está investigando las actividades del concejal Stephen Hepburn. ¿Puedo preguntarle por la naturaleza de la investigación?

–Lo siento, no estoy seguro de...

–Una fuente en el ayuntamiento me ha informado de que su número de teléfono está relacionado con la investigación de un caso abierto. Yo también tengo cierto interés en el

concejal. Quizá podríamos compartir información.

Durante un momento McAvoy no dice nada. Se pregunta qué está haciendo y, lo más importante, qué paso va a dar a continuación, si no es este.

–Quizá sí que podríamos.

Están en The Green Bricks, un pub que debe su nombre a los azulejos color esmeralda que decoran la fachada del edificio. Ofrece una vista decente de las embarcaciones de recreo meciéndose en el puerto deportivo de Hull, y el centro de la ciudad queda al otro lado de la carretera embotellada. Debería ser una zona bulliciosa a pesar de las fuertes rachas de viento que la azotan. Sin embargo el lugar es una tumba. McAvoy ha visto antiguas fotos en blanco y negro de la zona en sus buenos tiempos. Un mercado de fruta, con el típico ajetreo de la compraventa: carros y camionetas, fumadores empedernidos vestidos con vaqueros sucios o monos, vendiendo mandarinas y plátanos pasados en el suelo, junto a las ruedas y las botas de goma. Un caos rentable. Comercio. Vida.

Ha visto también imágenes de la ribera cercana. Ha leído cómo las aguas, ahora mansas y canalizadas por los muros del puerto, antes discurrían caprichosamente en el estuario abierto proporcionando un medio de vida a los capitanes de barcos pequeños que transportaban pasajeros y mercancías a New Holland, en la ribera opuesta. A dos minutos está el muelle Victoria: la principal terminal de ferris que conectan con la región de Lincolnshire. McAvoy ha oído las historias. Ha disfrutado con los relatos sobre los pasajeros y el ganado que compartían el espacio en las barcazas atestadas, pasando noches incómodas atrapados en un banco de arena en mitad del río, a merced de las caprichosas mareas.

Mira a través de la ventana. Trata de imaginárselo. Trata de proporcionarle a la zona un nuevo potencial. Una vida nueva. A día de hoy casi todas las casas muestran carteles de «se alquila» o alojan salones de belleza donde unas estilistas aburridas leen revistas o se pintan las uñas.

A su derecha, apenas visible a través de las ventanas polvorientas azotadas por la lluvia, se aprecia la popa del buque-faro *Spurn*; un borrón negro contra el cielo gris. Es uno de los puntos de referencia de Hull y parece encarnar la ciudad y su suerte. Durante casi cincuenta años estuvo anclado a ocho kilómetros de la costa de East Yorkshire, un faro flotante que servía como referencia para los navegantes de los miles de barcos que entraban y salían del estuario del Humber cada año. Su imponente luz de acetileno se veía a una distancia de dieciséis kilómetros, destacándose contra la negrura del agua y del cielo. A mediados de los años setenta lo retiraron, casi al mismo tiempo que enviaron a casa de una patada en el culo a los pescadores de arrastre de la ciudad y, desde entonces, había sido reconvertido en un museo flotante. Ahora los únicos en pisarlo son los excursionistas y los lugareños aburridos, que tratan de imaginar qué se sentiría al vivir y trabajar dentro de ese ambiente claustrofóbico. Se alza al final del puerto deportivo, negro y funesto. Tan poco atrayente como la realidad misma.

–¿Ha pedido algo de comer? –le pregunta Ed Cocker, ofreciéndole su mano y procurando comportarse como un hombre y no flaquear cuando McAvoy se la estrecha

con su enorme pezuña.

Su tarjeta de visita lo define como «asesor político». Será tan alto como McAvoy pero pesa la mitad. Está tan flaco como un esqueleto, tiene unas mejillas cadavéricas y los ojos hundidos. Tiene la piel tan pegada al cráneo que McAvoy se pregunta si se arañará el hueso cuando se afeita, y su traje pasado de moda gris oscuro oculta unas piernas que le recuerdan a unos zancos. Rondará los treinta y cinco años y se ganará bien la vida, pero no gasta mucho en su apariencia.

El sargento niega con la cabeza.

–No voy a entretenerme mucho.

Ed asiente. Le da un sorbo a su cerveza rubia. Extiende el brazo hacia el asiento de al lado y coge un montón de papeles impresos.

–Ha estado metido en muchos casos importantes –dice, hojeando sus papeles respetuosamente.

–¿Qué quiere decir con eso? –pregunta McAvoy, sonrojándose. Sin darse cuenta se lleva el vaso de coca-cola a la mejilla, como un niño.

Cocker ignora la pregunta.

–Lo cierto es que en Hull abundan los casos importantes. Qué desgracia lo de esa pobre niña en la iglesia el año pasado.

McAvoy se percata de que le tiembla la pierna.

–He oído que también hay nuevos problemas. ¿Una nueva banda de narcotraficantes que le ha plantado cara a los vietnamitas? ¿A quién se le ocurriría molestarlos? Es de locos. ¿Qué pasa con esta ciudad?

McAvoy respira hondo. Se siente más cómodo hablando de este tema.

–Se podría escribir una tesis sobre eso –apunta McAvoy–. Todo un doctorado en sociopolítica.

–¿Sobre por qué razón es un agujero inmundo?

–No es un agujero inmundo –lo corrige McAvoy, y sus palabras le sorprenden–. La industria pesquera se fue a pique. Nadie tenía trabajo. Y los alemanes bombardearon a base de bien la ciudad durante la guerra. Nunca se realizaron inversiones fuertes. Culturalmente, podría deberse a una carencia histórica motivada por la falta de estímulo en la educación. Y, desde una perspectiva geográfica, es como si estuviera aislada. Es la última parada, el final del camino. Tiene que soportar más cosas que la mayoría de las ciudades. Eso conduce a un alto índice de criminalidad...

Cocker lo está escuchando. Se diría que está reteniendo la información.

McAvoy se detiene. Se pregunta si no debería cerrar el pico. Se pregunta cómo puede describirle la ciudad a un extraño.

Se gira para mirar a través de las ventanas sucias. Una pareja adolescente avanza guiñando los ojos bajo la lluvia. Azuzados por el viento, pasan ante la ventana con los brazos cruzados y una determinación sombría pintada en la cara, los vaqueros azules ya completamente negros a causa de la lluvia. No van cogidos de la mano. No hablan. Simplemente se abren camino en medio de un silencio sombrío y decidido. McAvoy cree que sería más fácil contestar la pregunta de Cocker si los señalara y le dijera al sureño

que echara un vistazo.

–Podría llegar lejos –asegura, girándose hacia Cocker–. Este lugar. Esta ciudad. Solía ser grande. ¿Lo sabía? Fue el mayor puerto pesquero del mundo.

Cocker tuerce el gesto.

–Dudo que eso hiciera ricos a los trabajadores.

–No –coincide McAvoy pensativo–. Pero era algo. Algo a lo que aferrarse. Una identidad. De eso es de lo que carece ahora precisamente. Necesita algo que poder llegar a ser.

–¿Tiene alguna sugerencia? –pregunta Cocker con una sonrisa.

–Eso se lo dejo a los políticos –dice, al tiempo que aparta la mirada–. Espero que la gente que cobra más que yo también sepa más que yo.

Se miran a los ojos y sonríen, aunque por distintas razones.

–Bueno –dice Cocker.

–El concejal Hepburn –continúa McAvoy–. Está interesado en él.

–¿En él? No demasiado. ¿En quiénes son sus amigos? Sí, bastante.

McAvoy decide dejarse de rodeos.

–¿Por qué está aquí, señor Cocker? ¿Cuál es su tarea?

Cocker asiente, como si hubiera tomado una decisión. Se encoge de hombros.

–Su nuevo jefe. Peter Tressider. El presidente de la Autoridad Policial.

McAvoy no dice nada. Espera que el otro continúe.

–Debe de haber escuchado los rumores que circulan, que el partido está interesado en él. Podría estar destinado a grandes cosas.

–Se refiere a que podría presentarse a las próximas elecciones al Parlamento.

Cocker asiente.

–Y si eso sale bien…

–¿Han hecho planes para él?

–Efectivamente.

Permanecen sentados en silencio, sopesándose el uno al otro. McAvoy es el primero en hablar.

–Y ha venido a averiguar si oculta algún esqueleto en el armario.

–Podría decirse así. Soy asesor político. Me dedico a escarbar. Averiguo si hay algo que pudiera resultarnos demasiado preocupante.

McAvoy repasa mentalmente y con rapidez los múltiples escándalos políticos que ha visto en los titulares de los últimos años. Hace una mueca.

–Parece que siempre hay mucho de lo que avergonzarse en política.

Cocker le dirige una sonrisa.

–No puedo estar en todas partes.

–Y ¿qué le preocupa del concejal Tressider?

–El concejal Hepburn.

–No le entiendo.

–No, es cierto.

Cocker hurga en el bolsillo de su chaqueta. Extrae un rollo de papeles arrugados,

cubierto de noticias fotocopiadas, artículos de periódico y notas a mano.

–Permítame que le lea algo –dice Cocker, aclarándose la garganta–. Si no le importa, claro.

–Si es importante... –concede McAvoy.

–¿Importante? Quizá. Interesante, sin duda.

McAvoy aguarda. Se pregunta cuándo irá al grano el otro hombre.

Cocker lee algunas palabras del papel.

–«Es un político que ha hecho una fortuna con los locales de ambiente... y que es capaz de montárselo a izquierdas, a derechas y por donde le quepa...»

McAvoy cierra los ojos.

–Muy elegante. ¿De dónde lo ha sacado?

Cocker se detiene.

–De una web sobre política, una de tantas. Lo han redactado de manera que suene como un cotilleo de tabloide pero, las pocas veces que Hepburn ha salido en los titulares nacionales, el tono no ha estado muy alejado de esta basura.

McAvoy señala los folios con la cabeza.

–Continúe.

–«Stephen Hepburn, de cuarenta y siete años, es un concejal independiente extravagante, llamativo y agitador que, además de poseer un bar gay, la está liando en el Ayuntamiento de Hull. También es el hombre que vio un hueco y decidió trabajárselo y que aún debe darle duro si quiere llegar a lo más alto. Un chico de la ciudad que estuvo relacionado con la escena musical durante el *boom* de Manchester de principios de los noventa y que gestionó bares en Londres durante un tiempo antes de regresar a su Hull natal una década después. Hepburn adquirió un decrépito bar gay no muy alejado del centro de la ciudad con la intención de hacer de él el club más grande, más descarado y más amanerado de Gran Bretaña. Al parecer, tuvo la idea de fundar Slammers en mitad de la noche. Hepburn tuvo que enfrentarse a la oposición de los lugareños y de varios dignatarios civiles pero, a pesar de las alegaciones realizadas para que le fueran denegadas las licencias, el comité de planificación del Ayuntamiento de Hull tramitó su solicitud. Así es, se la metió doblada. Desde entonces ha habido rumores de que las autoridades locales temían ser acusadas de homofobia y que Hepburn jugó con ese miedo durante el proceso de tramitación. Fue un caso notorio que consiguió dar a conocer a Hepburn, que concedió varias entrevistas para la radio y la televisión en las que aparecía como un hombre encantador, descarado, tenaz... y muy divertido. El presentador estuvo llorando de la risa mientras él cargaba contra sus adversarios y los distintos miembros del comité: imitando sus gestos y preguntándose acerca de sus motivos en un discurso plagado de dobles sentidos. Para la noche de la inauguración de su local contó con primeras figuras de la escena musical, y varios activistas proderechos homosexuales muy conocidos aplaudieron su victoria... dándolo a conocer a nivel nacional. Slammers ha conseguido llegar a ser un local de lo más popular, atrayendo a amantes de la fiesta de todo el país, y lo precede su reputación por ser un lugar para practicar el hedonismo controlado donde la gente puede bailar alegremente a expensas de

la mandanga del Ayuntamiento de Hull...»

McAvoy lo frena, sosteniendo una mano en alto.

–Esto es ruin.

Cocker extiende las manos. Echa un trago.

–Es política.

–No lo es, es...

–«Resulta evidente que, durante la disputa, Hepburn le cogió el gusto al tema –continúa Cocker–. Se lo tragó todo: las ovaciones y otras muchas cosas. Cuando llegaron las elecciones locales Hepburn se presentó como un hombre que tenía algo muy grande que ofrecer. Aunque en gran parte fue debido a un alto índice de abstención y a que el concejal laborista no se molestó en recopilar apoyos, Hepburn resultó elegido concejal. Cuando los liberaldemócratas que estaban en el poder necesitaron un voto extra para cumplir algún punto importante del programa, lo convencieron para entablar una coalición flexible que le supuso un puesto en el gabinete del gobierno local. Desde entonces se ha sometido a la voluntad del gabinete en todo momento, consiguiendo por el camino aliados políticos que acababan comiéndole la...»

–Deténgase.

–Detestable, ¿verdad? Y, sin embargo, la gente lo lee.

McAvoy arruga el ceño. Trata de recordarse quién es y qué está haciendo.

–¿Y qué tiene que ver todo esto con Peter Tressider? –pregunta.

–Estoy a punto de llegar a eso. Mire, conozco a Hepburn desde hace una eternidad –asegura–. Su nombre ha sido mencionado una vez o dos. Es un hombre juguetón. Es tan extravagante como aparenta. Eso no es lo que nos preocupa. Lo que nos interesa es el lado más oscuro. El dinero. De dónde procederá, nos preguntamos. Construir ese club no fue barato.

–¿Oscuro?

–Quizá un préstamo de un socio criminal –especula Cocker–. O quizá alguien a quien le sobre la pasta y no le guste que lo vinculen con un sitio de ese tipo.

De repente cae en la cuenta.

–Han estado investigando las finanzas de Tressider, ¿no es cierto?

Cocker no aparta la vista.

–Eso es fundamental. Es lo primero que hacemos.

–¿Y entonces apareció el nombre de Hepburn?

–De manera indirecta.

McAvoy no hace nada por ocultar su desdén.

–¿Ha hecho alguno de los dos algo malo?

Cocker apoya la palma de la mano sobre la mesa.

–Esa no es la cuestión.

McAvoy espera algo más.

–Tressider es un hombre de negocios. ¿Adónde quieren llegar? ¿Qué importa todo esto?

Cocker pierde la paciencia.

–Mire, en este negocio un rumor puede acabar contigo. Si hay algo que huela por remotamente que sea a indecencia, estás vendido. No importa lo bueno que seas o si has hecho algo malo. Se trata de lo que piense la gente. Y al partido le han llegado rumores de que existe una relación de negocios entre nuestro nuevo paladín de la virtud y un alborotador gay, y a mí me toca averiguar si es algo que podamos asumir.

–¿No le importa la verdad?

–Me importa que las cosas parezcan verdad.

McAvoy tiene que recordarse la necesidad de respirar. Le gustaría comprobar si sería capaz de embutir a ese tipo en su botella de cerveza vacía. Querría apalear a esta personificación andante de todo lo que desprecia en el mundo.

–¿Y eso es un trabajo? ¿Una auténtica forma de ganarse la vida?

–Y de ganársela bien –responde Cocker sin ninguna vergüenza–. Y créame que valgo cada penique.

McAvoy frunce el ceño mientras une la cadena de acontecimientos que lo ha traído hasta aquí.

–¿Está sobornando a algunos de los funcionarios del Ayuntamiento de Hull? ¿Pidiéndoles que le informen de todo lo que tenga que ver con Hepburn?

Cocker sonríe.

–Supongo que usted desaprobaría algo así.

–¿Señor Cocker?

–Tengo mis fuentes.

McAvoy asiente.

Permanecen sentados en silencio durante un minuto. Cocker echa un vistazo a su reloj y luego en dirección a la cocina del pub. Por su aspecto se diría que lleva esperando la comida desde mediados de los setenta.

–Este lugar pronto será objeto de atención –dice, señalando al puerto medio vacío y fantasmal al otro lado de la ventana–. Los medios nacionales se interesarán por Tressider si el partido lo apoya. Es el hombre ideal. Exitoso. Honrado. Con una mujer hermosa. Los antecedentes adecuados. Podría llegar lejos.

–Si se lo permiten.

–Sí.

Se hace el silencio. El sonido que hacen los vasos al ser apilados y los platos depositados sobre las mesas barnizadas y pegajosas se superpone ocasionalmente al repicar implacable de la lluvia en los cristales.

McAvoy se pasa la lengua por el interior de la boca y se pregunta si hay algo que haya pasado por alto. Si ha merecido la pena emplear el tiempo como lo ha hecho durante la última media hora.

–No estamos investigando al concejal Hepburn –dice finalmente McAvoy–. Y creo que ustedes tampoco deberían.

–¿Por qué motivo ha llamado esta mañana? –pregunta Cocker, sin inmutarse por la dureza de la mirada de McAvoy.

–No es nada. Estamos intentando averiguar por qué cierto número de teléfono figuraba

en cierto móvil...

Cocker se inclina hacia delante, como un *jockey* que se dispusiera a espolear al caballo un poco más al aproximarse a la línea de meta. Está claro que intuye un filón.

–¿Se refiere al teléfono de Hepburn? –pregunta, sin dejar de sonreír.

–Eso no se lo puedo contar –replica McAvoy, que desearía no ponerse colorado.

–El número que le dio a mi contacto –murmura Cocker para sí–. Ese era el teléfono de Hepburn. Solo lo tuvo durante un mes, luego informó que lo había perdido. Se compró uno nuevo con su propio dinero.

McAvoy aparta la vista antes de que su rostro lo traicione.

–¿Y?

–¿Y qué? –continúa Cocker. Sus modales distan de ser respetuosos. Le habla a McAvoy como si fueran colegas.

McAvoy empieza a estar un poco picado.

–Creo que hemos terminado –dice, y se dispone a levantarse.

–¿No va a mencionarlo? –pregunta Cocker–. ¿Lo que ambos sabemos?

McAvoy vuelve a sentarse. No quería que la conversación llegara a este punto. Sí, ha visto los antecedentes de Hepburn. Ha estado hojeando su expediente sentado en el coche fuera del pub. Sabe que cuando apenas pasaba de los veinte años fue arrestado por violar presuntamente a un adolescente. También sabe que las pruebas eran circunstanciales y que el caso se vino abajo antes de llegar a juicio.

–Nunca ha sido condenado por nada –alega McAvoy–. Nunca ha hecho nada malo. Le interesa pillarlo porque no le gusta lo que representa.

–¿Y qué representa, si se puede saber? –pregunta Cocker, con incredulidad.

McAvoy se ruboriza.

–Modelos de vida alternativos. –Es lo mejor que se le ha ocurrido y se avergüenza de la pomposidad del tono de su voz.

Cocker no hace nada por ocultar su risa. Revuelve sus papeles y parece a punto de leer alguna cosa más.

–¿Quieres oír lo que publicaron los periódicos sobre el caso?

Esta vez McAvoy se pone en pie.

–Si intenta sobornar a más funcionarios del ayuntamiento lo arrestaré –asegura McAvoy antes de marcharse.

–Estaremos en contacto –le grita Cocker a sus espaldas.

McAvoy abre las puertas del pub y prácticamente se arroja en mitad del vendaval y la lluvia. Le cuesta mucho decir la palabra «gilipollas» solo para sus adentros.

Capítulo 16

El almuerzo de hoy consta de tres platos. Un paquete de cacahuetes, una bolsa de patatas fritas y un huevo encurtido. Ahora deben de estar todos flotando, como tropezones, en el vino tinto que Colin Ray ha estado echándose al gañote durante los últimos veinte minutos.

Son las 13:24.

El superintendente Adrian Russell y él están sentados junto a la chimenea del pub George, conformando las dos quintas partes de la clientela de ese día. Están caldeándose junto al fuego. Ray está de espaldas a la chimenea. Su ropa mojada despide vapor, como el abono.

Este es un pub pasado de moda que no se avergüenza de ello. Es oscuro. El tufillo a humo aún no ha desaparecido del todo. Tiene atmósfera. Estilo. Es uno de esos bares que dignifican la borrachera, con sus superficies sobadas y sus acabados en metal grasiento. Con esos sillones repujados en cuero y las bombillas recubiertas de polvo.

Ray echa un vistazo a su alrededor. Respira como para captar la esencia del lugar. Ojalá pudiera fumar. Cierra los ojos y juega a lo de siempre. Trata de reconstruir la escena de memoria. Dibujar una imagen en su mente y luego compararla con la realidad. Comprobar qué es capaz de recordar.

Suelo de parqué, ennegrecido y rayado.

Paredes de caoba color casi negro.

En las ventanas, cristales gruesos y empañados.

Viejos artículos de periódico en la pared. Una diana para jugar a los dardos con más agujeros que corcho. Un dibujo de algo obsceno en la pizarra de al lado. Cálido. Acogedor. Reconfortante. Tanto como agazaparse en el interior del carrillo de un hámster y encender una hoguera...

Ray abre los ojos. Tiene memorizados casi todos los detalles. Si se lo pidieran, podría dibujar el sitio.

Se encuentra en el meollo de la ciudad vieja, en una calleja adoquinada con un silencio sepulcral con un nombre completamente inverosímil: Land of Green Ginger, reza el letrero de fuera. La tierra del jengibre verde a la que debe su nombre probablemente hiciera alusión al lucrativo comercio de especias exóticas que trajera dinero a la zona siglos atrás o quizá se lo pusieron en honor a un ebanista holandés que en tiempos tenía

su taller ahí. Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero el nombre de la calle es un tema lo bastante interesante como para debatirlo tomando unas copas.

–Para empezar, deberíais haber acudido a nosotros –le reprocha Russell–. Fue una redada por drogas. En Hessle Foreshore. Podrías haberte puesto la medalla pero, cuando se trata de una redada, es cosa nuestra. Ese es nuestro trabajo.

Colin Ray no acostumbra a ser diplomático en sus respuestas. Sabe que este no es el momento de criticar a Pharaoh. Una pareja de rottweiler acaba de rajarle el cuello y eso le otorga el beneplácito de sus tropas. Ha decidido ser comprensivo, al menos hasta que Russell ponga todas sus cartas sobre la mesa.

–La orden vino de arriba, Aidy. No creas que lo quiso ella. Y habéis tenido unos resultados muy buenos este año, a juzgar por lo que dice el *Hull Daily Mail*.

Russell asiente a regañadientes.

–Sí, hemos conseguido algunas victorias.

–Vamos a volver a poner las cosas en orden –asegura Ray–. Shaz y yo.

Russell le da un trago a su segunda pinta de cerveza tostada.

–Tienes a Shaz para jugar, eres un chico con suerte.

–Ella tiene suerte de poder jugar conmigo –repone Ray mientras le da un sorbo a su vino. La cerveza rubia la reserva para la noche.

Russell espera un cotilleo más jugoso pero, como Ray no parece dispuesto a dárselo, vuelve a coger su bebida.

–Deberíais haber acudido a mí antes de nada –repite–. Nunca habríamos llegado a esto.

Ray asiente con la cabeza. Tiene la sensatez de mantener la boca cerrada. Solo se hurga entre las muelas con la lengua y se pregunta si sería un cachondeo si carga las bebidas del agente de mayor rango en la cuenta de gastos. Deja que la cosa fluya. No lo presiona. Mantiene la calma.

–Me refiero a que lo podíamos haber compartido –dice Russell en un tono un tanto petulante–. Lo que pasa es que nadie preguntó. Se supone que somos los putos expertos...

Para lo que valen, los límites que separan el papel y las responsabilidades de las distintas unidades que componen el Departamento de Investigación Criminal de la policía de Humberside podrían estar escritos en el aire. Por cada sección especializada del cuerpo hay otro equipo que se siente mejor cualificado para hacer el trabajo. Por cada caso asignado a una unidad concreta, hay media docena de agentes enfurruñados que creen que el crimen es de su competencia. La Brigada Antidroga no sabe cómo interpretar al equipo de Delitos Graves y Crimen Organizado. Con frecuencia sus tareas se solapan, raramente a gusto de nadie. La cagada de la redada en el almacén de cannabis en el muelle de Saint Andrew les ha dado a los agentes de narcóticos una buena razón para sentirse mejor consigo mismos. Sienten que deberían haber sido ellos los responsables de la redada, en lugar de ser relegados a un papel secundario. Y su jefe, Adrian Russell, no ha hecho nada por ocultar este descontento. Lo único que ha mantenido en secreto es cómo podría haber ayudado, de haber querido.

A ningún miembro del equipo del CID le gusta Russell y tampoco nadie confía en él, a pesar de su rango. Es uno de los pocos miembros del antiguo CID que sobrevivieron a la investigación interna que sacó a la luz la corrupción endémica en el equipo de Doug Roper. Nadie se explica cómo pudo escapar de aquello, ni tampoco cómo consiguió un ascenso y el chollo de dirigir un equipo que acaparaba todos los titulares. Todo el mundo coincide en que tiene amigos en los bajos fondos.

Ray observa a Russell. Hoy va de uniforme. A pesar de ser uno de los agentes de paisano más antiguos, le han solicitado que asista a una reunión en la central con algunos dignatarios locales y le han pedido que haga gala de su uniforme. Él y Ray se conocieron hará una década más o menos, cuando ambos participaron reticentemente en un curso de formación para el «fortalecimiento comunitario». Tantas veces expresaron su desprecio durante el seminario de dos días que más les habría valido levantarse y mearse en el tutor. Hicieron buenas migas. Tenían bastantes cosas en común como para forjar una amistad tibia, basada en beber, hablar de fútbol y discutir largo y tendido sobre tetas. Fue Russell quien le sugirió a Ray que se subiera al carro cuando los jefazos anunciaron la creación de la Unidad de Delitos Graves y Crimen Organizado. Algunas veces Ray se ha preguntado si la recomendación de Russell no le habría costado el puesto de jefe y lo habría relegado a ser el segundo de Pharaoh.

–Si ella se hubiera molestado en preguntarme... –repite Russell una vez más, apartando la vista. Hubo un tiempo en que ese gesto le habría provocado un temblor en su cara carnosa. Últimamente ha perdido peso y está bastante más presentable. Cuando Ray lo conoció se le desparramaba la panza por encima del traje beis y una capa de sudor macilento le cubría una cara de mejillas caídas rematada por una mata de pelo gris erizado. Nunca había sido lo que se dice guapo, pero una revisión médica le dio bastantes razones como para adecentarse un poco y había empezado a emplearse a fondo en el gimnasio. Todavía es un tipo grande pero ahora hay más músculos que grasa bajo su camisa.

Ray comprueba que ha estado dibujando cruces inconscientemente en el suelo de parqué con la suela del zapato. Quiere decirle a su amigo que termine de una vez. Que vaya al grano o que se vaya a la mierda. Que le dé lo que ha venido a buscar.

–Si hubieras estado tú dirigiendo el cotarro, Col...

Ray asiente comprensivo. Disculpa a su colega de más edad por ser deliberadamente obstructivo. Por guardarse las cosas. Por no contarle a Pharaoh lo que está a punto de decirle a uno de los veteranos del cuerpo...

–Solo una pista, Adie –dice Ray, volviéndose al oír el sonido de la puerta principal al abrirse. Un hombre trajeado asoma la cabeza. Echa un vistazo al bar casi vacío y luego se marcha. La puerta se cierra de un portazo–. Todos sabemos que deberían habértelo asignado. Pero nos lo dieron a nosotros y Pharaoh hizo las cosas a su manera. Quizá no sabía que tú estarías al tanto de más cosas. Yo no cometeré ese error, tío. Quiero oírlo directamente de ti.

Russell sabe que le están haciendo la pelota pero la sonrisa que se ha formado en sus labios indica que no parece importarle. Le da un trago considerable a su cerveza y luego

se inclina hacia delante, aproximándose a Ray.

–He echado un vistazo a los informes sobre la operación –dice, añadiendo con desdén–: Esa mujer no tenía ni idea de dónde se metía. Era imposible que pillara a esa gente allí. ¿Esa chivata que tenía? ¿La chica que les dijo dónde tenían que hacer la redada? Es un peón, tío. Y si tuviera dos dedos de frente le habría confesado a sus jefes lo que le había contado a Pharaoh a la primera de cambio. Seguro que se largaron treinta segundos después de que ella le soplara a la poli que sabía dónde estaba el almacén. Esa gente está muy bien relacionada. Solo hacemos redadas en sitios que ellos pueden permitirse perder. Hay todo un sistema y Pharaoh se está entrometiendo.

Ray arruga el ceño. Une las cejas e infla un carrillo, como si tuviera dolor de muelas.

–¿Acaso hay un trato de por medio? ¿Un acuerdo?

Ese tipo de cosas no son del todo infrecuentes. Durante su carrera, Colin Ray ha trabajado con un montón de agentes veteranos que consideraban a los criminales prácticamente socios de la profesión. Sabe de agentes que han hecho la vista gorda ante todo tipo de crímenes a cambio de que les permitieran atrapar a algún traficante de poca monta que les reportase un titular en la prensa.

Russell descarta la insinuación.

–No es eso. Las cosas ya no son como antes. Tú y yo sabemos que los vietnamitas llevan años metidos en lo de la marihuana. Prácticamente es su plato nacional. A nadie más le interesa. Es a lo que se dedican ellos. Es como los colombianos con la cocaína. Hay gente que tiene verdadero talento para algunas cosas.

–Entonces, ¿quién está creando problemas?

Russell suspira.

–Pharaoh sabe algo de esto, pero solo ha rascado la superficie. ¿Crees que esos tipos a los que hirieron con la pistola de clavos fueron los únicos? Tío, ¡la de mierda que tengo que escuchar! No sabemos casi nada acerca de dónde vienen o hasta donde alcanzan sus intenciones, pero hay una nueva banda que tiene a los vietnamitas acojonados.

–Los vietnamitas no se acojonan.

–Quizá no sea miedo –repone Russell irritado, gesticulando con su vaso de pinta–. Quizá sea un tema más pragmático. Sabemos que estos tipos nuevos tienen la fuerza pero quizá tengan también dinero. Los productores de droga vietnamitas no ganan lo bastante como para pagar la luz de los sitios donde montan su tinglado. Tienen jefes. Los que financian las operaciones. Quizá nuestros nuevos chicos hayan comprado la mano de obra y estén respaldando su operación con unas cuantas demostraciones de mano dura.

Ray enarca las cejas, como esperándose más.

–Esos son muchos quizás, Aidy. Estás a cargo de la Brigada Antidroga, tío. Venga, cuenta.

Russell se molesta.

–¿Has visto los últimos informes cuatrimestrales? ¿Quieres saber cuántas redadas hemos llevado a cabo con éxito durante los últimos meses? Casi una por día. Se trata de una operación a gran escala. Alguien con algo de visión se ha dado cuenta de que a la poli no le importa un carajo la marihuana y se han aprovechado del tema para sacarse

una buena pasta.

–¿De dónde sacáis la información? –pregunta Ray–. Sobre las redadas. Sobre los objetivos.

–En parte la sacamos de algunos camellos que mantienen los oídos bien abiertos. O de tratos con gente que quiere reducir su sentencia unos meses.

–¿Y las redadas más grandes? Las que aparecen en los medios. –Ray se imagina que ya conoce la respuesta.

Russell echa un vistazo al fondo de su vaso vacío, pero Ray no hace amago de ir a por otro. El agente más veterano suspira.

–Chivatazos anónimos –confiesa–. De los buenos. Directamente a mi móvil o a los de un par de mis chicos. Nunca están al teléfono más de unos segundos. Solo nos dan una dirección y la hora. Hacemos la redada y los flashes no se hacen esperar. Una buena oportunidad de sacarse la foto y el director de la Policía tan contento.

Ray toma un sorbo de vino. Decide que sus palabras no mitigan la sensación que tiene. Se acaba el vino de un trago.

–Intentan aplacarte –comenta–. O eso o liquidar a la competencia.

Russell se encoge de hombros. Vuelve a fijar la mirada en el vaso. Ray se gira hacia la barra y le hace un gesto con la cabeza al chaval flaco vestido con una camiseta de los Ramones que la atiende, que está tonteando con su teléfono móvil. Le hace una seña para que le sirva otra ronda.

Russell no añade nada más hasta después de haberse enjugado la cerveza del labio superior.

–En los tiempos que corren todo forma parte del negocio –dice–. Sabes tan bien como yo que es imposible que las drogas desaparezcan de nuestras vidas. No podemos eliminarlas de las calles. No podemos eliminarlas de las putas cárceles. Pero podemos demostrar que lo intentamos. Y lo estamos intentando, Col. Pero con todos los recursos que estoy destinando a las redadas de marihuana, los heroinómanos y los traficantes de coca se están poniendo las botas. ¿Y cómo sé si los tipos que se han quedado con la mano de obra vietnamita no andan detrás de las drogas duras también? No sé una puta mierda sobre ellos excepto que son unos tipos muy duros, que son profesionales y que están bien informados.

Ray arruga los labios. No dice ni mu hasta que el barman le trae su cambio. Se lo guarda en el bolsillo y luego pone las palmas de las manos sobre la mesa, como si fuera a participar en una sesión de espiritismo. Se diría que está pensando.

–Alan Rourke –plantea al fin–. No me parece que sea un as del crimen.

Russell sonríe.

–Es duro de roer, eso te lo aseguro. Casi tan duro como su viejo compañero de correrías. Las historias que podría contarte de él y de Giuseppe Hamer...

Ray hace un gesto displicente con la mano.

–Cuéntame la historia que quiero oír. ¿Por qué están las huellas dactilares de Rourke en la botella del cóctel molotov que se estrelló contra un furgón de la policía a las puertas de un puto almacén de maría?

Russell se estruja las manos.

–Los gitanos no son muy distintos de los vietnamitas –admite, dando golpecitos en la mesa con los nudillos para subrayar sus palabras–. Van a lo suyo. No se alejan de su comunidad. Infringen algunas leyes y nos dan dolores de cabeza. Siempre ha sido así. Pero vivimos en una sociedad multicultural, Col. A veces se diversifican.

–¿Y Rourke se ha diversificado? ¿Guarda relación con todo esto?

Russell se encoge de hombros.

–Es un viejo conocido. Es un tipo duro al que todos respetan y cuenta con apoyos. Ya has visto las declaraciones de los testigos. Fueron tipos blancos. Tipos blancos y grandes. ¿Quién te dice que no han sido los gitanos, que han subido en el escalafón?

Ray se lo plantea. Piensa en Rourke: un tipo desbordante de confianza y que no conoce el miedo, que no duda en mantener la boca cerrada en la sala de interrogatorios, con una mirada en su rostro que indica que preferiría arrancarse la lengua de un mordisco antes que desvelar sus secretos.

–¿De dónde sale esto, Aidy? Ni me habría enterado de que lo conocías de no haber sido porque el tipo mencionó tu nombre. Lo hizo solo para ver si yo picaba. Para demostrarme que sabía más que yo. Me hizo quedar como un gilipollas. ¿Por qué le hiciste una visita?

Russell echa otro trago de su bebida. No dice nada.

Ray hace un gesto de asentimiento con la cabeza, cayendo en la cuenta.

–Te dieron otro soplo, ¿a que sí? Te llamaron al móvil. La misma voz que te chiva dónde hay que hacer las redadas va ahora y te mete miedo. Joder, Aidy, es lo mismo que si te tuvieran en nómina. ¿Qué te dijeron?

Russell baja la vista y se queda mirando los números de la manga de su uniforme. Las bandas relucientes que le recuerdan que es un agente veterano.

–Solo me advirtieron que no perdiera de vista a Alan Rourke. Que si lo presionábamos un poco podríamos conseguir algunas llamadas más y unas cuantas redadas. Hay un chico que se está quedando en su casa. La voz al otro lado de la línea me dijo que lo dejáramos en paz. Al muchacho. Que le recordáramos a Rourke que no es el padre del chico y que el chico tiene amigos.

Ray se aparta de la mesa. Siempre suele fastidiarle todo. Siempre está agresivo. Solo puede contenerse durante un tiempo determinado. Ahora está haciendo un esfuerzo.

–Es lo mismo que si te tuvieran en nómina.

Russell se sonroja.

–¿Cómo iba a estar trabajando para alguien si ni siquiera sé quiénes son? Tomé la decisión acertada. Una decisión profesional. Transmití un mensaje, marqué sus cartas y las llamadas continuaron.

Ray no lo escucha.

–El chico –dice–. Es el mismo. El que azuzó los perros contra Pharaoh, ¿verdad?

Russell asiente. Le pega un trago a la cerveza.

–Tan pronto como leí la descripción y vi el nombre de Rourke decidí llamarte. Lo que pasa es que tú me llamaste primero. Yo te habría llamado, Col. Ahora que tú estás al

frente iremos en la dirección correcta.

Ray echa su silla hacia atrás, dejando caer el peso sobre las dos patas traseras.

–¿Cómo reaccionó Rourke cuando fuiste a verlo? ¿Tenía algo que decir?

–Le faltó reírse en mi cara –responde él–. No se asustó. Ni se inmutó.

–¿Y el chico? ¿Estaba allí?

–Apareció justo antes de marcharnos. Se bajó de un puto 4 x 4 de los caros como si le hubiera tocado la lotería, como si fuera el puto Wayne Rooney.

Ray apura el vaso. Sus ojos se encuentran con los de Russell. El agente más veterano es el primero en apartar la mirada.

–Sé por qué no le contaste a Pharaoh lo que estaba pasando con los vietnamitas –señala Ray con suavidad–. Porque no podías contarle nada sin parecer el puto recadero de unos traficantes de droga. Incluso acierto a entender por qué fuiste a ver a Rourke. Lo que no entiendo, Aidy, es que no te des cuenta de lo que está pasando.

Russell entrecierra los ojos.

–Pues dímelo tú, listillo.

–El chico es el traficante. El adolescente. Él es valioso para tus amigos al otro lado de la línea del teléfono. Rourke está metido hasta el cuello en esto, pero le viene grande. El que tiene contactos importantes es el chico. Pero los que traen de cabeza a tus amigos son sus contactos gitanos.

Russell no parece demasiado convencido.

–No tienes forma de probar nada de eso, joder.

–Solo necesito saberlo, no me hace falta probarlo –concluye Ray, volviendo a apoyar las cuatro patas de la silla sobre el suelo.

–¿Cuál será tu próximo movimiento? –pregunta Russell, echándole una ojeada al reloj y decidiendo que cuatro pintas son suficientes–. Tu prioridad ahora es encontrar al chico, ¿no?

–Le echó los perros a Pharaoh. Así que lo queremos a él. Pero también queremos saber qué se trae entre manos. Está todo relacionado. Me está entrando dolor de cabeza...

Russell sonríe y la tensión que hasta el momento había entre ambos se disipa. Los dos son de la vieja escuela. A Ray ni siquiera se le pasaría por la cabeza delatar a otro agente. Pero tiene que reconocer que se ha encontrado de improviso con un as en la manga.

–La próxima vez que recibas una llamada de tus amigos...

En esta ocasión Russell frunce el ceño.

–Vamos.

–Quiero participar en la redada. Quiero hablar con la persona que esté al teléfono.

Russell parece sopesarlo. Asiente rápidamente.

–Podría ser antes de lo que te crees. Ya han pasado unos días...

–Cuando sea. No tengo intención de dormir mucho.

–¿Qué vais a hacer a continuación?

Ray le dirige una sonrisita mientras saca el móvil del bolsillo. Pulsa un número con sus dedos amarillentos.

–¿Shaz? Deja de enrollarte con quienquiera que estés y métete en el coche. Nos vamos de vacaciones, cariño. A visitar algunos campings de caravanas.

Desde el otro lado de la línea se oye una sarta ininteligible de preguntas. Colin Ray la calma.

–El chico pelirrojo. Ha vuelto a casa, con su gente. Y vamos a darle la bienvenida que se merece.

Capítulo 17

16:14 horas. Carretera de Ha'penny Bridge, en la urbanización Victoria Dock.

McAvoy tiene la cabeza apoyada en el volante del coche y está oyendo llorar a su mujer. Sus sollozos van al compás de la lluvia que repica contra el cristal.

–Vuelve a casa –suplica ella–. Por favor.

McAvoy mira a través de la cascada de agua que discurre sobre el parabrisas. La atmósfera es de un color plomizo, el cielo se confunde con los charcos profundos y con los desagües rebosantes que han comenzado a ensombrecer las carreteras y las aceras.

–Solo una parada, Roisin –le repite él–. Una parada más y luego volveré para tomar el relevo.

–La niña no deja de llorar –insiste ella, y su desesperación se le clava en el pecho como un témpano de hielo.

–Una hora más –promete McAvoy, cerrando los ojos.

–Está berreando –suplica Roisin–. No puedo...

Y le cuelga. Su mujer nunca le había colgado.

Se dispone a llamarla de nuevo. Su teléfono suena.

–Roisin...

–No, chaval, aquí el inspector jefe Colin Ray. ¿Dónde coño estás?

McAvoy baja un ápice la ventanilla. Deja que entre algo de aire en el vehículo. Observa cómo los juncos ondean en la laguna para patos más bien cutre que separa dos bloques de apartamentos modernos que se ciernen sobre un damero de chalés adosados.

–He estado...

–No me importa –repone Ray–. Resulta que Tremberg me ha estado comiendo la oreja para que me ponga en contacto contigo, y eso mismo estoy haciendo para que se calle de una puta vez. La tienes bien entrenada, ¿verdad? Hemos hablado con Alan Rourke. El puto gitano no ha dicho prácticamente ni una palabra. No ha identificado al chico que azuzó a los perros para que atacaran a su alteza, pero Shaz está ahora otra vez con Rourke y le ha prometido que sus chuchos conservarán el pellejo si él nos ayuda un poco. Estamos jodidos, no hemos avanzado nada con el tema de los vietnamitas ni con el cóctel molotov. Aunque tampoco es que te interese. Supongo que deberíamos estar interrogando a la selección de crícket, por la forma que tuvieron de arrojar el artefacto. Joder, ni que estuvieran jugando a los bolos. En cualquier caso, Ben Neilsen está en

Doncaster revisando las cámaras de seguridad, en el local donde mangaron el Land Rover. Resulta que también les robaron otros vehículos. Un Mercedes, un Audi, un Lexus o dos. ¡Imagínate, en Doncaster! Pues vale, ya estás informado. Que te den. Adiós.

McAvoy está demasiado cansado para analizar toda esa diatriba. Se limita a asentir para sí. Un rato más tarde, cierra el teléfono.

Tras los cristales la tormenta arrecia. Las noticias de Radio Humberside tenían un tono un tanto histérico cuando McAvoy las ha sintonizado de camino a su destino. Solo han pasado unos años desde que Hull sufrió unas inundaciones de proporciones bíblicas. Todavía hay gente viviendo en caravanas en su jardín. Cada vez que llueve, la ciudad contiene la respiración. El tiempo ha ocupado las noticias de cabecera, por delante de un llamamiento a la colaboración ciudadana relacionado con un ataque violento producido en Morpeth Street la noche anterior. Una chica de diecinueve años está hospitalizada con heridas graves en la cabeza después de que alguien sin identificar la asaltara alrededor de las 23:30 horas. Sus amigos la han descrito como una chica alegre y despreocupada que haría cualquier cosa por los demás. Un portavoz de la policía de Humberside declaró que era demasiado pronto para especular si el incidente podría estar relacionado con la escalada de crímenes violentos en la ciudad, que se rumorea que están ligados al tráfico de drogas.

Al oírlo, McAvoy ha esbozado una mueca. También se ha planteado por qué se esfuerza tanto por encontrar respuestas al caso de Simon Appleyard mientras los vivos son implacablemente perseguidos.

Con cierta dificultad, McAvoy sale del coche. Definitivamente es demasiado grande para las estrecheces del habitáculo. Se siente como si tuviera que hacer un agujero en el techo para sacar la cabeza. Le preocupa arrancar la puerta de cuajo cada vez que se dispone a abrirla.

El viento y la lluvia lo espabilan momentáneamente. Levanta la vista al cielo plomizo y deja que la lluvia le empape la cara. Se echa el pelo hacia atrás y se lame las gotas acumuladas en los labios.

El piso que le interesa se encuentra en la planta baja. Ofrece una vista decente de la masa de juncos que ocultan casi por completo las aguas del gran lago rectangular. McAvoy y Roisin se plantearon adquirir una casa en esta urbanización cuando se mudaron a la ciudad. Está a diez minutos andando del centro y fue diseñada pensando en familias con ambiciones sociales. Las casas son pequeñas pero están sólidamente construidas y bien mantenidas; los promotores habían definido la urbanización como un «pueblo urbanita», apelando al espíritu del típico barrio dentro de la ciudad, pero esa idea nunca llegó a materializarse. Caseros que viven lejos alquilan muchas de las propiedades a inquilinos que comparten piso, y hay demasiados carteles de «se vende» y «se alquila» que revelan que es un sitio donde nadie se muere por vivir. Empieza a tener una apariencia ajada y no se debe únicamente al aspecto de paisaje lunar que presentan muchas calles a causa del bien conocido hundimiento del terreno. El solar antes era un muelle de carga y hubo que rellenarlo para construir la urbanización. Se teme que toda la

zona esté comenzando a ceder.

McAvoy avanza con precaución sobre las tablas mojadas del puente peatonal. Busca signos de vida en el estanque de los patos. Se pregunta si las aves estarán escondidas o si también se habrán mudado en busca de un alojamiento más cómodo en los pueblos de East Riding.

Echa un vistazo a su cuaderno para verificar que la dirección es la correcta. Una vez delante de la puerta del bloque de apartamentos sabe que no lo puede retrasar más. Llama al timbre.

Los segundos pasan. El agua le gotea por la parte de atrás del cuello.

El portero automático deja escapar unas interferencias.

–¿Sí?

–Concejal Hepburn –anuncia McAvoy, más alto de lo que pretendía–. Soy policía. ¿Podría dedicarme unos minutos?

Otra pausa.

–Pase.

La puerta despide un zumbido y McAvoy la empuja. Se encuentra en un atrio amplio, pintado de color crema y con moqueta gris. Al fondo del todo hay unas escaleras y en las paredes restantes hay tres puertas marrones de madera.

La puerta número 29 se está abriendo.

McAvoy reconoce al hombre en el umbral por sus apariciones en el periódico y en la tele. Tendrá cuarenta y tantos años y lleva el pelo teñido de rubio y peinado hacia atrás, dejando a la vista un rostro alargado que, si bien la naturaleza no hizo atractivo, la vanidad se ha encargado de colorear. Lleva un mechoncito de pelo bajo el labio inferior teñido de rubio platino y las patillas perfectamente afeitadas en forma de punta, dándole un aire casi diabólico. Luce dos pendientes de aro en la oreja izquierda y McAvoy duda que el color natural de sus cejas sea ese negro tan intenso.

Hepburn luce una amplia sonrisa, un gesto de político. Lleva puesto un jersey de pico color morado y unos pantalones de cuadros más apropiados para un osito de peluche que para un escocés. Parece estar en bastante buena forma, pero los pectorales caídos se distinguen a través del tejido del jersey.

–Ha venido de civil, ¿eh? –señala Hepburn amistosamente–. Qué interesante.

McAvoy se echa un vistazo y comprueba que está de pie en medio de un charco; prácticamente está descargando una tormenta sobre la moqueta.

–¿Todavía chispea? –pregunta Hepburn.

McAvoy se obliga a sonreír.

–Pase –lo invita Hepburn–. Le traeré una toalla.

Entra en el apartamento y sostiene la puerta abierta. McAvoy se pregunta si no debería ofrecerse a quitarse las botas, pero recuerda el lío para ponerse los zapatos esa mañana y duda mucho que sus calcetines estén emparejados.

Accede al interior de la vivienda y sigue al concejal por el corto pasillo decorado con estampas blancas y negras.

Lo conduce a un salón grande, pintado de color tierra y con un estilo vagamente

javanés. Las cortinas son de rafia y los cuadros en la pared muestran representaciones de elefantes o esquifes de pesca tradicional, frascos de especias y mapas antiguos, lo típico de un club de caballeros. Sobre la moqueta color crema hay una alfombra con pinta de ser cara y el sofá modelo Chesterfield confiere a la habitación un aire a hotel colonial un poco venido a menos. En un extremo hay una mesa para dos con un enorme jarrón con lirios. El otro extremo de la habitación alargada está reservado a una gran tele de plasma.

–Paula, querida, ¿podrías traer una toalla?

Hepburn grita esta última frase mientras se tira en el sofá. Hay un ordenador portátil en el cojín de en medio y un teléfono móvil en el suelo.

–¿Qué puedo hacer por usted?

McAvoy está a punto de hablar cuando una mujer aparece en el hueco de la puerta. Tendrá más o menos la misma edad que Hepburn y físicamente es un espécimen casi tan imponente como McAvoy. Rondará el metro ochenta de estatura y es ancha de hombros. Tiene el pelo teñido de distintas tonalidades de rubio y lleva una melena escalonada por el cuello que hasta unos ojos inexpertos como los de McAvoy sabrían calificar como un corte de pelo caro. Le entrega a McAvoy una suave toalla amarilla que él utiliza para secarse la cara y el pelo.

Cuando termina, hace lo que puede para aplastarse los rizos y se alegra de no verse en el espejo que domina una de las paredes.

–Paula –se dirige Hepburn a la mujer de la puerta–. Este es... –Pone cara de perplejidad–. ¿Me ha dicho su nombre?

–Sargento McAvoy –se presenta, con un deje de vergüenza en la voz.

–McAvoy –repite Hepburn pensativamente. Luego chasquea los dedos, como si hubiera localizado al nombre–. Por supuesto. Ella es Paula.

–¿Cómo está? –dice McAvoy extendiendo la mano.

Paula asiente con un gesto brusco de la cabeza. Luego mira a Hepburn enarcando una ceja.

–Café –anuncia, sin que suene como una pregunta. Se da la vuelta y los deja a solas.

–Entonces –repite Hepburn–, ¿qué puedo hacer por usted?

McAvoy es consciente de que lleva todo el rato apretando los labios. Acierta a respirar.

–Concejal, probablemente yo no debería estar aquí, pero hoy he recibido cierta información que revela que usted es el objetivo de algún tipo de investigación periodística destinada a desacreditarlo.

Se detiene. Hepburn abre mucho los ojos y la sonrisa juguetona en su rostro se hace más grande.

–¿De verdad? Cuente.

–Estaba hablando con un reportero de un periódico nacional por otro motivo. Me hizo saber que están planeando publicar un artículo que trata sobre ciertos vínculos criminales existentes en su pasado.

Hepburn deja escapar un silbido.

–¿Algo más?

–Se menciona que su club fue financiado con dinero proveniente del narcotráfico.

A estas alturas Hepburn se está riendo abiertamente. McAvoy siente náuseas.

–¿Concejal Hepburn?

El otro hombre se levanta del sofá. Se endereza y le dirige una sonrisa radiante.

–Y usted viene a verme con esto porque...

McAvoy no hace nada por ocultar su desconcierto. La respuesta debería ser obvia.

–Porque no está bien.

Hepburn recobra la compostura.

–Pero usted no me conoce –dice, mirando a McAvoy a los ojos–. Se escribe mierda sobre la gente a todas horas. Fui elegido porque me votó gente que quería poder comprar alcohol a medianoche o que le gustaba la idea de joder a los laboristas. En serio, sargento, otro reportaje que me presente como un chico malo no va a acabar conmigo. Quizá hasta sea buena propaganda. Vamos, ¿cuál es el verdadero motivo?

McAvoy siente que le arden las mejillas. No se esperaba que alguien cuestionara su integridad. Le horroriza resultarle tan transparente a otra persona. Se teme que dice muy poco de él que sea tan fácil identificarlo como un embustero.

–Vamos, sargento –le urge Hepburn.

McAvoy lo mira fijamente. Sus ojos azules destilan una inteligencia feroz. Recuerda sus apariciones en la televisión. Su agudo ingenio y su lengua viperina. Se da cuenta de que se ha equivocado al presentarse en su casa tan poco preparado, con tanta torpeza.

–Simon Appleyard –le espeta. Al momento tiene que aguantar el impulso de llevarse la mano derecha a la cara en un gesto infantil de arrepentimiento.

Hepburn entorna los ojos.

–¿Y quién es ese?

–Simon Appleyard fue hallado ahorcado en su casa el año pasado. Estamos reconsiderando las circunstancias que rodean su muerte. Yo estoy revisando los números de su teléfono. El suyo es uno de los que tenía guardados.

Hepburn se encoje de hombros, pero tampoco es un gesto de hostilidad.

–Lo siento, pero no creo que el nombre me suene. Soy una figura pública. Dirijo un club. Cambio mucho de móvil...

–Este fue el móvil que le dieron en el ayuntamiento.

–Ah –exclama Hepburn con una sonrisa–. Claro. Lo tuve quince días más o menos y lo extravié. Probablemente me lo robaran en el club. Cuando rellené el formulario diciendo que lo había perdido me sentí como un completo imbécil. He estado usando mi móvil personal desde entonces. Utilizo dos tarjetas SIM. Eso tiene tanta clase...

–¿Y no le suena el nombre de Simon Appleyard? Veintitantos años, alto, profesor de baile country...

Hepburn niega con la cabeza.

McAvoy no ceja en su empeño.

–...Con la espalda tatuada con plumas de pavo real...

Por una fracción de segundo es como si la sonrisa de Hepburn pereciese en sus ojos. Luego regresa. Una sonrisa amplia. Encantadora. Traviesa.

–Déjeme su tarjeta, sargento –le pide, todavía en tono amistoso–. Lo pensaré. Me

pondré en contacto con usted.

Paula vuelve a aparecer junto a la puerta. No trae tazas de café. No sonríe.

McAvoy mira a Hepburn, que tiene las cejas enarcadas, una versión más amigable que la fría mirada de Paula. Lo están invitando a marcharse.

–Esta es mi tarjeta –dice McAvoy, entregándole al concejal un rectángulo húmedo de tinta borrosa–. Siento haberle molestado. Pensé que debía saber lo del periodista...

Hepburn asiente mientras se pone de pie. Le estrecha la mano al agente profusamente. Va pisándole los talones hasta la puerta del salón, pasa junto a su corpulenta amiga y desembocan en el recibidor.

–Si oigo alguna otra cosa...

–Gracias, sargento –dice Hepburn.

La puerta se cierra tras él y McAvoy vuelve a encontrarse en el vestíbulo.

Nota que le arden las mejillas pero esta vez es a causa de la rabia, no de la vergüenza. Esa forma de mirarlo. La sonrisita burlona en la cara de Hepburn. Se ha sentido como un adolescente al que pillan en un embuste. Han hecho que se sienta como un imbécil.

Habría sobrellevado esas sensaciones como una penitencia de no haber sido por ese momento, ese instante de lucidez, durante el cual pudo ver cierta falsedad oculta tras la sonrisa del concejal.

McAvoy ha acudido a verlo con la esperanza de desenterrar algo que justifique su presentimiento. Deseando poder captar algo que le confirme que no está perdiendo el tiempo. Por un momento, a pesar del cansancio, la irritación y la vergüenza, siente que quizá haya dado con ese algo.

La lluvia ha amainado un poco y McAvoy sale del edificio para meterse de lleno en un charco donde el agua le llega por los tobillos. No le da ninguna importancia. Saca el teléfono del bolsillo. Llama a Roisin.

–Querida –dice, cuando ella contesta al octavo tono–. Voy camino de casa. Lo siento mucho.

Hablan durante cinco minutos. Ella se disculpa. Le dice que lo comprende. Él le ruega que le perdone por estar tan distante. Por ser tan inútil. Le habla atropelladamente de los cinco minutos que ha pasado en casa del concejal Hepburn y sus sospechas de que el hombre sabe más de lo que está dispuesto a admitir. Que tiene un caso entre manos. Una auténtica investigación.

Se encuentra hablando aún cuando su teléfono suelta un pitido y le dice a Roisin que tiene que dejarla. Que se verán pronto.

–Sargento McAvoy –responde–. Delitos Graves y Crimen Organizado.

–Sargento, soy el subdirector Everett. Quiero que te presentes en mi despacho ahora mismo. He recibido una queja, por lo visto andas acosando a un alto cargo del ayuntamiento.

McAvoy palidece al instante. Cierra los ojos.

Puede imaginarse a Roisin llorando al otro lado del teléfono.

El hombre de la chaqueta de cuero marrón claro está perdiendo los nervios. Suzie no

es ninguna experta en lenguaje no verbal, pero esa postura de los hombros y esa forma de aferrarse al mostrador, con tanta fuerza que tiene los nudillos lívidos, parecen indicar que está a punto de explotar de rabia.

–¿Acaso estoy hablando en otro idioma?

Suzie está sudando a pesar de tener la ropa húmeda y se siente un poco febril, pero comparte su enfado.

Vuelve a mirar a su cajera. Trata de engatusarla con la más dulce de sus sonrisas. Espera que ese gesto exasperado consiga hacer mella en un espíritu afable. Pero no lo consigue. Tras el cristal hay una mujer más joven que ella, pero tiene la misma cara avinagrada y la expresión férrea que una recepcionista vieja en la consulta de un médico.

–Solo fueron 18 peniques –repite Suzie–. ¡18 peniques! Mi cuenta ha quedado al descubierto por esa cantidad. Luego me cobrasteis por la carta que me enviasteis para informarme de eso y luego me cobrasteis por estar tres días en números rojos sin disponer de ese servicio. Habría pagado los 18 peniques, pero ahora me han cargado en mi cuenta 15 libras, sin contar con los recargos adicionales...

Se detiene. Es la cuarta vez que trata de convencer a la cajera del banco de que está siendo tratada injustamente. Nota que el cuello comienza a arderle y a picarle. Lo injusto de la situación hace que se le atraganten las palabras. Se siente tan triste que tiene un nudo en el estómago.

–Es mi dinero –está diciendo el hombre de la chaqueta de cuero, esta vez a voz en grito–. Vosotros me lo guardáis. Ese es vuestro trabajo.

La cajera de al lado es igual de intratable.

–Si no nos muestra el pasaporte o el permiso de conducir no le podemos entregar más de 5.000 libras.

–¡Pero si es mi dinero! –grita él.

Llevan así un buen rato y la cola en el banco se hace cada vez más larga. La gente observa las dos disputas con una mezcla de impaciencia e interés.

Suzie está callada, meneando la cabeza y tratando de pensar en otro argumento que pueda hacer cambiar de idea a la cajera. Se teme que está al borde del llanto.

–Es por su propia seguridad –repone la otra cajera.

–Todos los recargos están especificados en nuestra página web –replica la tirana de Suzie.

El hombre de la chaqueta de cuero mira a su alrededor como si buscara un aliado capaz de explicarle cómo funcionan las cosas en este mundo extraño y loco. Ve a Suzie. Sus miradas se encuentran. Es un hombre bastante guapo, andará próximo a los cuarenta años y va vestido con ropa informal pero cara. Su expresión se suaviza un poco cuando percibe su cara enrojecida, el pelo mojado, la ropa húmeda y los ojos llorosos.

–¿Te lo puedes creer?

Ella niega con la cabeza. Se vuelve hacia la cajera.

–Estoy pasando por un mal momento –dice con suavidad–. Solo eran 18 peniques. Y ahora tendré que pagar casi 100 libras. Solo de recargos. ¿No puedo darle los 18 peniques? O una señal o algo así. No volveré a exceder el límite hasta el día que cobre...

–Todos los recargos están especificados en nuestra página web.

Se le saltan las lágrimas. Sin poder evitarlo, se da cuenta de que los ojos se le han desbordado.

Las lágrimas le recorren las mejillas empolvadas y sus hombros empiezan a estremecerse.

–Lo siento –dice la mujer tras el cristal, sin cambiar la expresión desde que a Suzie le tocó su turno y le pidió clemencia.

–Es la hora de mi almuerzo –solloza Suzie, como si eso fuese a suponer alguna diferencia–. Normalmente voy a sentarme a un jardincito...

Se lleva una mano a los ojos y llora abiertamente. Detesta la imagen patética que debe de estar ofreciendo en esos instantes. Detesta ser tan débil. Quiere darse la vuelta y echar a correr, esconderse hasta que alguien la encuentre y le prometa que pronto todo irá bien.

Todavía no ha tenido el valor de encender el móvil. No ha vuelto a saber nada del hombre al que dejó muriéndose.

–En realidad vosotros nos pertenecéis –está diciendo el hombre de la chaqueta de cuero, ignorando a su cajera y dirigiéndose a la de Suzie–. A todos los contribuyentes. Sois nuestros.

Se vuelve hacia la cola formada tras él, como intentando juntar refuerzos para iniciar una revolución. Suspira cuando se da cuenta de que solo hay un montón de gente empapada que ha salido de compras u oficinistas temblando bajo sus ropas mojadas y esperando que sea su turno de gritar al personal del banco.

–Las normas vienen especificadas en la página web.

Suzie se pone rígida cuando el hombre se acerca. Él agacha la cabeza para quedar a su altura. Está mirándola a los ojos. Es una mirada preocupada, desprovista de malicia o de amenaza alguna. Quiere saber si ella está bien.

–No nos hacen ni caso –le dice en voz baja–. Recargos, ¿no?

Suzie intenta sonreír. Se siente completamente hundida.

–¿Cuánto necesitas para restablecer el crédito? –le pregunta acercándose lo bastante como para que sus palabras acaricien su lóbulo y su cuello mojados.

–Casi 90 libras.

El hombre asiente. Se lleva la mano al bolsillo y saca un fajo de billetes.

–Toma –le dice entregándole cinco billetes de 20 libras.

–¿Qué? ¡No...!

Suzie siente una opresión en el pecho. Comienza a protestar. A decirle que no es su problema. Que él tiene sus propios problemas.

Los billetes han acabado en su mano. Una sonrisa húmeda termina por aparecer en su cara.

–Por favor –suplica el hombre en voz baja–. Permíteme.

–Yo no...

–No quiero que estos cabrones le quiten a nadie ni un penique. Por favor.

Suzie, azorada e insegura, se vuelve hacia la cajera, que está luchando por reprimir una mueca.

–Aquí tiene –dice, con la cara surcada de lágrimas y mocos–. Me gustaría hacer un ingreso.

El hombre no regresa a la otra caja. Se apoya contra el mostrador y mira a Suzie con afecto y curiosidad.

La repasa de arriba abajo. Le gusta lo que ve.

–¿Y esto me daría derecho a tu número de teléfono? –le pregunta.

Suzie se detiene en seco. Le dirige una sonrisita aniñada que sin duda habría provocado las burlas de Simon.

–Lo sé –confiesa el hombre, levantando las manos–. Eso estropea el gesto desinteresado.

–No estoy segura... –comienza a decir ella.

–Quédate con el mío –le dice, y garabatea su número en el reverso de un resguardo de ingreso–. Así no te sentirás presionada.

Suzie levanta la vista y nota que se ha sonrojado.

–No sé si te llamaré –dice, quedándose con el número.

–Lo estaré esperando –responde él, dándose la vuelta.

–Hasta luego –se despide ella, perpleja y avergonzada.

–Hasta luego, Susan –repone él, y se marcha.

Suzie permanece unos segundos más en el mostrador, deseando tener a alguien con quien compartir ese momento extraño. Se pregunta a quién le va a contar que un hombre guapo ha acudido a rescatarla. Si se meterá en Facebook para informar a sus amigos. Se le pasa por la cabeza sacar el teléfono.

Se queda helada, le entra la paranoia.

Su nombre. ¡Sabe su nombre!

Se aparta del mostrador y se abre paso ente la gente, baja los seis escalones y sale a Whitefriargate. Mira a un lado y a otro, guiñando los ojos a causa de la lluvia, tratando de distinguir la silueta del hombre de la chaqueta de cuero.

Con cuidado de no resbalar con las chanclas sobre los adoquines, salta sobre los charcos y corre calle arriba.

–¡Oye! –le grita, y suelta una risita de lo ridícula que le parece la escena–. ¡Oye!

Lo localiza más arriba, ante la tienda de discos donde Simon y ella compraron el pack de la saga *Crepúsculo y luego debatieron largo y tendido sobre quién lo guardaría. Prácticamente se arroja contra su espalda, agarrándolo torpemente del hombro.*

Él se da la vuelta. Primero parece sorprendido, luego contento.

–¿Cómo sabes mi nombre? –le pregunta sin aliento–. Has dicho «Susan».

El hombre se pasa una mano por la cara y se despeina las cejas.

–¿Qué?

–Mi nombre. Sabes mi nombre.

Mira a su alrededor, casi como si creyera que está siendo objeto de una broma con cámara oculta. Al no encontrarla, se la queda mirando y guiña un ojo como si se avergonzara de sus palabras.

–Lo he visto en tu tarjeta –contesta, amable pero confundido–. ¿Algo va mal?

Suzie suelta bruscamente una bocanada de aire. En sus ojos vuelven a asomar las lágrimas.

–Lo siento –dice, mirando al suelo.

Él se queda allí parado un instante.

Suzie es una estatua. La mirada clavada en los adoquines mojados y los dedos de los pies, empapados y sucios.

Luego siente que él la rodea con sus brazos.

Sus hombros se estremecen y llora contra su pecho, aferrándose a un extraño bajo la lluvia que no cesa.

Capítulo 18

Son casi las once de la noche cuando McAvoy abre la puerta de su casa.

«Por fin en casa», piensa, agradecido. «Menos mal.»

Está tan cansado que casi no puede mover los pies. Demasiado exhausto para notar que ha dejado de llover o comentar cómo brilla la luna creciente, casi llena, que cuelga como un disco de pergamino arrugado en un cielo sin nubes color negro azulado.

Demasiado agotado como para percatarse de la ausencia de Roisin. A esas horas suele estar en casa, sonriéndole desde la puerta, aguardando su llegada. Esperando para darle un beso de bienvenida y perderse entre sus brazos.

–¿Roisin?

La encuentra en el salón a oscuras, hecha un ovillo en el sofá. Frente a ella, Finlay la rodea con sus brazos, roncando ligeramente ante su boca abierta. El niño lleva puesto un gorro de lana calado hasta las orejas. McAvoy lo interpreta como una señal de que su hijo mayor se ha cansado de oír el llanto de su hermana.

–Lo siento mucho –susurra, con la esperanza de que la disculpa baste para paliar sus múltiples pecados.

Se dirige silenciosamente al piso de arriba, con cuidado de evitar los escalones que crujen.

Lilah duerme desmadejada en la cama de sus padres, prisionera dentro de un rectángulo de almohadas. Su rostro tiene un color rosado saludable y parece que disfruta de un sueño tranquilo y dulce. A McAvoy le gustaría darle un beso. Aspirar el olor de su cabeza. Decirle que siente no ser lo que ella necesita. Se convence de que es mejor no despertarla. Regresa al piso de abajo de puntillas.

Roisin se está separando de Fin. Levanta la cabeza cuando él aparece en la puerta.

–Hola –le sonríe soñolienta–. ¿Qué hora es?

–Demasiado tarde –contesta McAvoy, yendo hasta ella–. Lo siento mucho.

Se agacha y la estrecha con fuerza.

–Aector, con cuidado...

La ha abrazado demasiado fuerte. La suelta. Con el dedo índice le levanta la cara y la mira fijamente a los ojos. Y repite:

–Lo siento mucho.

Su sonrisa, aunque cansada, es cálida y sincera. Lo besa.

Su boca sabe a sueño. Al zumo de arándano que ella y Fin han compartido. Al regusto fuerte de los cigarrillos de liar.

Las últimas horas han sido una tortura y la fría agonía de la separación no ha hecho más que empeorarlas.

Everett se ha tragado el cuento de que McAvoy solo quería poner al concejal Hepburn al corriente de la investigación del periódico. McAvoy ha sido encomiado por ese hombre alto y fisgón en aras de su diplomacia y su previsión y se las ha arreglado para mantener la boca cerrada y no mencionar a Simon Appleyard. Estaba pensando que llegaría a casa con tiempo de bañar a los pequeños cuando le han pedido que le echara un vistazo con ojo experto a un discurso que Everett tenía que dar. Le ha llevado horas.

En numerosas ocasiones McAvoy ha lamentado el día en que preparó un informe de gastos para una reunión del comité. Era un texto coherente, fácil de seguir y escrito sin faltas. A ojos de Everett eso le convirtió en un genio fronterizo, la clase de tipo al que acudir cuando necesitaba a alguien que no moviera los labios al leer.

–¿Qué tal ha ido? –pregunta Roisin en voz baja, conduciéndolo a la cocina para no despertar a Fin–. ¿Has sido malo?

McAvoy deja escapar una risita.

–Creo que Hepburn tiene amigos en las altas esferas –contesta.

–Esperemos que se decidan a saltar –replica ella, disponiéndose a prepararle un sándwich de pan del día con jamón cocido casero.

–No hacía ni treinta segundos que me había marchado y ya estaba haciendo la llamada –dice él, echando un trago de leche del vaso que ella le acaba de dar–. Todo parecía ir bien cuando estaba con él.

–Menudo capullo.

Su esposa le pasa el sándwich. Lo observa darle un mordisco. Parece satisfecha con su gruñido elogioso.

McAvoy se fija en que lleva puesta la misma ropa que esta mañana.

–Podría darte un baño –dice, con la boca llena–. Encender velas. Lavarte el pelo. Depilarte las piernas. Pintarte las uñas.

Roisin sonríe.

–Suena genial –concede ella–. Pero mejor vámonos a la cama. Te he preparado una sorpresa.

McAvoy se pregunta si le quedarán fuerzas para seguirle el ritmo, sea lo que sea lo que ha planeado su mujer. Está a punto de sugerir abrazarse sin más cuando ella le dirige una sonrisa radiante.

–Espera aquí –le dice antes de salir corriendo de la cocina.

Confundido, McAvoy se termina el sándwich. Apura la leche. Coge una galleta de chocolate de la lata que hay junto al microondas y se la zampa de un bocado.

Como un castillo de goma desinflado, se derrumba en la silla de la cocina y deja caer la cabeza sobre la mesa. Cierra los ojos. Se permite dejar la mente en blanco por un momento. Entonces cae en la cuenta. Qué imprudente ha sido. Qué desleal y qué egoísta. Ha estado intentando probar la infalibilidad de su instinto. Ha estado intentando justificar un sentimiento. Mientras él intentaba probar que era capaz de olerse un crimen de la misma manera que su padre distingue por el olfato la proximidad de una nevada, hay una investigación de verdad que se ha ido al carajo y la única compañera que realmente cree en él ha sido atacada por unos perros.

Simon Appleyard.

Decide que ya es hora de hacer del caso algo oficial. Se dirigirá a uno de los superintendentes del CID mañana. Le contará que hay un caso que merece ser reabierto. Aguantará las miradas fulminantes y los suspiros hastiados y se limitará a insistir para que se lleve a cabo una investigación como es debido.

–No te enfades.

Roisin está de pie junto a la puerta. Sonríe y se ha puesto un camisón de seda. Se ha recogido el pelo en un moño alto, dejando al descubierto su cuello moreno y perfumado.

McAvoy parpadea un par de veces, aturdido. Sonríe mientras asimila su atuendo.

Ella extiende las manos.

En la palma de su mano izquierda hay un teléfono móvil.

–Has comprado uno, ¿has...? –comienza a decir McAvoy, pero se detiene. Se le congela la sonrisa en los labios y una imagen empezaba a formarse en su mente desconcertada.

–Siento haber sido tan mezquina contigo –se disculpa ella, yendo hacia él en busca de un abrazo.

McAvoy abre la boca del pasmo y se queda lívido.

Su mujer tiene un móvil desconocido en la mano.

No sabe si es algo instintivo o la mirada ilusionada y servicial de su esposa, pero no le cabe ninguna duda de que el teléfono pertenece al concejal Hepburn.

–Es él –anuncia Suzie señalando entre las rejas–. Trevor, saluda.

A su lado, en la oscuridad, oye cómo Anthony se ríe. Es una sensación extraña. Siente cómo la está mirando fijamente. Sonriendo mientras contempla su rostro de perfil. La ha estado mirando entre sorprendido y afectuoso la mayor parte de la noche y ahora parece encontrar divertido el deje ebrio que se aprecia en su voz.

–Ahí es donde me siento –añade ella, señalando el banco del jardín–. Todos los días. Ahí Trevor y yo arreglamos el mundo. La mayor parte del tiempo hablo solo yo pero él sabe escuchar.

Anthony se rasca el mentón, donde empieza a despuntar la barba, y le dirige una sonrisa alentadora.

–Es un árbol adorable –replica, para después esbozar una sonrisita. Nunca habría creído que pronunciaría una frase así y se pregunta qué pensarían sus colegas de esta chica extravagante y vivaracha. Se sorprende pensando que le gustaría que la conocieran.

La cita ha ido relativamente bien. Suzie lo llamó desde el teléfono de su trabajo a media tarde para pedirle disculpas por comportarse de una forma tan rara y para asegurarle que no estaba mal de la olla. Él se echó a reír e insistió en que la única forma de compensarlo era quedar para tomar una copa.

Acaban de dar las once y tienen la ciudad vieja para ellos solos. La incesante lluvia parece haber barrido y pulido la ciudad, no se oyen gritos ni coches circulando que rompan el perfecto silencio que existe en este rincón en penumbra de Hull.

Suzie se ha puesto un vestido largo color azul adornado con una gran garza de fieltro.

Lleva una boina y unos pendientes con forma de búhos enjaulados. Le llevó un buen rato arreglarse. Estaba nerviosa y asustada, ojalá hubiera habido alguien detrás de ella para decirle lo guapa que estaba, que se lo pasara bien y que le asegurase que las probabilidades de tener que evitar la embestida de un 4 x 4 en mitad de un polvo eran escasas.

El alcohol en su organismo sumado al aire nocturno vigorizante le provocan cansancio y ganas de llorar. Está sensible por todo. Confusa. Ha charlado sin parar. Ha conseguido mantener la conversación apartada de los ligues de una noche y del sexo desenfrenado sin saber muy bien por qué. Se pregunta si no estará avergonzada. O si simplemente prefiere ser cauta y no espantar a este hombre tan agradable revelándole quién y qué es ella en realidad.

Le ha gustado que quisiera conocer a Trevor.

–Traté de convencerme de que era Simon –anuncia repentinamente–. Pero no puede ser él, ¿verdad? Trevor lleva aquí muchos años, Simon no lleva mucho tiempo muerto. ¿Qué crees tú? ¿Podría haber absorbido su alma?

Apoya la frente sobre el ladrillo mojado mientras formula esta pregunta. Cierra los ojos. Ha bebido demasiado, no ha comido nada y se siente realmente embriagada por la novedad que representa esta noche.

Ha disfrutado hablando. Charla que te charla. Desahogándose. De algún modo, ahora se siente libre. Anthony es agradable. Parece que la encuentra interesante.

Anthony le rodea los hombros con un brazo y la aparta del muro con delicadeza. Se inclina un poco para poder mirarla a los ojos.

–Estoy seguro de que es feliz, esté donde esté.

Anthony no ha seguido del todo el hilo de sus historias. No se puede decir que Suzie sea una narradora demasiado lineal. Él ha entendido que su mejor amigo murió hace algunos meses y que, desde entonces, ella se ha sentido aislada y sola. No está muy seguro de cómo pedirle que le cuente más sin parecer un cotilla ni tampoco qué haría con sus respuestas.

–¿Eso crees?

Él asiente con toda la seriedad de la que es capaz.

–Eres muy agradable.

Se pregunta si las citas serán normalmente de esta manera. Su vida no ha sido así. Tuvo el mismo novio desde la infancia y, cuando la relación se terminó, se pasó a la promiscuidad. Nunca la han seducido. Esa noche, compartiendo un par de botellas de vino en un bonito bar de vodka ruso en lo más hondo de Whitefriargate, se ha sentido rara pero a gusto. Está más nerviosa aquí y ahora que durante sus innumerables visitas a los clubes de sexo. En ese ambiente nunca se ha sentido tímida ni insegura. Cada pareja tenía un objetivo en mente.

Ahora, en una cita normal, con un hombre agradable que quiere saber más de ella, se siente crispada y confundida. No entiende qué quiere de ella.

–¿Soy agradable? –pregunta, haciéndose el ofendido–. Justo lo que cualquier hombre querría oír.

Suzie sonríe. Se siente cansada.

–Lo digo en plan bien. Querías ver mi árbol...

–Sí, es un árbol genial.

–Trevor.

–Trevor es un árbol genial.

Tambaleándose, se inclina impulsivamente hacia delante y lo besa. Acierta a darle justo debajo de la boca y aprieta demasiado fuerte, consiguiendo que los dos se hagan daño en la cara.

–Lo siento –se disculpa mientras se retira.

–No lo sientas –repone él, riendo y frotándose los labios.

Los dos se miran un momento, visiblemente incómodos. Anthony tiene treinta y nueve años y, de cerca, resulta evidente que se afeita la cabeza porque se está quedando calvo. Lleva la misma chaqueta de cuero marrón que llevaba en el banco y huele levemente a algún tipo de loción para después del afeitado. Es un hombre atractivo y, al contarle que se gana la vida alquilando equipos para fiestas infantiles y discotecas portátiles, parecía azorado. Tiene dos hijos de un matrimonio fracasado y vive solo en un apartamento en la urbanización Victoria Dock. Están a un paso de su casa.

–Siento haber cotorreado tanto –aventura Suzie, sin saber qué decir a continuación.

–Me gusta tu forma de hablar. Es reconfortante.

Suzie se queda mirándolo de nuevo y se pregunta qué hacer. Si estuviera en uno de los clubes, se limitaría a cogerlo de la mano y lo conduciría a una habitación privada. Tiene ganas de acostarse con él. Pero esta vez resulta distinto. También le gustaría besarle. Le gustaría saber qué se siente al notar sus brazos rodeándola y apoyar la cabeza contra su pecho.

–Tengo más vino en casa –propone él con una leve sonrisa–. No queda lejos...

Suzie baja la vista hasta sus pies. Lleva chanclas y está plantada en medio de un charco. Es una sensación agradable. Cuando mueve los dedos nota la roña acumulada en la planta de los pies.

La sensación le resulta familiar.

De repente es como si hubiera vuelto al área de descanso de Coniston. Un desconocido se la está follando sobre el capó de un coche mientras alguien pisa a fondo el acelerador...

Se encuentra en un club de sexo. Está despatarrada en el suelo, un hombre la penetra y otros tres esperan su turno. Simon está apoyado contra la pared con un cigarrillo de liar, hablando con un hombre atractivo con el pelo gris y una camisa llamativa abierta hasta la cintura.

Está llorando por teléfono, incapaz de oír las palabras de pésame de la tía de Simon, mientras intenta digerir la noticia de que su mejor amigo ha muerto y que nunca confió lo bastante en ella como para compartir su dolor...

Suzie se vuelve contra el muro. Tiene los ojos llenos de lágrimas. No sabe ni qué ni quién quiere ser. Solo sabe que echa de menos a su amigo y que su vida parece solitaria y vacía desde que él se ahorcó en la cocina de su casa.

–Nadie lo entiende –murmura.

Necesita sentirse viva. Necesita cerrar su corazón y abrirse de piernas. No necesita amor, se dice a sí misma. No necesita que la abracen, ni que la besen, ni que la adulen ni que la seduzcan. Necesita sentir placer y hacer que lo sientan aquellos que la desean y necesita bloquear la angustia que amenaza con salir a borbotones de su interior si no la controla.

–¿Suzie?

–Lo siento –anuncia ella con los ojos cerrados–. No estoy preparada para una relación.

La cara de Anthony deja entrever su confusión.

–No pensé que estuviera ofreciendo una –repone y, cuando se da cuenta de lo brusco que ha sonado, añade–: Solo te he ofrecido una copa.

En realidad Suzie no oye sus palabras. La sangre se le está subiendo a la cabeza y se siente mareada. Y, de repente, también enferma. Como si todo su ser no fuera más que el dibujo de un niño, garabatos entremezclados, pura inseguridad y contradicción.

Anthony es un hombre agradable. Se lo ha pasado bien con él. Es divertido, encantador y parece preocuparse por ella. Y ella sabe que podría conseguir a alguien mucho mejor. Sabe que no es la persona adecuada para él. No está hecha para satisfacer los deseos de su corazón.

–Hazme lo que quieras –se ofrece con voz soñolienta, y le vuelve la espalda, levantándose el vestido y dejándose caer sobre una rodilla.

Permanece así, con el rostro pegado contra el ladrillo, las lágrimas surcándole el rostro.

Anthony se queda mirando sus piernas y sus muslos al descubierto, esa piel salpicada de suciedad y el polvo de ladrillo, donde asoma el extremo del tatuaje.

Por un breve instante lo invade el deseo. La visión de esa piel joven y desnuda lo embriaga. E inmediatamente el deseo se esfuma y la compasión lo reemplaza. O algo más. Ternura. Afecto.

Se sienta junto con ella y le acaricia el pelo hasta que llega el taxi. Cuando le dice al conductor que la lleve a su casa en lugar de a la suya, le entra un pequeño remordimiento.

Espera tener más ocasiones de ver a esta chica guapa, extraña y excéntrica, que habla de árboles y llora por los amigos muertos y dibuja pavos reales en los posavasos con los ojos llenos de lágrimas.

Suzie, entre las brumas del sueño y el alcohol, sabe que no las habrá.

23:18 horas. Urbanización de Kingswood. La cocina de una casa que parece recortada sobre cartón, blanqueada como una tarta de boda a consecuencia de tres días sin parar de llover.

Aector y Roisin McAvoy, enfadados y decepcionados el uno con el otro por primera vez en sus vidas.

Continúan susurrando hasta en mitad de la pelea. El tono de la discusión no es lo bastante elevado como para despertar a la niña. El carácter de ambos no se antepone al lado práctico.

–¡Soy policía! Esto es un hurto. Un robo. Le habéis robado a un funcionario público...

–¡Dijiste que era sospechoso! Dijiste...

–¡No te cuento las cosas para que vayas y hagas esto! Te las cuento porque no tengo a nadie con quien hablar...

–Quería ayudarte. He estado tan gruñona y tú has estado trabajando tanto, y pensé que si atrapabas a alguien quizá podrías volver a casa...

–Pero ¡soy policía!

Roisin está sonrojada. McAvoy no sabe si está enfadada con él por ser tan patéticamente moralista o por no limitarse simplemente a darle las gracias y un beso.

Él está tratando de controlar el pánico. Se siente como si los agentes de asuntos internos fueran a echar abajo la puerta trasera de un momento a otro. Trata de imaginarse ejerciendo otra profesión que no sea policía. Se pregunta si lo encerrarán en un ala especial de la prisión para protegerlo de los otros internos...

–Pediré que lo devuelvan –repone ella con tristeza. Y McAvoy se da cuenta de que solo está enfadada porque ha intentado hacer algo bonito y a él no le ha gustado el regalo.

Incluso ahora, con el corazón latiéndole con fuerza y las manos temblorosas, es incapaz de continuar descargando su rabia sobre su mujer. Va hasta donde se encuentra ella. La estrecha entre sus brazos. Siente que primero se resiste pero que acaba cediendo. Levanta la vista para mirarlo.

–Llamaré a mi colega –le dice–. Lo tirará por ahí.

McAvoy asiente. Procura calmarse. Quiere preguntarle quién se lo ha quitado. Quiere el nombre y la dirección de este criminal que su mujer parece tratar sin escrúpulo alguno.

–No lo entiendo –dice con suavidad, apartándose–. Nunca te pregunto, Ro. Nunca te he preguntado qué haces para conseguir dinero o qué hace la gente que conoces. Nunca he querido oír las respuestas. Pero no sabría a quién llamar si algún día quiero que entren a robar en alguna casa, y soy policía...

Roisin se encoge de hombros y va hasta una de las sillas de la cocina. Cuando levanta la cabeza, lo está mirando como si hablara con un niño. Él le lleva diez años y se ha pasado toda su vida adulta persiguiendo asesinos pero, a veces, cree que su mujer lo considera una persona extremadamente ingenua. Se pregunta repentinamente si, en vez de parecerle un hombre protector, grande y fuerte, no estará con él por lástima, por ser alguien tan poco realista e inocente.

–Todo el mundo conoce a alguien que puede ensuciarse un poco las manos –repone ella–. Solo fue una llamada. Él se lo quitó del bolsillo.

–¿Él?

–Mi colega. Se suponía que iba a ser una bonita sorpresa.

McAvoy no puede evitar sonreír. Se pellizca el puente de la nariz y vuelve a mirar a su mujer. Ha dejado el teléfono encima de la mesa de la cocina. Está ahí plantado, incitándolo.

Se inclina y le da un beso a Roisin en la cabeza. Le vuelve la cara y besa sus labios mohínos.

–La próxima vez prepárame un merengue de limón, ¿vale?

Ella deja escapar una risita.

–Sabía que te enfadarías un poco –concede, sin dejar de sonreír–. Pero venga, admítelo, te ha gustado.

McAvoy finge estar indignado y luego cede.

–No puedo mirarlo –aduce, y desearía ser otra persona.

–Oh, por todos los santos, Aector –exclama ella exasperada, cogiendo el teléfono. Comienza a pulsar botones y a hacer aspavientos–. Oh, vaya. Espera a ver esto.

Riendo, a pesar de todo, McAvoy coge el teléfono de su mano.

–Sube tú –dice él, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a las escaleras–. Cinco minutos y estoy contigo.

Ella arquea una ceja.

–Me he puesto esto por ti –dice, haciendo un gesto en dirección a su escueto camisón. Levanta sus piernas desnudas y los pies para colocarlos sobre la mesa de la cocina–. No permitas que me quede dormida.

McAvoy le lanza un beso al aire cuando su mujer se levanta y siente que entra en calor cuando ella le enseña fugazmente el trasero de camino a la puerta. La quiere tanto como para ir a la cárcel. Moriría por ella. Preferiría quebrantar la ley antes de dejar que ella piense que no valora el regalo que le ha hecho.

Toma aliento. Echa el cerrojo de la puerta trasera y se dirige al salón. Comprueba cómo está Fin, que continúa roncando tranquilamente en el sofá. Se quita el abrigo y se sienta en su sillón. Cierra los ojos en actitud de plegaria y luego se concentra en el teléfono.

Es un HTC modelo Wildfire, la pantalla táctil le resulta tan incómoda como las de todos los móviles de ese tipo con los que se las ha tenido que ver. Toca la superficie con los dedazos y entra en el apartado de mensajes.

Lee los últimos mensajes que Hepburn ha recibido. Hay uno sin abrir, obviamente ha entrado después de que el teléfono haya sido robado, se lo ha enviado un contacto llamado Gwen. Repasa los que ya han sido leídos. Recordatorios de una reunión al día siguiente enviados por alguien llamado Carl. Una consulta de Tim sobre la posibilidad de realizar una promoción de sidra Artois en el club. Unos doce mensajes seguidos de P.

McAvoy lee los mensajes de atrás hacia delante, van de la disculpa al insulto.

Siento el enfado. No es tu culpa. Estoy bajo demasiada presión. Hablamos pronto. Bss.

No te importa nadie más que tú.

Me tienes en tus manos. No podía quedarme al margen.

¿Para qué están los amigos? Bess.

Ya tienes bastante con lo que tienes. No estaba intentando enfadarte. No lo comprendes.

Me rompes el corazón cuando te pones así. Te odio.

McAvoy continúa revisando el buzón de entrada. Los mensajes fueron enviados entre las cinco y las seis de la tarde. Echa un vistazo a los mensajes enviados y encuentra solo dos respuestas.

Me gustaría ser la persona que necesitas. Bss.

Me importas una mierda. Bss.

Abre la agenda del teléfono. Hojea las citas de Hepburn. Reuniones del ayuntamiento.

Informes oficiales. Entrevista con la revista *Mixmag*.

Y entonces:

Jgss, 20:00 h. Sábado. Fiesta de cumpleaños.

Vuelve a cerrar los ojos. Se pregunta si no sería lo correcto dejarlo ahora. Se pregunta, con total seriedad, si Hepburn merece que alguien hurgue en sus asuntos personales cuando en realidad, por el momento, no ha hecho nada malo.

Abre sus carpetas de fotos. Echa un vistazo rápido a las cientos de imágenes de noches de fiesta, plagadas de luces de neón y de sombras, formas sudorosas y amplificadores, vasos medio vacíos y chicas chillando.

Abre otra carpeta. Fotos de unas vacaciones. Hepburn, con un revelador bañador azul, en una tumbona con una bebida exótica de frutas. Dos hombres sonriendo a la cámara con el torso desnudo y bronceado. Una figura en una moto acuática que se aleja por el mar azul...

McAvoy no puede evitarlo. Abre la carpeta donde pone «Diversión».

No la mira durante mucho rato. Son imágenes de contenido explícito.

Cuerpos masculinos desnudos. Penes erectos y culos al aire, bocas húmedas y vello corporal.

Hombres haciendo el amor.

Reconoce a Hepburn. Todo sonrisas. Un hombre divirtiéndose.

Abre otra carpeta. Más de lo mismo. Tanta piel.

Mientras está mirando las fotos, aparece un mensaje en la pantalla.

No puede contenerse. Lo abre.

Anoche te necesitaba. Me dijiste que me llamarías. Bs.

El mensaje pertenece a un contacto llamado MC. McAvoy anota el número. Coge su portátil. Lo introduce en Google con una mano al mismo tiempo que marca en el móvil con la otra el número de teléfono de Simon Appleyard.

En el teléfono de Hepburn no aparece nada. Nada que lo relacione con el muerto.

Vuelve la vista al portátil. Cierra los ojos.

MC es Mark Cabourne, otro concejal del Ayuntamiento de Hull. Es vicepresidente del comité de urbanismo y miembro de la Autoridad Policial. Ocupa la cartera de salud e igualdad y es miembro ejecutivo del comité de prevención de inundaciones de Yorkshire. Una cara. Un nombre. Un urbanista metido a político.

Trata de encontrarle sentido a todo esto. Trata de paliar el impacto de esta serie de semidescubrimientos y preguntas en el aire. ¿Dos compañeros de trabajo que se envían mensajes? ¿Y qué? Quizá lo del beso haya sido un error. Quizá el contenido del mensaje no sea sexual. Quizá nada de esto sea asunto suyo.

Apaga el teléfono. Toma una decisión.

Cansado y dolorido, se levanta del sillón. Su mujer lo espera para que le dé las gracias como es debido. Mañana será otro día. La lluvia ha cesado y por ahora todos sus crímenes quedarán impunes.

Nota una vibración repentina en el pecho. Le entran ganas de llorar cuando coge el teléfono.

–¿McAvoy? Soy Helen. Helen Tremberg. Acabo de toparme con Shaz Archer. La

inspectora Archer. Como sea. Colin Ray ha estado siguiendo una pista. Cree que el tipo que andamos buscando está con los gitanos del campo de fútbol. Están relacionados con Rourke. Colin Ray lleva mucho rato fuera. No se llevó refuerzos. Ella va a salir a buscarlo. Creo que deberías venir...

Capítulo 19

Medianoche.

McAvoy corre por el césped mojado, el barro le salpica los pantalones y le lame las botas, un regusto ácido en la garganta.

Oye perros ladrando. Voces que se elevan. Una risotada gutural.

Entrecierra los ojos para distinguir el semicírculo de caravanas. Hay unas figuras negras recortadas contra la oscuridad; la imagen baila y parpadea a causa de las luces que se escapan entre las cortinas de las *roulottes* y del tumulto de coches aparcados.

Tremberg le ha ido poniendo al día por el camino, gritándole por el móvil. Él no se lo ha despegado de la oreja y no ha dejado de sentirse culpable mientras el coche se abría camino a ciento diez por hora por la carretera de dos direcciones.

Colin Ray había establecido de pura chiripa la conexión entre Alan Rourke y el campamento gitano improvisado que tanto embarazo le causó a McAvoy el primer día de lluvias. Ray se había tomado un descanso del interminable interrogatorio «sin comentarios» y había empleado el tiempo en revisar el informe sobre los cómplices habituales de Rourke que uno de los trabajadores civiles había dejado en su escritorio. Estaba echándole un vistazo a la página donde aparecía un tipo condenado por robo a mano armada llamado Daragh Fitzroyce cuando Helen Tremberg regresó a la oficina y reconoció en la foto policial al cabecilla del campamento gitano que tanto caos había causado en Anlaby. «El dueño de "Lucero"», le dijo sonriendo al desconcertado inspector, solo para descubrir que ese agente alto, encanecido y malhumorado ni había oído hablar del incidente, ni tampoco, que ella supiera, de la aparición de internet. Lo puso al tanto del encontronazo entre McAvoy y el caballo que había tenido lugar un par de días antes.

Ray no creía en las coincidencias. Volvió a leer la ficha de Rourke.

Se convenció de inmediato de que aquello era una conspiración gitana, sacó a Shaz Archer de la sala de interrogatorios y se dirigió al campo de fútbol. Hacía rato de eso y todavía no se sabía nada de él.

–¡McAvoy!

McAvoy gira la cabeza. Helen Tremberg corre a su encuentro desde la oscuridad, tras aparcar el coche en una calle lateral cercana y esperar su llegada. La reconoce por la silueta y al momento se siente culpable por hacerlo, al tiempo que piensa que también ella ha debido de identificarlo gracias a su masa corporal.

–Justo a tiempo –dice, mientras se acerca lo bastante como para que pueda verla bien. La pechera de su traje de raya diplomática está cubierta de barro y tiene las mejillas encendidas, pero no le falta el aliento.

–¿Has pedido agentes uniformados de refuerzo? –pregunta él.

Tremberg niega con la cabeza.

–¿Y qué pasa si resulta que está bien? Se pondrá como una fiera. Él es nuestro superior, no al revés. Puede presentarse pegando tiros si le apetece.

McAvoy sabe a lo que se refiere, como también sabe que han cometido un fallo grave en el procedimiento.

–¿Y qué pasa si no está bien?

–Eso podría considerarse una bendición –bromea, mirándolo a los ojos–. Siento haberte llamado. Pensé que...

–Lo sé. No pasa nada.

Permanecen en silencio.

–Nunca le harían daño a un policía... –comienza a decir.

–Ya veremos –repone Tremberg, señalando con la cabeza las caravanas.

McAvoy suspira, se siente inseguro, se odia, pero asiente y se dirigen juntos rápidamente hacia las luces.

Los perros ladran con más fuerza cuando ellos se aproximan y, unos momentos después, emergen unas figuras de las caravanas y de los coches, levantándose de los sofás que están dispuestos en el centro, alrededor de lo que a esta distancia parecen varias estufas de exterior.

–¡Policía! –grita Tremberg a la multitud que se aproxima.

–Delitos Graves y...

McAvoy enmudece.

Media docena de hombres se aproxima a los dos agentes. Por sus caras parecen enfadados y territoriales. McAvoy reconoce a uno de ellos del otro día y prueba a dirigirle media sonrisa, pero no recibe más que rabia a cambio.

–No hemos hecho nada –asegura un hombre, haciéndose oír por encima de los gritos y las protestas del resto.

–¡Podéis estar seguros de que no vamos a irnos a ninguna otra parte, joder!

–Déjanos en paz, madero de mierda.

–Hostias, mira qué grande es ese cabrón.

McAvoy levanta las manos, como si intentara calmar a un perro enfurecido. Se abre paso entre la multitud hasta el centro del claro.

–¡Inspector jefe Ray! ¡Inspector jefe Ray!

Se pregunta qué va a hacer a continuación. Si se pondrá a abrir puertas o a buscar bajo las caravanas. Se pregunta por qué coño se tendría que considerar un buen poli.

–Dios, pero ¡si es el escocés!

En el sofá junto a la estufa están sentados Colin Ray y Shaz Archer como si estuvieran en su propio salón. Ray está bebiendo una botella de cerveza tostada Newcastle. Archer está tomando una taza de té. Frente a ellos hay un hombre sentado en un sillón reclinable de cuero que McAvoy ahora sabe que se llama Daragh Fitzroyce. Está bebiendo zumo de naranja de una botella de cristal y le da la bienvenida a McAvoy y a Tremberg con una sonrisa radiante.

–Señor McAvoy –lo saluda afectuosamente–. ¡«Lucero» le ha echado de menos!

Los allí reunidos se echan a reír, como senadores romanos que fueran a presenciar lo que sucede a continuación.

–¿Qué hacéis vosotros dos aquí? –pregunta Ray, molesto–. ¿Y por qué conoces a McAvoy?

Fitzroyce sonríe con picardía.

–Por su talento como cowboy.

Ray asiente, acordándose de pronto de la conexión. McAvoy suelta aire, aliviado hasta límites insospechados de que el nombre de su mujer no haya salido a relucir. Trata de mirar a Fitzroyce a los ojos para comprobar si la omisión ha sido deliberada, pero el jefe del campamento ha vuelto a concentrarse en las dos personas sentadas en su sofá.

–Si hubiera sabido que iban a venir tantos habría puesto a mi mujer a cocinar –comenta–. Hace el mejor pastel de carne del mundo. Es capaz de preparar la cena del domingo en un infiernillo de dos quemadores. Una mujer maravillosa.

La mujer que estaba con Fitzroyce el día que los caballos se escaparon está sentada en la puerta de la caravana más grande, fumando un cigarrillo y levantando su taza de té, como si encomiase las palabras de su marido.

–¿Les traigo algo de beber? ¿Cerveza? ¿Sidra? También tengo licor de menta, si les va ese rollo.

McAvoy permanece inmóvil, sin saber cómo gestionar la situación. Es consciente de repente del aspecto que presenta. La ropa llena de barro, la cara sonrojada.

–Por Dios, menudas pintas lleva para salir a correr –dice Fitzroyce, desatando una carcajada entre la multitud. Se vuelve hacia Ray–. ¿Voy a tener que repetir la misma mierda otra vez?

Ray observa a los dos recién llegados con el ceño fruncido y Shaz Archer niega con la cabeza, condescendiente.

–Ya nos has contado lo suficiente, Fitzroyce.

El otro hombre le dedica una sonrisa cálida. Se vuelve hacia McAvoy.

–Su jefe cree que estoy ocultando a un fugitivo peligroso –dice–. Parece que un tipo con el que yo solía trapichear un poco le ha contado que estoy protegiendo a alguien a quien buscan. Un cabroncete pelirrojo con la cabeza rapada, si no me equivoco. Le echó los perros del otro tipo a una mujer, ¿no? Eso está mal. Muy mal. Si matan a los perros...

Menea la cabeza mientras su voz se apaga.

–Le acabo de decir a este hombre que hace un montón de años que no veo a Al el Grande. Tu hombre dice que vive por aquí. Eso es genial. Deberíamos tomarnos una pinta alguna vez. Pero no lo he visto y no sé nada del chico que andáis buscando. Ya tengo bastantes problemas...

McAvoy observa la multitud. Habrá como unas treinta personas. Aunque la situación de por sí sea un sinsentido, hay algo en particular que no le encaja.

Fitzroyce se da unas palmaditas acompasadas en los muslos y se termina el zumo. Por lo visto, si no estuvieran ya en la calle, acompañaría a todos educadamente hasta la puerta.

–¿Quieres unas cuantas botellas? –le pregunta a Ray, señalando su cerveza–. Tengo un montón. Llévatelas todas. Asegúrate de que el viaje haya valido la pena...

–¿Los niños se han ido a la cama? –pregunta McAvoy de repente, mirando a Fitzroyce. Se acaba de dar cuenta de qué es lo que no le cuadraba. Ha estado en muchos campamentos gitanos y nunca había visto uno donde no hubiera niños, incluso a esas horas. Lo que es más, solo hay un par de mujeres a la vista. El resto son hombres, de edades comprendidas entre los quince años y los cincuenta y tantos.

A Fitzroyce le cruza el semblante un gesto de preocupación, rápidamente reemplazado por una sonrisa.

–Están en la piltra –dice–. Hace frío y es tarde.

–Pues estarán metidos en los armarios, si es que todos estos hombres van a dormir aquí también –repone McAvoy, señalando a su alrededor.

Al hacerlo, se fija en los distintos vehículos aparcados en torno al campamento. Solo hay un coche de lujo, un Lexus negro. Lo mira de reojo. Lleva ahí un rato.

–Se nos da bien hacer hueco –responde Fitzroyce, aunque dirige la mirada hacia donde está sentada su mujer.

Colin Ray percibe el gesto y le echa un vistazo a McAvoy. Se levanta del sofá y le hace señas a Shaz Archer para que haga lo mismo.

–Bonito coche –comenta McAvoy señalando el Lexus–. ¿Es tuyo?

–Ya me gustaría –responde Fitzroyce entre risas–. Pertenece a un amigo. Me deja que me dé una vuelta de vez en cuando.

–Estará asegurado, ¿no?

McAvoy lo dice en tono de broma; dos colegas echando unas risas. Fitzroyce le sonríe.

–Por supuesto, señor, por supuesto.

McAvoy asiente. Vuelve a escanear la multitud. Se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca la pesada radio que tuvo a bien coger antes de salir por la puerta de su casa. La enciende y el repentino silencio se llena de interferencias.

–Control, al habla el sargento Aector McAvoy. Necesito que comprobéis un vehículo en la base de datos...

–Oh, venga, señor McAvoy, no hay ninguna necesidad...

–Cierra el pico, amigo –le ordena Ray, levantando una mano–. Deja que el agente haga su trabajo.

Fitzroyce vuelve a mirar su caravana y luego a la multitud.

McAvoy se mueve mientras habla por radio. Cambia de posición.

–Tú –dice, señalando a alguien de la multitud–. ¿Cómo te llamas?

El hombre que tiene delante es alto y fuerte, con la cabeza rapada. Lleva una camiseta negra que deja ver sus grandes músculos y tiene los antebrazos cubiertos de tatuajes rudimentarios realizados en la cárcel. El tipo mira a McAvoy de pies a cabeza. Suelta una risita despectiva.

–A la mierda...

Los pies de McAvoy resbalan cuando el hombre le da un empujón en el pecho y lo aparta de su camino por la fuerza. Mientras cae, escucha un golpe proveniente de la

caravana. Se gira y se queda sin aire cuando su cuerpo golpea el suelo. Oye gritos. Un alarido. Levanta la vista y ve a la mujer de Fitzroyce despatarrada en el suelo. Un chico pelirrojo y esmirriado está tratando de pasar por encima de ella.

A través de la masa de cuerpos ve que el hombre que lo ha empujado va corriendo hacia el Lexus. Se incorpora y echa a correr, pero un grito tras él hace que se detenga en seco.

Se gira. Delante de él está el chico pelirrojo. No cabe duda de que es el mismo cabroncete escurridizo que azuzó los perros contra Trish Pharaoh.

Tras él, Colin Ray ha caído de rodillas y se lleva una mano a la cabeza mientras intenta volver a ponerse de pie.

McAvoy le corta el paso al chaval.

–Ni se te ocurra intentarlo, mamón...

El chico, vestido con una camiseta de tirantes blanca y pantalones de chándal, esgrime un objeto con su mano izquierda con rapidez. Es un crucifijo grande y McAvoy apenas tiene tiempo de echarse hacia atrás evitando que lo golpee en la barbilla.

Helen Tremberg, que está intentando agarrarlo por detrás, no tiene tanta suerte. El chico blande el crucifijo hacia abajo y se oye un sonido espeluznante cuando alcanza a la agente en la rodilla. Tremberg cae al suelo aullando de dolor.

Triunfante y furioso, el adolescente se vuelve hacia McAvoy.

–Apártate de mi camino, madero de mierda...

Esta vez esgrime el crucifijo de madera como un hacha y McAvoy casi pierde pie cuando retrocede. Levanta la vista y ve que Fitzroyce está atendiendo a su mujer. Ve a Ray y a Tremberg en el suelo. Ve que Shaz Archer desaparece en la oscuridad, corriendo tras las luces del Lexus que se pierde en la distancia, entre los rugidos del motor y el rumor de la hierba mojada...

–¡Venga! ¡Vamos!

El chico pelirrojo le está gritando en plena cara, enseñándole los dientes, por entre los que se escapan hilos de saliva. Arremete contra él, blandiendo el crucifijo como si fuera a cortar leña. McAvoy ve venir el golpe y se echa hacia atrás, con gesto de boxeador, mientras cierra los puños. Le suelta un derechazo y retira la mano justo después de golpear la cara del chico.

El chaval, furioso porque le hayan dado con tanta facilidad, deja escapar otro gruñido y se dispone a darse la vuelta.

McAvoy se abalanza hacia delante. Se deja caer sobre el chico con todo su peso, como buen jugador de rugby, y lo aplasta contra el barro.

–Necesitamos refuerzos urgentemente... –dice, tratando de coger la radio.

–¡Os mataremos! –grita el chaval, retorciéndose bajo su peso–. ¡Os mataremos a todos!

Capítulo 20

El hálito lechoso de su hija le alcanza la cara.

McAvoy besa a Lilah en la ceja y ella se le arrima un poco más. Levanta la vista y se encuentra con Fin. Su hijo está tumbado boca abajo a los pies de la cama, atravesado sobre sus piernas. Está leyendo una fotocopia del informe que ha escrito su padre sobre el lío en el campamento gitano. Las páginas están esparcidas por toda la cama.

–¿Qué es un crucifijo? –pregunta Fin en voz baja.

McAvoy le sonríe.

–Luego te lo cuento –le susurra–. Ahora deja eso, hijo. Vete a jugar.

Fin obedece a su padre. Se arrastra para bajarse de la cama y se encamina a su habitación, desde donde unos instantes después McAvoy oye cómo el niño de cinco años le dice a uno de sus juguetes que no se meta con el sargento Finlay McAvoy, y luego hace como si se peleara con un malo.

McAvoy se arrebuja entre las mantas. Mira el reloj que hay junto a la cama y se da cuenta de que lleva durmiendo casi trece horas. El sueño le ha sentado bien. Se encuentra abrigado y satisfecho, más contento de lo que ha estado últimamente.

Claro que no tiene derecho a sentirse así. Lo de ayer fue una catástrofe. El tipo musculoso del Lexus consiguió escapar. Una búsqueda en la base de datos mostró que era un coche robado de un concesionario de Doncaster.

El chico pelirrojo ha sido identificado por Fitzroyce como Ronan Gill, pero el gitano no ha revelado nada más y el nombre solo lo ha proporcionado entre dientes. Ronan tiene dieciséis años, un menor de edad a ojos de la ley, por lo que solo puede ser interrogado en presencia de un adulto competente. No está cooperando. No ha dejado de chillar y de lanzar insultos en ningún momento, consiguiendo abortar todo intento de interrogarlo. También ha agarrado del pecho izquierdo a una de las voluntarias bienintencionadas que habían accedido a sentarse con él durante el interrogatorio en ausencia de un padre o tutor.

El médico del cuerpo ha solicitado que se realice una evaluación psiquiátrica pero, por el momento, no han sido capaces de localizar a ningún experto disponible. Como resultado, el tiempo pasa y no tienen ninguna respuesta que aclare quién era el hombre del Lexus, por qué Ronan soltó los perros sobre Trish o por qué las huellas de Alan Rourke estaban en el cóctel molotov.

A Rourke lo soltaron la noche anterior sin que este se hubiera desviado de sus comentarios «sin comentarios» en ningún momento, rompiendo su silencio solo para darle las gracias de todo corazón a Shaz Archer cuando ella le dijo que los perros todavía estaban bien y que los estaban atendiendo en un refugio cercano hasta que se decidiera si

había o no que sacrificarlos.

Lo bueno de pasarse el día ocupado rellenando formularios, haciendo papeleo e investigando desde el puesto de trabajo fue que McAvoy pudo llegar a casa a una hora decente. Había llegado a tiempo de encontrarse un pastel de carne y cuatro latas de cerveza tostada. Se bebió una y vio cómo su mujer se pimplaba las otras tres. Le contó cuentos a sus hijos.

Oye un zumbido lejano. Se pregunta si le será posible alcanzar su teléfono móvil. Se las arregla para zafarse de las sábanas y salir de la cama. Encuentra sus pantalones en el suelo del dormitorio y maldice en silencio cuando la llamada se corta.

Echa un vistazo al número. Tremberg. Se pone unos pantalones cortos de rugby y una camiseta con capucha y se dirige de puntillas al piso de abajo, con la intención de preparar el desayuno antes de hacer algo que pueda molestar a Roisin en su día libre.

Al entrar en la cocina lo asalta un vago recuerdo. La noche anterior. Justo después de las nueve. Riéndose aquí, junto al fregadero, mientras ella sostenía en alto un rodillo de amasar como si fuera una cachiporra. Roisin le contó que no podía fiarse de que su colega restituyera el móvil a Hepburn y sugirió que lo mejor sería destruirlo. Él, a sabiendas de que era lo correcto, fue incapaz de hacerlo.

Coge el teléfono de la encimera. Lo enciende. Llena la tetera mientras deja que el teléfono se actualice con las llamadas y los mensajes entrantes. Vuelve a mirar la pantalla. Hay doce mensajes y diecisiete llamadas perdidas.

Le gustaría entregar el móvil a la Unidad de Soporte Técnico. Querría que lo revisaran y que lo convirtieran en una prueba. Conseguir que fuera algo propio de un policía, algo clínico, por así decirlo. Por el momento no es más que un fisgón.

Sin muchas ganas y con los labios apretados, repasa los mensajes.

Hay más de Mark Cabourne.

¡¿ME ESTÁS IGNORANDO?!

¡Ha vuelto a llamar! ¿Qué es lo que quiere? Por favor. Bss.

¿He hecho algo malo? ¿Por qué te comportas así? Te necesito. Necesito esto. Por favor, contesta. Bss.

McAvoy se frota la cara, la paz del sueño ha terminado de evaporarse. No puede evitarlo. Ahora ya no puede detenerse.

Se prepara una taza de té y abre la puerta trasera. Hace un día claro, soleado y el cielo está azul; el contacto del aire frío con sus piernas desnudas es agradable. Bebe un sorbo de té y hace una mueca, como si estuviera demasiado caliente. No lo está. El aspaviento implica que ha tomado una decisión.

Marca un número. Solo tiene que esperar tres tonos.

–¿Concejal Cabourne? Al habla el sargento Aector McAvoy...

Los sonidos que salen de la celda parecen una mezcla de inglés, gaélico y demoníaco. Escupitajos y gritos, chillidos y berridos, un galimatías ininteligible que sale de la boca de Ronan Gill en forma de espumarajos furiosos.

–Si cree que ahora está enfadado, esto no ha hecho más que empezar... –farfulla Colin Ray para sí, mientras pasa el puesto de vigilancia y se dirige hacia la celda número 4.

Inspira hondo. Hace una mueca. Le duelen las costillas. Tiene el traje cuajado de barro. Le duele la cabeza en el punto donde apretó los dientes con fuerza y la boca le sabe a sangre. Y se siente bastante bien.

Desde la celda sale otra andanada de gritos y amenazas.

–Idos al infierno. Todos vosotros. ¡Y él también! ¡Pedazo de hijo de puta! Él se encargará de vosotros. ¡De todos vosotros!

Oye tras él un sonido que le hace darse la vuelta. Se sorprende al ver la figura alta e imponente de Helen Tremberg. Le resulta raro tener una compañera que no sea Shaz Archer. Shaz se ha marchado a casa para cambiarse pero a Tremberg le preocupa menos la suciedad en su ropa y no se ha esforzado demasiado para limpiarse las rodillas o la cara. Quiere estar ahí. Involucrarse. Ver qué pasa a continuación.

Ray está a punto de decirle que se pierda. De preguntarle qué hace ahí en lugar de estar poniéndole antiséptico a McAvoy en las rozaduras, diciéndole que es un soldado grande y valiente.

Se le quitan las ganas de meterse con ella. Se limita a encogerse de hombros, como para advertirla de que va a hacer las cosas a su manera y de ella depende quedarse o largarse.

–¿Dónde está mi puto abogado? No voy a hablar. Ni una puta palabra. ¿Sabéis lo que cobra ese picapleitos? Os va a empapelar a todos. Os quedaréis sin trabajo...

Ronan Gill no ha aprendido nada de su protector en lo referente a mantener la boca cerrada. El adolescente no ha heredado el silencio estoico de Alan Rourke. Lleva así desde que los agentes uniformados lo arrojaron al suelo de la celda y comenzaron a quitarle la ropa. El sargento al mando, que terminó con un labio reventado y los nudillos magullados, dijo que ponerle el traje de presidiario había sido igual que intentar meter a una langosta en un guante de goma, aunque Ray desconoce quién había llevado a cabo tal investigación.

–¡Lo que os haré a todos...!

Ray golpea la puerta metálica con la palma de la mano.

–Cierra la puta boca, hijo. Contente.

La advertencia provoca otro estallido en gaélico. Ray se descubre sonriéndole a Tremberg, que tuerce el gesto. Es el momento más cálido que han compartido nunca.

–Necesito hablar contigo, chaval. Puedo entrar con una docena de agentes uniformados y entonces te va a doler.

Durante un momento solo hay silencio y luego se oye la voz de Ronan cargada de rabia.

–¡Estoy sangrando! Me han agredido. Esto se considera agresión. Cuando llegue mi abogado...

–Venga, tranquilízate –dice Ray, levantando el brazo para abrir la ventanilla de la puerta metálica. Un momento después, un salivazo pasa como un rayo por el hueco y Ray agradece a sus años de experiencia no haberse interpuesto en su camino.

–¿Ahora te sientes mejor?

–¡Que te jodan!

–Puedo quedarme aquí fuera si lo prefieres. Podemos hablar así. Parece obvio que disfrutas de la privacidad.

Otro escupitajo.

–Vas a conseguir deshidratarte, hijo.

Ray echa un vistazo por la ventanilla con rapidez y destreza.

Ronan se mece sobre sus talones, con los puños a ambos lados, la cara color granate, como si fuera un bebé con gases. Ha hecho trizas el traje de presidiario y estas cuelgan como si hubieran estallado a su alrededor. El colchón del catre está apoyado en el muro más alejado y tiene marcas de puños en el centro. La tubería del baño gotea, como si la hubieran pateado repetidamente.

–He estado registrando tus cosas, Ronan –dice Ray–. Nos debes algunas explicaciones.

Esta vez el silencio de la celda es más prolongado. Sin mirar, Ray le hace un gesto a Tremberg para que se acerque. Se mete la mano en el bolsillo y le entrega a la agente un teléfono móvil caro y reluciente y un puñado de trozos de papel. Ella lo coge todo sin preguntar el motivo.

«Léelos», le dice sin articular palabra.

–Como me rompas el móvil te parto la cara –amenaza Ronan, aunque su voz ha adquirido un tono ligeramente más quejumbroso.

–Y yo que pensaba que querrías que me lo cargara –dice Ray–. Creí que preferirías que se rompiera.

–Ahí dentro no hay nada –afirma Ronan, pero se le escapa una nota de inseguridad.

Ray le sonríe a Tremberg cuando ella levanta la vista de los trozos de papel. Parece confundida. No sabe si parecerá una idiota si admite que no sabe qué está mirando.

Ronan ha luchado como una fiera para conservar el teléfono. Lo tuvieron que llevar a la sala de detención cuatro agentes agarrado de pies y manos, chillando y rugiendo. Todo intento de ficharlo por el procedimiento habitual habría acabado con alguien sangrando. Deberían haberle preguntado su nombre, su edad y su dirección y haberle proporcionado una lista de las pertenencias que obraban en su poder en el momento del arresto. En lugar de eso se lo han llevado a rastras a la celda, lo han desnudado a la fuerza y han vaciado el contenido de los bolsillos en una bolsa para entregársela a Colin Ray tan pronto como llegara.

El miedo inicial que tenía Ray a que los mensajes en el historial del teléfono estuvieran en gaélico era infundado. No le ha llevado demasiado tiempo entenderlo todo. Estaba claro que Ronan no usaba el dispositivo por razones personales. No hay mensajes de novias ni de colegas en los buzones de entrada o salida. Son todo negocios.

–Ni siquiera es mi puto móvil –grita Ronan.

Ray sonríe y eso, a la luz tenue y sórdida del pasillo, resulta un gesto casi macabro.

–¿Te vas a apartar para que pueda abrir la puerta, hijo? ¿Vas a portarte bien y a dejarme pasar para que charlemos?

–No pienso hablar hasta que llegue mi abogado. Ya te lo he dicho.

–Haremos el interrogatorio, Ronan. Lo haremos todo como es debido, ya lo verás. Será muy oficial y civilizado. Seguirás el consejo de tu picapleitos y mantendrás el pico

cerrado. Es como si lo viera. No te preocupes, seguiremos el procedimiento. Solo quería intercambiar unas palabras contigo, hablar como dos personas adultas. Pero podemos dejarlo. No te apures. Pásatelo bien cargándote la celda y convirtiendo tu ropa en confeti. Hablaremos más tarde.

–Jódete –es la respuesta.

–Es como un piloto automático, ¿a que sí? –le dice Ray a Tremberg–. Como el perro de Pavlov. Me oyen hablar y comienza a soltar tacos.

Tremberg levanta la vista de la pantalla del móvil, donde ha estado leyendo la media docena de mensajes que hay en el historial del teléfono. No entiende casi nada de lo que ve. Letras. Números. Una carita sonriente de vez en cuando. Se parece más a un galimatías que a un código.

Ray le quita el teléfono de la mano. Lo sostiene en alto. Mira el mensaje más reciente.

Lee en voz alta.

–«11. H4. 9. Conforme. Dos personas. 401. Trasladar H6».

En el pasillo se hace el silencio.

–Acabo de hundir tu portaaviones –dice Ray con una sonrisa lúgubre.

–No sé qué coño significa eso.

–No –repone Ray–. Yo al principio tampoco. Supuse que era un código de algún tipo, porque soy así de listo. Y supuse que si me pasaba el resto de mi vida tratando de descifrarlo solo conseguiría un dolor de cabeza. Lo bueno, hijo, es que no me hace falta, ¿verdad?

La celda permanece en silencio.

–Os llevasteis eso de forma ilegal...

A pesar del dolor en las costillas, Ray se echa a reír.

–Estos hijoputas siempre se esconden detrás de la ley –le comenta a Tremberg.

–No sabéis lo que estáis haciendo –dice Ronan, y la desesperación en su voz es evidente.

Ray coge el puñado de trozos de papel que sostiene Tremberg. Sujeta uno en alto, una página a rayas garabateada con boli.

–«H4: Division Road» –enuncia con claridad–. «9 = mover la mercancía. Cortar la cosecha. Recoger a Lee. 401 plantas. Trasladar a New Bridge».

El pasillo continúa en silencio.

–Me sorprende que recuerdes tantas cosas del colegio, Ronan. Qué bonito es que nos enseñes tus progresos.

Ray cierra la ventanilla por completo para amortiguar los gritos y las amenazas, y los puñetazos que arremeten contra la puerta. Le hace a Tremberg una seña con la cabeza y pasa delante de ella, colocándose a la izquierda del pasillo.

–¿Señor?

Ray se gira.

–Este estúpido cabrón no ha sido capaz de memorizar el código. Lo transcribió todo para nosotros y se metió los papeles en el bolsillo. El mierdecilla se creía intocable.

Tremberg levanta las manos como si se rindiera.

–No lo entiendo.

–Alguien le ha encargado que dirija a los vietnamitas. Van a trasladar la mercancía antes del fin de semana. Los trabajadores lo estarán esperando a él y a otras dos personas y se llevarán todo a la siguiente casa de la lista.

Bajo esa luz mortecina a Tremberg le cuesta bastante trabajo transmitir su sorpresa y su escepticismo.

–Pero si no es más que un matón de poca monta.

–Todos empiezan así, querida –replica él y, por primera vez, no suena como si estuviera escupiendo bilis con cada palabra–. Ronan ya formaba parte de la cadena de mando.

–¿Formaba?

Ray se pasa una mano por la cara sin afeitar.

–No creo que lo asciendan después de que hagamos una redada en Division Road.

Aunque no hubiera sido una cara vagamente familiar, McAvoy también habría reconocido al concejal nada más entrar en la cafetería. Todo en su persona desprende pavor y pánico, como si tuviera una nube de ansiedad mojándole la cara y chafándole el pelo.

El hombre recorre la sala con la mirada. Se fija en las fotos del Rat Pack y de béisbol en blanco y negro de las paredes, las baldosas a juego del suelo, las flores caras sobre el mostrador y la parrilla a la vista al fondo de la barra, donde unos cocineros vestidos de blanco voltean tortitas y fríen beicon.

McAvoy lo saluda con la mano. Le hace un gesto para que se acerque.

–¿Sargento? –le pregunta al aproximarse. Hace ademán de estrecharle la mano, luego deja caer la suya y luego vuelve a ofrecérsela.

McAvoy se dispone a levantarse. Sonríe con la boca llena del desayuno. Nota que, a pesar de no estar completamente erguido, es mucho más alto que el otro hombre, de modo que se apresura a sentarse de nuevo para no parecer intimidante.

Cabourne se desliza al asiento de enfrente. Es pura energía nerviosa. Tamborilea con las manos sobre la mesa. Juega con el salero. No para de mover las piernas.

–¿Esta es su compañera? –Cabourne formula la pregunta seguida de lo que pretende ser una carcajada, pero solo consigue emitir una risita aguda y entrecortada. Señala a Lilah con la cabeza, que está dormida en un portabebés junto a McAvoy.

–Es sábado y toca ejercer de padre –dice McAvoy–. ¿Tiene hijos?

Cabourne aparta la mirada.

McAvoy sabe perfectamente que su compañero de *brunch* es padre. Un hombre casado. Es propietario de una casa y fue funcionario del ayuntamiento hasta que se metió en política. Lleva catorce años formando parte de la autoridad local. Es miembro de la Autoridad Policial y ha participado en más comités de los que puede nombrar. Se trata de un hombre importante, aunque más bien parece un niño al que el director del colegio hubiera reprendido.

–El sitio es bonito –dice Cabourne distraídamente–. Es una cadena, ¿verdad?

McAvoy asiente. Está de acuerdo. Aunque preferiría que volvieran a poner el jazz italiano que sonaba cuando él ha llegado.

Él y Cabourne son de los pocos clientes que hay en esta cafetería que imita un *diner* americano. Está situada entre la hamburguesería y el puesto de pollo frito que constituyen la mayor parte de la «zona comercial y de ocio» de la urbanización de Kingswood.

Roisin ha llevado a Fin a ver una película de Disney a un cine cercano. Han hablado de ir más tarde a tomar un granizado y a jugar a los bolos. Aún podría ser un hermoso día familiar, todo a un paso de casa. No había necesidad de contarle a Roisin que su ofrecimiento de llevar a Lilah a desayunar no era completamente desinteresado. No sabe muy bien cómo se las habría arreglado si Cabourne no hubiera accedido a verse allí con él.

Resultó que Cabourne estaba encantado de poder ser de ayuda, dispuesto a quedar con el detective donde y cuando él quisiera, sin preguntar siquiera por el motivo.

–¿Quiere pedir algo?

McAvoy le pasa el menú por encima de la mesa. Luego toma un sorbo de su batido de chocolate y ensarta otra tortita con el tenedor, acompañándola de media loncha de beicon y tanto sirope de arce como para fosilizar a un pájaro carpintero.

–Esto... un café estaría bien. Y agua, por favor. Yo me encargo...

Cabourne se lleva la mano al bolsillo y trata de coger algo de cambio. Al ir a sacar la mano parece que la palma sudorosa se le queda atascada y las monedas acaban en el suelo de parqué.

–¡Mierda!

Un camarero con pantalones y camisa negros viene a ayudarles al tiempo que McAvoy sale del reservado y comienza a recoger las monedas del suelo. Durante la operación, el concejal permanece sentado de brazos cruzados, mirando fijamente la mesa lacada en negro, sin saber muy bien qué hacer o decir.

–Un café –le pide McAvoy al camarero, mientras ambos depositan un puñado de dinero suelto delante de Cabourne–. Y agua, por favor. Del grifo.

Cuando McAvoy vuelve a ocupar su asiento, Cabourne le dirige una sonrisa agradecida.

–Siempre he sido muy torpe –confiesa.

McAvoy lo mira de arriba abajo. Rondará el metro ochenta. Cuarenta y tantos o cincuenta y pocos años. Cabello gris peinado hacia atrás para dejar al descubierto un rostro delgado al que unas gafas sin montura le añaden severidad y un aire intelectual, de ratón de biblioteca. Lleva puesta una camisa gruesa color malva y pantalones chinos, y sus únicas joyas son un anillo de boda de oro sencillo en su mano izquierda y una cadena de plata al cuello. McAvoy cree que guarda parecido con algún entrenador de fútbol extranjero. Tiene aspecto de poder pagarse su propio desayuno.

–Le agradezco que haya venido –dice McAvoy, apartando su plato–. Como le he explicado, estamos en la fase inicial de una investigación y esta conversación es completamente informal...

Cabourne levanta una mano. Cierra los ojos. Se quita las gafas y se frota los ojos.

–Creo que ya sé a qué se refiere –murmura.

Permanecen sentados en silencio mientras el camarero deposita el café y el agua en la mesa.

–¿Concejal?

Cabourne le da un sorbo al agua. Deja el vaso sobre la mesa. Vuelve a cogerlo y bebe un poco más.

–No sabía que fuera ilegal –confiesa.

McAvoy continúa sentado en silencio, confiando que las cosas vayan surgiendo por sí solas.

Los ojos de Cabourne no paran quietos, van de un reservado a otro y de una mesa a otra, como si buscara caras conocidas o bien una vía de escape, McAvoy no sabría con qué opción quedarse.

–¿Por qué no se quita el peso de encima?

El otro hombre está a punto de desinflarse. Como si alguien lo hubiera pinchado. Cuando vuelve a levantar la vista, McAvoy ha cogido a Lilah de la silla y la ha sentado sobre su rodilla cual muñeca de trapo. En su fuero interno sabe que está utilizando a su hija como baza: haciendo que el concejal se sienta cómodo, como si esto fuera una charla entre padres en lugar de un interrogatorio con un policía, pero reconocerlo sería como admitir que está siendo manipulador y eso es algo que no está dispuesto a hacer.

–Ahora Hepburn me está ignorando –dice Cabourne–. Creo que está más asustado de lo que deja entrever. Pero así es Steve. El mismo de siempre.

McAvoy acaricia la mejilla de su hija con un nudillo. Moja el dedo en un resto de sirope de arce y deja que ella lo chupe, mientras le roza cariñosamente la cabeza con la nariz.

–Concejal, sé que hay algo que quiere contarme. Se sentirá mejor si lo hace. No está bajo sospecha. Esto no es más que una conversación.

Parece que Cabourne saca fuerzas de flaqueza. Asiente.

–Me ha dejado infinidad de mensajes. El tal Ed Cocker. Es una especie de asesor político. No sé qué quiere que le cuente.

McAvoy asiente como animándolo.

–Hay gente que se compra un deportivo o una moto cuando alcanzan la mediana edad. Yo hice esto.

–¿Esto?

De repente, Cabourne se pone suspicaz.

–¿Puedo ver su identificación?

McAvoy enarca las cejas. Saca su tarjeta del bolsillo de la camisa y la desliza por encima de la mesa. Cabourne la estudia. Asiente.

–El tal Ed Cocker no aceptará un no por respuesta.

McAvoy suspira.

–¿Cuál es la cuestión, concejal?

–Él asegura que el foco de interés es Hepburn, pero no es así, ¿verdad? No cuando lo

descubra.

McAvoy se pasa la lengua por los labios y se estruja el cerebro. Piensa en la desesperación que despiden los mensajes en el móvil robado de Hepburn. Los besos. Se queda mirando a este padre de tres hijos, sudado y asustado, sentado frente a él.

–Concejal, su vida personal es cosa suya. No es asunto de la policía con quien tenga usted relaciones.

Cabourne vuelve a desinflarse.

–No es una relación –dice–. Solo fue una de esas cosas que pasan.

Pero le gustaría que hubiera continuado, piensa McAvoy.

–¿Y el periodista del *Hull Daily Mail* conoce la historia?

–No lo sé. Steve nunca lo contaría, por mucho que le guste estar en el candelero. Y yo no se lo he contado a nadie. Pero hemos cometido errores. No he sido precisamente discreto.

McAvoy levanta la mano para detener la parrafada del concejal. Coge aire.

–Concejal, debo informarle de que estoy aquí para hablar con usted sobre las circunstancias que rodean la muerte de un joven llamado Simon Appleyard. Simon murió el pasado mes de noviembre. Se ahorcó. Hay motivos para volver a investigar los hechos que provocaron su muerte. Su nombre ha surgido al hilo de la investigación.

–¡Oh, Dios! –El concejal se derrumba por completo. Tiene el rostro encendido y la boca abierta–. Lo sabía –dice, abrazándose–. Lo sabía.

McAvoy no sabe qué contestar, de modo que besa a su hija y espera a que Cabourne lo mire a los ojos.

–¿Conocía a Simon Appleyard?

–No lo sé –sisea Cabourne, enfadado–. ¡Joder!

McAvoy hace un gesto en dirección a su hija.

–No diga palabrotas.

Cabourne se disculpa mientras se frota la cara. Bebe más agua. Tiene la mirada fija en el vaso cuando McAvoy desliza una foto de Simon por encima de la mesa. Es una fotocopia de la instantánea que la tía del fallecido le ha dado.

Cabourne se encoge de hombros. Aparta la vista.

–¿Conocía a Simon?

Cabourne se obliga a fijarse en la foto.

–Estaba oscuro.

–¿Cuándo?

–¡Siempre!

Permanecen mirándose, tratando de valorar cuánto sabe el otro.

–Está diciendo que ha tenido relaciones sexuales con hombres –susurra McAvoy, consciente de la cercanía de Lilah–. ¿Me equivoco?

Cabourne le da un sorbo a su café. Mira al detective a los ojos.

–Hombres, no chicos.

–Simon tenía veinticinco años.

–No me refiero a eso. Lo que quiero decir es que no es ilegal.

–No, no lo es.

Cabourne es el primero en ceder.

–Quiero a mi mujer –confiesa en un tono repentinamente lastimero–. O eso creo. Llevamos juntos tanto tiempo. Solo fue...

–¿Una de esas cosas que pasan?

–Eso es. Nunca la he engañado con otra mujer. En realidad, no.

–¿En realidad?

–Solo cuando ellas también estaban.

–¿Dónde?

–¡En las fiestas! –exclama, exasperado–. Los clubes. Las citas.

McAvoy vuelve a poner a Lilah en su sillita. Se rasca la cabeza. Deja que las piezas encajen.

–Fiestas sexuales. ¿Cree que eso es lo que Ed Cocker está investigando?

–¡Tiene que ser eso!

–¿Esas fiestas están organizadas por el concejal Hepburn?

–Él no las organiza –replica Cabourne a la defensiva–. ¿Por qué iba a hacerlo? Puede conseguir todo lo que quiera. Toma cualquier cosa que se le antoja.

Cabourne se sorbe la nariz. McAvoy le pasa una de las toallitas de Lilah, él la coge agradecido y la usa para limpiarse la cara.

–Concejal Cabourne, me está empezando a doler la cabeza. ¿Por qué está tan asustado?

Cabourne levanta la vista y parpadea.

–Juegossucios –murmura con voz queda–. Solo quería intentarlo. Siempre tuve esa fantasía...

McAvoy asiente con la mirada impasible. Sin emitir juicios.

–Entró en esa página web, ¿no es eso? ¿Una web para ligar?

–Quería intentarlo. Ahí todo el mundo iba a lo mismo. Era gratuito. Debía de estar borracho cuando me registré. Solo escribí algo de mí y de mis gustos. No le di muchas vueltas al principio. Lo enlacé a mi correo personal.

–¿Y?

–Y recibí montones de respuestas. ¡De hombres y mujeres! Ni siquiera puse que me iban las chicas y ahí estaban, dispuestas a todo. Respondí a algunos de los tíos. Dije que era novato. No sabía qué hacer o lo que quería. Puse que la discreción era lo más importante...

–¿Se citó con alguno?

Cabourne se acaba el café y aparta la mirada.

–En un hotel barato cercano a Goole –contesta–. Un hombre casado, con los mismos intereses que yo.

–¿Y?

Cabourne se encoge de hombros, todo asomo de orgullo perdido.

–Quería más. Conocí a más hombres.

–¿Cuándo comenzó todo esto?

–Hará como un año, quizá. No más.

–Simon –dice McAvoy, señalando la foto con la cabeza–. ¿Alguna vez se vieron?

Cabourne coge la foto otra vez.

–No –dice, finalmente–. Lo siento, pero no. ¿Es él el fallecido?

–¿Alguna vez leyó este mensaje?

McAvoy desliza un trozo de papel hasta donde está Cabourne. Al concejal le tiemblan los labios al leer las palabras en la página. Es el anuncio de Simon tomado de la web juegossucios.com. Una invitación a que lo hagan gozar y un número de teléfono.

–Me suena –comenta, evasivo.

–¿Contestó a este mensaje?

–Es posible –concede, encogiéndose de hombros, aunque el gesto dista de ser despreocupado–. Contesté a tantos...

McAvoy mira a su alrededor. En la mesa de su izquierda hay globos destinados a una fiesta que tendrá lugar más tarde. Al otro lado de las persianas de madera la lluvia parece que ha dado una tregua. Los compradores y la gente que ha salido a comer algo que pasan ante el cristal no llevan abrigo. Algunos incluso van en manga corta. En ese momento le gustaría estar bajo el sol. No ahí, donde las nubes han empezado a agruparse y el aire huele a lluvia.

–El concejal Hepburn –dice McAvoy con una imprecisión deliberada–. Explíqueme cómo pasó.

Cabourne cierra los ojos. Saca el móvil del bolsillo de su camisa y mira nerviosamente la pantalla, como si estuviera comprobando si hay mensajes.

–Teníamos amigos en común –dice, casi como si estuviera reviviendo una escena de esa noche en el cine de sus recuerdos. Casi sonríe.

–¿Amigos?

–Fui un bocazas. Le dije a un tío mi nombre real. A lo que me dedicaba. No sé por qué. Supongo que trataba de impresionarlo.

–¿Y él conocía a Hepburn?

–Todo el mundo lo conoce.

–¿Y?

–Y, aunque le rogué que olvidara lo que le había dicho, no pasó mucho tiempo antes de que recibiera un mensaje de Steve diciéndome que sabía que había sido un chico malo.

–Ese debió de ser un momento difícil.

–Horrendo. Me entró el pánico. Le dije que no tenía ni idea de lo que me estaba hablando.

McAvoy extiende el brazo y le da un sorbo al agua de Cabourne. No se le ocurre otra manera de demostrarle al otro hombre que no está asqueado. Que no siente repulsión por sus declaraciones y que es una persona que sabe escuchar.

–¿No le creyó?

–Éramos compañeros de trabajo, no amigos –explica Cabourne–. Habíamos tenido algunos encontronazos en las reuniones del ayuntamiento. Íbamos a los mismos bares después de las reuniones. Yo soy laborista, él es independiente, pero no era lo que se dice

un enemigo político. Tampoco es que fuera mi amigo del alma. Solo era un tipo que más o menos conocía. Un tío famoso por su forma de vida que ahora lo sabía todo sobre mí.

–¿Y qué hizo usted?

–No tuve que hacer mucho –murmulla con una media sonrisa–. Hepburn no lo aireó. Después de ese par de mensajes volvió a ser el mismo de siempre. Me saludaba cuando nos cruzábamos en las escaleras, me interrogaba en los plenos. Lo de siempre. No me vi con nadie más durante un tiempo. Entonces un día me preguntó sin más, de repente, si me apetecía una copa. Lo dijo como algo natural. Un día que acabábamos de salir del pleno. Me entró el pánico. Pero accedí.

–¿Y?

–Estuvimos hablando. No intentó presionarme para que admitiera lo que había estado haciendo, pero yo se lo solté de todas formas. Le conté todo. Él me escuchó. Me dejó que fuera yo mismo.

Cabourne frunce los labios. Se sacude distraídamente la pechera de la camisa. Mira el teléfono y vuelve a dejarlo en su sitio.

–¿Tuvieron una aventura?

Cabourne niega con la cabeza.

–Solo nos hicimos amigos.

McAvoy parece escéptico.

–¿Amigos?

–Conseguía que mi vida fuera más interesante. Conoce a todo el mundo. Lleva mucho tiempo llevando la vida ideal.

–¿La vida ideal?

–Pura diversión –dice en un tono rimbombante–. Sentirse vivo continuamente.

–¿Iban juntos a fiestas? ¿Encuentros sexuales?

–Nunca a los sitios de por aquí –repone Cabourne, como si quisiera probar que no es un completo imbécil–. Íbamos a Londres, a Manchester. Hay uno en Blackpool...

–¿Solo hombres?

–De todo.

Dejan de hablar. McAvoy mira fijamente al otro hombre. Está tratando de decidir qué sensación le provoca. Se pregunta si ha hecho algo malo. Y qué significa «malo».

–¿De verdad que no conoce a Simon? –pregunta McAvoy finalmente.

–Puede que tenga correos suyos –responde Cabourne, tratando de ser de ayuda–. Muchas veces estas cosas son algo virtual. La mayoría de las veces no conducen a nada. Hay gente que deja su número de móvil en la web, pero yo nunca podría hacer eso. Es demasiado arriesgado. Puedo comprobar...

McAvoy lo silencia con un gesto.

–Marque este número –le ordena, abriendo su bloc de notas y mostrándole el número de Simon al concejal–. Márquelo y enséñeme su teléfono.

Cabourne hace lo que le piden como un niño obediente. El concejal pulsa el último dígito y espera a que el teléfono dé señal. Antes de que suene un mensaje de aviso indicando que el número marcado no está disponible, el teléfono hace el trabajo duro por

él. El número pertenece a un contacto denominado «Pavo real».

Cabourne se queda con la boca abierta.

–¿Él?

McAvoy escruta al otro hombre con una expresión que indica que no le gusta que le mientan.

–Juro que solo apunté el número –suplica a la desesperada–. He contactado a un montón de gente de ahí. Simplemente me quedaba con los números cuando me los daban. Mire, mire...

Cabourne ha girado el teléfono y le muestra la lista de contactos. Nombres y más nombres.

– «Paul C –dice, señalando–. C de cuello. Decía que le gustaba que le apretaran el cuello. Y aquí, mire. «Vampiro.» Dijo que le ponía morder. Era mi manera de recordar quién era quién...

–¿Y Pavo real?

–Creo que dijo que tenía tatuajes. –Cabourne se detiene, haciendo memoria–. Me mandó un correo –dice, con los ojos muy abiertos–. Había una línea de un poema al final del mensaje. Algo que decía que le gustaba. Pavos reales y lirios.

McAvoy deja caer la cabeza sobre las manos. Tiene más preguntas que respuestas.

Levanta la vista de repente.

–¿Le envió un correo? ¿No un mensaje?

–Eso es.

McAvoy comienza a remover sus papeles. Está intentando encontrar alguna referencia en los distintos informes que confirme que Simon tenía un ordenador.

–Soy un idiota... –farfulla McAvoy.

–¿Disculpe?

–¿Los correos procedían de un móvil?

–Lo siento, yo no... no lo creo...

McAvoy se detiene. Cae en la cuenta de que el hombre que tiene delante es culpable, sí, pero de infidelidad. Culpable de estar hecho un lío. De ser débil y licencioso. Pero no ve a un criminal.

–Trate de pasar desapercibido, concejal Cabourne –le aconseja, saliendo del reservado y cogiendo la sillita de Lilah–. Ed Cocker no va detrás de usted. Va tras un pez mucho más gordo.

Cabourne levanta la vista para mirarlo, sin saber si ceder a la sensación de alivio casi mágica que amenaza con asaltarlo.

–Comprobaré mi antigua cuenta de correo –dice–. Haré todo lo que pueda por ayudarlo.

McAvoy asiente.

–Sí, lo hará.

Capítulo 21

11:47 horas.

Un Vauxhall azul modelo Frontera de doce años de antigüedad con los cristales empañados está estacionado sobre la línea continua amarilla que bordea esta calleja tranquila que desemboca en la antigua carretera a Hessle.

En su interior hay cuatro polis consumiéndose por la falta de actividad, impacientes por exceso de adrenalina.

Hay un restaurante de comida para llevar muy iluminado a su izquierda. Es todo cristal y pintura blanca, personajes de dibujos animados y letreros chillones. La lluvia incesante recorre los grandes ventanales sucios y convierte a la mujer flaca de unos cincuenta años de detrás del mostrador en una caricatura fragmentada de sí misma: mecánica, triste, sin dejar de aderezar con picante unas bolsas de papel llenas de patatas fritas.

Hay una barbería a su derecha. La fachada está pintada de pintura negra esmaltada, comprada al por mayor y aplicada en capas demasiado gruesas. El agua forma riachuelos en las juntas de los ladrillos.

Hoy el cierre está echado. Al igual que la mayoría de los días.

Helen Tremberg está sentada en el asiento trasero del coche de incógnito. Un sargento de la Brigada Antidroga mira por la ventanilla junto a ella, contemplando cómo las gotas de lluvia discurren caprichosamente por el cristal. No ha dicho ni una palabra desde que la saludó con un gruñido cuando subió al asiento trasero del vehículo y se secó la lluvia de la cara con la palma cálida de la mano. Desprende un tufillo a cerveza pasada, a perro mojado.

El inspector jefe Ray está sentado delante, en el asiento del copiloto, chupando el chocolate de un barrita de Twix.

Al volante está el superintendente Adrian Russell. Todo en su semblante parece indicar que está de un humor de perros. Masca ostentosamente un chicle pero, por la cara que pone, se diría que es un hombre tratando de ignorar que tiene una ostra rancia bajo la lengua.

El interior del vehículo está en silencio salvo por el repiqueteo de la lluvia en la chapa y el sonido ocasional de unas llantas mojadas cada vez que pasa un coche por Hessle Road.

Tremberg se siente incómoda. Fuera de lugar. Mal recibida. Nunca había trabajado antes con Russell o con sus subordinados y no tiene ninguna afinidad con su superior, el inspector jefe Ray. Se encuentra aquí porque se ha presentado la oportunidad. Está aquí porque es una agente ambiciosa que quiere estar presente si existe la posibilidad de hacer una redada a gran escala. Está aquí porque no han conseguido dar con Shaz Archer y

porque, con Pharaoh fuera de juego y McAvoy jugándose el tipo, ella se siente perdida. No la han recibido por todo lo alto. Ni abrazos ni lágrimas. Regresó después de arriesgar su vida para pillar a un asesino y casi sale ardiendo antes de que terminase su primer turno.

–Deberíamos haber aparcado delante de Rayner's –comenta Ray despreocupadamente con su voz ronca, mientras señala con un pulgar por encima del hombro el pub legendario al otro lado de la calle–. Os habría comprado una sidra Babycham y una bolsa de cacahuetes.

Ray coloca el espejo retrovisor de modo que pueda ver la parte de atrás. Al hablar se le ve un trozo de Twix en la boca.

–Nunca he estado –reconoce Tremberg, girándose en el asiento para mirar el edificio de la esquina–. No parece muy atrayente. ¿Sirven las gambas rebozadas en cestas?

–Es un pub como es debido –dice Ray–. Leí sobre él cuando me mudé a esta ciudad de mierda. Hessle Road ya iba de culo por aquel entonces pero, joder, el sitio tiene personalidad.

No es la primera vez que Tremberg ha oído hablar de ese antro o de su situación privilegiada en el corazón de esta antigua comunidad pesquera. Aquí es donde los pescadores de arrastre bebían cuando tenían permisos de tres días, su refugio después de seis semanas arriesgando sus vidas surcando aguas lejanas. Es donde se arreglaban las cuentas pendientes y donde las tensiones eclosionaban en forma de violencia sangrienta. Donde se ponía fin a las antiguas enemistades con un baño de sangre o con el perdón. Donde los hombres intentaban diluir el océano en sus venas con una puta pinta tras otra. Era el abrevadero del hombre duro. Un lugar de luto y celebración. Un lugar que contaba con innumerables fallecidos entre sus parroquianos, donde se decía que los fantasmas de los pescadores muertos se detenían a tomar un trago antes de navegar hasta el purgatorio.

–¿Y ahora cómo es el sitio? –pregunta Tremberg, por decir algo.

Ray se encoge de hombros.

–Solo he estado una vez. Sirven unas pintas decentes. Un puñado de veteranos con alguna historia que contar. Un poco triste, la verdad, si piensas en lo que era antes. En todo lo que esto fue...

Ray deja de hablar al darse cuenta de que suena sentimentaloide. Hace un gesto en dirección a la calleja en decadencia tras el cristal. Abarca con un movimiento del brazo sin mucho entusiasmo las tiendas de muebles de saldo y las casas de comidas vacías.

–Probablemente en los viejos tiempos también todo fuera una mierda –añade, para compensar su arranque de nostalgia–. De aquí a cincuenta años la gente de Hull creerá que la vida en nuestros días era una puta bicoca.

De nuevo el silencio.

Adrian Russell, mascando chicle.

El sargento a su lado reprimiendo un eructo y exhalando un tufillo a la ternera estilo Madrás de la noche anterior...

Tremberg, preguntándose si debería enviarle un mensaje a McAvoy. Contarle lo que

Ray ha dispuesto. Preguntarle si sabe por qué coño el superintendente Russell parece haberle cedido el mando de la operación a un oficial de rango inferior y por qué tiene cara de estar mascando bazofia.

Todos pegan un brinco cuando suena el teléfono de Russell; es el solo de guitarra de «Cars», la canción de Gary Numan.

Ray y el superintendente intercambian una mirada. Russell cierra los ojos. Contesta apenas con un susurro.

–Russell. Sí, sí, como un gesto de cortesía... No. Bueno, obviamente. Lo agradezco. No, no me compete a mí. Comprenda que hay límites... No tengo claro que eso sea una buena idea... No, soy consciente de ello. Podría decirse que no somos de la misma especie. Por supuesto que entiendo los beneficios. Sí. Si está seguro...

Russell le entrega el móvil a Colin Ray.

Ray es todo sonrisas.

–Al habla el inspector Colin Ray, delitos muy graves y crimen más o menos organizado.

Pone el móvil en manos libres. Parece complacido al ver cómo el otro oficial, turbado, se estremece.

La voz metálica y robótica de un extraño invade el coche.

–Señor Ray, siento que no hayamos tenido antes la oportunidad de ser debidamente presentados. Habría procurado que así fuera pero hasta hoy no tenía noticia de su existencia.

La voz no tiene ningún acento reconocible. La pronunciación es clara pero poco reveladora.

–No pasa nada, hijo, yo tampoco sé mucho de ti. Lo que sí sé es que hoy vas a tener un mal día.

Las palabras de Ray no parecen surtir efecto al otro lado del teléfono.

–En la última hora he intentado remediar mis faltas. Me he informado sobre algunos detalles de su vida personal. Permítame expresar mi tristeza: un agente con tanta experiencia no debería estar tan mal remunerado a estas alturas de su carrera. Usted ha sacrificado muchas cosas por este trabajo y como recompensa solo ha obtenido una existencia sin hijos y más exmujeres de las que un hombre puede permitirse. Y pensar que solo le quedan unos años para jubilarse y que todavía es un subordinado... eso me entristece. Un hombre con su experiencia debería estar mejor valorado.

Tremberg escruta por el espejo retrovisor la cara de Ray en busca de algún indicio de malestar. No detecta ninguno.

–Pues sí, en eso estás en lo cierto –responde, como si estuviera charlando con un viejo amigo–. Estoy rodeado de putos ingratos e incompetentes. Estoy seguro de que sabes a qué me refiero. Eso es lo que tiene trabajar con chinorris y gitanos. Deberías rascarte el bolsillo, hijo. Contrata a algunos muchachos que sean capaces de pensar y de atarse los cordones al mismo tiempo.

Por un instante no hay respuesta. Luego la voz continúa como si Ray no hubiera hablado.

–Nadie lo espera en la casa de Division Road, inspector. Evidentemente los detalles de mi acuerdo con su compañero no fueron debidamente explicados.

Russell extiende la mano para coger el teléfono farfullando palabras de protesta. Ray levanta la mano y extiende los dedos. Mantiene el teléfono fuera del alcance del otro hombre hasta que Russell vuelve a hundirse en su asiento.

–Como te he dicho, hijo, hoy va a ser un mal día para ti.

–Ya he tenido días malos en ocasiones anteriores. Lo que suceda hoy tendrá cierta importancia para usted, pero, para mí y para la gente que represento, apenas si tendrá consecuencias.

–Y, aun así, te has tomado la molestia de llamar...

–Si se pueden evitar las molestias creo que el gesto habrá valido la pena.

–No te vas a evitar las molestias, chaval. Uno de tus ayudantuchos me golpeó con un puto crucifijo. Eso está un poco reñido con la buena voluntad.

Las miradas de Ray y Tremberg se encuentran. Él le guiña un ojo. Parece estar disfrutando con todo esto.

–Algunos de mis socios son individuos temperamentales –contesta el hombre–. Tienen rasgos de personalidad y habilidades únicas que intentamos perfilar. Pero no seré yo el que me interponga en el camino de la juventud impetuosa.

Ray se echa a reír.

–¿Así definirías el clavarle a alguien las manos en las rodillas? ¿A arrojarle un cóctel molotov a un furgón de policía? Seas quien seas no eres un puto pez gordo. Estás al mando de unos pocos almacenes de marihuana. Has asustado a unos cuantos chinorris. ¿Te crees que vas a escribir mis memorias cuando me jubile?

Ahora es el turno de reír del otro hombre.

–Supongo que estará grabando esta conversación, inspector, así que evitaré desahogarme expresando mi pesar por los recientes acontecimientos. Pero dar por hecho que mis socios se dedican solo a este menester implica una falta de lucidez por su parte que ellos encontrarán muy divertida.

–¿Seguro que no quieres nada, amigo? Tengo que hacer una redada en un antro lleno de droga y un par de putos chinorris que arrestar.

El hombre no dice nada durante unos segundos.

Finalmente deja escapar un suspiro.

–Tus compañeros –apunta–. El caballero grande con aspecto de poder blandir un mandoble escocés. La señora pechugona de las botas de motera. Dígales que no se sientan culpables. Estaban haciendo su trabajo. La señorita Marvell era lo bastante mayor como para tomar su propia decisión. Y dígale al superintendente Russell que estaremos en contacto.

La llamada ha finalizado. Empiezan a salir pitidos lentos del altavoz, como los de una máquina de respiración artificial.

Ray se queda mirando el perfil de Russell durante un buen rato. Parece como si estuviera a punto de escupirle.

–¿Señor? –Tremberg es la primera en hablar. ¿Cree entonces que ese tipo es quien

dirige el cotarro? ¿Que él es el jefe? Uno no se lo imaginaría así. No parecía un camello cualquiera...

Ray se hurga los dientes durante un rato.

No dice nada.

Por fin coge la radio que tiene entre las piernas.

–Adelante.

Se abren las puertas traseras de un furgón blanco estacionado doce vehículos más allá. Salen de su interior seis agentes uniformados, rápidos y furiosos.

Más arriba, cuatro detectives de la Brigada Antidrogas echan a andar bajo la lluvia.

Como si fueran un solo hombre, se dirigen a lo que aparentemente es una casa de protección oficial grande situada a mitad de la calle.

Tremberg abre la puerta de su lado. Mete el pie izquierdo en un charco. Saca la porra extensible del bolsillo de su impermeable. Trata de escuchar, por encima del ruido de las pisadas y la lluvia que arrecia, los ladridos de los perros policía cuando entran en el patio trasero de la propiedad, tensando las correas que sostienen sus monitores...

Observa cómo un robusto oficial de policía se abre paso con rotundidad hasta la puerta del edificio.

Empuña el Ejecutor, un ariete metálico con punta de goma con potencia suficiente para descargar tres toneladas de energía cinética con un simple movimiento.

El agente lo enarbola: un experto, tiene práctica.

La puerta de madera de la fachada de la casa salta sobre sus goznes.

Tremberg oye gritos. Advertencias. Contempla cómo los agentes se abalanzan hacia delante, una mancha de color y de lluvia atravesando la puerta reventada.

Colin Ray extiende una mano para retenerla.

–No sirve de nada llegar la primera, querida. Lo que te conviene es ser la última en entrar. Dedicarte a poner esposas y ser lo último que vean esos cabrones.

Tremberg se queda mirándolo. Se fija en la lluvia que recorre su rostro malsano y cetrino. Los dientes manchados y su traje de rayas empapado y sucio. Se plantea que podría aprender mucho de este hombre si no fuera tan gilipollas.

Más gritos. Un alarido, la clase de sonido que surge del miedo.

–¡Joder! ¡Joder!

Uno de los detectives sale de la propiedad. Está respirando con dificultad. Extiende una mano para apoyarse contra la pared de ladrillo rojo.

Tremberg sigue a Ray cuando él echa a caminar enérgicamente hacia la casa.

–¿Y bien?

El agente será de la misma edad que Tremberg. Tiene las mejillas carnosas y está muy serio, con su traje comprado en el híper y su corte de pelo anodino.

–Ahí dentro hay una puta selva –dice sin resuello–. He atrapado a un tipo. El otro se piró por la parte de atrás.

La radio que Ray lleva en la mano deja escapar un ruido. La unidad canina ha acorralado a un caballero presuntamente asiático en el patio trasero.

–Entonces buen trabajo –aprueba Ray, disponiéndose a entrar en la propiedad.

El agente niega con la cabeza. Algo va mal.

–Ahí arriba hay una mujer, señor. Una chica enorme. Hace unos días se emitió un aviso, una desa... una persona desaparecida... Creo que es ella... Joder, señor, lo que le han hecho...

Tremberg entra en la casa. Se abre paso entre el cordón de agentes uniformados que copan la entrada y la escalera, incómodos con sus impermeables húmedos, y comienza a subir las escaleras.

La moqueta bajo sus pies tiene un estampado de espirales y la cabeza le empieza a dar vueltas a medida que abre, una tras otra, las puertas de las habitaciones, todas habilitadas para cultivar marihuana de la mejor calidad. Aquí unos bloques de polen apilados como ladrillos y listos para ser transportados, allí unos sacos de hojas, secas y también listas para ser trasladadas, esperando como si fueran regalos de Navidad contra las paredes blancas.

Tremberg sigue el sonido de los gritos pronunciados en una lengua extranjera. El rastro de maldiciones brutales y amenazas furiosas, escupidas por una boca que casi se arranca la lengua a mordiscos.

Ve a un joven vietnamita de pelo oscuro, vestido con camiseta de tirantes y pantalones cortos, revolviéndose en el suelo, con las manos esposadas a la espalda, con un agente sentado sobre sus piernas y otro sujetándolo de los hombros.

Mira más allá. Más allá del detective que se apoya contra el marco de la puerta de un dormitorio recubierto de plástico y cables serpenteantes.

Observa brevemente las plantas en sus distintas fases de crecimiento: algunas han florecido y se ven verdes y exuberantes bajo las luces hidropónicas amarillentas.

–Aquí dentro.

Tremberg se acerca. Contempla el interior.

La mujer está viva a duras penas. Está tumbada de costado, tiene el pelo pegado a la cara y la chaqueta del uniforme de un agente cubre su cuerpo desnudo, colocado en posición fetal.

–Hemos llamado a una ambulancia. No queríamos moverla.

Tremberg llega junto a la mujer. Retira con delicadeza la chaqueta.

Las cabezas de los clavos sobresalen apenas dos centímetros de los orificios de entrada en el dorso de las manos, ya putrefactos. Las puntas se hunden al menos ocho centímetros en las rodillas. La sangre ha recorrido las piernas hasta los tobillos y le ha ennegrecido los pies. Se lo hicieron estando sentada, antes de dejarla tirada ahí para que la sangre goteara y se coagulara sobre el suelo de linóleo abombado.

A primera vista, los pechos desnudos parecen estar recubiertos de un pelo pegajoso y apelmazado.

Tremberg se fija con más atención.

Percibe el horror de la carne mutilada. La piel ennegrecida y quemada.

La agente, con la cara lívida, se gira hacia la puerta. Colin Ray se encuentra allí y ya no hay ni rastro de su sonrisa.

–Es la soplona de Pharaoh –anuncia Tremberg con la bilis en la boca–. La admiradora

de McAvoy.

Ray frunce el ceño. Aparta la mirada.

Tremberg le retira el pelo a Leanne de la cara. Siente que la mujer grande y musculosa se estremece y trata de apartarse. Los ojos se abren y se cierran apenas. Mueve los labios. Tremberg tiene que acercar la oreja a su boca para entender lo que está diciendo.

–Y Shaun... ¿está bien? ¿Shaun? No me lo han dicho. No paraban de preguntarme dónde estaba y se reían cuando les decía que no lo sabía.

Tremberg, a su pesar, siente que las lágrimas le invaden los ojos.

Se pregunta quién le contará a esta criatura rota y torturada que el hombre al que ha protegido está muerto. Que se han cebado con ella por pasar el rato, para matar el tiempo.

Capítulo 22

La reportera ronda la treintena y es más sosa que un sándwich de queso. Tiene el pelo castaño, usa gafas y el impermeable que lleva no tiene ni elegancia ni marca visible. Periodista de la BBC hasta la médula.

Helen Tremberg procura que su sándwich de beicon no gotee cuando se levanta para ver el noticiario en la cantina.

Las ráfagas de lluvia azotan a la reportera y esta se estremece ligeramente mientras se dirige a cámara.

–Me encuentro en Division Road, junto a Hessle Road, al oeste de la ciudad, donde los residentes fueron testigos esta mañana de la última de una serie de redadas por toda el área metropolitana llevadas a cabo por la policía de Humberside. Nos informan que esta mañana, en una operación en la que han intervenido el helicóptero del cuerpo y una docena de agentes, los operativos de la Brigada Antidroga han irrumpido en la propiedad que ven a mi espalda, donde se han incautado de un centenar de plantas de cannabis junto con el material necesario para su cultivo. Según nos informan, uno de los sospechosos sacados de la casa ha sido trasladado inmediatamente a un centro médico, pero se desconoce si han podido tratar sus lesiones. Conmigo se encuentra el superintendente Adrian Russell, que ha supervisado esta exitosa operación.

Tremberg le da un mordisco a su sándwich y continúa viendo la tele hasta que el oficial entra en el plano. Se ha puesto un abrigo y ha tratado de peinarse el pelo hacia atrás, pero la palidez malsana de la piel y el temblor de manos revelan su incomodidad.

Tremberg se termina el almuerzo en dos bocados mientras la reportera le formula una serie de preguntas insulsas que él contesta con respuestas anémicas.

Trata de prestar atención. De concentrarse en lo que está diciendo.

–En estos momentos es demasiado pronto para saber si este hallazgo está relacionado con una operación más grande, pero claramente es un resultado importante. Estas drogas habrían alcanzado en la calle un valor de cientos de miles de libras. Hemos encontrado semilleros y plantas en trece de las habitaciones de esta casa abandonada, así como una instalación muy compleja. En los pasillos entre las habitaciones había cables y conductos para expulsar el olor de la droga al exterior del edificio. La energía para poner en funcionamiento el equipo provenía de un generador que había sido construido ex profeso para silenciar el ruido. Si se juzga por su fachada, la propiedad parece completamente abandonada...

La reportera interrumpe su discurso para hacerle la única pregunta que importa.

–¿Y los dos hombres que han arrestado?

Se diría que Russell preferiría estar enfermo antes que contestar.

–Solo puedo contarle que han sido arrestados un joven de quince años y un hombre de treinta, supuestamente originarios de Vietnam. En este momento están siendo interrogados por nuestros oficiales más veteranos.

Tremberg sonríe para sí. Se limpia la cara con una servilleta. Le gusta que la llamen oficial veterana.

Tras arrojar la servilleta a la papelera, sale por las puertas batientes de la cantina y se dirige a la sala de interrogatorios. Ha agradecido la pausa para comer en mitad de la tarde. Empezaba a preocuparle que la vena de la cabeza de Colin Ray estallase. Al inspector jefe le ha costado mucho trabajo asumir el hecho de que hay gente que no habla su idioma. Parece a punto de extender el brazo al otro lado de la mesa y ponerse a repartir leña a mansalva.

Mientras se aproxima a la sala de interrogatorios, una de las puertas se abre de golpe dando paso a un Colin Ray furioso.

–¡Putos chinorris! –le grita a nadie en particular. Al ver a Tremberg, la mira echando chispas–. A Ronan sí que lo entendían bien, y eso que parece que se está ahogando la mayor parte del rato. ¿Y a mí no me entienden? Pero sí que saben decir «abogado», los putos mentirosos. Por cierto, ¿dónde estabas? Putos polis a tiempo parcial...

Tremberg agacha la cabeza mientras recibe la bronca y de repente siente un tremendo afecto por McAvoy y Pharaoh. No sabe lo que daría por que estuvieran ahí en ese momento. Ojalá estuvieran al mando de la operación. Hoy ha visto a Colin Ray conseguir resultados. Pero, en cierto modo, lo ha visto hacerlo machacando a la gente. Y, aun así, solo ha conseguido tener más acidez de estómago y un mayor gesto de desagrado. En él hay algo vil. Una malevolencia auténtica y genuina. Tremberg es consciente de que es un hombre peligroso. De que, si no estuviera tan obsesionado por atrapar criminales, sería uno de ellos.

–¿La traductora está de camino? –pregunta Tremberg al fin.

Ray escupe en el suelo de linóleo del pasillo.

–A horas de aquí. Y el subdirector anda husmeando. No deja de hablar del procedimiento.

La breve sensación de victoria de esta mañana se ha vuelto amarga. Los dos trabajadores vietnamitas no han hecho ninguna declaración. Si hablan inglés, lo ocultan bien.

Ray permanece con la mirada perdida durante un rato.

–¿Y la foto de Ronan? –pregunta ella–. ¿Has conseguido algo?

Tremberg ha permanecido con el hombre de más edad en la sala de interrogatorios mientras Ray se encargaba del joven. Todavía no sabe qué tal le ha ido pero, por la cara de Ray, puede suponerlo.

–Lo conoce, por supuesto que lo conoce –contesta Ray maliciosamente–. Ha puesto los ojos como putos platos cuando se la he enseñado. Luego ha empezado a soltar mierda en vietnamita y venga a decir «no, no, no». Y lo mismo con la foto de Shaun Unwin. Y con los otros dos chinorris de Foreshore. Dios, cualquiera pensaría que quieren echarle una mano a sus colegas. ¿Acaso no saben en qué están metidos? Aunque no le

hubieran hecho daño a la informante de Pharaoh, han estado demasiado ocupados cultivando hierba mientras ella estaba ahí tirada pudriéndose y suplicando ayuda.

Ray se da un puñetazo en la mano.

–No van a hablar, ¿verdad?

Tremberg no contesta.

–Ni tampoco Rourke. Ni Ronan. Su abogado le ha ordenado que cierre el pico. Shaz no ha podido sacarle ni una palabra.

Permanecen inmóviles en el pasillo y, por un momento, ninguno de los dos sabe qué hacer.

Sus teléfonos empiezan a sonar con pocos segundos de diferencia. Se apartan para hablar. Ray con Archer. Tremberg con McAvoy.

–Hola, Helen. ¿Estás bien? He oído lo de la redada. ¿Qué está pasando? Pensé que anoche te habías ido a casa. Te habría acompañado. ¿Estabas con Ray? Y Leanne, se encuentra bien, ¿no? ¿Lo sabe Pharaoh? ¿Estás bien?

Tremberg esboza una sonrisa.

No se había sentido tan apreciada en todo el día.

–Suze, ¿podrías untarlos, por favor?

La señora de mediana edad señala con la cabeza una bandeja de bollos. A Suzie el gesto le supone un alivio. La señora lleva puesto un delantal de plástico encima de lo que parece un corpiño con calcetines de colegiala a juego y, por un momento, Suzie se ha temido que le pidiera hacer algo poco ortodoxo con el bote de margarina.

–Tampoco te vuelvas loca –le dice cuando Suzie se dispone a trabajar–. Con una pizca es suficiente.

Este aspecto en concreto del intercambio de parejas y del sexo en grupo es algo que Suzie encuentra maravillosamente surrealista. Aparte de los disfraces y las mamadas repentinas, estas reuniones no se diferencian demasiado de una fiesta en una casa normal. Aunque la mayor parte de los huéspedes de hoy se pasarán el día desnudos, los dueños están preparando un bufé a base de canapés y, hasta el momento, todo el que ha venido ha traído consigo una botella, una bandeja de tartaletas caseras o una tarjeta para la chica del cumpleaños.

Son las cuatro de la tarde de un sábado frío pero despejado. Suzie lleva todo el día revoloteando alrededor de la cocina anticuada de esta granja pintada de blanco situada en una finca de cuatro mil metros cuadrados de campos sembrados y bosques. Lleva puesto un vestido vaquero corto, unas botas que le llegan hasta los muslos y una máscara veneciana, que ahora reposa en lo alto de su cabeza mientras bebe limonada de un gran vaso de plástico y ayuda a la anfitriona y a sus mejores amigos a preparar aperitivos.

–Pon algunos tomates cherry en la bandeja –dice la mujer. Agita una botella de aderezo para ensaladas casero con tanta fuerza que sus pechos caídos se zarandean–. Que quede bonito.

Suzie está encantada de haber venido. No tiene planeado quedarse toda la noche y no tiene ni expectativas ni ambiciones puestas en la velada, pero tiene la misma sensación de

relajación, de liberación, que la embarga siempre que se encuentra en compañía de gente que la entiende, al menos hasta cierto punto.

–Ojalá hubiera traído una tarta o algo –dice Suzie mientras arroja alegremente tomates cherry entre unos sándwiches de jamón de aspecto mustio–. Me decidí a última hora.

–No te preocupes –dice Christine–. Nos alegramos de verte.

Suzie se gira. Se ajusta las gafas para poder taparse de nuevo la cara con la máscara. Sonríe a la anfitriona.

–¿Te está gustando tu fiesta de cumpleaños?

–Vuelve a preguntarme cuando lleguen más invitados –ríe Christine.

Ha saludado a Suzie estrechándola entre sus pechos y con un beso en cada mejilla.

–¿Esperas que venga mucha gente? –pregunta Suzie, echando otro trago–. Quizá el tiempo haya desanimado a algunos.

Christine echa un vistazo a través del grueso cristal. El cielo está azul pero los árboles que rodean el prado tiemblan con la brisa helada.

–Ya veremos –repone ella–. De todas maneras tengo una fiesta mañana con la familia. Esta es una noche de club como cualquier otra, solo que hoy recibiré algún que otro regalo.

–Me gusta lo que te has puesto –dice Suzie.

–Me ha costado un rato meterme en el corpiño –dice Christine–. No es cuero auténtico. Tienes que cubrirte de talco para poder ponértelo y, cuando te lo quitas, se nota la marca que te ha dejado en la piel. Por suerte, cuando eso pase estará demasiado oscuro para que nadie lo note.

Suzie oye el sonido de un coche entrando por el camino de grava. Se dirige hasta la puerta de atrás y sale al aire frío. Se mantiene en un equilibrio precario con las botas sobre los guijarros.

En el patio hay cuatro o cinco parejas tumbadas en distintos grados de desnudez, en hamacas y sillas plegables. Cuando venía con Simon, a Suzie le parecía divertido que también hubieran sacado sillones de mimbre. Se habían reído sin parar cuando ella le dio un codazo y le señaló la espalda y el trasero de un hombre de sesenta años que se acababa de levantar del asiento.

–Arrugas cuadriculadas –había bromeado ella.

Todo el mundo le sonríe cuando la ven en el patio. Ninguna de las personas que se han presentado hasta el momento son demasiado atractivas pero todas se han esmerado disfrazándose. Lamentablemente el frío y los campos embarrados han estropeado sus atuendos. En una tumbona a rayas hay una mujer de treinta y pocos que lleva puesta una parka impermeable sobre un body de encaje que deja su sexo al descubierto, mientras su compañero de cincuenta años sujeta su mechero como si fuera una estufa portátil, poniendo las manos en torno a la llama mientras tirita con sus vaqueros cortos y su camiseta ajustada.

Al otro lado del patio hay dos parejas charlando animadamente sobre el incremento del precio del petróleo. El hombre alto y moreno que ha llegado con una chica más joven con gafas vestida con un disfraz de gatita de PVC y un cárdigan de lana roja se está

quejando de que esta vez le ha costado ocho libras más llenar el depósito del coche que la última vez que vinieron desde su casa en Morecambe Bay. Está hablando con otro hombre joven y fornido que lo escucha como si estuviera realmente interesado. Se está quejando de que acaba de gastarse veinte mil libras en un coche nuevo pero que no tiene hueco para dejar los vasos y pita cuando no se pone el cinturón. Es una conversación agradable y a ninguno de los hombres parece importarle que el tipo más joven solo lleve puesta una bata blanca abierta y unas botas de goma.

Más tarde formarán parejas y grupos. Beberán, fumarán, reirán y chapotearán en el jacuzzi que hay al final del campo más alejado, junto a un chiringuito cutre que imita un quiosco hawaiano. Los más valientes podrán bañarse desnudos en el arroyuelo y en la humilde cascada que se bifurca en el huerto de manzanos a unos ochocientos metros de la casa, donde Suzie y Simon se sentaron una vez a fumarse un porro con una pareja gay de Leeds.

–Gente, estos son Jarod y Melissa. Saludad.

Big Dunc, el dueño de la casa y marido de Christine, la del cumpleaños, está presentando a dos recién llegados al resto del grupo. Jarod no tendrá más de veinticinco años. Tiene el pelo rubio y corto y una cara agraciada pero corriente. Lleva una camiseta de tirantes de hacer pesas que deja entrever un físico delgado a la par que fibroso. Parece contento aunque ligeramente incómodo.

La mujer es mayor. Más grande. Imponente e inabordable. Pelo negro corto. Podría ser su madre, si no fuera porque van cogidos de la mano.

–Ella es la única que ha venido sola –dice Christine sonriendo y señalando a Suzie–. Pronto habrá un montón de parejas para elegir. Nos alegramos mucho de que hayáis podido venir. ¿Qué os puedo traer de beber?

Suzie le da un sorbo a su bebida mientras los recién llegados la observan. Jarod sonríe. Melissa también, pero tarda un momento en hacerlo y no llega a media sonrisa.

–¿Dónde ponemos nuestras cosas? –le pregunta Jarod a la señora de la chaqueta encerada. Hace un gesto a su saco de dormir y a la bolsa de viaje.

–Big Dunc se encargará de eso –dice ella–. Por ahora dejadlo aquí. Podéis confiar en todo el mundo. La gente viene aquí a lo que viene, de modo que nunca ha habido robos.

Jarod sonríe como dando las gracias. La mujer de la parka, que Suzie cree que se llama Karen, le da un buen repaso al chico. Mira a su pareja y ambos intercambian una sonrisa.

–¿Es la primera vez que venís? –pregunta ella a los recién llegados.

–Sí, pensamos que podíamos probar –contesta Jarod–. Nosotros estamos abiertos a todo.

–¿Sois pareja de verdad? ¿O solo acudís juntos a los intercambios de pareja?

Melissa se gira para mirarla.

–Estamos aquí para jugar –zanja ella. Hay algo en su voz que sugiere que las preguntas no serán bien recibidas. Los allí presentes respetan sus deseos. Este tipo de encuentros están basados en la confianza. Todos los participantes en las fiestas han dicho alguna que otra mentira sobre dónde van. Algunos acuden con ligues que han conocido en internet.

Otros llevan vidas completamente distintas con otros compañeros o esposas y solo vienen con una «pareja de intercambio» a fiestas o a clubes nocturnos como estos. Y hay otros que están ahí con sus maridos y sus mujeres, para mantener su relación viva y excitante a base de tirarse a extraños, aterrados ante la posibilidad de que sus hijos descubran lo que mamá y papá han estado haciendo durante su viaje de fin de semana.

Suzie se siente un poco un caso aparte. No le apetecía que Jota y Jota la trajeran en el coche y ha venido conduciendo sola. Si ellos se presentan más tarde, se disculpará y si es necesario se inventará alguna excusa. Se está aguantando las ganas de beber alcohol para poder regresar a casa en coche si le apetece, pero empieza a tener ganas de una copa de vino.

Todavía no ha encendido el móvil. No sabe si Anthony la habrá llamado. Recuerda vagamente que él la metió en un taxi que la llevó a casa, pero la idea de encender el teléfono y tener que ponerse a examinar todos los mensajes y los recados en el buzón de voz de los últimos cuatro días la aterroriza. Aunque está pensando en él. Se acuerda de la sonrisilla sorprendida en su cara mientras la escuchaba parlotear. La ternura con que la había abrazado en la calle mientras ella lloraba en sus brazos. Su forma de plantar cara en el banco y de salvarla con su generosidad caballerosa.

–Toma.

Suzie ha estado contemplando el extremo de los campos llanos y verdes y tratando de averiguar si era posible ver Lincoln Minster a esta distancia, y se sobresalta cuando Melissa le pone una botella de cerveza en la mano.

–Lo siento –se disculpa nerviosamente, cogiendo la bebida–. Estaba en las nubes.

Melissa la observa. Su mirada es muy intensa.

–Me gusta tu máscara –dice–. Parece una buena idea. ¿La gente suele llevarlas?

–Solo si quieren –repone Suzie, con la mente en otro sitio, tomándose la cerveza que no ha pedido pero que agradece–. No se trata de conservar el anonimato. Aquí todo el mundo conoce a todo el mundo.

–¿Sí?

Suzie piensa en ello.

–Bueno, no. Supongo que todo el mundo confía en todo el mundo.

–¿Esta gente te conoce?

–Me han visto la cara.

Melissa sonríe sinceramente por primera vez.

–Apuesto a que te han visto muchas otras cosas.

Suzie echa otro trago y señala con la botella a Jarod, que está hablando con otra pareja de recién llegados sobre los problemas que ha tenido para encontrar la ubicación del sitio con el navegador.

–Jarod, ¿verdad? Qué nombre tan interesante.

Melissa se encoge de hombros, como dando a entender que en ese momento no le interesa Jarod demasiado. Suzie se siente un poco incómoda con esta mujer más vieja y más voluminosa que ella mirándola fijamente. Ya había jugado antes a este juego, claro. Ha experimentado una y otra vez. No cree que no le apetezca volver a hacerlo esta

noche, pero por el momento no hay nada que despierte su deseo. Solo está disfrutando de ver el campo y de desaparecer por un momento. Los eventos de la semana son como un montón de monedas frías encajadas en su garganta. Se siente alicaída e intoxicada. Se figura que al tragar notará un sabor a sangre. Su existencia pasa por momentos de euforia y aturdimiento y no consigue que sus pensamientos den lugar a preguntas. Sabe que no puede ignorar lo que ha pasado. Sabe que abandonó a un hombre muriéndose. También sabe que está un tanto asustada por su propia seguridad. Pero no puede separar ese sentimiento de la sensación de soledad y de aislamiento que la invade desde que Simon murió. Más que nada, sus pensamientos la llevan de vuelta a Anthony. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo esos sentimientos. ¿Estará experimentando el terror maravilloso de cuando una se pregunta si alguien le gusta?

–Esa la has despachado pronto –dice Melissa, señalando la botella vacía de Suzie–. Te traeré una bebida en condiciones.

Suzie se levanta la máscara pero luego vuelve a dejarla caer. Le gusta estar así, medio escondida. Se vuelve a ajustar el vestido. Deja al descubierto los lirios tatuados en su piel.

–Hola –dice una voz, tan cerca de su oído que le pone la piel de gallina.

Suzie se gira. Ve a Jarod mirándola a los ojos. Los suyos son de un verde penetrante.

–Bonito tatuaje –dice él, recorriendo el dibujo con una mano. Su tacto la hace temblar.

–Gracias. –la voz se le atraganta.

Una media sonrisa se dibuja en la cara del chico, que no aparta los ojos de su piel tatuada.

–Me siento como si hubiera estado buscándote.

Ha anochecido. Un paraje informe del norte de Lincolnshire: campos verdes y manzanos cuidados. Dos figuras riéndose, monigotes pintados a carboncillo.

–¿Esto les parece bien?

–Claro –ríe Suzie–. Todo les parece bien.

Está borracha pero es una sensación agradable. No se siente enferma y nota un mareo más parecido al que provoca un carrusel que al de una danza frenética. Se siente ligera. Tampoco está satisfecha, pero sí lo bastante contenta con esa sensación vertiginosa.

–¿Tienes frío?

–Sobreviviré.

El cielo de la noche tiene el color de la fruta golpeada pero sigue despejado y, aunque el frío arrecia, el viento ha cesado.

Suzie y Jarod cubren su piel desnuda solo con una bata. Hasta hace unos momentos estaban bebiendo vino en el jacuzzi con una pareja casada proveniente de Reading, y con un hombre corpulento de origen asiático con una enorme cantidad de vello corporal que nadie parece saber quién es.

Suzie lleva siete horas bebiendo. Hace rato que descartó la idea de volver a casa. Sintiéndose ebria, risueña, excitada, no ve ninguna razón para apresurarse a volver. No puede soportar la idea del piso vacío. Tiembla al imaginarse sentada a la mesa de la

cocina, intentando pensar en algo sano que hacer, antes de renunciar y comenzar a buscar webs de citas y canales porno para distraer su atención del hecho de que alguien ha intentado matarla y que su mejor amigo se quitó la vida...

–Por aquí –dice, abriendo un viejo portón de madera y señalando las seis piedras en pendiente que conducen al arroyo.

–Muy bonito –comenta Jarod, dejando caer la mano en su cadera. Toma la iniciativa y sigue el sonido del agua que corre con fuerza.

–¿Hay alguien ahí?

Suzie y él ponen cara de expectación mientras esperan que alguien responda, luego se echan a reír de lo tontos que parecen. Suzie nota un calor en su interior. Se lo está pasando bien, haciendo el tonto con este hombre joven, atractivo y juguetón. Se imagina, solo por un breve instante, que los últimos meses nunca hubieran ocurrido. Que se está riendo con Simon y que la muerte aún no ha aparecido en su vida.

–¿Es profundo?

En este punto, justo bajo la cascada en miniatura, el arroyo es más ancho. Tendrá algo menos de dos metros. El lecho del río es de cieno y tierra y las orillas se alzan hasta la hierba suave y húmeda.

–Hasta la cintura –contesta Suzie, avanzando de puntillas con precaución hasta el borde del agua. Tiene frío; el agua caliente del jacuzzi que la empapaba se ha helado durante su paseo por los campos.

–No puedo creer que estemos haciendo esto –dice Jarod, riéndose. Se inclina hacia delante y le da un pequeño beso a Suzie en la mejilla. Es algo amistoso, no sexual. Puede que hayan estado juntos y desnudos en el jacuzzi pero, por ahora, nada indica que vayan a ir más allá de las bromas y las risas. Disfrutan mutuamente de la compañía. Son los más jóvenes de la fiesta. Se han estado partiendo de risa con la borrachera al escuchar los comentarios del otro sobre el resto de los invitados, todos descaradamente hirientes. Han charlado de fútbol y de música, dejando a un lado cualquier cosa relevante.

–¿Crees que nos ha visto? –pregunta Jarod, escrutando la oscuridad–. Es como un sabueso.

Melissa, la mujer que lo acompañaba, no es una invitada popular en la fiesta. Apenas les ha quitado ojo a Jarod y a Suzie en todo el día, y aquellos que se le han acercado para proponerle que busquen una habitación privada o algún otro sitio para conocerse mejor han sido recibidos con una mirada gélida. Suzie no quiere saber de qué naturaleza es la relación de su nuevo amigo con la señora, pero supone que no está orientada a casarse y tener hijos.

–Oh, ¡está helada! –Suzie ha metido un dedo del pie en el agua. Hace una mueca. Se quita las gafas y las deposita en la orilla. Se sube el bajo de la bata prestada y entra en el agua hasta los tobillos.

–Si tú te animas, yo también –dice Jarod. No parece muy decidido. De hecho, de repente parece frío y reacio.

–Ha sido idea tuya –dice Suzie, y su risa tintinea, el único sonido aparte del torrente de agua.

–¿Cómo hemos terminado aquí? –pregunta Jarod con aire pensativo. Se diría que está tratando de distraer a Suzie para evitar cumplir su promesa de lanzarse al agua.

–Dijiste que querías una piscina para zambullirte. Dijiste que hacía demasiado calor en el jacuzzi. Que ibas a tener demasiado calor. Que la tarea…

–No, oye –dice, señalando a su alrededor con el brazo–. ¿Qué edad has dicho que tenías? ¿Veinticinco? Yo tengo veintidós. Son todos, no sé, viejos.

Suzie frunce el ceño.

–Solo es gente que quiere pasarlo bien –repone–. No vas a encontrarte con Angelina Jolie en un sitio como este. –Hace una pausa–. O quizá sí. Parece de las que no le hacen ascos a nada.

–No me imaginé que esto sería así.

Suzie hace un mohín.

–¿No te lo estás pasando bien?

Jarod hace un gesto en dirección a la casa.

–No somos pareja –explica con voz soñolienta–. Lo hemos hecho algunas veces. La conocí por internet y resultó que vivíamos cerca. No me pone ni nada de eso. Ni siquiera sé cómo hemos acabado en la cama.

En ese momento Suzie está temblando, el agua le llega por las rodillas y ni siquiera está escuchando.

–Esta es su fantasía –dice él–. Quiere ver cómo me lo monto con otra persona.

Suzie se encoge de hombros.

–No da la impresión de que quiera eso.

Jarod asiente con entusiasmo.

–Por cierto, en realidad no me llamo Jarod. Soy Luke. Pero me gusta el nombre de Jarod.

Suzie sonríe.

–Yo me llamo Suzie de verdad. Hay gente que me llama Florecilla.

–Te pega.

–Gracias. Jarod es un gran nombre. Te sienta mejor que Luke.

Se sonríen el uno al otro, medio borrachos, medio felices, ahí, hasta la rodilla en un riachuelo lleno de cieno.

–¿Te apetece empaparte? –pregunta Jarod mirando el agua.

Ahora mismo Suzie no está segura. Sabe que será un subidón zambullirse en el agua, pero de repente parece demasiado fría. Incluso demasiado oscura. Vuelve a acordarse de Simon antes de que pueda evitarlo. Recuerda la última vez que se arrojó a estas aguas, de la mano de su mejor amigo.

–La próxima vez –dice ella subiendo lentamente el terraplén de la orilla.

Por encima del sonido del agua cayendo oye voces. Levanta la vista a la cima de la pequeña pendiente y ve asomando por encima de las piedras una pareja desnuda y al asiático con una toalla de baño gigante.

–¡Hola! –grita Jarod para alertar a los recién llegados–. El agua está estupenda.

El trío de bañistas saluda con la mano y se echa a reír.

–¿Está helada? –pregunta la voz de una mujer.

–Demasiado fría para nosotros –responde Jarod.

Se cruzan mojados, desnudos e incómodos en las piedras de la pendiente. Suzie capta un olorcillo a cerveza y marihuana. El asiático gordo le dirige una sonrisa ingenua e inocente. Ella se pregunta si no estará ahí por equivocación.

Suzie y Jarod comienzan a caminar hacia la casa. Están descalzos y resulta agradable pisar el césped mojado. Tras ellos se oyen cada vez más débiles los chillidos de alarma y de excitación de los tres bañistas aventurándose en el arroyo.

–¿Crees que Melissa estará haciendo amigos? –pregunta Suzie en voz baja, mientras pasan bajo las ramas colgantes de un manzano; Suzie deja que las hojas jugueteen entre sus dedos.

–Lo dudo –dice Jarod, con una carcajada–. Oye, ¿has...?

No le da tiempo a terminar la frase.

Suzie percibe un movimiento brusco y se gira a tiempo de ver caer a Jarod de rodillas. Se ha desplomado como si alguien lo hubiera golpeado desde atrás. Incluso estando tan oscuro puede ver la súbita explosión color carmesí que tiñe su cara inexpresiva mientras cae hacia delante.

Suzie comienza a chillar, pero no encuentra palabras. Se gira; el mundo para ella es caos y movimiento, oscuridad y ruido. Entonces una mano la agarra del pelo y la empuja al suelo.

Tiene la cara contra la hierba, la boca llena de tierra. Siente una presión en la espalda. Unos brazos fuertes la sujetan por los hombros, un puño la agarra del pelo.

Siente cómo tiran frenéticamente de su ropa y, en ese momento, sabe lo que va a pasar. Sabe que la van a violar. Sabe que, sin Simon para protegerla, sus temores se están haciendo realidad...

La zarandean arriba y abajo hasta que el cinturón de la bata se suelta. Suzie intenta defenderse a codazos, hincarle las uñas a quien la tiene aprisionada pero, de repente, es consciente de su debilidad: las gafas que se le clavan dolorosamente en la cara, el repentino sabor a sangre que nota en la boca al morderse la lengua.

Ahora el cinturón está suelto. Tiene el pecho y el estómago desnudos y aplastados contra la hierba. Nota más tierra en la boca.

Un tirón fuerte que casi le arranca el pelo de raíz y le colocan el cinturón alrededor del cuello. Oye un siseo que se acopla al sonido de la sangre que bombea en sus oídos cuando la garganta se le cierra del todo.

«Simon. Por favor. Simon...»

–¿Qué coño es esto?

Un coro de gritos. Protestas repentinas.

–¿Quién...? Quítate de encima, hijo de puta.

La presión cede de inmediato. Puede respirar. Sí. ¡Puede respirar!

–Ven aquí, cabrón...

–¡Detente!

Suzie, tosiendo sangre y tierra, tratando de recuperar el aliento, de volver a ser ella

misma. Quiere ver quién le ha hecho esto. Quiere ver quién está intentando acabar con su vida.

Lágrimas en los ojos. Hilos de sangre en la cara.

De repente se siente más leve que el aire. Como si volara. Elevándose: un éxtasis casi ebrio.

El asiático gordo la coge en brazos. Aprieta la cara contra su pecho húmedo y velludo. El corazón le late con fuerza, enmascarando el sonido de las pisadas presurosas y los gritos distantes.

Capítulo 23

Domingo, media mañana. Una pierna de cordero asándose en el horno y el olor a grasa y carne aderezada con ajo inundando la pequeña vivienda de dos dormitorios.

McAvoy mira a su mujer. Lleva un top de terciopelo sintético morado y pantalones cortos de correr. Se ha desmaquillado y dan ganas de besar su piel oscura, suave y bronceada en esta semipenumbra del dormitorio, solo iluminada por la lámpara en forma de fantasma que hay sobre la cajonera de Fin.

–¿Estás contenta, cariño?

Roisin le dedica a su marido una sonrisa radiante. Luego le grita de broma «¡Cógela!» y finge que le lanza a la niña. Él adopta una postura de jugador de rugby y ambos se echan a reír por su respuesta instintiva.

–¿Vamos a ver la película ahora? –pregunta Fin.

El niño estaba arriba, jugando con sus cosas, cuando ha preguntado si su hermana podía jugar con él. Roisin ha llevado a Lilah al piso de arriba y le ha dicho que jueguen despacito y que no deje que su hermana se acerque a los juguetes compuestos de piezas pequeñas. Diez minutos más tarde Fin les ha gritado a sus padres diciéndoles que su hermana había emitido un sonido que definitivamente podía tomarse por una risa. Sus padres han necesitado pruebas y se han dedicado a hacer el tonto. Lilah no ha respondido a las vocecitas bobas ni a los saltos de Roisin, pero había dado señales de estar pasándoselo bien cuando McAvoy lanzó a su mujer por los aires y la tiró a la cama.

–Claro, Fin, ahora la pondremos. ¿Has terminado de jugar?

A McAvoy lo interrumpe el sonido de una canción de Shakira. Roisin se hurga en el escote para alcanzar su móvil y se coloca a Lilah sobre la cadera mientras habla.

Mira a McAvoy poniendo los ojos en blanco mientras pregunta quién es.

Su sonrisa se esfuma. Deja de mirar a su marido. Se aparta de él.

–Papá, ¿podemos...?

McAvoy silencia a su hijo. Va hasta donde está su mujer y le gira la cara para poder mirarla.

–Pero eso es una locura –está diciendo su mujer–. Esto no es un asunto de honor. ¿Cómo iba a serlo? Nunca accederá. Es policía. No, eso...

McAvoy acaricia el antebrazo de su mujer, intentando conseguir respuestas. Tiene un presentimiento, un desasosiego en el estómago y en el pecho. La inquietud de que algo se avecina.

–Dile que no –dice Roisin–. No.

Cuelga el teléfono. Se vuelve hacia McAvoy. Tiene la cara pálida. Unas líneas oscuras bajo sus ojos, invisibles hasta hace unos momentos, parecen haber alcanzado de repente

las proporciones de un moratón.

–Fin, ¿puedes vigilar a tu hermana durante cinco minutos? Eso es, buen chico.

A Roisin le tiembla ligeramente la voz. Su tono es mortecino.

Vuelve a dejar a Lilah sobre su alfombra de juegos y coge a McAvoy de la mano para sacarlo de la habitación y conducirlo al dormitorio principal. Luego enciende la luz y se sienta en la cama, mirándolo con los ojos muy abiertos.

–¿Le has hecho daño a Ronan?

McAvoy está tan nervioso que casi le tiemblan las manos y se encuentra demasiado sorprendido para contestar. Trata de adivinar lo que le van a decir a continuación. No es capaz de pensar lo bastante rápido.

–Han instalado un nuevo campamento en los terrenos de juego de Anlaby –explica ella–. Algunos de los chicos de Cottingham se han instalado allí.

McAvoy extiende las manos, ansioso por enterarse de cuál va a ser su próxima preocupación.

–Sí, estuve allí hace unos días, cuando se escapó un caballo, te lo conté...

–Estuviste hace un par de noches. Arrestaste a Ronan.

McAvoy frunce el ceño. Le viene a la mente una imagen del chico pelirrojo. Se ve a sí mismo sujetándolo contra el suelo y agarrándole las manos por la espalda. Vuelve a oír las amenazas siseadas.

–¿Lo conoces? Fue él quien azuzó los perros contra Trish.

Roisin le quita importancia a la pregunta con un gesto.

–Creo que una vez coincidimos en una boda. Esa no es la cuestión. –Se detiene–. Aector, ¿sabes quién es su padrino?

McAvoy se esfuerza por no perder el hilo.

–¿Qué? No.

–Mira, Aector, la gente sabe quién eres. Saben que eres el poli grandullón y pelirrojo con el que Roisin Byrne se escapó y se casó. Conocen tu nombre.

–¿Y eso qué importa?

El tono de voz de McAvoy lo delata. No han tenido que hablar de estas cosas durante muchos años. El pasado de su mujer y su herencia cultural son cosas que ambos hace mucho que asimilaron con su matrimonio. Son pareja desde que ella tenía diecisiete años. Se conocieron en un campamento a las afueras de Carlisle. Ella era una chica risueña de cabello color azabache a quien le parecía divertido pero no cautivador aquel joven y gigantesco agente uniformado que se ponía como un tomate cada vez que tenía que interrogar a los hombres del campamento sobre una serie de robos. Solo tiempo después su relación pasó a ser algo más. Una unión sellada por el fuego. Convertida en algo más profundo e inquebrantable por un instante de violencia que dejó a McAvoy con las manos manchadas de sangre y una chica llorando entre sus brazos. A Roisin acudieron a rescatarla la suerte, el destino y un gigante de pelo color fuego y una determinación furiosa en la mirada.

–Aector, el padrino de Ronan ha oído lo que hiciste. Ronan se las ha ingeniado para llamarlo. Le ha contado que le pegaste. Que le ataste las manos y lo apaleaste.

–Esto es de locos –farfulla McAvoy–. Yo nunca...

–No importa –zanja ella con lágrimas en los ojos–. Es lo que él cree. Y quiere un ajuste de cuentas.

McAvoy abre la boca. Hace una mueca. Respira tranquilo, creyendo que el problema no es mayor que los que ya se trae entre manos.

–¿Un ajuste de cuentas? ¡Soy policía! Les has dicho eso, ¿verdad? –Se detiene. Arruga el ceño–. ¿Quién te ha llamado?

–Alguien que quería hacernos una advertencia.

–¿Amistosa o todo lo contrario? –pregunta McAvoy, ahora con voz un tanto cortante.

–Aector, todavía hay gente que se preocupa por mí. No estoy muerta para todo el mundo.

McAvoy advierte que su mujer está a punto de perder los estribos y se sienta junto a ella en la cama. Rodea con el brazo sus hombros pequeños y torneados.

–No me refería a eso –dice.

Sabe lo mucho que ella ha sacrificado al casarse con él. Sabe que su madre y su padre prácticamente son incapaces de reconocer que su hija pequeña se haya casado con un policía mediante una simple ceremonia en el registro. Sus dos hermanos reniegan de ella. Roisin fue criada bajo la premisa de que la familia está por encima de todo. Sabe que una parte de su alma se escindió el día que le contó a sus padres que se había enamorado del policía que había arrestado dos veces a su progenitor.

–Aector, su padrino es Hamer.

McAvoy escruta su cara, esperando más información.

No hay más.

–¿Hamer?

–Giuseppe Hamer. Beppe.

McAvoy vuelve a ponerse de pie. Hay un vaso de agua medio lleno sobre la mesita de noche y le da un sorbo, enjuagándose la boca hasta que se calienta.

–Soy policía, Roisin. No nos metemos en peleas. Tratamos con gente peligrosa todo el tiempo.

Roisin se levanta y se aproxima a su marido. En ese momento hay miedo en la expresión de su rostro.

–Eso no le importará –dice–. Es una costumbre gitana. Cuestión de honor. Ronan le ha dicho que tú le hiciste daño y se acabó. El uniforme no importa.

McAvoy suspira. Podría pasar sin esto.

–Roisin, de verdad, no puede esperarse que me presente allí y nos liemos a puñetazos.

–¡Claro que sí! Eso es lo que exige.

–Bueno, a mí no me ha exigido nada.

–Así es como funciona esto, Aector –dice ella pacientemente, como si se lo estuviera explicando a un niño–. Se corre la voz. Alguien te pasa el mensaje. Se acuerda un sitio y una hora. Os encontráis y peleáis. Hasta que caiga uno de los dos.

–¿Muerto?

–No, muerto no. Hay reglas. Hay un árbitro. Él se encarga de que las cosas no

terminen siendo...

–¿Mortales?

–Sí. Pero la gente sale herida. Muy malherida. Y Giuseppe Hamer es el responsable.

McAvoy se termina el vaso de agua. Vuelve a acomodarse en la cama y sienta a Roisin en su rodilla. La verdad es que no está realmente intranquilo. Le entristece que su mujer esté preocupada y sabe que tendrá que lidiar con esta situación en un momento determinado pero, comparado con todo lo que ahora se le viene encima, Giuseppe Hamer no está en su lista de prioridades. Subraya el nombre mentalmente. Toma nota para investigarlo y cruzar sus datos para comprobar si guarda alguna relación con las bandas de estupefacientes vietnamitas.

–Puedo cuidar de mí mismo –asegura McAvoy–. Me dedico a esto.

La respuesta no parece apaciguar a Roisin.

–¿Pelearás con él, Aector? ¿Si no quedara más remedio? ¿Por honor?

McAvoy se queda mirándola. Se da cuenta de que se ha equivocado. Ella no teme que Hamer le haga daño. Teme que no luche.

–No hay honor en algo así –repone fríamente–. Moriría haciendo lo que creo que es correcto, pero ¿esto? ¿De verdad crees que soy así?

Roisin entierra la cara en las manos.

–No sé lo que quiero. A veces me siento como una extraña. No entiendo cómo son las cosas, la forma en que tenéis todos de comportaros.

–¿Quiénes somos «todos»?

Permanecen sentados en silencio. Por un momento, McAvoy se plantea acceder. Plantarse y recibir puñetazos de un luchador a pelo. Se ríe entre dientes. Extiende la mano y le acaricia la melena a su mujer.

–Seré quien tú quieras que sea, Roisin. Moriría por una sonrisa tuya.

Ella niega con la cabeza.

–Eso no es lo que quiero. Ni siquiera quiero que pelees. Quiero que seas tú mismo. Un hombre bueno, valiente, que se preocupa por los demás. Pero entonces veo la cara de mi madre y la forma en que despreciaría a sus hijos si alguno se negara a participar en un ajuste de cuentas y entonces simplemente no sé cómo ser yo misma.

McAvoy la atrae hacia él. La abraza. Se casaron cuando ella era tan joven. Su vida estaba con los gitanos y partió hacia su mundo sin volver la vista atrás. Hay veces en las que ambos sienten que se han casado con alguien de otra época.

Trata de hacerla sonreír.

–Lilah ha estado increíble, ¿no crees?

Haciendo un esfuerzo de voluntad, Roisin se deja llevar por pensamientos más agradables.

–Ha heredado mi risa, no la tuya.

–Eso es un alivio –dice McAvoy–. Si no, asustaría a la gente.

Fin aparece en el umbral de la puerta. Está enfurruñado y deja claro que está listo para ver la película.

–Ve abajo con mami –dice McAvoy. Ayuda a Roisin a ponerse de pie–. Yo voy a hacer

un par de llamadas, luego bajaré también.

Ella mira a su marido. Le despeina la cabeza y se inclina para acariciarle las mejillas donde empieza a despuntar la barba rasposa.

–Eres mi héroe.

La familia baja al piso de abajo, dejando a McAvoy a solas en el dormitorio. Coge el portátil que se estaba cargando junto a la cama y se lo coloca sobre las rodillas mientras se recuesta en el cabecero. El ordenador se quedó sin batería mientras miraban posibles destinos vacacionales la noche anterior. La pantalla se ha quedado congelada en una imagen de un lago en Suecia. Es la vista desde una cabaña de troncos remota adonde espera poder llevar a su familia a pasar una semana en invierno, si es que se lo puede permitir. O hacen el viaje o se quedan en casa, depende de que la compañía de seguros le pague el coche. No tiene grandes esperanzas.

Entra en el correo del trabajo usando la clave y el código de acceso remoto. Lee sus mensajes. No ha recibido nada de la Unidad de Soporte Técnico pero tiene un correo de una línea del subdirector Everett dándole las gracias por reescribir su discurso. Todo ha ido bien.

Frunce los labios sin tener muy claro si no estará buscándose problemas, pero igualmente accede al registro nacional de la policía. Introduce el nombre «Giuseppe Hamer» y resopla con los labios apretados mientras en la pantalla van apareciendo las actividades delictivas de este criminal reincidente de cuarenta y ocho años. Ojea los distintos crímenes cometidos. Robo a mano armada. Lesiones físicas. Ocultación de bienes robados. Ha cumplido cuatro condenas distintas bastante largas. Lo pusieron en libertad el pasado mes de septiembre y desde entonces no ha acudido a ninguna de las citas con su agente de la condicional. Se encuentra en busca y captura.

McAvoy pulsa sobre la foto policial. Amplía la imagen hasta que esta llena la pantalla. Mira fijamente la cara de este hombre fornido de rasgos bovinos con pelo cortado a cepillo, ojos porcinos y barba gris de varios días. McAvoy comprueba su altura. Casi un metro noventa. Hace un pequeño gesto de asentimiento.

–Vale –murmura.

Está a punto de cerrar la pantalla cuando se le ocurre echar un vistazo a los cómplices de Hamer. No sabe muy bien si espera encontrarse el nombre de Ronan o el de Roisin.

Baja por la pantalla en busca de nombres familiares. Se detiene al llegar a Alan Rourke. En 1993 cometieron juntos un robo a mano armada. Atracaron una oficina de correos en un pueblo a las afueras de Leicester. Fue un atraco corriente: mucho ruido y muchos gritos y una escopeta apuntando a la cara de señora de la ventanilla. Se habrían escapado sin problemas si Hamer no se hubiera acordado, cuando salían por la puerta, de que había llamado «Al» a su cómplice al gritarle las instrucciones. A pesar de las protestas de Rourke se había bajado del coche en el que iban a fugarse para volver a entrar y silenciar a la testigo. La decisión le costó cara. Cuando se presentó la policía, Rourke y Hamer seguían discutiendo en la acera si debían añadir o no el asesinato a su lista de crímenes. La persecución fue corta. Rourke estrelló el Toyota robado y ambos hombres fueron apresados. Cumplieron siete años de una condena de doce en total.

McAvoy anota un par de datos. Cierra los ojos, consciente de que están a punto de echarle la bronca, y luego coge su móvil. Llama a Colin Ray.

–¿Qué es lo que quieres? –Su voz suena cansada y de cascarrabias.

–Es sobre Alan Rourke –expone McAvoy, decidido a decir lo que tiene que decir y luego colgar el teléfono–. Uno de sus cómplices. Un tal Giuseppe Hamer. Merece la pena investigarlo.

Al otro lado de la línea se hace el silencio. McAvoy se pregunta dónde estará el otro hombre. Cae en la cuenta de que no sabe casi nada de su vida. Solo que se ha divorciado dos veces y que vive en un apartamento en el centro de la ciudad. Desconoce su día a día y le resulta difícil imaginárselo sin Shaz Archer pisándole los talones. Se le pasa una idea por la cabeza. Se pregunta si entre ambos habrá una relación más allá de la de maestro-protegida. Se da cuenta de que muchos de sus compañeros ya se lo habrán preguntado antes. Se plantea por un instante si alguna vez circularán ese tipo de rumores acerca de su relación con Trish Pharaoh.

–Es domingo por la mañana, chaval. Estoy ocupado.

–¿Ah, sí? –McAvoy trata de parecer amistoso. No puede evitar sentir curiosidad.

–De hecho voy a recoger a los chicos. Hay partido de fútbol.

–¿Sí? ¿Quién juega?

–Nosotros, pedazo de gilipollas. Cerca de Bridlington.

McAvoy recuerda vagamente una conversación que mantuvo con Colin Ray poco después de unirse a la unidad. Se acuerda de que el oficial veterano entrena uno de los equipos de la policía. También de la cara que puso el inspector cuando él le contó que le gustaban el rugby y el boxeo y que el fútbol no le interesaba lo más mínimo.

–¿Estás conduciendo? –McAvoy está a punto de ofrecerse a llamarlo cuando pueda atender el teléfono sin peligro.

–¿Qué coño quieres?

McAvoy se sonroja. Desearía poder hablar con la gente con cierta comodidad o con aplomo.

–Uno de los antiguos cómplices de Alan Rourke. Es un verdadero animal. Un tal Giuseppe Hamer. También es el padrino de Ronan.

Una pausa al otro lado de la línea.

–¿Hamer?

–Sí. Especialista en robo a mano armada. –Piensa durante un segundo si debería contarle más. Se da cuenta de que tiene que hacerlo–. Es gitano.

Ray suelta una carcajada que podría tomarse por un ladrido.

–No me digas.

McAvoy se calla.

–Creo que merecería la pena investigarlo, eso es todo.

Ha hecho todo lo posible por mantenerse al tanto de la investigación de Rourke pero sabe que el viejo ladrón no soltó prenda en los interrogatorios. Se limitó a decir «sin comentarios». El joven Ronan apenas si ha soltado algo. Perdió los estribos, gritó y chilló durante todo el interrogatorio. Ni Ray ni Archer han conseguido sonsacarles a ninguno de

los dos ni una palabra útil y, aunque se cabrearon cuando les concedieron la fianza, ninguno de los polis se esperaba otra cosa. Ronan dio la casa de Rourke como dirección de contacto y el otro hombre declaró por escrito que él era el tutor actual del chico. Los de servicios sociales se fueron tan contentos. Y Ronan se las piró en el momento en que puso un pie en la calle.

–Hamer, conozco el nombre –dice Ray en voz baja, al parecer tratando de hacer memoria–. Un luchador, ¿verdad? De los que pelean sin guantes.

McAvoy no está seguro de qué responder. Comienza a introducir el nombre de Hamer en Google por distraerse.

–¿Boxeador? No creo...

–Peleas de gitanos –repone Ray–. Luchan a pelo, sin protegerse los nudillos. Creo que es de esos.

McAvoy encuentra un enlace con el nombre del gitano. Lo pulsa. Siente que se le corta la respiración cuando pulsa el *play*: es un vídeo que muestra a Hamer desnudo hasta la cintura, con los nudillos vendados, pegándole derechazos en las costillas a un hombre más joven mientras una multitud de chavales forman una especie de círculo alrededor de los luchadores. Un hombre musculoso con una camiseta blanca trata de separarlos. De imponer algo de orden. Le cuesta trabajo.

–Eso es ilegal.

–Que te den, chaval –le espeta Ray–. Todo lo divertido es ilegal. Y los gitanos llevan siglos haciendo esa mierda. Los llaman ajustes de cuentas. Peleas por el honor. Ahora son un gran negocio. Están organizadas como si fueran peleas profesionales. Grandes multitudes. Y las ventas de DVD son impresionantes.

–Estoy viéndolo pelear ahora mismo –dice McAvoy–. ¿Cómo puedo estar viendo una pelea ilegal? No he hecho más que pulsar un botón...

Ray suelta una carcajada desprovista de alegría.

–Me encantaría ver el mundo a través de tus ojos, chaval. Hay que joderse.

McAvoy pausa el vídeo justo cuando la cámara hace un primer plano de la cara contorsionada y salpicada de sangre de Hamer. Los vendajes de los nudillos también están teñidos de rojo.

–El interrogatorio –demanda McAvoy–. Ronan.

Ray vuelve a reírse.

–Por ahora una jodienda –replica–. Tuvimos que sedar al cabroncete. Cada vez que lo metíamos en la celda se le iba la olla. Comenzaba a darse cabezazos contra las paredes. No está contento contigo.

–¿Conmigo?

–Está un poco mosqueado porque lo redujiste como si fuera un saquito de mierda.

McAvoy no sabe muy bien si debe mostrarse orgulloso o humilde.

–Soy policía.

Ray no dice nada por un momento. Luego, como si le doliera decirlo, añade:

–Por cierto, lo hiciste bien. Lo detuviste. Yo me caí. El muy mierdecilla me atizó en la mandíbula. Aterricé sobre una costilla. Duele una barbaridad...

McAvoy sabe que, si habla, estropeará el momento, de modo que se limita a asentir.

–¿Alguna noticia de Pharaoh? –consigue decir.

–Se reincorpora mañana o eso cree –responde Ray, alegrándose también de cambiar de tema–. La vacaburra podría haberse cogido unos meses de baja. Es evidente que necesita volver para asegurarse de que somos capaces de limpiarnos el culo.

McAvoy deja que hable el otro hombre. Se pregunta qué implicaciones tiene el regreso de Pharaoh. Si no habrá hecho las cosas lo bastante mal como para merecerse algo más que una reprimenda. Si conseguirá a tiempo el informe de la Unidad de Soporte Técnico para enseñárselo y usarlo como prueba concluyente para abrir una verdadera investigación por asesinato. Si no debería haberse limitado a hacer lo que le pidieron. Se pregunta, por un instante, por qué no está intentando pillar con las mismas ganas a los dos matones de cabeza rapada que han dejado fuera de combate a los vietnamitas, causando que las estadísticas por crímenes violentos suban como la espuma.

–Bueno, disfrute del partido, señor –dice McAvoy–. Espero que ganen.

–Disfruta de la mierda que suelas hacer –repone Ray, poniendo fin a la llamada.

McAvoy escruta por un momento más los ojos de Giuseppe Hamer. Aparta sus temores. Llama a la Unidad de Soporte Técnico y pregunta por Dan.

–Sargento –dice el hombre más joven cuando se pone al teléfono–. ¿Va todo bien?

–Lo cierto es que esperaba tener tu informe hoy por la mañana –dice McAvoy–. La superintendente Pharaoh expresó claramente que era un tema muy urgente.

–Sé que lo hizo –contesta Dan–. Me he quedado levantado hasta las tres de la mañana para esto. Ella se merece una buena noche de sueño, ¿no cree? Por eso le envié el informe.

McAvoy cierra los ojos.

–¿Se lo has enviado a la superintendente Pharaoh?

–Sí. ¿Y?

–¡Te pedí que me lo enviaras a mí! ¡A mí! –Suena exasperado. Infantil.

–¿Y qué diferencia hay? Quería que ella supiera todo el empeño que he puesto para...

El sonido del timbre le evita a McAvoy el esfuerzo de formular otra frase. Se aparta el teléfono de la oreja y trata de oír la conversación amortiguada en el piso de abajo. Un momento después oye pisadas en las escaleras.

–Volveré a llamarte –dice antes de colgar el móvil.

Levanta la vista, dispuesto a sonreírle a su mujer, cuando la puerta se abre. Se le congela la expresión tal y como está y el color abandona su rostro.

En la puerta de su dormitorio, con el cuello cubierto de gasas y las manos vendadas, luciendo unos vaqueros, una camiseta demasiado ajustada y una chaqueta de cuero, está la mismísima Trish Pharaoh. Tiene las cejas tan enarcadas que casi se le juntan con el nacimiento del pelo.

–Jefa, yo...

De repente cae en la cuenta de que solo lleva puesto un pantalón corto. Que tiene un portátil en el regazo. Cierra la pantalla como un adolescente culpable que estuviera viendo porno.

Pharaoh levanta un puño lleno de páginas impresas.

–¿Qué tal si charlamos? –pregunta.

Su voz podría machacar el acero.

–Tu señora es un pibón –dice Pharaoh, apoyándose contra la pared del dormitorio y no haciendo ningún intento de apartar la mirada mientras McAvoy se pone una sudadera con capucha y se aplasta el pelo con la palma de la mano–. No es como me la había imaginado.

McAvoy se pregunta qué opinará su mujer de su jefa. Y qué opinará de él, cuando esta se marche.

–Gracias –responde, distraído. Hace un vago gesto con la mano para señalar sus heridas–. ¿Y cómo está?

La expresión de Pharaoh no cambia. Continúa observándolo con los ojos muy abiertos y marcando las distancias.

–Dolorida. Es lo que tiene que te ataquen unos rottweilers.

–Ojalá hubiera estado allí...

–Sé que lo dices en serio.

McAvoy se detiene. Permanece de pie junto a la cama y la mira a los ojos.

–Estaba preocupado –dice.

Pharaoh se ablanda. Por un momento es la madre indulgente que acepta un dibujo de agradecimiento de un crío travieso.

–Daniells se interpuso. Le dio una patada a uno justo en los huevos.

–Él también salió herido.

–Pobre corderito.

–Lo hizo bien.

–Él no es tú –dice ella, encogiéndose de hombros. Sea lo que sea que quiere implicar con ese comentario, no añade nada más.

McAvoy no puede evitarlo. Señala los papeles que ella tiene agarrados.

–¿El informe técnico? –pregunta, estremeciéndose.

–Sí, me lo han mandado a las tres de la mañana junto con una notita de algún informático friki que quería que supiera lo mucho que había trabajado en esto, además de toda la información que había pedido y que ha sido debidamente asignada a mi presupuesto.

McAvoy se pasa las manos por la cara. Se percata de que se está mordiendo la parte de la mano que queda entre el índice y el pulgar.

–Es el caso que le comenté, jefa –aclara él–. Me sugirió que le echara un vistazo.

Pharaoh se pasa la lengua por la parte interior del labio. A pesar de sus heridas, va maquillada. Él se pregunta si se lo habrá hecho sola. Por qué se habrá molestado en hacerlo si solo ha venido a gritarle a su sargento.

–¿Significa para ti algo la expresión «qué cruz», Hector?

McAvoy se agarra a la pregunta como si fuera un salvavidas.

–Cruz proviene del latín *crux*. En principio se refería a cualquier instrumento de

tortura. Pero luego, con la muerte de Jesucristo, pasó a referirse exclusivamente a la figura de dos líneas perpendiculares cruzadas. Las cruces pueden ser griegas, ortodoxas...

–No, Hector, me refiero a que tú eres mi cruz. Paso mucho tiempo tratando de decidir si debo reventarte la cabeza o no.

McAvoy deja de hablar.

Ella lo mira severamente. Echa un vistazo rápido a la habitación. Su mirada se detiene, por una fracción de segundo, en el camisón de seda con estampado de leopardo que reposa a los pies de la cama.

–Siento importunar a tu gran cerebro con esto, pero ¿tenéis alguna palabra en tu tierra que signifique «pringado»?

–¿De verdad lo pregunta?

–No –responde ella–. Pero te estoy dando a entender que eres como un imán para la mierda.

McAvoy no deja de mirar los papeles que tiene en la mano mientras ella gesticula. Está deseando desenrollarlos y leer lo que dicen.

–Creí que era importante.

Pharaoh sonríe, poniendo los ojos en blanco.

–Es importante. Tenías razón. Casi siempre tienes razón. Pero eso no quiere decir que no me apetezca pegarte.

McAvoy siente un cosquilleo en la piel. No sabe qué cara poner, así que permanece quieto, a la expectativa.

–¿Yo tenía razón? –Duda si preguntarle cuál de sus teorías a medio formular y sus corazonadas han sido corroboradas.

–Tenías razón en lo de Simon Appleyard –aclara Pharaoh, cruzando la habitación y sentándose en la cama sin pedir permiso. Él, en cambio, se levanta. Tiene que esforzarse por no ruborizarse a causa de la intimidad del momento. Su jefa ahí, en su dormitorio. La familia en el piso de abajo. Ella, dispuesta a acariciar su ego.

–¿Fue asesinado? –pregunta McAvoy instintivamente, apoyándose contra la pared en el mismo espacio que ella acaba de dejar vacante.

Pharaoh se encoge de hombros.

–Tenías razón en que quizá lo fue. He hablado de nuevo con la forense. Me ha enviado imágenes del cuerpo y el examen post mórtem. Un chico guapo, ¿verdad?

–¿Lo dice por la espalda? ¿Los tatuajes?

–Sí. Un trabajo excepcional. Algún día te enseñaré los míos. Bueno, entiendo que no lo viera, pero le va a caer una buena bronca.

–¿Ver qué?

–El moratón –dice Pharaoh, revolviendo sus papeles.

McAvoy se acerca a ella. Se sienta en la cama a su lado. Le llega el aroma de su perfume. Se da cuenta de que lleva unos zapatos que dejan sus dedos al descubierto en lugar de las botas de motera de siempre y que sus pies no son tan bonitos como los de su mujer. Se pregunta por qué estará pensando siquiera en algo así.

–Puedes verlo aquí –dice ella, sosteniendo en alto una fotocopia a color.

McAvoy mira la fotografía del chico cuya muerte tanto lo ha perturbado. Simon está tumbado y desnudo sobre una mesa de acero. Los colores exóticos de su cuerpo están enmarcados en el aluminio y el blanco clínico de la morgue, haciendo que su cuerpo delgado parezca casi esquelético.

McAvoy observa el amasijo de tinta. Con los ojos entrecerrados repasa las plumas de pavo tatuadas y la ligera decoloración.

–El sargento Arthurs lo mencionó –dice–. Me contó que le sorprendía que a la forense se le hubiera pasado.

–Yo no me sorprendo de nada –comenta Pharaoh. Le entrega más fotografías. Simon, arrodillado y sin vida, desplomado hacia delante con la piel moteada de azul y rojo. Una cuerda pendiendo de su cuello, la lengua que le cuelga entre los labios abiertos, como una babosa negra.

–Llevaba así algún tiempo –recuerda McAvoy.

–La calefacción también estuvo puesta todo el rato. Eso aceleró la descomposición. Tenía una buena razón para no verlo.

–Si es que es algo significativo –advierte McAvoy.

–Cierto –repone su jefa–. Pero a mí me da que es la marca de una pisada.

–O una rodilla –señala él, volviendo a fijarse en la imagen.

Se miran el uno al otro, tan cerca como dos amantes al borde de la cama. McAvoy es el primero en apartar la vista.

–¿Por qué se ha puesto en contacto con la forense, jefa? –pregunta.

–¿Por aburrimiento? –Se echa a reír. Luego vuelve a ponerse seria–. No, Hector, confío en tu instinto. Por supuesto la has cagado en la forma de hacerlo, como siempre, pero ahí hay gato encerrado.

McAvoy está dividido, no sabe si sentirse halagado o insultado. Trata de ignorar esos sentimientos y lo único que hace es mover compulsivamente la pierna. Está tratando de averiguar cuánto sabe su jefa. Si ya le habrá tomado la delantera.

–¿El informe de Dan?

–Me alegro de que me lo haya mandado antes a mí. A ti te habría dado un ataque al corazón. Pero tenías razón. Creo que la cagamos la primera vez que lo investigamos.

–He hablado con su tía –dice McAvoy–. No sabe qué pensar. No sabe si quiere saber más. Pero dice que él vivía la vida al máximo, ¿entiende lo que quiero decir? Y que tenía una amiga que lo acompañaba a todas partes. Todavía no he intentado localizarla.

–¿Qué más?

McAvoy mira al techo. Se da cuenta de que tampoco está justificado compartir más información, pero no quiere ocultarle nada.

–Dos concejales del ayuntamiento –dice, finalmente–. Cabourne y Hepburn. Están conectados. Son amantes.

–¡Amantes! Joder, hay que ver cómo hablas. Los dos son tíos, ¿no?

–Sí. Hepburn es el que...

–Sí, lo conozco. Todo un personaje, ¿verdad? En el pasado se vio envuelto en algunos asuntos turbios pero no tiene nada que ocultar. –Hace un movimiento con la lengua

mientras piensa–. ¿Y los dos están conectados con Simon?

–Cabourne concertaba encuentros sexuales con otros hombres utilizando la misma web de citas donde Simon publicó sus datos de contacto. El número de teléfono de Simon aparecía allí.

–¿Y Cabourne recuerda a Simon?

–Cree que intercambiaron algunos mensajes pero que finalmente no sucedió nada.

–¿Pero?

McAvoy se encoge de hombros.

–Hepburn sabe más de lo que dice. Y yo creo que Simon podría haber conocido a alguien en la web que no quería que sus secretos fueran desvelados.

–¿Cabourne?

Él lo considera.

–No sé.

Continúan sentados en silencio.

–En cualquier caso, resulta que Dan es un genio de la tecnología, no como tú. Ha conseguido extraer mucha más información que tú.

Ella le entrega otro fajo de papeles, casi ilegibles de lo arrugados que están.

–¿Qué es esto? –Se queda mirando las imágenes. Le da la vuelta al papel. Abre los ojos como platos.

–Pues sí –dice Pharaoh con una sonrisa–. Parece una foto de nuestro fallecido dándose un gustito aunque no sé qué pensará Dan de que yo estuviera interesada en ver esta foto a la hora de desayunar.

–¿Te las ha enviado él?

McAvoy mira las fotos. No hay duda de que se trata de Simon Appleyard, desnudo y masturbándose.

–La hostia.

–Sí. Las fotos fueron enviadas vía mensaje el último día en que Simon fue visto con vida, sobre las nueve de la noche.

–Eso...

–Sí, eso es una hora antes de la hora de la muerte que estableció la forense.

–¿Entonces se entretuvo en enviar este tipo de cosas a las nueve y luego se ahorcó a las diez?

–Esto no implica que no se colgara –apunta Pharaoh, recuperando las fotos–. Pero significa que tenemos un montón de mierda más para investigar.

–¿Qué más?

–Parece poesía. Mensajes que él enviaba...

McAvoy coge el informe. Lee las palabras de Simon en voz alta.

–«Te mueves en mi interior como un titiritero. Toma posesión de mi cuerpo. Arquéame para hacerme digno de tu deseo...»

–Qué cosas tan bonitas dices. Fíjate en lo que le contestaron. Están en el buzón de entrada.

McAvoy pasa la página.

–«Voy a hacerte daño. Te tomaré. Serás mi perra...»

–Esos fueron mis votos cuando me casé.

–«Te dejaré marcado, te arrancaré el tatuaje de la piel...»

–Pues sí, eso mismo.

McAvoy se detiene.

–Entonces ¿sabían que tenía tatuajes? ¿Se conocían de antes? ¿O él también envió fotos de su espalda?

Pharaoh suspira.

–Esto es lo único que tenemos. La poesía de Simon y a esta otra persona queriendo herirlo y dominarlo.

–¿Es solo un juego?

Pharaoh enarca las cejas.

–No soy ninguna experta –dice–. Conozco gente que está siempre metida en internet buscando sexo y conozco gente que tiene fantasías, unos quieren hacerlas realidad y otros no. Pero bueno, tenemos muchos quizás. Y no he venido aquí en domingo por los quizás. Todavía no has llegado a la parte interesante.

McAvoy pasa la última página del montón. Lee las palabras subrayadas en rojo. Las palabras que Simon Appleyard recibió la noche en que murió.

Cuando llegue quiero que estés tumbado boca abajo. Desnudo. Que tu cuerpo esté deseando que lo toque. Con una cuerda en la mano. Deja la puerta abierta. Enséñame tu tatuaje nada más llegar y luego deja que te penetre. Deja que te haga sentir bien...

McAvoy levanta la vista.

–Joder.

Pharaoh sonríe.

–Pues eso.

Capítulo 24

El agua sabe a madrugones. Al alcohol de la noche anterior.

A tierra.

A hierba.

A sangre.

–Gracias. –Tuerce el gesto. Tiene la garganta llena de piedras frías–. Estupendo.

Se incorpora en su asiento para estar más cómoda. Admira la vista medio mareada. El paisaje llano y verde y los árboles mecidos por el viento, la simetría de los manzanos distantes y el azul del cielo despejado.

–¿Todavía te duele?

Suzie hace otra mueca mientras se termina la bebida.

–Estaré bien cuando me descongestione un poco. Dios, sueno como Louis Armstrong.

Se encuentra en el gran salón en forma de ele de una granja de Lincolnshire que se transforma en un club de intercambio de parejas dos noches a la semana. Esa mañana no es más que una casa y ella es una huésped herida, convaleciente, envuelta en una manta en el sofá y con el pelo recogido a un lado.

–¿Has tenido pesadillas?

Suzie se encoge de hombros.

–No lo recuerdo –dice–. Puede. Si no las recuerdas es como si no importara, ¿verdad?

Christine está levantada y vestida. Lleva ropa cómoda, unos vaqueros viejos y una camiseta de rugby. Big Dunc está haciendo alguna tarea pesada en el camino de entrada. Suzie oye cómo pasa el rastrillo por los guijarros.

–Debes de tener hambre –dice Christine–. ¿Un yogur? ¿Fruta?

Suzie hace una mueca de dolor.

–Me marcharé dentro de un rato. Me pararé en un McDonald's. Estoy bien.

–Suzie, puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

–La verdad es que tengo que irme –insiste.

Christine no parece segura del todo. Suzie entiende cómo se siente.

Aquí, en el sofá del salón, la pueden vigilar. Pueden hablarle con dulzura y cuidarla. Pueden convencerla de que lo mejor es que borre de su mente la experiencia del sábado por la noche y de que mantenga la puta boca cerrada.

–De verdad –dice Suzie, estirándose–. Habéis sido muy buenos conmigo. Estoy lo

bastante bien como para marcharme.

Christine todavía parece preocupada pero se obliga a esbozar una sonrisa.

–Te prepararé un sándwich para el camino –dice, mientras coge el vaso vacío de la mano de Suzie y se dirige a la cocina a continuación.

Suzie hurga en una de sus botas ajustadas buscando su reloj. Acaban de dar las doce. El desayuno en el McDonald's queda descartado.

Se durmió pasadas las tres, después de que el último coche abandonara los terrenos de la granja y de que les llegaran noticias procedentes del hospital informándoles que Jarod tenía el cráneo facturado pero que se pondría bien. Le habían reventado la cabeza. Suzie no tiene mucho que añadir, ni a eso ni a ninguna otra cosa. Ha estado encogida en el sofá chupando cubitos de hielo. Se ha untado con la crema de manos de Christine la marca roja del cuello producida por el roce de la cuerda, convirtiéndola en algo morbosamente brillante.

Los recuerdos de la pasada noche le vienen a la memoria poco a poco. Nadie quiso llamar a la policía. Incluso hubo voces contrarias cuando Big Dunc dijo que iba a llevar a Jarod al hospital. Si no hubiera sido porque apenas podía tragar y porque el corazón le iba a mil por hora, como para justificar el parón durante el ataque, Suzie habría encontrado cómicas las discusiones de la noche anterior. Incluso en el estado en que se encontraba, mareada, borracha y medio estrangulada, sintió cómo le entraba la risa, una risa extraña, mientras digería la escena: una disputa entre hombres y mujeres, unos en bata, como si fueran filósofos griegos, y otros con toallas alrededor de la cintura. Un hombre completamente desnudo, sentado en el borde de un sillón de mimbre, con el miembro arrugado cubriéndole las pelotas como un sombrero. Jarod, tendido en el suelo del patio entre la sangre y el barro. Voces enfadadas y acusaciones con el puño enarbolado.

El hombre que la trasladó a la casa le dijo que su nombre era Matt. Trabajaba de contable colegiado en Bradford y hablaba con un marcado acento de West Yorkshire. No la soltó hasta que ella no estuvo preparada. La sostuvo entre sus brazos como quien calma a un niño. Le tapó con su manaza la oreja izquierda y apretó la derecha contra su pecho cuando comenzó la pelea sobre qué había sucedido y qué debía hacerse.

Suzie no juzga a los demás por querer conservar sus secretos. Casi ninguno de ellos estaría orgulloso de que los detectives vinculasen sus nombres y sus direcciones con un intento de asesinato en una fiesta de intercambio de parejas. Y prácticamente ninguno querría que unos agentes de policía husmeasen en sus vidas o interrogasen a sus esposas o a sus parejas sobre sus movimientos y hábitos sexuales.

El atacante de Suzie no ha sido localizado, se desvaneció entre las sombras sin apenas hacer ruido; los gritos de sus perseguidores alertaron a las parejas acopladas que estaban disfrutando de la fiesta y todo terminó con una discusión apresurada y farragosa en el invernadero acerca de qué debía hacerse.

–¡Será el fin de mi vida! Esto no puede saberse. Habrá interrogatorios. Policías. Periodistas. ¡Mi mujer!

–Estamos hablando de lo que está bien y de lo que está mal. Alguien lo ha atacado,

¡podría morir!

–No, es demasiado importante. Recuerda la confidencialidad. Eso es lo que pone en la web. Discreción asegurada.

–Esto cambia las cosas. Es una cuestión de vida o muerte. Le podría haber pasado a uno de nosotros.

–Probablemente resbaló. Tal vez la chica se pasó con la bebida. Quizá hasta se lo hizo ella.

Cual árbitro de tenis, Suzie observó cómo el debate iba de un lado a otro. Finalmente convencieron a Suzie de que su atacante tenía que ser un adolescente de los alrededores. Big Dunc reveló que habían recibido en la web varios correos de jóvenes que habían oído que había un club de intercambio de parejas en la vecindad y que la próxima vez que montaran una fiesta se pasarían a hacerles una visita. Suzie se limitó a asentir. Se reservó su opinión. Se tragó algunas bocanadas dolorosas de sangre y se quitó la tierra de entre los dientes.

En ese instante lo sabe. Sabe perfectamente bien que ha estado huyendo de sus propios pensamientos. Sabe que Simon no se ahorcó. Sabe que nunca creyó que lo hiciera. Simplemente se negó a dejar que sus miedos la llevaran a una conclusión que la aterraba. Pero sobre todo sabe que quienquiera que lo matara ahora va a por ella.

Inspira profundamente con el consiguiente dolor y luego hurga en su bolso hasta dar con el móvil. Lleva días apagado. Se esperaba que le temblarían las manos al encenderlo o algo así, pero le sorprende descubrir que lo tiene bajo control. En cierto modo se siente un poco al margen. No es que esté insensible, pero sí alejada de lo que está pasando. No notó que su alma abandonara su cuerpo cuando su atacante la estrangulaba, pero siente casi como si estuviera observando sus movimientos desde arriba.

Suzie se desenreda la manta de las piernas. Todavía lleva puesta la bata. Alguien le ha traído su ropa del borde del jacuzzi pero no le apetece vestirse igual que ayer. La mete en su bolso después de sacar de él un vestido largo azul estampado con copos de nieve y un búho en el pecho izquierdo. Se lo pone y se cala las botas mientras el móvil empieza a sonar. Están actualizándose los mensajes y las llamadas perdidas.

Cierra los ojos como preparándose y va hasta la puerta del invernadero y la abre. Toma una bocanada de aire fresco y frío. Vuelve a sentirse viva al oír ese trasfondo de pájaros cantando y grava removida.

El mensaje que busca fue enviado diez minutos después de que el coche se empotrase contra el hombre al que le habían ordenado que se follase.

Lo siento mucho. No podré ir. ¿Irás a jugar por mí y me contarás cómo te ha tocado? Ojalá pudiera ver lo sucia que eres. Bss.

Suzie vuelve a tragar. Pone cara de desprecio y aprieta los puños.

El siguiente mensaje fue enviado temprano a la mañana siguiente:

¿Fuiste anoche una chica mala? Bss.

Y luego:

Estás muy callada. ¿Te has acojonado? ¿Era todo un farol?

Hay un paréntesis de unas horas. A continuación, el tono es de enfado:

Sabía que eras como las demás. Sabía que eras una calientapollas.

Continúa bajando. Encuentra la siguiente misiva.

Parece que te has escapado por los pelos. Un feo accidente en la zona de descanso. Eres una chica con suerte. Bss.

Y, por último:

Quizá me pase por la fiesta que mencionaste. En Lincolnshire, ¿no? Lo he buscado en Google y parece un planazo. ¿Me recibirían bien? Bs.

Suzie se queda mirando los campos sembrados. Observa a una paloma gorda con el pecho color púrpura recorrer delicadamente la cerca de madera. Entrecierra los ojos y se pregunta si la cosa marrón que se distingue junto al seto será un conejo o una bota peluda que alguien perdiera la noche anterior.

Repasa el resto de mensajes. La policía no se ha puesto en contacto con ella por el incidente pero tiene un montón de recados del trabajo y mensajes de amigos preguntándole dónde está y qué está haciendo. Y una alerta de Facebook de su madre.

Cierra los ojos de forma casi involuntaria. La sensación de estar descolocada se le empieza a pasar. Está volviendo en sí, guiada por el dolor en la garganta y el vacío helado en el estómago. Ahora mismo no tiene muy claro cómo se siente. Sabe que le ha fallado a Simon al aceptar su suicidio sin cuestionárselo. Cree que ha mancillado su recuerdo al ceder al miedo y por no haberse planteado nunca una verdad más desagradable.

Simon odiaba llevar una vida tan pobre. Tan insignificante. No poder brillar tan fuerte o tan intensamente como hubiera deseado. Pero este tipo de desgracias no acabarían con su vida. No, fue asesinado por alguien a quien él quería hacer feliz y a Suzie le entran ganas de llorar solo de pensarlo.

–Alguien quiere matarme, Si –dice entre dientes–. La misma persona que te mató a ti.

Abre los ojos, que amenazan con llenarse de lágrimas.

–Lo siento tanto.

–¿Cómo dices, querida? –Suzie se gira. Christine acaba de entrar en el invernadero con un abultado sándwich de jamón y una taza de té–. Te he preparado una cosita –dice, colocándolo sobre la sólida mesa que han desocupado y limpiado en algún momento entre la fiesta y hoy.

–Oh, lo siento, no creo que...

–Necesitas comer –dice. Extiende una mano y le da un apretón cariñoso–. Precioso vestido –dice.

A Suzie le cuesta encontrar las fuerzas para sonreír. De repente quiere echar a correr. Quiere alejarse de toda esta gente mayor, con sus carnes caídas y su piel asquerosa y su desesperación por tocarla y por sentirse vivos. En ese momento se odia a sí misma. Odia verse como un vínculo a la vitalidad. Como una joven sacrificada a fuerza de ser adulada y escudriñada, lamida y saboreada por hombres y mujeres con un pie en la tumba. Se da asco. Esta vez se siente sucia en el mal sentido. Se siente como si fuera una puta de la peor calaña.

–Tengo que irme –anuncia, saliendo precipitadamente por la puerta del invernadero. Al buscar las llaves del coche en el bolso se le caen las bragas de la noche anterior.

–¡Dunc! –Christine grita el nombre de su marido–. Dunc, se marcha...

El hombretón aparece de repente de detrás de una construcción adyacente pintada de blanco. Es todo sonrisa.

–¿Te marchas, bonita? No hay prisa. Te puedo acercar más tarde...

A Suzie no se le ocurre nada que decir. Se limitar a pasar de largo. Corre hasta la parcela de césped donde se encuentra estacionado su destartalado coche azul. Abre la puerta y entra, rogando que el motor funcione. Ahora sí que le tiemblan las manos al girar la llave en el contacto y se ríe, aliviada, cuando el motor arranca.

Describe un semicírculo desigual con el coche, esparciendo la grava recién rastrillada, y pisa el acelerador. De repente se siente viva. Y con mucho miedo a la muerte.

Los cristales del coche van dándose topetazos con los árboles y los setos mientras el coche se abre paso a duras penas por el camino lleno de baches. Casi no presta atención a la carretera. Está toqueteando el móvil. Busca entre sus contactos. Encuentra el número que debería haber marcado hace seis meses.

Llama a la tía de su amigo muerto.

Ni siquiera es capaz de articular un saludo.

–Simon fue asesinado –declara.

Y en ese momento, una compuerta se abre en su interior. Las lágrimas fluyen por fin.

Capítulo 25

–¿No vas a comértelo?

McAvoy sujeta la fiambrera de plástico en el regazo como si fuera una bomba a punto de estallar.

–Quizá a la vuelta.

–Se te va a enfriar.

–Frío está bueno. No pasa nada.

–Si me hubieras hecho caso podrías haberte sentado a comer con nosotros.

–No tardé tanto. Solo quería un afeitado rápido...

Pharaoh ha tenido una sonrisita pintada en la cara durante este diálogo. No está intentando avergonzarlo a propósito pero disfruta de jugar un poco con su timidez. Le gustan este tipo de charlas de pareja casada para las que casi nunca tienen tiempo.

–¿No estaba enfadada, verdad? –pregunta él con los ojos cerrados, como un niño que intentara hacerse invisible.

–Hector, no creo que tu mujer se enfadara contigo ni aunque te pillara follándote a una ardilla.

McAvoy se alegra de haber estado mirando por la ventana. De ese modo no tiene que ocultar su rubor ni su sonrisa.

Pharaoh se ha quedado a comer. Ha estado zampando cordero asado, guisantes a la menta y patatas mientras McAvoy estaba en el piso de arriba duchándose, afeitándose y poniéndose un traje de tres piezas marrón con estampado efecto tweed. No lleva corbata. Es la concesión que hace por trabajar en domingo.

–Tu mujer es odiosa en muchos sentidos –comenta Pharaoh locuazmente, mientras el coche deportivo enfila la carretera de Anlaby y pisa el embrague a fondo con el pie izquierdo descalzo.

–¿Cómo dice?

–Guapísima. Delgada. Encantadora. Debería odiarla.

McAvoy, que ha girado la cabeza hacia su jefa, vuelve a apartarla.

–Oh.

–En serio, Hector. Si ese cordero hubiera sabido lo bien que iban a tratar su cuerpo se habría entregado él solo al matarife. Nunca había tomado una salsa tan buena como esa. ¿Podría llevarme un trozo a casa para hacerme un sándwich?

McAvoy sujeta la fiambrera un poco más fuerte. De entre todos los matices de rojo que han adquirido sus mejillas durante la última semana, ninguno ha sido tan intenso como el que tiñó su cara cuando su mujer le hizo entrega de una tartera con asado para cenar, le dio un beso en la mejilla y le dijo que se divirtiera.

–Hemos tenido una charla muy agradable –dice Pharaoh malévolamente–. No puedo creer que hayas dejado pasar tanto tiempo sin presentarnos como es debido.

McAvoy farfulla un poco.

–Sí, bueno, quizá la próxima noche de juegos de mesa en el pub o algo así...

–No, ahora os debo una cena. Tenéis que venir a nuestra casa.

No sabe cómo reaccionar a eso. Nunca ha sido capaz de imaginarse la vida doméstica de su jefa, o de sentirse lo bastante cómodo para preguntarle por ella. Solo sabe que tiene hijos adolescentes y un marido confinado en una silla de ruedas, aunque nunca ha sido capaz de determinar si su condición es producto de una enfermedad o de algún accidente.

–¿Cuál es su especialidad? –le pregunta, por decir algo.

–La carta de vinos –responde ella, sin levantar la vista de la carretera–. ¿Por aquí?

McAvoy asiente.

–Sí. La segunda a la derecha, luego pare.

En las dos últimas horas la muerte de Simon Appleyard ha pasado a ser un asesinato. Serán los primeros pasos que den antes de contarles a los jefazos del CID que las estadísticas de crímenes violentos del año van a reflejar otro caso de asesinato sin resolver. Solo han mencionado de pasada el hallazgo de Leanne Marvell. Ninguno de los dos quiere hablar del tema. Ninguno quiere preguntarse si podrían o deberían haber hecho algo más. Le harán una visita los dos juntos cuando acabe todo esto. Tratarán de ayudarla. De compensar...

–Estos pisos no están mal –comenta Pharaoh, aparcando en un hueco y echando un vistazo a las propiedades–. Pequeños pero proporcionados.

–Costarán unas trescientas cincuenta libras al mes más o menos –dice McAvoy–. Un dormitorio, pero todo muy bien cuidado. Pertenecen todas al mismo propietario.

Salen trabajosamente del biplaza deportivo de Pharaoh. El cuerpo fornido de McAvoy cabe tan justo en el coche como en un traje a medida, pero Pharaoh adora el vehículo y a ella le sienta mucho mejor que a su sargento.

–Hoy va a hacer bueno –comenta Pharaoh, levantando la vista al cielo azul–. ¿Crees que va a llover, chico de granja?

McAvoy sonríe. Olisquea el aire.

–Quizá mañana tengamos una ligera llovizna.

–¿Y qué perfume llevo puesto?

Él vuelve a inhalar.

–Issey Miyake. Y cordero asado.

McAvoy se alisa la ropa y comprueba que tiene el cuaderno abierto por una página nueva con la fecha puesta.

Permanecen en la acera durante un momento ante el bloque de pequeños apartamentos. Springfield Court, en Anlaby. Un vecindario bastante bonito con escuelas decentes y un par de supermercados 24 horas. Pisos para parejas jóvenes que están ahorrando para la entrada de su primera casa o para solteros que prefieren vivir de alquiler.

–¿Todavía no tenemos noticias del casero? –pregunta Pharaoh.

McAvoy echa un vistazo al móvil y niega con la cabeza. Le ha dejado un mensaje al propietario pero no ha recibido respuesta alguna. Una búsqueda rápida en el censo electoral ha revelado que el antiguo piso de Simon está ahora ocupado por el señor Paul Essex, aunque no pueden precisar si la información es del todo exacta.

–Piso 2 B, ¿es o no es?

–Esa es la cuestión.

–¿Cómo?

–Hamlet. Olvídelo.

Pharaoh hace sonar el timbre. Permanecen un momento en el escalón ante la puerta, mirando la pintura blanca. Por inercia, Pharaoh prueba con el pomo de la puerta. No se mueve.

–Estará en la cama o habrá salido, ¿no te parece?

McAvoy contempla el día radiante y fresco que hace y duda de que la puerta vaya a abrirse pronto.

–Prueba con el vecino –le pide Pharaoh, apartándose de la puerta y tratando de echar un vistazo por la ventana del primer piso. El interior queda oculto tras los visillos.

McAvoy le da la vuelta al edificio. Llama al siguiente timbre. Se queda de pie un rato, taconeando impacientemente, y luego vuelve a llamar.

–Tienes más suerte que un irlandés, ¿no? –le dice Pharaoh bruscamente. Ladea la cabeza–. ¿Oyes eso?

McAvoy escucha con atención. Oye el sonido de una guitarra proveniente del piso de la planta baja. Trata de distinguir qué es. Parece música española. Clásica.

–«Asturias» –dice, asintiendo.

–¿Qué?

–Así se llama la pieza.

–Hector, eres un puto imbécil.

Pharaoh lo aparta hacia un lado y aporrea la puerta con el puño. La música se detiene. Levanta la rendija para las cartas.

–¡Policía! –grita. Luego mira a McAvoy–. O algo así.

Un momento después abre la puerta un chico de poco más de veinte años. Es bajo de estatura y delgado, con el pelo rizado y pelirrojo y la tez pálida y pecosa. Lleva puesta una camiseta negra descolorida, unos vaqueros ajustados y zapatillas de béisbol, y sujeta una guitarra muy ajada con la mano derecha.

–¿En serio? –pregunta, en un tono que podría interpretarse tanto como una maldición como un suspiro–. ¿Tiene que ser ahora? Estaba inspirado.

–No pasa nada –responde Pharaoh–. A mí siempre me ocurre cuando paso la aspiradora.

Sube el escalón de la entrada y lo acorrala en el atestado recibidor, repleto de zapatillas de deporte y de montones de folletos de comida para llevar.

–Solo será un momento –añade McAvoy a modo de explicación.

Escolta a Pharaoh por el pasillo mientras el chico los sigue atónito entre protestas y

gruñidos. Llegan a una habitación pequeña que hace las veces de salón y que no parece decorada según los gustos del inquilino. La moqueta es de color gris y las paredes están cubiertas de papel floreado. Contra una de las paredes hay un sofá rosa de dos plazas cubierto de partituras y de camisetas puestas a secar. Una cocina americana a la derecha acoge una montaña de platos sucios y de envases de comida rápida.

–Si no os gusta el desorden podéis recoger antes de marcharos –les espeta el joven con agresividad.

–No pasa nada, cariño, no soy tu madre. –Pharaoh echa un vistazo a su alrededor. Decide que no va a sentarse. Tampoco es que esté sucísimo, pero tiene la sensación de estar en el dormitorio de un adolescente y recela de sentarse en cualquier sitio que antes no haya sido limpiado con un trapo húmedo.

–¿De qué va esto?

–Tu vecino –anuncia Pharaoh, volviéndose a él con una sonrisa radiante–. Está un poco muerto.

El chico parece extrañamente aliviado. Se encoge de hombros.

–¿El chico del 2 B?

–Simon –corrige McAvoy. Siente claustrofobia en esa habitación tan pequeña. Agradece que la estufa eléctrica no esté encendida.

–¿Lo conocías? –pregunta Pharaoh.

El chico se sienta en el sofá. Se apoya la guitarra en el regazo para estar más cómodo. McAvoy lo ha visto en numerosas ocasiones. Ha interrogado a demasiados jovenzuelos a los que no les importa nadie más que ellos mismos. Ha mirado a los ojos a demasiadas personas a las que todo les importa un carajo.

–¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí, señor...?

–Woodmansey –contesta–. Darren. Llevo aquí algo menos de un año.

–Entonces Simon era tu vecino.

Woodmansey suelta un gruñido. Suspira, como un adolescente al que le hubieran preguntado si ya ha hecho los deberes.

–¿No hemos pasado ya por esto? ¿Cuando sucedió?

–¿Has hablado antes con un oficial? –pregunta McAvoy.

–No sé si sería oficial. Era un poli. Un tipo de uniforme. Le dije que apenas lo conocía.

–¿Sabías que se llamaba Simon?

Darren levanta la vista, rumiando la respuesta con una cautela exagerada.

–Sí, eso creo. Quiero decir que ahora sí lo sé, con la investigación y todo eso. Pero sí, se presentó.

–¿Qué opinión te merecía el señor Appleyard? –pregunta Pharaoh, yendo hasta la ventana y mirando los setos y los arcenes pulcros y ajardinados que bordean el pequeño grupo de viviendas. Observa cómo una paloma picotea un trozo de pollo frito de un envase para llevar tirado en el suelo. Se pregunta si eso podría considerarse canibalismo. Luego se gira.

–¿Os llevabais bien?

Darren sonríe un poco y pellizca las cuerdas de la guitarra.

–Lo cierto es que no tenía ninguna opinión de él en absoluto –afirma–. Tampoco lo digo en el mal sentido. Él estaba ahí. Yo estaba aquí. Ya sabes. La gente va y viene. ¿A quién coño le importa?

–¿Alguna vez entró en su piso? –le pregunta McAvoy, observando al joven y procurando no imaginárselo sentado en sus rodillas. De repente se acuerda de que no le ha enseñado su identificación y lo hace inmediatamente, aunque solo sea para recordarse quién es y a qué se dedica.

–¿Si fui a cenar, quieres decir? –pregunta Darren, medio riéndose.

–Si fuiste a cualquier cosa, cariño –dice Pharaoh–. El piso es igual que este, ¿no? ¿Tiene la misma distribución?

Darren se encoge de hombros. Parece que está pensando.

–Lo ayudé a subir un horno al mes de mudarme o así. Estaba intentando moverlo él solo cuando llegué a casa y le eché una mano.

–Vaya, qué buen vecino –comenta Pharaoh.

Darren vuelve a encogerse de hombros. Es una costumbre irritante, un gesto estudiado de pasotismo que McAvoy considera inapropiado.

–Él me vio. Me lo pidió. No pude librarme.

–¿Y su piso? ¿Tiene la misma distribución que este o no?

–Que yo recuerde, sí –dice Darren, tocando un rasgueo de guitarra aparentemente complicado.

McAvoy asiente. Va hasta la cocina. Se queda mirando el soporte de los cuchillos atornillado a la pared junto al escurridor de platos. Según las fotos de la escena del crimen y del informe de la policía, Simon Appleyard se colgó de un asidero idéntico a este. Se ató un cinturón al cuello, sujetó ahí el otro extremo y se abalanzó hacia delante hasta que cayó muerto.

McAvoy tantea la pared de yeso con los nudillos. Mira a Pharaoh de reojo. Ella asiente y se mete la mano en el bolsillo para coger la cartera, saca un billete de veinte libras y se lo entrega al guitarrista sin más.

–Lo siento –dice.

McAvoy agarra el soporte de los cuchillos y tira de él. Los tornillos ceden sin mucha resistencia y el objete se desprende sobre el escurridor: cuchillos y cazos caen con estrépito sobre el suelo de linóleo.

–¿Qué estáis haciendo? –pregunta Darren, enfadado y sorprendido–. La casa no es mía. Es alquilada.

–Con un poco de lechada y unos tornillos más largos se soluciona –señala McAvoy distraídamente–. Puede soportar algo de peso.

–¿Y un cuerpo? –pregunta Pharaoh.

–No.

McAvoy y Pharaoh cruzan una mirada. McAvoy toma la iniciativa.

–Estamos intentando averiguar más cosas sobre la muerte de Simon –dice, yendo hasta el sofá y cerniéndose amenazadoramente a propósito sobre el chico enclenque sentado–. Hay pruebas que indican que quizá pudo ser asesinado.

Los ojos de Darren van de un agente a otro. Parece realmente atónito.

–¿Qué? ¿Quién?

–Eso es lo que estamos intentando averiguar. Nos inclinamos a pensar que Simon era promiscuo. ¿Recuerda si entraban muchas personas en su casa?

Darren deposita la guitarra en el suelo.

–No soy el escuadrón de vigilancia vecinal –dice, disimulando su incomodidad con un pequeño intento de agresión.

–Señor Woodmansey...

–Pues sí –contesta en tono cortante–. Sí –se corrige, levantando la vista a la mole del agente de policía–. A veces llamaban a la puerta. Y también veía entrar y salir al pobre diablo.

–¿Recuerda alguna cara? ¿Fechas?

–Pues claro que no –exclama con incredulidad–. Solo eran tíos.

–Entonces era consciente de que Simon era homosexual.

Darren suelta un bufido.

–Esto, sí, un poco –afirma sarcásticamente–. De hecho, no podía ser más gay. Tampoco es que me importe, ¿eh? Bueno, ya sabes.

–¿Y no le importaba que recibiera a gente en la puerta?

–Habría tenido algo que decir si los hubiera atendido en mi puerta –explica Darren, haciendo un intento de levantarse para luego volver a sentarse, al darse cuenta de que le llega a McAvoy al pecho–. Me importa una mierda lo que hiciera en su dormitorio. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

Pharaoh se coloca junto a McAvoy.

–¿Te apenaste cuando te enteraste de que había muerto?

Darren parece consternado al oír la pregunta. Se inclina sobre el brazo del sofá y coge un cenicero de cristal que parece robado de un pub. Saca un cigarrillo del paquete que hay en el suelo y lo enciende, dándole una calada entrecortada.

–Bueno, fue una lástima, tía.

–¿Y no sospechaste que podía haber gato encerrado?

–No pensé en ello.

Pharaoh tuerce el gesto.

–¿Un hombre muere en la casa de al lado y no piensas en ello?

–Pensé que era una pena que hubiera muerto –aclara Darren, examinando la brasa del cigarrillo–. Parecía un tipo simpático. Pero, ya sabéis...

El rostro de McAvoy permanece impasible.

–¿Qué sabemos?

–La forma de vida de la gente –replica, buscando una forma de explicarse–. No sabes a qué se dedica cada uno en la intimidad de su casa, ¿no? Por lo que sabemos, podría tratarse de un rollo erótico autoinfligido...

–Oh, entonces tienes una teoría –dice Pharaoh con mordacidad–. ¿Alguna otra?

–No me refiero a eso –se excusa él, incómodo bajo la mirada fulminante de Pharaoh–. A ver, ¿acaso no tengo derecho a pensar? Voto a los liberales. Bueno, lo haría si votara.

Y si los liberales aún fueran liberales. No me importa lo que haga la gente. Antes tocaba en un grupo y el bajista era gay.

Durante un momento todo permanece en silencio. McAvoy mira al chico y se pregunta cuántos años los separan. Cuán diferente es la aproximación de cada uno a la realidad. Se pregunta qué se sentirá al mirar el mundo con tanto desinterés.

–Conozco esa canción –señala Darren, cuando empieza a sonar un tema de Curtis Mayfield en el bolso de Pharaoh.

Pharaoh le indica que se detenga con un gesto de la mano y le chista mientras busca el móvil.

–¿Crees que pudo haber sido asesinado? –pregunta ella.

Darren se vuelve hacia McAvoy. Parece pensárselo durante un momento. Se encoge de hombros.

–Quizá se me pasó por la cabeza. No lo sé.

McAvoy suspira.

–La hora a la que murió. No el día, sé que no se acuerda. Pero más o menos a esa hora. ¿Recuerda si vino a visitarlo alguien?

–Siempre había gente entrando y saliendo.

McAvoy arquea la espalda y los músculos de su pecho se destacan contra la camisa. Empieza a estar cansado de que a nadie le importe un carajo.

–Señor Woodmansey, soy consciente de que es domingo por la tarde y que no se esperaba esto cuando fue a abrir la puerta…

–A la mierda –dice Pharaoh. Su móvil deja de sonar antes de que pueda coger la llamada–. McAvoy, deja en paz al chico.

Se vuelve hacia el joven. De repente es una madre furiosa con su hijo.

–Joder, ¿viste u oíste algo que me pueda parecer mínimamente interesante, sí o no?

El chico se recuesta en el sofá como si quisiera ponerse fuera del alcance de sus puños. Mira desesperadamente a McAvoy y luego parece que comienza a pensárselo a fondo.

–Tenía una amiga –dice–. Una chica un poco rara. Sonriente. Venía a buscarlo a veces…

–¿Algo más? ¿Qué edad tenían los que venían a visitarlo? ¿Alguna otra cosa?

Darren se rinde. Se queda mirando la punta de su cigarrillo.

–Supongo que no parecían gays.

McAvoy encorva los hombros.

–¿Y qué pinta tiene un gay?

–Pues ¡como Simon! Estos eran tíos. Tíos normales.

Todo permanece en silencio por un momento. Sin mediar palabra, Pharaoh vuelve a coger el billete de veinte.

–Tú no has hecho nada malo –dice en voz baja, mientras McAvoy sale a grandes zancadas de la habitación–. Lo que pasa es que no me gustas.

Pharaoh sigue a su sargento por el pasillo y lo encuentra en el exterior apoyado contra la pared de ladrillo, meneando la cabeza ligeramente y con cara de enfado.

–A nadie le importa –se lamenta–. Se muere alguien en el piso de al lado y los vecinos

se piensan que no va con ellos.

–Lo ayudó a mover el horno –señala ella.

–Eso no es lo mismo.

–McAvoy, la gente no quiere ni pensar en ello. El chico casi no puede pagarse unos pitillos decentes. Seguro que el desgraciado no puede permitirse mudarse. No quiere ni pensar que su vecino ha sido asesinado.

–Jefa, usted ha sido tan dura con él como yo –se defiende él.

–De buena gana habría sido más dura. –Sonríe–. Esta semana me ha mordido un perro. No estoy lo que se dice contenta.

McAvoy echa hacia atrás la cabeza. Cierra los ojos.

–Quizá nunca debí comenzar esto. Me siento como un puto principiante...

Pharaoh está a punto de ofrecerle unas palabras de consuelo cuando su móvil vuelve a sonar. Contesta y permanece a la escucha un momento.

–Vale –responde al teléfono–. Envíame el número. –Se retira el teléfono de la oreja. Echa un vistazo a la pantalla–. Recibido. ¿Estás seguro? Vale.

Cuelga el teléfono. McAvoy la mira expectante.

–Dan ha conseguido descifrar parte del historial de llamadas del móvil –explica–. Ese chico sabe lo que se hace, a pesar de terminar los correos con besitos. Y los del laboratorio especializado donde lo ha enviado creen que hay dos tipos distintos de tierra en el interior del teléfono. Limo y arena, como era de esperar, pero también barro. Semillas que no pintan nada en el lecho de un río. Como si hubiera sido enterrado dos veces.

McAvoy no dice nada. Lo asimila todo.

–El historial de llamadas –dice finalmente–. Cuénteme.

–Se hizo una llamada a una compañía de taxis el día que Simon murió. Después de esa no se realizaron más llamadas. Y el teléfono pertenecía a Simon.

McAvoy hace una pausa. Piensa.

–¿Guardó su propio número de teléfono?

Pharaoh asiente. Ya está marcando el número de la compañía de taxis.

Se presenta y pregunta por el encargado. Explica lo que necesita. Utiliza un tono dulce y gruñón a partes iguales. Cuelga y le hace un gesto a McAvoy para que la siga hasta el coche. Se apoya contra el capó y silba una melodía mientras espera otra llamada.

–Qué excitante es el trabajo policial, ¿verdad?

McAvoy, a pesar de todo, consigue esbozar una sonrisilla. La mira abrir el coche, sacar la fiambrera del asiento del acompañante y comenzar a zamparse el cordero en salsa frío.

–Si lo quieres, tendrás que vértelas conmigo –dice, chupándose los dedos–. Y te lo advierto... muerdo.

El móvil vuelve a sonar. Ella contesta entre bocado y bocado. McAvoy le pasa su cuaderno y su bolígrafo. Ella garabatea una dirección y da las gracias.

–La compañía de taxis dice que, según sus archivos, recibieron dos llamadas ese día a esa misma hora. Una carrera entre el pub The Empress, en el centro, y el Tiger, en Cottingham –repite, con un carrillo inflado y otro lleno de patata asada–. El otro recogió

a alguien en el supermercado Morrison's y lo dejó en Beck Lane, en Welton.

–¿Cerca de Dale?

–Bastante cerca.

–¿Qué dirección?

Ella asiente. Traga saliva. Saca la radio del bolso y llama a la centralita.

–Aquí Trish Pharaoh –dice–. Necesito que comprobéis una dirección. Beck Lane. Welton. Gracias.

Permanecen quietos y silenciosos. Como si estuvieran esperando un diagnóstico.

McAvoy frunce el ceño.

–No creo que cogiera un taxi para volver a casa, ¿no te parece? Uno no mata a alguien y luego llama a un taxi...

Pharaoh se encoge de hombros.

–Morrison's está a un minuto de aquí. Podría haber liquidado a Simon y caminar hasta allí. Pidió un taxi y tiró el teléfono cuando estaba cerca de casa. No se esperaba que alguien pudiera encontrarlo. No hay nada siniestro en coger un taxi después de ir a la compra.

–¿Llevaba bolsas de la compra el pasajero? ¿Tenemos una descripción?

–Por lo visto el taxista está en Marbella. Están intentando localizarlo por el móvil.

Pasa el rato. McAvoy, a falta de otra cosa que hacer, coge una hoja de un seto y la dobla en cuatro. Pharaoh aprieta los nudillos contra la frente.

Ambos policías se sobresaltan cuando suena la radio.

–Aquí la centralita, jefa. Tenemos los detalles que nos ha solicitado. La propiedad pertenece a Peter Tressider. Aquí pone que es concejal...

Pharaoh y McAvoy intercambian una mirada. Un momento después, Pharaoh apaga la radio.

–Puede que no tenga nada que ver con todo esto –señala McAvoy instintivamente, pero antes de decirlo su mente vaga hasta la orilla del río: las dos figuras en la distancia y el teléfono, llamándolo desde el barro.

–No –replica su jefa en voz baja–. Pero...

–Sí. Pero.

Pharaoh deja caer la cabeza en el techo del coche. Se pregunta si tiene las heridas lo suficientemente cicatrizadas como para quitarse las vendas.

Quiere estar presentable cuando vaya a interrogar al nuevo presidente de la Autoridad Policial en relación con un asesinato.

Capítulo 26

Los días soleados todos los caminos llevan a la hospedería Country Park. Se encuentra a unos doscientos metros del punto donde el puente Humber delimita los condados de Yorkshire y Lincolnshire y ofrece la mejor vista de la región, de la carretera elevada y de los tirantes metálicos del puente, aunque te encuentres literalmente debajo. «A vista de topo», comentó McAvoy cuando llevó a Roisin. Ella había sido lo bastante amable como para reírse.

Las mesas y las sillas del borde del patio están siempre ocupadas por familias y amigos tomando sidra fría y lanzando colillas a la playa de guijarros que se extiende hasta las aguas color café. Al otro lado del río hay otro barrizal que conduce a Barton. Hay un parque natural que McAvoy tiene pendiente visitar. Una galería de arte que en su momento fue el mayor edificio de azulejos de Europa, antiguamente una cordelería antes de que cayera en desuso. McAvoy leyó una vez que fabricaron las cuerdas con las que Hillary coronó el Everest. Es un dato que se niega a abandonar su cabeza.

«Podríamos estar en otro país», piensa McAvoy, mirando al otro lado del río. De alguna manera, el norte de Lincolnshire continúa siendo el «más allá».

El río que separa los dos condados es el mismo lodazal surcado por corrientes que siglos atrás detuviera la marcha de los romanos hacia el norte. En la actualidad sigue siendo una barrera. Cuando el gobierno trató de inventarse un condado que agrupase las poblaciones del norte y del sur del río bajo el nombre de «Humberside», ambas partes lo rechazaron.

«Panziamarillos». Así es como la gente de Yorkshire llama a los originarios de Lincolnshire. «Miserables cabronazos estirados» es el apelativo bastante menos poético con el que responden desde el otro lado del río.

Todo el mundo se alegró cuando los límites del condado se redefinieron. Hull volvía a pertenecer a Yorkshire. La policía de Humberside todavía tenía pendiente inventarse un nombre más popular. Se encargaba de hacer cumplir la ley en ambas orillas.

A McAvoy le gusta este sitio. Y también a muchas otras personas. Aunque el viento que sopla del este es frío, un retazo de cielo azul ha bastado para convencer a los bebedores del condado de que salgan al aire libre, y habrá unas cincuenta personas agrupadas en el exterior del pub, abrigadas pero con vasos y botellas en la mano, cuando McAvoy y Pharaoh cruzan el aparcamiento.

–Qué puta locura –se queja Pharaoh, señalando con la cabeza una chica que no tendrá ni veinte años que se ha vestido como si estuviera en una playa tropical y que empieza a ponerse del mismo tono azul que su combinado de vodka.

–Vamos dentro, ¿verdad?

–Pues claro.

Entran en un bar grande y bien iluminado. Unos pósters en las paredes anuncian conciertos de aniversario y cantantes locales. Se sientan inquietos junto a un lienzo abstracto hecho en serie, al lado de las pizarras que anuncian los especiales del día del restaurante.

Pharaoh pide un vodka doble con limonada y lima mientras McAvoy decide que media pinta de cerveza tostada será el anestésico que necesita. Se llevan las bebidas a un reservado acristalado en una esquina y se sientan el uno frente al otro.

–Salud.

Entrechocan los vasos.

–Brindo por ti, por haber seguido tu olfato.

McAvoy baja la vista, avergonzado de ser la víctima de ese brindis sarcástico.

Finalmente Pharaoh suelta una risotada y luego agita la cabeza.

–De todas formas no les gusto.

–¿A quién?

–A los jefazos.

–Oh. –McAvoy mira por la ventana. Observa la boya verde que flota sobre las aguas picadas del estuario.

–Estoy seguro de que la respetan.

Ella se encoje de hombros.

–No lo sé. Las cosas no son blancas o negras, ¿verdad? Les gusta que atrape a los malos. No les gusta cuando no lo consigo.

–Su porcentaje de éxito es muy alto –señala McAvoy, bebiéndose de un trago media cerveza y luego escupiendo subrepticiamente parte del contenido en el vaso. No lleva mucho dinero encima. Tiene que alargar la bebida como pueda.

–El porcentaje de éxito de mi predecesor era del cien por cien –añade ella.

McAvoy se muerde los labios. Cualquier mención a Doug Roper reabre viejas heridas.

–Todo eso eran mentiras –dice él.

–Sí –se lamenta ella–. Ojalá yo pudiera decir alguna.

Beben. Contemplan la boya del canal mientras piensan largo y tendido.

–¿Me vas a contar lo que se te está pasando por la cabeza? –pregunta Pharaoh, haciendo ademán de apuntar con una pistola a la frente de su sargento.

McAvoy se frota las manos. Se pregunta si no debería limitarse a cerrar el pico. Se da cuenta de que no es posible.

–Es un tema sexual –responde, apartando la mirada y dándose cuenta de lo remilgado e inseguro que parece al hacerlo–. Simon Appleyard mantenía relaciones sexuales con hombres que conocía por internet. Uno de estos hombres lo mató. Lo convencieron para que permaneciera tumbado en el suelo de su salón cuando llegaran. Incluso consiguieron que sostuviera el arma del crimen. Lo estrangularon hasta matarlo. Hicieron que pareciera un suicidio. Se llevaron su teléfono y el portátil. Y se deshicieron de ellos.

Pharaoh asiente, pensativa. Hace entrechocar el hielo de su vaso. Pasa un dedo corto y enjoyado por el borde.

–¿Querían matar a Simon por ser quien era o querían matar a cualquiera que se les pusiera a tiro?

McAvoy coge un posavasos. Lo hace girar sobre sí mismo mientras lo medita.

–Querían matar a Simon –razona, y el oírlo en alto hace que la posibilidad sea más real–. Sabía demasiado. Vio algo...

–¿En qué te basas?

McAvoy gesticula con las manos, moviéndolas como si pudiera encontrar la respuesta correcta en el aire.

–Por ahora han aparecido relacionados con este caso los nombres de tres concejales. Desearía que el de uno en concreto no hubiera surgido, pero así ha sido. Joder, solo de decirlo me entran ganas de mear. ¿Por qué tenía que ser la casa de Tressider? Joder, vaya mierda. Así que... Sí... Tres concejales. Y eso solo con mis pequeñas indagaciones. Ninguno de ellos querría que sus secretos salieran a la luz.

–Hepburn resultó elegido precisamente por jugarse la carta gay –apunta Pharaoh, a gusto en su papel de abogada del diablo–. A él no le importaría.

–Y Cabourne tiene pinta de que no le haría daño ni a una mosca.

–Entonces...

Intercambian una mirada.

–Tressider –concluye McAvoy.

–Hostia puta –añade Pharaoh.

Permanecen sentados en silencio. La mente de McAvoy vaga hasta el día junto al río. Él, calado hasta los huesos, con las manos oliéndole a caballo y dos figuras diminutas hablando junto al agua. ¿Podría haber sido Tressider una de ellas? Ese hombre grande y barbudo, futuro parlamentario, ¿podría haber salido de la reunión de la Autoridad Policial y luego irse a arrojar el móvil de Simon Appleyard al barro del río Hull?

Pharaoh se termina la bebida. Se fija en la de McAvoy.

–Acábate eso, nenaza.

Él obedece. Ella va a la barra y vuelve con otra ronda de lo mismo para los dos.

–Entonces, si acaba de conseguir un ascenso importante y todo indica que irá a parar a Westminster por la vía rápida...

–Entonces quizá tenga sus buenas razones para asegurarse de que los esqueletos de su armario están bien muertos.

Intercambian una mirada.

–Estamos siendo muy duros con él –dice Pharaoh finalmente–. Es un cabronazo adorable después de todo. Y tú le gustas. Lo único que sabemos con seguridad es que alguien cogió un taxi desde Morrison's a su casa el día en que Simon Appleyard fue asesinado. Que llamó al taxi desde un móvil que probablemente fue usado para programar el asesinato de un homosexual activo...

McAvoy termina su primera cerveza y la emprende con la segunda.

–Tampoco es del todo incriminatorio.

–No, pero tampoco pinta bien.

Un momento después, Pharaoh hace tamborilear los dedos sobre su dentadura.

–Enséñame la web.

–¿Jefa?

–La web esa donde entraba, juegossucios.com. Parece que es ahí donde ligaba toda esta gente. Cabourne también era miembro, ¿verdad? Y apuesto a que Hepburn tampoco es profano. Veamos cómo funciona.

McAvoy mira a su alrededor. El pub está casi desierto. Saca el portátil de su maletín y lo abre. Busca la página.

–Ponte a este lado –le pide Pharaoh–. No estamos jugando a hundir la flota.

McAvoy se sienta junto a su jefa al otro lado de la mesa y gira el portátil hacia sí. El fondo de pantalla es una foto de Roisin riendo mientras Fin, apenas un bebé, agarra con sus dedos regordetes una de sus cadenas de oro.

–¿Hiciste tú la foto?

Él asiente.

–Muy bonita. Ella parece muy joven.

–Dieciocho –confiesa él.

–¿Y tú qué edad tenías?

–Veintisiete –responde, sin mirarla.

–Las chicas maduran más aprisa que los chicos –dice Pharaoh, mirando su perfil fijamente, como si quisiera que él mirara en su dirección.

Él no dice nada. No tiene más que decir.

–Vamos entonces –suspira Pharaoh, señalando la pantalla–. Enséñame unos culitos.

Él localiza la web. Un fondo azul con cuerpos bien definidos y miradas lujuriosas superpuestas.

–¿También mujeres? –pregunta Pharaoh, mirando las imágenes.

–Cada uno selecciona sus preferencias –explica McAvoy–. Pones si prefieres hombres, mujeres o si te da igual.

–Y pensar que aseguran que el romanticismo ha muerto. Enséñame algo.

McAvoy le hace un tour rápido por la web. Le muestra cómo crear un perfil personal o dónde publicar mensajes.

–Entonces, si un día estás cachondo, solo tienes que meterte aquí, decirle al mundo que te apetece pillar y luego recibes un e-mail de alguien diciéndote que quiere hacértelo por detrás, ¿no es eso?

McAvoy se muerde el labio disimulando una sonrisa azorada.

–Algo así. Puedes ser miembro en distintas categorías. Puedes conectarte y publicar un mensaje, igual que se hace en Craiglist o Gumtree o cualquiera de esos sitios...

–He oído hablar de ellos.

–O puedes hacerte miembro y crear un perfil, y entonces es cómo una web de contactos.

–¿O?

–O puedes crearte un perfil VIP, pagar una cuota de socio y tener acceso a más contenidos todavía.

–¿Como por ejemplo?

–Bueno, así puedes ver los perfiles del resto de miembros. Y fotos también. Y puedes enviarles mensajes directamente. Puede que eso fuera lo que pasara con Simon.

–Pero el número de móvil de Simon estaba aquí. Así fue como lo encontraste.

–Va contra las normas, pero esto tampoco funciona como una gran multinacional. Tendrá un administrador que controla que no haya fotos de niños o amenazas y cosas por el estilo, pero no sería de extrañar que algo se le pasara.

–¿Cómo vemos el perfil de Simon?

–Tendríamos que conocer su nombre de usuario.

–¿Y lo tenemos?

–No.

–¿Y si lo intentamos por eliminación? ¿Buscando a miembros que tengan entre veinte y treinta años, que vivan por esta zona, con cierto tipo de físico, que le vayan ciertas cosas, con tatuajes y por el estilo?

McAvoy sonríe, le complace que su jefa lo haya pillado tan rápido.

–Hay miles de miembros. Es como buscar una aguja en un pajar. Si al menos tuviéramos una parte de su nombre de usuario podríamos reducir la búsqueda...

Se detiene. Cierra los ojos. Hay una imagen que le viene a la mente cada vez que piensa en Simon. En su piel tatuada y en su extravagancia. En su amor por las palabras.

Teclea lentamente en el motor de búsqueda de la web.

«P-A-V-O-R-E-A-L»

Hay cuatro resultados que coinciden. Cada uno pertenece al nombre de un usuario que contiene el nombre del pájaro. Solo uno pertenece a Simon. La imagen que acompaña el perfil es un primer plano de un torso firme y compacto. Los otros tres perfiles están ilustrados con penes erectos.

–Sabe distinguirse –apunta Pharaoh, echando un vistazo a la imagen de Simon–. Más seco que un espárrago. ¿Qué decía de sí mismo?

McAvoy pulsa sobre los detalles del miembro Pavoreal 1990. La información es escasa.

Hombre joven, delgado, tatuado, busca un amo dominante. Quiero que me castiguen y me controlen. Preferiblemente no fumadores.

–¿No fumadores? –Pharaoh se ríe–. Hostia puta.

McAvoy mira en la sección del perfil que especifica sus preferencias sexuales. Todas van en la misma línea: sometimiento y dominación.

–¿Qué es eso? –pregunta Pharaoh, mientras se desplaza hacia abajo por la pantalla. Señala con un dedo. Lee en voz alta–: «Recuerda que las cosas más hermosas del mundo son las más inútiles: pavos reales y lirios, por ejemplo» –Se detiene–. Qué bonito.

–Esa es la firma del perfil. Debe de haber entrado en los foros. Puedes personalizar tu firma. Alguna frase de una película o algo así para que la gente te reconozca. Esa es la suya. –McAvoy se aprieta el puño con la palma de la otra mano. Piensa por un momento–. A eso debía de referirse su tía. Poesía. Un verso que para él lo era todo. Eso debía de ser lo que ponía en los mensajes que intercambiaba con Cabourne.

–¿Entonces no hay duda de que es él?

–Es imposible estar más seguro.

–¿Podemos entrar entonces en los foros?

McAvoy la mira. De repente es consciente de que sus mejillas no están más ruborizadas de lo habitual y se pregunta por qué será. No está avergonzado. Está mirando una web sexual, apretujado con su jefa en una esquina de un pub apartado, y se siente más policía en ese momento que en los últimos días.

–Necesitas ser miembro –dice–. Tienes que pagar.

Ella se encoge de hombros.

–Paga.

–No me he traído la tarjeta de crédito…

–Oh, Hector. –Su jefa saca la cartera del bolso. Es de algún diseñador y tiene pinta de ser cara pero, cuando la abre, está llena de tiques y de tarjetas de visita gastadas–. Toma –dice, entregándole una Visa–. ¿Metemos tu perfil o el mío?

Ahora sí que se sonroja. La cara de McAvoy adquiere un tono escarlata.

–¡Dios! Vale, nos inventaremos a alguien. Relájate.

Durante los quince minutos siguientes se divierten concibiendo a un chico guapo, pasivo y veinteañero, con grandes músculos, tatuajes y, ante las risitas insistentes de Pharaoh, pelirrojo. Deciden no subir ninguna foto y marcan las mismas preferencias que Simon. Se registran como usuario bajo el nombre de rolloduro69; McAvoy espera que el número haga referencia a la fecha de nacimiento de su jefa y no a otra cosa. Unos momentos después, el móvil de Pharaoh vibra. Ha recibido un e-mail que activa su cuenta.

–Muy bonito –dice, sonriendo–. Continúa entonces. Enséñame.

McAvoy navega hasta los foros de debate mientras Pharaoh pasa rozándolo para ir a la barra a por más combustible. Durante su ausencia echa un vistazo a su teléfono. Tiene una llamada perdida de un número oculto y un «Te quiero muchoooooo. Besitos» de Roisin.

–¿Qué se contaba? –pregunta Pharaoh, sentándose otra vez–. ¿Dejó algún mensaje diciendo que se lo tiraron y que luego lo estrangularon tres políticos locales?

McAvoy echa otro trago de cerveza. Nota que le está sentando bien. Teclea el nombre de usuario de Simon en el foro para comprobar si publicó algún mensaje. Hace una mueca cuando no encuentra nada.

–No era muy comunicativo –comenta Pharaoh.

–Lo intentaré con algunas de sus áreas de interés.

Entonces prueba con baile country. Hull. Anlaby. Dominación.

Todas ellas conducen a hilos en los foros pero no se corresponden con ninguna conversación a la que Simon contribuyera.

McAvoy deja caer la cabeza sobre la mesa y deja escapar un gemido mientras Pharaoh retoma la tarea de teclear.

–Es increíble cuántas faltas de ortografía hay. Supongo que es difícil estar pendiente de eso cuando solo tienes una mano libre. –McAvoy oye a su jefa mascullar ideas. Nota la vibración en la frente mientras sus dedos repican sobre las teclas–. Oye, Hector, tengo un mensaje. ¡Fíjate, alguien me quiere!

Levanta la vista. En la esquina de la pantalla hay un icono que indica que tiene un correo nuevo.

–Ábralo –le indica.

Pharaoh lee:

–«¿Sin foto? Qué gracioso. Apuesto a que eres guapo en persona. ¿Quieres quedar?»

McAvoy se encoge de hombros.

–No es nada.

–No sé –reflexiona Pharaoh–. Suena como si fuera bastante simpático.

–Pulse ahí –dice McAvoy repentinamente, señalando una entrada de un foro–. Vamos.

Pharaoh hace lo que le indica. La entrada se titula: «Mucha charla y poca acción: me dejó tirado».

–Baje. Pulse ahí. Eso es.

Lo leen a la vez. Es poco más que una conversación entre dos miembros con comentarios ocasionales de algunos observadores. La primera entrada fue realizada en agosto del año pasado: un mensaje de un usuario llamado Adams71, furioso porque una posible pareja lo calentó y luego lo dejó con las ganas. Una respuesta, de un tal RedKen1960, detalla una experiencia similar.

–«Fue muy embarazoso –lee Pharaoh en la pantalla–. Me envió mensajes durante días, calentándome y poniéndomela dura todo el rato, hice todo lo que quería y me dejó así sin más».

–«Y que lo digas, colega –continúa McAvoy–. Me pongo enfermo solo de pensarlo. Me echó un vistazo y se largó. Pensé que formaba parte del juego».

–Ese está conectado ahora –advierte Pharaoh súbitamente–. Mira.

Hay un icono rojo parpadeando en la pantalla. RedKen1960 está conectado.

–Déjeme a mí –dice McAvoy agarrando el portátil. Rápidamente escribe: «Qué tal. He leído sobre tus problemas con ese calientapollas que te dio plantón. ¿Qué pasó? Besos».

Ninguno dice nada durante un rato. Se quedan mirando la pantalla. Tamborilean con los dedos sobre la mesa. Respiran hondo, al unísono, anticipando el suspiro de abatimiento que soltarán si no reciben ninguna respuesta.

–Mira. –Pharaoh es la primera en darse cuenta.

Luego pulsa en el icono de mensaje. Lo abre. Lo lee en voz alta.

¡Todavía estoy cabreado! He conocido a algunos calientapollas pero ese fue simplemente cruel. Hasta pensé en denunciarlo al administrador pero, para cuando volví a entrar en la web para echarle la bronca, ya había borrado su perfil. Se pasaba el día enviándome correos, poniéndome cachondo, diciéndome todas las cosas que quería hacerme. Tan pervertido. Me quería desnudo y esperándolo cuando llegara. Iba a poseerme sin decir ni una palabra. Incluso me pidió que preparara un cinturón para que pudiera atarme las manos. Hice todo lo que él quería pero el tipo entró en la habitación y luego se piró sin tocarme si quiera. Fue taaan embarazoso. Bueno, él se lo pierde. Lo he superado. ¿Qué hay de ti? Veo que nos van las mismas cosas. ¿Me recomiendas algún compañero de juegos?

Pharaoh está tan cerca de McAvoy que tiene que separarse de la mesa para poder enfocar bien su cara. Tal y como se esperaba, su subordinado tiene los ojos cerrados.

–Yo soy capaz de pensar y de tener los ojos abiertos al mismo tiempo, ¿sabes? –le comenta con dulzura–. Lo llaman multitarea.

Sus párpados se abren. Ella está mirándolo fijamente a la cara y él aparta la vista.

Cuando por fin encuentra el valor de devolverle la mirada, ella ha vuelto a concentrarse en la pantalla del ordenador.

–Estaba buscando a Simon –deduce McAvoy en voz baja–. Quería comprobar si tenía tatuajes. Si el tipo no los tenía, se marchaba. Cuando encontró al hombre correcto, lo mató.

Pharaoh se succiona las mejillas. Suelta aire. Se cruza de piernas y luego levanta un tobillo y lo posa sobre el otro. La tela de su vestido ceñido revela el contorno de sus muslos y McAvoy tiene que combatir el impulso de grabarse esa imagen en la memoria.

–¿Le respondo?

Pharaoh asiente.

–Pregúntale si puede buscar el nombre de usuario que se puso en contacto con él. También necesitamos los mensajes. En caso de que vayamos a llegar hasta el fondo de todo esto, necesitaremos pasárselo todo al administrador de la página web.

–¿En caso de que? –pregunta McAvoy.

Pharaoh asiente abiertamente.

–Sí, en caso de que. Por el momento todo esto no es más que un ejercicio intelectual de Hector McAvoy. No es una investigación por asesinato. Se trata de tú y tu jefa elaborando teorías y tratando de decidir si tenemos bastante como para llegar hasta el final.

McAvoy abre mucho los ojos. Muestra su frustración. Se siente como si estuviera caminando sobre hielo quebradizo.

–Pensé que coincidía conmigo.

Pharaoh sonríe con indulgencia. Le pone la mano sobre la rodilla, como si fuera un adolescente enfadado que se negara a aceptar su consejo.

–Coincido contigo. Coincido en que el CID no investigó esto a fondo cuando debía y coincido en que hay muchas posibilidades de que Simon Appleyard fuera asesinado, joder. Pero el chico ha sido incinerado. La única prueba con la que contamos es un móvil escacharrado y un puñado de teorías. Tengo que pensar en las probabilidades de conseguir una condena. De lo contrario será simplemente otro caso de asesinato sin resolver en los anuarios.

McAvoy se gira hacia ella. Está sonrojado y unas gotas de sudor le recorren la espalda y los hombros.

–¿Y en qué nos convierte eso? Si estamos más preocupados por las cifras que por la justicia, ¿quién mantiene el orden? ¿Para qué estamos aquí?

No tenía intención de levantar tanto la voz y Pharaoh pone cara de enfado.

–No me compares con los fanáticos de la estadística, chavalote. Si alguien hace algo malo quiero pillarlo y quiero que sea castigado. Cuando alguien resulta herido merece saber que va a haber algún tipo de revancha.

–¿Y cuando alguien es asesinado?

–Atrapamos al que lo hizo –dice, y luego añade–: Si podemos.

Permanecen sentados en silencio, evitando mirarse, sin saber si hacer las paces o continuar con la discusión.

–¿Qué hacemos ahora? –pregunta McAvoy.

Pharaoh se encoge de hombros.

–Lo siguiente es retroceder un paso. Veamos qué más puede encontrar Dan en el teléfono. Esperemos a tener una descripción del pasajero del taxi. Intentemos descubrir por qué tomaron un taxi. Averiguar más cosas sobre Simon. Y luego nos sentaremos a pensar.

McAvoy asiente hoscamente. Entiende que la sugerencia tiene sentido.

–¿Y qué pasa si está intentando hacerle daño a alguien más? –pregunta.

–Tú mismo has dicho que iba a por Simon. Y lo consiguió.

McAvoy no es capaz de mirarla a los ojos, de modo que se vuelve hacia la pantalla del ordenador. Echa un nuevo vistazo al perfil de Simon. Mira en el apartado «amigos» de la web.

–¿Cree que alguna de estas será Suzie? –le pregunta a Pharaoh, subrayando algunos de los contactos femeninos que Simon exhibe en su página–. ¿Debería escribirles? ¿Comprobar si alguna de ellas lo conocía bien?

Pharaoh asiente.

–Buena idea –dice.

–Son tantas las cosas que desconocemos –señala McAvoy pensativo, mientras navega con dificultad entre los innumerables perfiles–. La gente debe de sentirse muy sola.

Pharaoh se le queda mirando como si fuera de otro planeta.

–No todo el mundo tiene lo que tú tienes –aclara finalmente–. La gente necesita emociones. Algunos beben. Otros fuman. O juegan. Se acuestan con extraños. Se ponen en manos de un sádico porque así consiguen que el corazón les lata más rápido. A veces la vida puede ser muy monótona, Hector. La gente necesita de cuando en cuando un poco de picardía.

McAvoy desearía poder tener otra bebida a mano.

–Simplemente no me imagino pasándome las tardes follando en el asiento de atrás de mi coche con un completo desconocido.

–No cabrías en un coche. Necesitarías exhibirte en una furgoneta.

McAvoy no la está escuchando. Al oír «exhibirte» es como si le viniera la inspiración.

Sale de la página web y abre un buscador. Teclea. «Cancaneo. East Yorkshire» en Google.

–Menos mal que tu señora no comprueba tu historial de búsquedas –comenta Pharaoh.

Instantes después está en una página web llamada paraisodelintercambio.com. Navega entre docenas de entradas que han dejado diferentes miembros con nombres como luvbstolik y trev69 hasta que encuentra uno que menciona la zona de East Yorkshire. Abre el hilo y encuentra unos cuantos mensajes que hablan del área de descanso de Coniston en la A46.

Vuelve a Google. Escribe el nombre de la carretera. Lo lleva directamente a un artículo en la web del *Hull Daily Mail*:

Un hombre resulta herido

en un área de descanso de East Yorkshire

Un hombre de 44 años se encuentra en cuidados intensivos después de ser presuntamente atropellado y que el conductor se diera a la fuga. El incidente tuvo lugar en East Yorkshire, en un conocido punto de encuentro donde se practica el «cancaneo» sexual.

El hombre, que se encontraba en la zona por motivos de negocios y que ha declarado ser de West Yorkshire, fue encontrado por unos motoristas en el área de descanso de Coniston, en la carretera de Bridlington, el martes a altas horas de la noche.

Los responsables del caso están interesados en contactar con la persona que realizó una llamada al teléfono de emergencias desde una cabina cercana poco después del incidente. Cualquiera que disponga de información puede contactar con la policía de Humberside en el 0845 6060222 o llamar a Prevención Criminal, de forma anónima, al 0800 555 111.

Mientras McAvoy se gira hacia Pharaoh, ella emite un suspiro tan potente que le tiembla el flequillo.

–¿Jefa?

La superintendente saca el móvil. Llama a la centralita. Pregunta qué agente se encargó del incidente y si está de servicio. Mientras espera una respuesta mueve los labios sin articular palabra para decirle «Te odio» a McAvoy, que frunce el ceño y luego deja escapar una risita nerviosa.

–¿Ah, sí? Creo que lo conozco, sí. Contactadlo por radio y pedidle que me llame a este número. Gracias. –Cuelga. Se gira hacia McAvoy–. Tony Laws, de Bridlington, se encarga del caso. Los de centralita le van a pedir que se ponga en contacto con nosotros.

–¿Por qué no sabíamos nada de esto? –pregunta McAvoy.

–Solo somos una unidad pequeña –explica Pharaoh–. Nos encargamos de crímenes muy específicos. Recuerda la carga de trabajo que hay en el CID, Hector. No hay forma de estar al tanto de todo. Y nadie sabe que tú y yo estamos haciendo esto. Se supone que deberíamos ocuparnos de encontrar a los hijos de puta que se dedican a ir clavando las manos a las rodillas de la gente. Probablemente se piensen que no tenemos tiempo para interesarnos por el sexo en lugares públicos.

El teléfono suena. Ella contesta educadamente.

–Hola, Tony. Sí. No, lo sé. No te entretendré mucho. Ni se te ocurra llamarme señora. Jefa está bien. O Trish, si me invitas a una copa. Oye, el área de descanso de Coniston, me he enterado de que a alguien se le fue de las manos...

McAvoy escucha y comprueba que lo que él no ha conseguido en cinco días de fanfarronadas y análisis personales ella lo obtiene con cinco minutos a base de encanto y conversación.

Cuelga, después de haber hecho un nuevo amigo.

–Vale –dice, mientras él la mira con expectación–. La víctima es un tal David

Stoneleigh. Trabaja como agente inmobiliario en Morley. Antes de que me preguntes te diré que eso queda cerca de la rotonda de Ikea. De camino a Leeds. Estaba aquí para contactar con otra inmobiliaria especializada en alquileres, o al menos eso dice. Tony Laws cree que recorrió todo ese camino para encontrarse con alguien en el área de servicio. Por lo visto es un sitio de lo más popular. Por lo general la poli pasa bastante del tema. De vez en cuando echan una ojeada pero la mayor parte del tiempo miran hacia otro lado. Sea como sea, la semana pasada recibieron una llamada desde una cabina de teléfonos del pueblo más cercano. Era la voz de una mujer solicitando que enviaran una ambulancia al área de descanso. Había alguien gravemente herido. La policía fue alertada automáticamente. Llegó el coche patrulla. Encontraron a este capullo tendido en el suelo con los pantalones por los tobillos, las piernas machacadas y las caderas rotas. A las puertas de la muerte. Lo trasladaron al hospital y ha permanecido inconsciente durante dos días. Fue intervenido el viernes y ha perdido el bazo, pero ha vuelto en sí. No ha hablado mucho. Probablemente esté cagado pensando qué le va a contar a su mujer. Aunque ten en cuenta que ella debería estar acostumbrada. Fue amonestado en 2003 en Bradford por recurrir a la prostitución.

McAvoy digiere la información.

–Mal asunto. Pero no veo la conexión.

–Ya, ni yo tampoco. Se suponía que íbamos a ser sensatos y a andar con precaución. Luego me dio la otra noticia.

–¿Sí?

–Han analizado las huellas del capó del coche. Han hallado las suyas y las de otra persona.

McAvoy la mira expectante.

–Susan Devlin. Veinticuatro años. Fue arrestada hace dos por atacar a su compañero sentimental. Le infligió lesiones físicas. Atacó a su novio estando atado. Un rollo sexual.

McAvoy trata de enlazar la información pero aún no le cuadra. Pharaoh está sonriendo.

–Recibió una sentencia en suspenso cuando la cosa llegó a los tribunales. Igual que su cómplice del delito.

–¿Cómplice?

Pharaoh sonríe.

–Simon Appleyard.

Capítulo 27

19:17 horas. Welton. La gran casa blanca de Peter Tressider, protegida por cipreses y una verja negra metálica, casi invisible desde la calle amplia y tranquila.

Trish Pharaoh aparca su biplaza deportivo en el camino de entrada, mientras chupa dos caramelos de menta extra fuertes y se fuma un cigarrillo de tabaco negro.

Observa la propiedad. Asiente de mala gana. Parece cortada a medida para un político con aspiraciones. Exuda riqueza sin pretensiones, éxito sin pomposidad. Si le preguntaran, Pharaoh la definiría como «de buen gusto».

Baja del coche. Comprueba su reflejo en la ventanilla. Se asegura de que no tiene hebras sueltas de tabaco entre los dientes y luego aplasta el cigarrillo con el tacón de la bota. Ha pasado por casa. Se ha cambiado y se ha puesto una blusa amarillo limón y una falda negra. Lleva un pañuelo al cuello y se ha cepillado el pelo. Se ha calzado sus botas de motera y se ha puesto una americana, de la que ha prescindido tirándola en el asiento del acompañante. Ha tenido que conducir un buen trecho solo para ponerse presentable. Casi cien kilómetros en total, ir y volver desde el puente. Pero se alegra de haber hecho el esfuerzo. Se siente menos cohibida por las vendas y las heridas ahora que va vestida como si fuera un día laborable.

Una pequeña pausa. Respira y se permite un momento a oscuras, con los ojos cerrados. Luego se dirige a la puerta principal. Golpea dos veces el llamador metálico y luego llama al timbre.

Pasan cinco segundos. Diez.

Prueba con el pomo de la puerta. Nada. Escucha con atención por si se distinguen sonidos en el interior de la casa. Cree oír algo más allá del invernadero que bordea la cara oeste de la alargada construcción de ladrillo.

Pharaoh camina por la gravilla hasta llegar a una parcela de césped verde oscuro. Todo está en silencio mientras se dirige a la parte trasera de la casa. Abre un portalón de madera y entra en un jardín alargado y cuidado. Una zona elevada que termina en un prado de unos noventa metros. En el centro hay una pagoda chinesca al borde de un gran estanque en forma de lágrima. Desde una plataforma en alto, el agua mana de una fuente ornamental y cae alegremente sobre unas rocas de colores pulidas.

Peter Tressider está sentado con los pies en el estanque. Lleva una camisa de manga corta blanca y un jersey anudado al cuello como si fuera una capa. Tiene los bajos de los pantalones remangados y está leyendo un fajo de A4 mientras se bebe una lata de cerveza.

–¿Concejal Tressider? ¿Señor?

El político levanta la vista con el ceño fruncido mientras Pharaoh cruza el césped. Es

un tipo corpulento con los hombros cuadrados y una barba oscura y espesa que tiene pinta de rebrotar en menos de una hora después del afeitado.

–No, no, esta es mi residencia privada, me temo que...

Se dispone a levantarse y saca un pie carnoso y pálido del agua, al tiempo que se lleva las manos al muslo para no perder el equilibrio y levantarse. La reconoce cuando ella se aproxima. Hace un gesto de sorpresa.

–Pharaoh, ¿verdad? ¿La compañera de Aector?

Ella asiente, aceptando la descripción con alegría.

–Sí, señor. Siento mucho interrumpirlo...

Él le resta importancia con un gesto de la mano. Vuelve a sentarse.

Pharaoh se queda de pie junto al borde del agua, viendo cómo su reflejo se distorsiona por efecto de la cascada. Localiza una carpa naranja y blanca desplazándose lentamente por las profundidades del estanque.

–Si quieres ponerte en remojo eres bienvenida –dice afectuosamente, señalando el estanque–. Una vez que te acostumbras al frío es maravillosamente refrescante. Solía darme un chapuzón el día de Año Nuevo en Bridlington, ¿sabes? Muy tonificante. Pero creo que ahora mi corazón no lo soportaría. Tendré que conformarme con helarme hasta los tobillos.

Pharaoh descubre una silla plegable de madera en el cenador y la lleva junto a la orilla del estanque. La abre y se sienta con precaución.

–¿Te va bien esa silla? –pregunta–. Me he fijado en las heridas que tienes.

–Sí, una bronca con un par de perros –repone como si tal cosa–. Ellos acabaron peor.

Tressider frunce el ceño.

–¿Tú eres la oficial que se vio envuelta en el incidente con los gitanos? –Se detiene. Mira a su alrededor, con culpabilidad fingida–. No debería haber dicho eso, ¿verdad? ¿Gitanos? ¿No hay ahora un término políticamente correcto para referirse a ellos? Pero fuiste tú, ¿verdad? ¿No fue un sospechoso el que os azuzó los perros a ti y a otro agente? Y eso ¿no guarda relación con el asunto de las drogas, si no me equivoco? Sí, sí. Dios, no sé cómo soy capaz de retenerlo todo en la cabeza. Entonces te lo estarás pasando bien, ¿no? Todo para conseguir que las estadísticas se vean bonitas. El mundo se ha vuelto loco. ¡No puedo esperar a cambiarlo! Me alegro de que te hayas repuesto. –Se detiene. Parece suspicaz–. Todo esto no será por la indemnización, ¿verdad?

Pharaoh se pellizca la nariz y se acomoda en el borde de la silla. Se está bien ahí, con el agua corriendo y la tarde que cae. Se gira y echa un vistazo a la casa. Muchas ventanas y unas cortinas plisadas de aspecto caro. Se imagina que desde el balcón del primer piso se divisará el río Humber.

–De hecho es un asunto bastante delicado, señor –dice con complicidad–. Siento haberlo interrumpido y presentarme sin avisar, pero tenía interés en ser lo más discreta posible.

Una media sonrisa se dibuja en la comisura del labio de Tressider. Echa un trago de cerveza.

–Ahora sí que estoy intrigado –comenta, y reprime un eructo–. Disculpa. Dios, mis

tripas se están desintegrando. ¿Se puede tener una sobredosis de antiácidos? Hoy me habré tomado como veinte.

–Yo antes también tenía acidez –añade Pharaoh amigablemente–. Demasiado vino blanco. El médico me recetó unas pastillas que me hacían sentir como si estuviera llena de corcho. Decidí que prefería vivir con ello. De hecho, la mujer de un amigo mío me preparó un remedio a base de hierbas. No sé qué llevará. Sabe a cardamomo y a perro mojado pero, cuando aprieta la acidez, funciona.

–Ese sí que parece un buen amigo –repone Tressider–. Me vendría bien algo por el estilo. Soy pura bilis.

Pharaoh trata de conducir la conversación hacia donde tenía previsto.

–Concejal...

–Peter, por favor.

–Concejal, estoy investigando un caso del año pasado. Han surgido algunas incógnitas. Me estoy refiriendo a la muerte de Simon Appleyard, un joven de veintitantos que fue hallado estrangulado en su piso de Anlaby el pasado mes de noviembre.

Tressider la observa sin tapujos, esperando a que continúe.

–Ya he oído ese nombre antes. Aector iba a echarle un vistazo al caso, ¿no es cierto? ¿No es lo que tenía en el ordenador cuando pasé por la comisaría de Courtland Road? Qué mundo tan pequeño, ¿verdad? Bueno, sí, bien, ¿y qué más?

–El juez dictaminó que el veredicto no era concluyente porque no se halló nota de suicidio. Pero desde entonces han salido a la luz distintas pruebas que sugieren que quizá el señor Appleyard fuera asesinado.

Tiene toda la atención de Tressider pero, aparte de intriga, su expresión no revela ningún sentimiento incriminatorio.

–Concejal Tressider, todavía no hemos reabierto el caso. Solo estamos echando un vistazo. Y, por cortesía, quería contárselo en persona.

Tressider arruga el ceño, confuso.

–Bueno, sé que os pedí que me mantuvierais al tanto, pero confío que el CID investigue los casos como considere más oportuno. No hacía falta que te preocuparas de que la Autoridad se te echase encima...

Pharaoh clava la vista en las aguas oscuras y profundas.

–Concejal, no me estoy dirigiendo a usted como presidente de la Autoridad Policial. He venido a hacerle algunas preguntas sobre su relación personal con el caso.

Se hace el silencio por un instante. Tressider tiene el ceño tan fruncido que su frente parece rugosa.

–Disculpa, ¿soy sospechoso o algo así?

Tiene la voz tranquila. Ni rastro de amenaza. Solo auténtica curiosidad. Parece confuso. Desconcertado. Perdido.

–Concejal, tenemos pruebas que sugieren que usted tomó un taxi el día 14 del pasado mes de noviembre. Lo llevó desde el supermercado Morrison's, en Anlaby, hasta la puerta de su casa. El teléfono móvil que se utilizó para pedir el taxi pertenecía, por lo que sabemos, a Simon Appleyard.

Tressider se pone lívido.

–No tengo ni puta idea de lo que estás hablando –afirma, y se retira del agua enfadado, poniéndose de pie.

Pharaoh lo imita.

–Concejal, quería hablar con usted aquí, en privado, para que pudiéramos aclarar cualquier malentendido. Como ya he mencionado, esto no es una investigación. Aún no hemos llegado a ese punto.

Tressider gesticula con los brazos. Mira a su alrededor como si esperara que comenzaran a salir enemigos de debajo de las piedras.

–Has cometido un gran error. Un puto error bien grande. ¿Eso es lo mejor que tiene? –Se acerca a Pharaoh y aproxima su cara a la suya–. ¿Crees que soy un puto idiota?

Pharaoh se mantiene firme. El corazón le late con fuerza pero procurar mantener la calma. Como una profesional.

–Concejal Tressider, ¿tomó un taxi ese día? ¿Conocía a Simon Appleyard? Él era homosexual. Conocía a otros hombres a través de una web de contactos. Creemos que tenía alguna relación con dos de sus compañeros del ayuntamiento.

Tressider se aparta. Deja caer la cabeza en la palma de la mano. Parece como si se estuviera tirando del pelo.

–No voy a tolerar esto –advierte, cuando vuelve a girarse–. No tengo nada que ocultar. No llevo ni cinco minutos en el cargo de presidente. El proceso de selección para la candidatura al Parlamento no comienza hasta el año que viene. ¿Quién me tiene tanto miedo como para tener que recurrir a esto, joder? Se lo dije a él y te lo diré a ti: ni siquiera sé si quiero que me nominen.

–¿A quién se lo dijo, concejal? –pregunta Pharaoh, extendiendo la mano y apoyándola suavemente en su brazo, sin apartarla cuando él trata de zafarse.

–A ese cabrón flacucho. Cocker, o como se llame. Disgustó a Paula. Me hizo quedar como un completo imbécil.

–No le entiendo.

–Cocker –repite, enfadado. Luego cierra los ojos con fuerza y vuelve a desplomarse en el césped, metiendo los pies de nuevo en el agua.

–Cocker es el asesor político, ¿verdad? ¿El tipo que busca esqueletos en el armario de los miembros del partido?

Tressider se hurga en el bolsillo de la camisa. Saca un par de recibos y una tarjeta de visita. Se la entrega a Pharaoh. Ella la coge y echa un vistazo al logo, al nombre de Ed Cocker y su cargo.

–¿Qué quería?

Tressider abre las manos con un gesto de desolación. Recoge la lata vacía de cerveza y trata de buscar una última gota de consuelo. De repente parece exhausto.

–El puto Stephen Hepburn –dice, y casi le duele decirlo–. Cocker parece creer que detrás de él hay un escándalo. Podría arruinar mis posibilidades en las elecciones. No me refiero a las de la Autoridad, eso ya es cosa hecha. Hablo de las elecciones de verdad, las generales. Si me presento. Si me lo permiten. Si mi corazón no me manda antes a paseo.

Ese cretino se presentó aquí el sábado pasado...

–¿Hepburn?

–Cocker. Llamó a la puerta, con dos narices. Le dijo a Paula que quería hablar conmigo. Ella le respondió que yo no estaba en casa. Así que la emprendió con ella. Le preguntó si conocía a Hepburn. Si tenía conocimiento de sus negocios. Si sabía que yo había invertido una cantidad significativa en su club...

–¿El bar gay? ¿El de Hull?

–Eso son chorradas –repone abatido–. Nunca invertí en un puto club gay. Le hice un préstamo a un socio para que colaborase con el marketing de un nuevo club que iba a comprar. Resultó ser el de Hepburn.

–¿Mucho dinero?

–Quince mil libras. Una miseria, en realidad.

–¿Y quién era ese amigo?

–Eso no importa. Está todo en las pruebas documentales que Cocker dice tener. Suficiente como para joderme bien. Suficiente para meter mal rollo en el partido. Cocker es el tipo que determinará si hay algo lo bastante importante como para que tengan que preocuparse.

Pharaoh tuerce el gesto.

–Concejal, no creo que esto suponga un escándalo. No en los tiempos que corren. No creo que a nadie le importe.

Tressider levanta la vista para mirarla.

–Disgustó a Paula. Lo llamé cuando ella me lo contó. Traté de ser educado pero perdí los estribos. Le dije que nos dejara en paz. Le dije que no había hecho nada de lo que avergonzarse y que, o me querían tal y como era, o nada. Pero a ese tipo le pagan bien por hacer su trabajo. Dice que tiene una misión. Un informe por escribir. Cree que soy un candidato prometedor y que merece la pena husmear un poco más en mis asuntos... –Se detiene–. Supongo que me sentí halagado. Me ablandé un poco. Le dije que no me gustaban sus métodos pero que lo escucharía.

–¿Cómo se tomó eso?

Tressider contempla el fondo del estanque. Levanta los pies y se mira los dedos, como si quisiera comprobar que lo que está pasando es real.

–Parecía confundido, supongo. Dijo que quería explicarse como es debido. Quería que nos viéramos.

–¿Y?

–Y entonces comenzó a hacerme preguntas sobre mi vida familiar. Incluso sobre Paula. Me dijo que era del todo habitual realizar informes de este tipo sobre los posibles candidatos y sus parejas. Perdí los estribos. Colgué el teléfono. Traté de olvidarme de ello. Y ahora te tengo aquí, en la puerta de mi puta casa.

De repente Pharaoh siente pena por ese hombre. No puede explicarlo, pero hay algo en la ternura con la que describe a su mujer que los conecta. Se agacha junto a él.

–Va a tener que acostumbrarse a que la gente se meta en sus asuntos, concejal. Tendrá que hacerlo si va a formar parte del Parlamento. Si es una promesa...

Tressider deja escapar un resoplido.

–Tengo cincuenta y seis años –expone–. Por la noche suelo levantarme tres veces para ir al baño. No soy una puta promesa, querida. Soy un concejal decente. Soy un buen hombre de negocios. Podría ser un buen parlamentario y te prometo que seré un buen presidente de la Autoridad Policial. Pero no sé hasta qué punto quiero todo eso.

Permanecen sentados en silencio durante un rato.

–Simon Appleyard –reitera Pharaoh finalmente.

Tressider aparta la vista. Se vuelve para enfrentarse a ella con los ojos aún cerrados.

–No sé nada de eso, querida. No conozco ese nombre. Llevo siglos sin coger un taxi. No compro en Morrison's. Tengo un móvil y lo llevo en el bolsillo. Puedes investigar lo que quieras. Llevo siete años con el mismo número.

Se hurga en el bolsillo del pantalón y se le cae la cartera al suelo. Pharaoh la recoge. Se ha abierto al caer y la solapa delantera muestra la foto de una mujer de mediana edad, rubia y sonriente, sosteniendo una copa de vino con la luz de las velas reflejándose en sus ojos azules.

–Es guapísima –dice Pharaoh, aunque en realidad la mujer está bien entrada en carnes.

Tressider mira la foto.

–La disgustó muchísimo –dice, casi para sí.

–¿Está en casa? –pregunta Pharaoh–. Podemos preguntarle si quiere poner una denuncia por acoso…

Tressider deja escapar un bramido. Descarta la posibilidad con un gesto de la mano.

–Es una chica dura. Podrá soportarlo. Aquí las criamos para que sean fuertes. En realidad ella es de Lancashire pero no se lo tengo en cuenta. Ahora es uno de los nuestros.

Pharaoh lo sopesa por un momento. Se pregunta hasta dónde debería presionar. Si lo único que habrá conseguido no habrá sido alertarlo de que están investigando un asesinato que podría llevar su firma.

–Siento haberle molestado, concejal –dice, finalmente–. No se imagina lo difícil que ha sido decidir cómo proceder…

Tressider asiente, con los labios apretados, los ojos vidriosos y oscuros.

–Es tu trabajo –concede–. Te agradezco la discreción.

Pharaoh continúa en cuclillas un momento más. Luego extiende la mano. Estrecha la que él le ofrece y, al mismo tiempo, recoge un recibo que ha caído sobre el césped húmedo. Se lo esconde en la bota.

Se gira y comienza a caminar sobre el césped húmedo.

–Simon –dice él repentinamente. Pharaoh da media vuelta.

–¿Cómo dice, señor?

–El chico –aclara–. ¿Sufrió mucho?

Pharaoh lo medita. Levanta la vista al cielo. Las nubes se están moviendo. Sobresalen contra el cielo oscurecido convirtiéndolo en una espalda musculosa.

–Creo que sufrió siempre –dice–. Pero su muerte no fue una liberación. Fue un asesinato.

A esa distancia no es capaz de ver la expresión del concejal. Pero advierte que ha dejado caer la cabeza y que los pies, en el agua, están inmóviles.

Capítulo 28

21:43 horas. Colina de Tranby, Anlaby.

Un furgón de policía deambula sin rumbo frente a las bonitas casas y los jardines cuidados de la clase media.

Dos rottweilers enfadados están armando escándalo en la parte de atrás del vehículo. Sentados en la parte delantera, hay dos animales sedientos de sangre...

–¡Cerrad la puta boca!

Colin Ray se revuelve en el asiento y lo lamenta de inmediato. El dolor le atenaza las costillas, un puñado de carne y cartílago. Esboza una mueca y luego trata de disimularla. Maldice. Espera que Tanner no se haya fijado.

–Puto gitano –murmura entre dientes.

Espera que el dolor sea muscular, el resultado de su encontronazo con Ronan. Le gusta que el dolor sea producto de algo tangible. Un impacto, una colisión. Es capaz de entender la idea de causa y efecto. La enfermedad lo deja perplejo. Le inquietan los síndromes. Desea que su costilla esté rota porque eso explicaría por qué le duele tanto. Un diagnóstico alternativo implicaría un problema de corazón y no cree que esa línea de pensamiento traiga nada bueno.

–¿Estás bien, jefe?

–Ese pequeño cretino me jodió una costilla. Pensé que se me habría soldado ya.

–Deberías darte de baja. Cógete unos meses. Una pequeña indemnización.

–¿Y quién cuidaría de vosotros, eh?

Ray se queda mirando a su compañero de viaje. Malcolm Tanner es un sargento de la unidad canina de la policía de Humberside. Es un hombre afable con la cara redondeada, pelo castaño que empieza a escasear y tendencia a meter el labio superior bajo el inferior cuando sonríe. Esa costumbre hace que parezca una marioneta de trapo y, como tal, los compañeros del equipo de fútbol lo llaman «Teleñeco». Es un hombre más válido de lo que su presencia sugiere. Ha bebido demasiado y la temeridad ha hecho de él un hombre impulsivo y cruel.

Ray lo considera su amigo y, por una vez, agradece no estar en compañía de Shaz Archer. Hoy tenía la noche ocupada. Alguna historia de esas que no van a ninguna parte con alguno de sus ligues. Por la mañana le pedirá que le cuente detalles y ella estará encantada de complacerlo. Se alegrará de volver a tenerla a su lado. Tremberg se ha subido al carro bastante bien; pero menos mal que no han necesitado armas de mujer para conseguir que los vietnamitas cantaran, porque habría tenido más suerte enfundándose él un vestido que pidiéndole a esa brontosauria que se pusiera sexi.

Tanner es buena compañía aunque no sirva para alegrarle a uno la vista. Para esta

aventura nocturna va vestido de uniforme pero el cuello de su camiseta de portero asoma por encima de los cuellos de la camisa y tiene las rodillas manchadas de césped y barro bajo los pantalones arrugados azul marino.

Están sentados en la parte delantera de un furgón para perros, a dos calles de la casa de Alan Rourke. Tienen la radio a todo volumen para ahogar los ladridos incesantes de los rottweilers. El panel que separa los asientos del compartimento trasero amortigua el ruido de los animales, pero los chuchos están rabiosos y no hay forma de silenciar el escándalo del todo.

Ray casi agradece el barullo. Consigue mantenerlo enfadado. Deseando que llegue el momento, del que lo separan apenas unos minutos, de encañonar con una pistola la cabeza del primer perro, apretar el gatillo y quedarse mirando cómo llora ese puto gitano mentiroso.

Baja la vista al objeto que tiene en el regazo. Admira la forma y el peso. La pureza de sus líneas. Su finalidad evidente.

–Se llama pistola paralizante –había comentado Tanner bajo los efluvios de la cerveza al ir a sacar el arma, que tenía envuelta en una arpillera debajo de uno de los paneles de la parte trasera del furgón–. No hay nada tan humano como esto.

Ray le miró a los ojos para ver si le estaba vacilando.

–¿Por qué tienes una de estas, chaval? Se supone que eres un puto amante de los animales.

–Por eso mismo –había respondido Tanner mientras sacaba la pistola del saco–. Tú sabes a qué tipo de sitios tenemos que acudir. ¿Has visto a algún animal gritando, jefe? ¿Sabías que los animales pueden gritar? A veces no puedes esperar a que llegue el veterinario. No puedes oírlos así. Me quitarían la placa si se enterasen, aunque no soy el único. Una descarga rápida con esto y se acabó.

–Y eres perfectamente capaz de hacerlo, ¿verdad? –le había preguntado Ray–. Pero estos perros no se están muriendo, hijo. El único problema es que pertenecen a un hijoputa que se niega a hablar.

Ante la insinuación de que quizá no estaría dispuesto a hacer lo necesario, Tanner se había reído.

–Fueron a por un poli, jefe. Y, además, serás tú el que apriete el gatillo, llegado el caso.

Ray siente el peso de la pistola paralizante en la mano. No alberga ninguna duda, está dispuesto a llevar hasta el final las amenazas que está a punto de formular. Siente que se le sube la bilis y el veneno a medida que se acercan a su objetivo. En su mente ve la cara que pondrá Rourke, suplicando que dejen a sus perros con vida y cantando como un pajarito...

Continúan circulando velozmente. Tanner gira a la derecha por una de las tranquilas calles laterales y por poco no le da a un Mercedes aparcado.

–Putos italianos –exclama Ray.

–Son alemanes, ¿no? Los Mercedes.

–No sé. –Ray se lo piensa. Trata de acordarse con quién está cabreado–. Fabrican buenos coches.

Ambos hombres van demasiado bebidos para conducir. Todo esto les había parecido una idea soberbia un par de horas antes, cabreados por tener que acatar las órdenes de arriba para poner en libertad a Ronan y a su tío por falta de pruebas, y por la insinuación de que Ray se había saltado un montón de reglas al tratar con el prisionero más joven. Se habían bajado media docena de pintas de sidra cada uno para celebrar la victoria de su equipo por 5-2 contra Bridlington. El resto de los chicos se habían rendido después de una pinta o dos y se habían largado a casa a ver una peli de época con la parienta o a comprar un curry y seis latas de cerveza para pasarse el resto de la noche frente a un DVD. Ray y Tanner no han puesto reparos. A Ray no lo espera nadie en casa. Tanner, padre de tres niños, simplemente no tiene ganas de irse.

Si les preguntaran, ninguno de los dos hombres sería capaz de asegurar cuál de ellos es el responsable de cómo se han ido desarrollando los acontecimientos. Han tenido la idea a media tarde en un pub llamado The Coach and Horses, cuando regresaban por la carretera de Bridlington. Está a un paso de una zona muy conocida donde acuden en busca de ligues los exhibicionistas y los que intercambian pareja y donde hace unas noches casi matan a un hombre de negocios de fuera de la ciudad, atropellándolo cuando estaba en plena faena.

Los rottweilers han de ser devueltos a Rourke al día siguiente. Su abogado ha presentado una petición de emergencia a los magistrados de la ciudad, que han dictaminado que no había razones suficientes para sacrificar a los animales. El picapleitos de Rourke declaró que los perros nunca habían hecho daño a nadie antes y que se limitaban a proteger a su dueño. Y, lo que es más, atacaron a matar obedeciendo una orden realizada por una tercera parte implicada. A los magistrados apenas les había llevado unos momentos dictaminar que los animales fueran liberados de la perrera autorizada por la policía donde estaban retenidos y después entregados a su dueño.

Ray le había contado la historia a su portero mientras bebían las sidras de la victoria. Un rato después habían decidido que se llevarían a los perros. Continuaron dándole al alcohol. Hablaron de cabrones gitanos y de hijoputas pelirrojos. Y, entonces, Tanner le habló de la pequeña herramienta que guardaba en la parte trasera del furgón para casos de emergencia. Y Ray se había levantado de la mesa del pub como un monstruo, con los dientes apretados y el dedo ya listo para apretar el gatillo.

El furgón entra en Tranby Rise. Las gruesas cortinas dejan pasar el brillo de unas lámparas de buen gusto y la pantalla de un televisor. Esta calle de clase media de chalecitos y móviles de campanillas huele a asado para la cena y reuniones familiares. Es un lugar para familias que compartan el mismo apellido. A Colin Ray no le gusta que Alan Rourke viva aquí.

–Es esa. Como una puta casa de dibujos animados, ¿verdad?

Aparcan en la calle, bloqueando el camino de acceso y aplastando dos arbustos bien cuidados que crecían junto al césped recién cortado.

Los perros, quizá notando que están cerca de casa, redoblan sus frenéticos ladridos. Al oír sus gañidos rabiosos, Ray se pregunta si serán capaces de sacar a los chuchos de la parte de atrás sin perder alguna parte importante de su cuerpo. Le ha maravillado la

facilidad de Tanner para acorralar a los animales, que no paraban de gruñir en el furgón especial, utilizando solo una vara larga con un nudo corredizo en un extremo y algunos insultos bien distribuidos.

Ray baja del vehículo. Arquea la espalda y vuelve a torcer el gesto al notar la segunda punzada de dolor.

–Cabrón hortera –murmura, mirando el gran chalé y los dos 4 x 4 grandes marca Honda aparcados en el camino de ladrillo rojo.

–Apuesto a que tiene arañas de cristal –dice Tanner, apareciendo a su lado–. Estos capullos siempre tienen.

Se enciende una luz detrás de la puerta de cristal ahumado de la casa de Alan Rourke. La puerta se abre hacia dentro. La silueta de Rourke aparece en el escalón, sostiene una lata de cerveza en la mano y lleva pantalones de chándal y zapatos de cuero sin calcetines.

–¿Esos son mis perros? –pregunta, avanzando por el camino–. Dios, pero si están furiosos. ¿Es usted, señor Ray?

Han dejado encendidas las luces del vehículo y el resplandor de los faros oculta parcialmente a Ray y a su amigo. Rourke levanta un brazo mientras se aproxima y entrecierra los ojos.

–¿Señor Ray? Dios, no me esperaba que me los trajera personalmente, señor. Mi abogado me dijo que fuera a buscarlos yo mismo mañana. Vaya, es usted un gran tipo, sí señor.

Ray se pasa la lengua por el interior de la boca. Se siente enfadado y enfermo. Nota que se está acostumbrando a estar así. Sus úlceras de estómago le hacen sufrir y esa sería una razón más que suficiente para jubilarse. A veces siente como si se le estuvieran pudriendo las tripas. Cuando está borracho y melancólico, los gases que le suben a la garganta apestan a descomposición. A pura tumba.

–No quería que supusiera una molestia para usted, señor Rourke –apunta Ray con desdén–. Para eso estamos, chaval. Para servir a gente como tú.

Rourke se coloca ante ellos usando una mano de visera. Mira a ambos policías con una media sonrisa en la cara que empieza a borrarse cuando comprueba que los otros dos no se la devuelven. Los dos lo miran con frialdad. La emoción de volver a reunirse con sus perros comienza a desvanecerse.

–¿Quieren entrar en el camino dando marcha atrás para dejar a los animales en la parte trasera? –pregunta amigablemente–. Quizá sea más fácil, ¿no? Están muy nerviosos y no queremos despertar a todos los estirados del barrio, ¿eh?

Su intento de mejorar la predisposición de los dos hombres hacia él no va a ninguna parte, de modo que se encoge de hombros. Retoma la misma actitud de los interrogatorios, no tiene intención de colaborar.

–El chaval estará ya en la camita durmiendo a pierna suelta, ¿no? –pregunta Ray.

–Ah, Ronan ha salido con sus amigos, señor –contesta Rourke–. No soy su carcelero. Volverá pronto a casa y se alegrará de que mis perros hayan vuelto de una pieza.

Ray espera que Rourke sea capaz de oler su aliento a cerveza. Espera que sea capaz

de entender lo que piensan de él. La pistola paralizante está en su bolsillo, una presencia pesada pero reconfortante.

Se gira hacia Tanner.

–Una noche estupenda para eso, ¿eh, Tanner? Me encantaría salir de marcha con mis colegas. Echar un trago o dos. Fumar un paquete de tabaco. Meter mano a alguna fulana detrás de los contenedores. Dios, se lo pasa en grande, ¿eh? Debe de ser genial venir a vivir con el tío Alan.

–¿Es su tío? –pregunta Tanner, como si hubieran preparado el diálogo con antelación.

–Oh, no es su tío de verdad. Más bien es un amigo de la familia, ¿no es eso?

Rourke escupe. Se encoge de hombros. Ya ha oído bastante. Quiere sus perros.

–Pero sí que tiene un tío, ¿verdad? Un padrino, o como quieran llamarlo estos cabrones ateos.

Rourke aprieta la mandíbula. Echa un trago de la lata de cerveza y luego la arroja al jardín.

–El cabrón da miedo, por lo que he oído –apunta Tanner tranquilamente.

–Pues sí, eso es. Por lo visto es un tipo importante en el mundo de Ronan. Un nombre a tener en cuenta.

–¿Cómo decías que se llamaba, jefe?

Ray ladea la cabeza. Mira al cielo. Hace como si se lo pensara.

–Creo que sonaba como si fuera italiano. Ahora mismo no me acuerdo. ¿Le importaría ayudarme, señor Rourke?

Rourke sopesa a la pareja de polis. Vuelve la vista a la calidez de la puerta de su casa.

–¿Quieren despacharse un poco más o van a darme ya mis perros?

Ray le dirige una sonrisa de labios apretados.

–Esa es la cuestión, hijo. Esa es la cuestión.

Rourke examina al detective. Mira atentamente a ese cincuentón, se fija en su gabardina negra desastrada, en sus pantalones de pana gastados y en el jersey de rombos. Vuelve a escrutar la cara que lo ha tratado desdeñosamente una y otra vez desde el otro lado de la mesa de la sala de interrogatorios durante los últimos días. El asco y el desprecio en los ojos del policía no son nada nuevo, pero hoy, lejos de la comisaría y acompañado por los ladridos enfurecidos, transmite pura malevolencia.

–Los jueces...

Ray se echa a reír.

–¿Ahora te escondes tras la ley, chaval? Has bombardeado un furgón de policía. Le lanzaste tus perros a una oficial. Te has pasado días dejándome como un gilipollas...

–Señor, le he contado todo lo que sabía, no sé nada...

Ray está agitando la cabeza, cada vez está más enfadado. En realidad no sabe qué esperaba que sucediera cuando llegaran.

–Me has hecho quedar como un gilipollas, chaval. Pero eso va a cambiar.

–Deme mis perros. –Rourke empieza a levantar la voz.

–Voy a apelar a tu buen corazón.

–Mis perros, señor.

–Te voy a formular las mismas preguntas que te llevo haciendo toda la puta semana...

–¡Pregunte lo que quiera!

–Y si no me dices lo que quiero saber, voy a matar a tus putos perros y a arrojarlos al río. Y si alguien pregunta qué ha pasado con ellos les diremos que han sido los gitanos.

La cara de Rourke se contorsiona. Enseña los dientes. Se retira el pelo de la cara.

–¿Estáis bien, chicos? –grita en dirección a la parte de atrás de la furgoneta, viéndose recompensado con una cacofonía de ladridos.

Ray ya ha tenido bastante. Se saca la pistola del pantalón y Rourke retrocede al instante.

–No te preocupes –dice Rourke torciendo el gesto–. No es lo que te crees. No te voy a disparar en la rodilla aunque bien sabe Dios que me encantaría, joder. No, esto es para tus pequeños. ¿Habías visto una antes?

Rourke bascula de una pierna a otra mirando alternativamente a los oficiales y al arma de Ray.

–Una pistola eléctrica –dice entre dientes.

–Este hombre se merece un premio –dice Ray con voz chillona y desquiciada–. Creo que se llaman paralizantes. Disparan una descarga eléctrica y la corriente penetra varios centímetros en el cerebro. Deja al animal inconsciente en un abrir y cerrar de ojos para que te dé tiempo de disfrutar de rebanarle el cuello.

–Son ilegales.

–A mí eso me importa una mierda.

–No tiene cojones de hacerlo.

Ray acaricia la pistola como si fuera una mascota.

–Para ser totalmente sincero, espero que no confieses. Espero poder mirarte a los ojos mientras les rajo la garganta a tus pequeños de un tajo limpio.

A su lado, Tanner se revuelve. La cosa se está poniendo fea. No se esperaba que el juego fuera a mayores. Hay algo en la postura de Ray, en su actitud, que es mucho más terrorífico que la pistola que lleva en la mano.

–¿Y si le estuviera diciendo la verdad? –pregunta Rourke sin aliento–. ¿Y si de verdad no supiera nada?

Ray escupe. Carraspea y dispara algo nauseabundo como si fuera una bala.

–Abre las puertas traseras, Tanner. Este gilipollas egoísta no va a ayudar a sus perritos.

Rourke mira a los ojos al oficial. Intenta parecer desafiante.

–No lo haría –asegura–. Es un farol.

Ray da un paso hacia él. Tiene los ojos apenas a unos centímetros de los del gitano. No dice nada. Deja que Rourke se convenza él solo de que tiene suficientes cojones como para cumplir su amenaza.

–Maldito hijoputa enfermo. Eres un hijoputa enfermo –maldice Rourke a la desesperada, mirando a Tanner con la esperanza de que al menos el hombre más joven vaya de farol–. Por favor, agentes. No puedo. No está bien. Esto no está bien...

–Abre las puertas, hijo.

La voz de Ray es fría. Casi un susurro. Ya no espera respuestas de Rourke. De modo

que va a matar a sus perros. A Tanner le entra la duda por un momento. El aire frío nocturno le ha despejado la cabeza de los vapores del alcohol que lo han traído hasta aquí. Mira a Colin Ray y se da cuenta de lo que está haciendo. Se da cuenta de que Ray nunca esperó que el hombre confesara. Que lo han traído aquí para matar.

–Díselo –le suplica Tanner de repente–. Lo hará. Míralo. Los matará a los dos, joder.

La mirada de Rourke va de uno a otro. Durante horas interminables este hombre estuvo sentado en celdas frías y en salas de interrogatorio más frías aún negándose a decir algo que no fuera «sin comentarios» o «que te jodan». En este mismo momento se está derrumbando. Parece que hubiera encogido de tamaño a causa del peso de la indecisión. Parece que esté intentando decidirse entre darle un puñetazo o salir corriendo. Si cerrar el pico o cantarlo todo.

–Abre las putas puertas, Tanner...

–Hamer –confiesa Rourke, y el nombre escapa de sus labios como el aire de un globo pinchado–. Giuseppe Hamer. El padrino de Ronan.

Ray asiente. No añade nada. La mirada en su cara oscila entre la furia y la decepción. El viento que se ha levantado juega con los bajos de su gabardina. Se lleva parte de su acaloramiento. De repente siente escalofríos. Se pregunta si estará enfermo o si será por el dolor. Se saca un cigarrillo del bolsillo, se lo enciende y le pasa otro a Rourke, que lo prende con un Zippo caro y le da una calada profunda.

–Habla, chico. Vas a tener que encontrar un montón de palabras en los próximos dos minutos o te juro que voy a...

–Estuvimos juntos en la cárcel –balbucea–. Pepe y yo. Es un hombre importante. No es alguien a quien quieras joder. Es un amigo.

Ray le da una calada al pitillo.

–No estoy dando saltos de alegría, chaval.

–Pepe ha cumplido varias condenas. La última fue larga. Hizo algunos contactos nuevos. Advirtió una nueva línea de negocio. Vio una oportunidad.

–¿Contactos?

Rourke deja escapar una nube de humo.

–Asiáticos –añade quedamente–. Vietnamitas.

Ray escupe.

–Y una mierda. Tu gente no trabaja con esa gente. Y ellos tampoco trabajan con extraños.

–Todo ha cambiado, señor –explica Rourke, mirando el extremo de su cigarrillo como si buscara respuestas en la brasa–. Los vietnamitas se encargan de algunas cosas, pero en realidad reciben órdenes de una gente con la que Pepe no tiene problemas para trabajar. Nunca los tuvo, en realidad.

–Escúpelo todo.

–Su sobrino lo adora. Ronan. Toda su vida ha querido ser como él. Quería impresionarlo...

–¿Y?

–Y Pepe le cedió parte de la operación. Le pidió que se encargara por él de este nuevo

negocio. Y él lo hizo. Demostró que tenía madera. Y cojones también. Pepe dijo que podía convertirse en el hombre adecuado para este tipo de nuevas oportunidades.

–¿Estamos hablando en código, Rourke?

–Le estoy dando todo lo que puedo –replica él con los puños apretados.

–¿A Ronan se le subió a la cabeza?

–Él no lo cree así. Cree que es un tipo importante. Ronan se ha salido de madre. Estos tipos nuevos con los que Pepe lo puso a trabajar son malos bichos. Le han llenado la cabeza de grandes ideas.

–¿Estas son las personas que dirigen la operación? –pregunta Ray–. ¿Las plantaciones de marihuana?

Rourke cierra los ojos.

–Son grandes. Mucho más que nosotros. Más que Pepe. Todo lo que sé es que Ronan se ha mezclado con gente que no es buena para él. Y entonces Pepe me pidió que intentara apartarlo de todo eso. Acogerlo bajo mi ala. Cuidar de él.

–¿Y tú estabas dispuesto a hacer algo así? ¿A proteger a ese chalado?

–Cuando Pepe pide algo, le dices que sí. No le disgustas.

–¿Y Ronan no quiso dejar atrás a sus nuevos amigos?

–No atendía a razones. Pepe tuvo que ir en su busca y decirle que se había pasado de la raya. Que tenía que volver conmigo. Al final Ronan accedió. Hizo lo que le había pedido. Pero a sus nuevos amigos les importaba una mierda lo que Pepe quisiera. Dijeron que ahora Ronan formaba parte de la operación. Que iban a meterle fuego a todo el puto campamento. Yo no sabía para dónde tirar, joder. Todo se nos fue de las manos...

Ray hace una mueca. Con la mente en otra parte, se rasca las costillas doloridas con la pistola paralizante.

–Por como lo cuentas parece como si nunca lo hubierais tenido controlado. Lo pillamos con bastante facilidad...

Rourke apaga el cigarrillo con la palma de la mano.

–Ese madero pagará por ello, te lo aseguro. Queda advertido.

–¿Quién?

–Un tipo grande, o eso dice Ronan. Pelirrojo, escocés. Un puto gigante, según Ronan.

Ray parece confundido.

–¿McAvoy?

–Eso es. Hamer se lo ha tomado como algo personal. No puede tocar a los tipos que han llevado a Ronan por el mal camino, pero esto sí que puede arreglarlo.

Ray se vuelve hacia a Tanner. Sacude la cabeza ligeramente. Tuerce el gesto, intentando encontrarle sentido a todo.

–¿Así que Pepe le dice al crío que vaya a jugar con los malos y luego decide que son demasiado traviesos y que quiere que vuelva a casa? ¿Por qué no arregló él solo las cosas?

–No quiere arruinar el trato –aclara Rourke, como si estuviera impaciente por decir hasta la última palabra ahora que todavía puede–. Pero quiere que Ronan se mantenga al

margen.

–¿Y Ronan se lo está pasando en grande?

Rourke baja la vista.

–Está descontrolado. Yo no puedo hacer nada por él. No para de dar órdenes y la gente las cumple. Es solo un niño y esos cabrones hacen lo que dice. Ordenó a uno de sus matones que metiera la mano de una china en aceite hirviendo. Derretida hasta el hueso. Quemó una casa en Bransholme donde alguien dijo que había una pequeña plantación de marihuana. Va a su bola. Está fuera de sí. Nos amenaza. Amenaza a los putos maderos. Ahora ha implicado a su tío...

–¿Fuiste tú el que arrojó el cóctel molotov, Rourke?

Rourke deja de hablar. Aparta la mirada.

–Leí los mensajes de su móvil mientras se duchaba. Uno era de uno de sus contactos. Le informaban de que el almacén estaba bajo vigilancia. Decía que querían enviarle un mensaje a los maderos. Yo me hice cargo. Llamé a algunos amigos. Vacié el almacén.

–¿Y el cóctel molotov?

Rourke asiente.

–Mi colega y yo. –Levanta la vista y sus palabras se aceleran–. Debe saber que nunca quisimos quemar a nadie. Lo lanzamos tan despacio como pudimos. Solo queríamos demostraros que podíamos hacerlo. Así Ronan no se metía en problemas y nadie salía herido. Dígame... ¿qué otra cosa iba a hacer yo? Pepe me pide que mantenga al chico a salvo y lo siguiente que sé es que estoy hasta arriba de mierda...

Rourke se detiene. Cierra los ojos. Parece viejo y cansado. Parece un hombre al que han presionado desde demasiados ángulos.

–¿Cómo acabaron tus huellas en la botella?

–Me puse guantes pero la botella que utilizamos...

–¿Sí?

–Era mía –confiesa meneando la cabeza–. Soy un puto zoquete.

–¿Y el coche que conducíais?

–Era de Ronan. Últimamente va de estrella del rock.

Ray se rasca la cara mientras medita.

–Apuesto a que a Ronan no le gustó.

–Me amenazó con contárselo a su tío. Me amenazó con sus nuevos amigos.

Ray hace un gesto de asentimiento.

–¿Y Hamer?

–Sabe que he hecho lo que he podido.

–¿Y los traficantes, vuestros contactos?

Rourke se encoge de hombros.

–¿Quién coño sabe?

Permanecen inmóviles y se examinan el uno al otro durante un rato.

Hundido y humillado, Rourke apenas levanta la cabeza al preguntar si pueden entregarle a sus perros.

Ray lo mira fijamente. Se vuelve hacia Tanner.

–Dale los putos bichos.

Se inclina contra el costado del furgón. Oye que el volumen de los ladridos va en ascenso y tiene que reprimir una sonrisa cuando ve a ese gitano atezado e indomable caer de rodillas y romper a llorar abrazado al cuello de dos perros nerviosos y babeantes.

Rourke lo mira a los ojos.

–¿De verdad lo habría hecho? ¿Habría apretado el gatillo?

Ray le dirige su primera sonrisa sincera.

–Todavía estoy a tiempo.

Capítulo 29

Suzie desearía tener alguna adicción.

Desearía que la bebida o el tabaco o clavarse una puta aguja en las venas le proporcionara un ápice de calma y consuelo. No tiene nada. No puede apoyarse en la química. No sabe cómo calmarse.

–Respira, Suzie, respira...

Golpea no muy convencida el asiento del acompañante, un cachete con el dorso de la mano que habría hecho reír a Simon si hubiera podido estar ahí para recibirlo.

–Todo esto es una chorrada.

Sonríe con desdén mientras lo dice. Deja caer la cabeza. Es consciente de que todas las imágenes que se le ocurren que evocan tranquilidad son un cliché. Sabe que si cerrara los ojos y respirara hondo para purificarse no se sentiría mejor de lo que se siente ahora: los ojos como platos, llorosa, mirando fijamente la oscuridad que se cierne a su alrededor con los dedos tan aferrados al volante como la hiedra a un tronco.

Son cerca de las diez de la noche. No sabe por qué ha conducido hasta aquí, hasta el área de descanso de Coniston. No sabe lo que espera conseguir. O ver. O sentir. No se ha calmado en absoluto pero tampoco esperaba algo así.

Ha pasado la mayor parte del día medio ida. Condujo hasta su casa después de marcharse de la finca de Big Dunc pero encontró el piso tan gélido y distante como un amante despechado. Como un espectro, vagó de una habitación a otra buscando algo que le resultara familiar. Cálido. Algo que despertara recuerdos felices o pensamientos más halagüeños. No encontró nada. Se llevó el portátil al pub y se gastó el dinero que no tiene encargando ropa que no necesita. Se bebió dos vodkas con coca-cola que luego vomitó en los servicios y se dirigió al parque. Se sentó a leer un libro y mordisqueó un sándwich que compró en una tienda, sin asimilar ni la lectura ni la comida.

Solo aquí y ahora es capaz de volver a conectar con sus propios pensamientos. Aquí y ahora piensa con voz propia.

Toquetea la radio. Estaba sonando algún tema pop que parecía un tanto inapropiado. Juega con el dial y localiza una emisora de música clásica. Se entrega a la melodía de un melancólico concierto de chelo que considera que encaja mejor con la puesta de sol sombría y cubierta de nubarrones que observa tras el parabrisas sucio.

–Te echo de menos, Si –repite de nuevo.

Últimamente lo dice mucho. Tampoco es que charle con él. Eso sería raro. Pero queda su memoria, recuerda su presencia. El hecho de que le ha fallado. Permitir que lo asesinaran y no importarle lo bastante como para montar un escándalo.

Solo después, si surge la oportunidad, se enfrentará a la culpa. Nunca se lo perdonará

pero aceptará que perdió la cabeza temporalmente cuando su amigo murió. Se convirtió en una persona inacabada. Una existencia vacía. Bloqueó todos los pensamientos que no podía soportar y los miedos que no se atrevía a reconocer. Se dirá que era joven, ingenua y que la posibilidad del asesinato, de una muerte violenta, nunca se había colado en su vida tonta y dinámica. Pero aquí y ahora se odia a sí misma por no haber exigido respuestas cuando Simon murió. Por permitir que pareciera que no le importaba.

–Hasta pronto, Si –dice suavemente.

Siente que en parte esa frase es cierta. Tampoco es que se plantee infligirse ningún daño, pero esa misma semana alguien ha intentado matarla en dos ocasiones. No puede tragar sin que le duela. No es capaz de cerrar los ojos sin ver a aquel hombre aplastado contra su propio coche. No puede dejar de recordar el sonido de los huesos triturados y de los salpicones de sangre, fragmentos de una banda sonora macabra oída mientras se arrojaba al arcén cubierto de hierba, con las bragas colgándole de una pierna y la cara cubierta de tierra y mugre.

Se queda mirando su teléfono. Desearía tener a alguien que la aconsejara. Alguien a quien poder preguntar si piensa que es una buena idea enviar un mensaje al hombre que ha tratado de asesinarla para preguntarle si también mató a Simon.

Ha estacionado el coche lejos de las sombras del área de descanso. Las luces del vehículo están apagadas pero todavía entra suficiente luz del día como para que no le preocupe, ni le importe, que otro vehículo se empotre contra ella. Desde que ha llegado han pasado por su lado dos coches. Y ha visto otra media docena cuando atravesó la zona hace media hora.

–¿Qué vas a hacer?

La pregunta va dirigida a sí misma. Baja la visera y se mira en el espejito. Vuelve a hacerse la pregunta y observa la forma de sus labios al formularla. Se mira a los ojos. Se quita las gafas y las limpia del vapor que sus ojos húmedos y calientes han dejado en los cristales. Se seca los ojos con la palma de la mano. Se sorbe la nariz ruidosamente y hace una mueca al comprobar lo asqueroso que es el sonido.

Suzie nunca se había sentido tan sola. Tan perdida. No puede evitar plantearse lo miserable que es su vida. Ni dejar de pensar en las deudas. En su piso enano y sus muebles prestados o de segunda mano. Su carrera estancada. Su pobre currículum. Su única relación sentimental, fracasada.

–Ni siquiera eres guapa –dice en voz alta, súbitamente enfadada–. Puta fea –se espeta con malignidad–. ¡Jódete!

Cierra la visera de un golpetazo contra el techo del coche. Toma aliento, pero al exhalar el aire le duele la garganta y comienza a toser. Se echa a llorar de nuevo, luego se enfada ante su fragilidad y aprieta los dientes. Irritada, arranca el coche. Pisa el acelerador del viejo Peugeot mientras mete primera trabajosamente. El coche se pone en marcha, desapareciendo en la oscuridad tras el montículo de hierba y árboles que protege el área de descanso de la carretera, haciendo de ella un sitio tan atrayente.

Hay cuatro coches aparcados, dos a cada lado de la vía. Hay un grupo de figuras arremolinadas alrededor de las ventanillas de un gran turismo familiar. Cuando Suzie se

acerca, varias cabezas se giran. Estaciona el coche en un arcén cercano. Es posible que sienta un ápice de terror. Se le pasa por la cabeza fugazmente la primera vez que estuvo aquí. Se acuerda de estar en su coche, observando a una distancia prudencial a un hombre haciéndole el amor a su mujer en el asiento trasero de un cinco puertas mientras otro tipo se tocaba junto a la ventanilla disfrutando del espectáculo de la pareja. Aquello era entonces una novedad. Acababa de salir de una relación, se moría de ganas por experimentar, por vivir. Por ser una chica mala. Al principio le había resultado extraño. Le parecía raro que unos hombres y mujeres se apelotonaran alrededor de un coche barato a ver cómo otros follaban. Desde entonces ha visto tantas cosas que ahora le resulta raro lo contrario.

Baja del coche impulsiva y temerariamente. Lleva puestas unas chanclas y un vestido largo bajo un suéter que le va grande. También se ha puesto un pañuelo para ocultar las marcas de las ligaduras. No está nada mal. Si permitiera que alguien la tocara hoy la considerarían un premio. Se pregunta si lo hará. Si se quedará mirando con una sonrisa o si permitirá que alguien se lo monte con ella.

Hay tres hombres de pie en el lado del conductor del turismo. Al otro lado hay una pareja metiéndose mano mientras mira por la ventanilla del acompañante. Las puertas están abiertas y la luz interior del coche está encendida, de modo que hay suficiente claridad como para que Suzie descifre la naturaleza de la escena que está teniendo lugar dentro.

Al acercarse al coche varias las cabezas se giran. Sonríe automáticamente. Cierra los ojos con fuerza al pasar por el lugar donde, hace solo unos días, casi matan a un hombre.

–Buenas noches.

Una voz masculina. De la zona. Amistosa. Mediana edad.

Suzie saluda con un gesto de la cabeza a los que quedan más cerca de ella. Siente las miradas sobre su cuerpo. Contempla las formas que se mueven en el interior del coche. Se detiene. Mira con atención. Sus ojos se encuentran con el hombre del asiento del acompañante. Es un chico joven. Tendrá unos dieciocho o diecinueve años. Lleva una camiseta de marca falsa y tiene los pantalones del chándal por los tobillos, arrugados sobre unas zapatillas de deporte blancas sucias. No le falta atractivo. Quizá sea un poco desaliñado pero es musculoso y guapo de cara.

La mata de pelo que sube y baja sobre su entrepierna pertenece a una mujer grande y voluminosa. Por su ropa debe de ser de mediana edad. Se ha quitado el cinturón para emprender la faena más cómodamente pero Suzie sabe por experiencia que la palanca de marchas se le estará clavando en el esternón. Entornando los ojos, comprueba que sobresale una etiqueta del jersey de la mujer. Revela que tiene una talla 44 y que compra en tiendas de saldos.

–¿Has venido sola? –pregunta la misma voz.

Suzie observa al que ha hablado. Entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Bastante alto. Una barriga de buen tamaño oprimida por unos pantalones de pana. Jersey de cuello vuelto y chaqueta a cuadros. Pelo gris y barba de dos días enmarcando una cara oval y carnosa. Tiene los ojos bonitos.

–¿Crees que necesito un guardaespaldas? –pregunta ella.

El hombre sonríe.

–Llevan un buen rato así –susurra, señalando el coche con la cabeza–. Pensé que terminarían antes. Cuando yo tenía su edad tardaba dos minutos. Ahora mi problema es el contrario. –La mira de arriba abajo–. ¿Quieres jugar o solo mirar? En mi coche se está calentito...

–Ya veremos –dice Suzie, dándose cuenta de que no sabe ni por qué está ahí ni lo que quiere. Es una sensación casi liberadora. Suzie no puede evitarlo pero quiere ver más. Hace a un lado al hombre de los ojos bonitos con delicadeza y se agacha para ver mejor lo que está pasando. No está excitada. Solo siente curiosidad. Está impaciente por contemplar algo que merezca la pena.

–¡Tú!

Suzie gira la cabeza de golpe hacia la izquierda. Busca el origen de la exclamación enfurecida.

La parte de atrás del coche. Unas espaldas anchas pegadas contra el cristal. *Leggings* ajustados y un top de seda holgado. Melena multicolor y ojos llenos de rabia. Melissa. La amiga de Jarod. La mujer de la fiesta de intercambio de parejas que no sonreía y que terminó la noche acompañando apresuradamente al chico al hospital.

Suzie se queda con la boca abierta. Se dispone a saludar pero de repente la atenaza el miedo. Se aparta de la ventanilla pero tropieza con la mole infranqueable del hombre de los ojos bonitos.

Ve que la mujer del asiento delantero se detiene. Gira la cabeza. Ella también estaba en la fiesta. Ronda la treintena. Es del montón. Tiene la cara chupada. Pasó un rato en la fiesta montándoselo con Big Dunc y un proveedor de máquinas expendedoras de Selby.

La puerta de atrás del coche se abre. Melissa se incorpora y sale al exterior. Empuja a la pareja joven a su paso y rodea la parte de atrás del vehículo.

–Oye, putilla –le espeta con la cara contorsionada–. Jarod es un vegetal por tu culpa. Una noche; era todo lo que quería. Pasar una noche con él. Y llegas tú poniéndole ojitos y te lo llevas de calle y luego le revientan la cabeza con un ladrillo mientras tú te haces la víctima sin parar de lloriquear «pobre de mí, pobre de mí».

Sus palabras son como un escupitajo enfurecido. Tiene saliva en los labios. Le enseña los dientes. Suzie no sabe si darse media vuelta y echar a correr o plantarle cara y defenderse de las mentiras de la mujer.

–Lo siento, entre nosotros no pasó nada, solo nos lo estábamos pasando...

–Eres una calientapollas –afirma Melissa con la cara pegada a la de Suzie–. Te dedicas a ir por ahí contoneándote delante de la gente y luego los dejas con las ganas.

–Eso no es verdad...

–Conozco muy bien a las calentonas como tú. He conocido a muchas. Las que dicen por internet que quieren quedar. Las que van a las fiestas pero no participan...

–Yo sí que participo...

El golpe llega cuando menos se lo espera. No es una bofetada. Es un puñetazo con la mano derecha que hace que Suzie caiga de rodillas. Está mareada. Siente náuseas.

Saborea en la boca la misma tierra y la misma gravilla de los últimos días.

Ahora una bota. Una patada en las costillas que la vuelca de costado. El dolor en su interior es inmediato. Comienza a vomitar pero, como sigue intentando recuperar el aliento, se atraganta y se le cierra el cuello magullado.

Ahora unos dedos la agarran del pelo. Tiran de ella para que se ponga de pie. Oye voces. Protestas. Ve que los hombres se apartan. Pisadas apresuradas que corren en busca de los coches. Luces, motores.

Su cara golpea el metal. El frío capó del coche. La sangre y la saliva se le acumulan en una esquina de la boca mientras la otra le aplasta la cara...

–Os voy a enseñar lo que es bueno, putillas...

Un escupitajo en la cara. Otro puñetazo en la parte de atrás de la cabeza.

Y ahora siente el viento frío en las corvas. Nota que le están remangando el vestido y que unas uñas le desgarran la piel.

Y ahora lo sabe. Sabe por qué ha venido y lo que va a recibir.

Se oye una voz nueva. Potente. Firme. Clara.

Oye que Melissa escupe y lanza un juramento. También la risotada gutural que emite después de decirle al hombre que espere su turno.

Y entonces cesa la presión. Ningunas manos la agarran ya. No siente la cara aplastada ni la brisa en los muslos.

Chillidos. Más amenazas furiosas, cada vez más frenéticas pero más distantes.

Suzie resbala del capó del coche. Cae sobre la gravilla, un amasijo de miembros retorcidos y dolor.

Cierra los ojos. Ahora mismo nada importa ya. Ni el ruido. Ni el dolor. Ni las amenazas. Se siente liberada de todo eso. Luz. Una calidez y una cercanía que hace siglos que no sentía.

Unas manos suaves y rudas en su rostro. Una palma gigantesca y tierna en la mejilla.

Abre los ojos. Deja que los rasgos del otro tomen forma.

Deja que el estruendo en sus oídos dé paso a la frecuencia de esta voz amable y penetrante.

Capta, entre otras palabras, un nombre.

McAvoy. Sargento Aector McAvoy. No te preocupes, estoy aquí, estás a salvo...

El café está amargo y sabe levemente a sopa y a zumo de naranja. Más que nada sabe al termo donde lo han transportado. Suzie lo bebe agradecida. La reconforta. La llena de un sabor que gracias al cielo no tiene nada que ver con la sangre y los esputos de su boca.

–¿Mejor?

Suzie asiente, aferrando con ambas manos la taza metálica. Deja que el vapor le alcance los orificios nasales. Inspira hondo.

–Qué mona –comenta, obligándose a sonreír.

McAvoy sostiene a Lilah contra su cadera. El bebé está completamente despierto. Trata de enganchar a su papá de la oreja con una mano diminuta y anhelante.

–Gracias –contesta McAvoy, besando la cabeza de su hija y chistándole suavemente–. Aunque todos los bebés son monos, ¿verdad?

Suzie parece planteárselo.

–Yo prefiero los conejitos.

–¿Sí? Seguro que eres una chica de ciudad. Si hubieras crecido en el campo no opinarías lo mismo. Son una maldita plaga.

–No me fiaría de nadie a quien no le gustaran los conejitos.

McAvoy sonríe.

–No he dicho que no me gustaran. He dicho que son una plaga.

Suzie le da otro sorbo al café.

–No pareces policía –comenta tranquilamente.

–Debe de ser por las pintas, ¿verdad? –coincide él–. Lo sé, lo sé.

Lleva puestos los pantalones del pijama y una camiseta de rugby bajo una chaqueta impermeable que ha encontrado casualmente en el maletero. Cuando se llevó a Lilah de paseo en el coche para dormirla no había admitido sus intenciones. Incluso se molestó en fingir sorpresa cuando el coche los condujo hasta el piso de Suzie. Entonces, cuando ella se subió al Peugeot y cerró de un portazo, se dijo que no seguirla constituiría un incumplimiento del deber.

Aún no ha telefoneado a Roisin para explicarle por qué lleva tanto rato fuera. Mañana le dirá que no quería despertarla. Que Lilah y él se quedaron dormidos en algún sitio bonito y que han pasado una buena noche.

Suzie tuerce el gesto cuando compara la mole del cuerpo de McAvoy y su coche. Está sentada en el asiento del acompañante, con las piernas extendidas hacia fuera y la puerta abierta. No se imagina cómo puede caber en ese diminuto vehículo.

–¿De verdad este es tu coche? Apuesto que no necesitas barras antivuelco.

McAvoy se ríe. Coge la taza que sostiene ella y le da un sorbo pensativamente.

–Solía tener un monovolumen. Pero explotó.

–Tienes suerte.

–La suerte del irlandés, como dice una amiga.

–Pero eres escocés. O eso parece por el acento.

–Eso es lo gracioso.

–Oh.

Se pasan la bebida en silencio. Es un momento extrañamente íntimo. Es raro que se sientan así de cómodos con esta súbita cercanía.

–¿Me estabas siguiendo? –pregunta Suzie, esforzándose por digerir la información que le ha expuesto McAvoy mientras la levantaba en brazos del suelo, unos brazos que también habrían podido con el coche.

McAvoy asiente.

–Ya sabes lo que quiero preguntarte...

Suzie asiente. Se muerde el labio. Levanta la vista al cielo, donde la luna está parcialmente oscurecida por unas nubes que le recuerdan a las palomitas chamuscadas.

–Era yo –confiesa ella–. La otra noche. Aquí. Con el hombre.

McAvoy se detiene.

–Lo sé. Tenemos tus huellas.

Ella frunce el ceño.

–Limpié el auricular.

McAvoy aparta la vista.

–Las sacamos del capó del coche.

Suzie hace un mohín, avergonzada.

–Oh.

–¿Qué pasó?

–No lo sé.

–Suzie...

–El coche salió de ninguna parte –dice en tono monocorde, terminándose el café–. Estábamos jugando. Luego un coche lo embistió. Yo me aparté en el último momento.

–Y lo dejaste allí.

–Llamé a una ambulancia.

–Pero no llamaste a la policía.

–No.

Suzie intenta sostenerle la mirada a McAvoy pero termina por desistir. Levanta la vista para mirar la luna.

McAvoy la escruta durante un momento. Tiene sangre seca en la mejilla. Se protege con un brazo las costillas magulladas. Se ha negado a ir al hospital en el coche de policía o en la ambulancia que ha llegado pocos minutos después de la llamada de McAvoy. Una unidad de la división policial de Holderness se ha llevado a Melissa a la comisaría de Priory Road, donde mañana será acusada de varios cargos, desde agresión sexual a intento de asesinato. El chico al que le estaban haciendo una mamada en el asiento del acompañante fue el que necesitó la ambulancia. Atacó a McAvoy mientras él trataba de refrenar a Melissa. McAvoy se lo había quitado de encima de un empujón. El empujón había sido lo bastante fuerte como para tirarlo al suelo y romperle un tendón del tobillo. McAvoy todavía no ha tenido tiempo de preocuparse por las consecuencias ni de odiarse a sí mismo por las ganas que le han entrado de estamparle la cabeza a Melissa contra el capó del coche mientras ella pugnaba por zafarse y él intentaba coger la radio.

–No eres como me esperaba –confiesa finalmente.

Suzie levanta la vista y en sus ojos hay una muestra de afecto.

–¿Pensaste que llevaría un corpiño y plataformas transparentes?

–Habría tenido mucha suerte –dice.

Incapaz de detenerse, le limpia la sangre seca de la mejilla.

–Gracias –dice ella. Luego, en un gesto impulsivo y desesperado, coge su mano. La sostiene contra su mejilla. Cierra los ojos. Se permite sentir esa seguridad por un momento. Ese consuelo. Se aferra a la sensación de tranquilidad y protección que le brinda su tacto.

–Simon Appleyard –dice McAvoy mientras retira lentamente la mano–. Tu amigo. Fue asesinado.

Suzie asiente.

–¿Lo sabías? –pregunta él.

–Creo que siempre lo he sabido. –Se lo plantea detenidamente. Se estremece y se refugia un poco más en el coche–. O quizá no.

–Pero ahora estás convencida.

Ella se quita el pañuelo. Le enseña la marca de la ligadura.

–Soy la siguiente –señala.

McAvoy se pone en cuclillas. Examina las marcas. Cuando vuelve a mirarla su rostro está a pocos centímetros de distancia. Su reflejo baila en los ojos del policía y en este espejo la chica que le devuelve la mirada es hermosa.

–Anoche –aclara–. En una fiesta. Alguien intentó estrangularme. Hirió a otra persona.

La expresión de McAvoy cambia. Comienza a hurgarse en los bolsillos buscando algún pedazo de papel. Un lápiz.

–Necesitaré los detalles.

Ella descarta la posibilidad con un gesto de hombros.

–Estoy cansada –concluye. Una afirmación completamente verídica.

McAvoy parece comprender que ha perdido cualquier oportunidad de aplicar el procedimiento policial reglamentario en esta investigación. La idea lo seduce. Se siente como un disidente, como un investigador privado camuflado entre las fuerzas del orden, como alguien que choca completamente con el hombre que ha sido siempre.

–Puedo llevarte ahora al hospital. Podemos hablar por el camino.

–No, todavía no. Déjame que disfrute de la brisa.

McAvoy entrecierra los ojos. Trata de comprender a esa chica. De interpretar su reticencia a ir al hospital. A hablar con los agentes uniformados. A dejarlo. Se imagina lo que quizá se le está pasando por la mente.

–Suzie, no vas a ser arrestada. No vas a ir a la cárcel.

–Tengo antecedentes. A Simon y a mí se nos ocurrió una idea. Vimos una película donde una chica tatuaba a un hombre que se había portado mal con ella. Decidimos hacerlo. Mi ex todavía me enviaba mensajes. Me trataba como una mierda pero seguía pensando que yo saldría corriendo para acostarme con él. No sé quién tuvo la ocurrencia de atarlo. El caso es que le gustó. Y de repente estaba debajo de mí, no sé. Yo tenía el cuchillo. Él estaba llorando. Chillaba. Sentí náuseas. Le hice algunos arañazos y luego eché a correr. Me daba miedo desatarlo. Fui a buscar a Simon. Él volvió conmigo y lo desatamos. Se lanzó sobre Simon y él le plantó cara. Huimos. Fue un desastre. No salió como habíamos planeado.

–¿Llamó a la policía?

Ella asiente.

–Se pusieron de su parte.

McAvoy vuelve a observar a esta chica un poco rellenita que viste con esa ropa tan rara y le resulta difícil conciliar a la persona que tiene delante con los datos de su ficha policial.

–Debió de hacerte mucho daño –comenta finalmente–. Tu ex. Para que acabaras

metida en... todo esto.

–Necesitaba ser algo más. Necesitaba ser algo más que una niña tímida y pisoteada.

–Hay otras formas. ¿Sabes que los dos estaríais aún en la cárcel si la víctima hubiera prestado declaración, verdad?

–Y quizá Simon seguiría vivo.

McAvoy asiente. Suspira. Se agacha y se sienta con las piernas cruzadas en el suelo, con Lilah sobre las rodillas.

–Pareces uno de los reyes de Escocia –comenta Suzie, sorbiéndose la nariz–. Como si tuvieras una de esas enormes espadas y estuvieras sentado en un trono de calaveras.

–¿Los reyes escoceses tienen tronos de calaveras?

–Si yo fuera uno, lo tendría.

McAvoy se ríe. Agita la cabeza.

–¿Quién crees que lo mató? ¿Quién está intentando matarte?

–Solo sé que no tiene faltas de ortografía.

McAvoy se pone rígido.

–¿Cómo dices?

Suzie le pasa su teléfono móvil. Le enseña cómo visualizar la lista de mensajes. Le cuenta cómo su admirador entró en su vida y todo lo que le ha costado hasta el momento.

–¿Hiciste esto? ¿Por eso estabas aquí?

McAvoy está leyendo las instrucciones del hombre. Tratando de entender por qué ella se rebajaría de esa manera para complacer a un extraño.

–Es un juego.

Él la mira a los ojos y procura que su cara transmita preocupación en lugar de desdén.

–No lo es.

–No –coincide ella, sosteniéndole la mirada–. Lo sé.

Durante un momento se plantea si echarle o no un sermón. Si debería decirle que esa forma de vida fue la que mató a su amigo. Pero no está convencido de que esa acusación sea cierta y la chica le gusta demasiado para hacerle daño de esa manera.

–¿Sabía que estarías en la fiesta?

–Sí.

–¿Y no has recibido más mensajes? ¿Solo cuando le entró la rabieta?

–He estado pensando en escribirle yo...

McAvoy aprieta los labios. Se lo piensa.

–No, todavía no –concluye–. Necesitamos saber más.

–¿Y qué sabéis en realidad? –pregunta Suzie. Aunque no utiliza un tono acusatorio, McAvoy siente como si lo fuera.

–Creo que mataron a Simon porque vio a alguien o conoció a alguien que no quiere que se sepa cómo emplea el tiempo libre.

Suzie asiente.

–Hay gente así. Se avergüenzan.

–¿A ti te pasa?

Ella se lo plantea.

–No creo que me avergonzara. Me sentía más poderosa. No estoy segura.

–Simon era tu protector, ¿verdad? ¿Te mantenía a salvo mientras tú jugabas?

–Él lo era todo para mí.

McAvoy asiente. Vuelve a acomodar a Lilah y le coloca el meñique en la boca mientras piensa.

–Las fiestas a las que ibas. La gente a la que conocías. ¿Tienes algún tipo de lista? Un diario o algo así. Alguna manera de identificar a la gente.

Suzie niega con la cabeza.

–La gente es cuidadosa. Todo el mundo da nombres falsos, direcciones de correo personales y números de móviles de prepago. La gente es capaz de ir hasta el otro extremo del país para echar un polvo con tal de que su mujer no se entere. No se parece en nada a tener una cita.

McAvoy hace ademán de levantarse. Parece que le duele al moverse. Le entrega a Lilah y Suzie la coge sin pensar; luego se la devuelve sin comentarios.

–Si te enseñara algunas fotos ¿serías capaz de recordar si se trata de gente que has conocido en tu vida privada? ¿Si es gente que Simon conocía?

Suzie asiente.

–¿Esta noche?

McAvoy niega con la cabeza.

–Mañana. Tengo que irme a casa y meter a la niña en la cama. Explicarle a mi mujer qué he estado haciendo en un sitio de cancaneo...

Se ruboriza al decirlo, temeroso de haberla ofendido. Suzie simplemente sonríe.

–No es una palabra bonita, ¿verdad? Ni siquiera me gustan los perros. Los cachorritos sí. Pero «cachorriteo» no suena demasiado bien.

McAvoy cae en la cuenta de que si se monta en el coche y arranca el motor para llevar a esta chica confundida al hospital, será como dejarla allí abandonada. Sabe que cogerá un taxi y volverá a su piso frío y solitario. No está seguro de que deba permitirlo.

–¿Qué tal van tus costillas?

–Doloridas.

–Mi mujer es curandera.

–¿Médico?

–No. Pero se le da bien que la gente se sienta mejor.

Suzie sonríe. Se da cuenta de que no quiere alejarse de este hombre.

–Entonces hacéis buena pareja.

Capítulo 30

Lunes, media mañana.

Un prado que se extiende a espaldas de una tranquila carretera rural, protegido por setos altos y cerezos.

Están sentados uno junto al otro. Los brazos descansan sobre la mesa de picnic de madera desvencijada, combada y húmeda.

Se está preparando una tormenta.

Pharaoh le da una fuerte calada a su cigarrillo de tabaco negro. Le da un sorbo a su café para llevar y se cabrea al descubrir que el vaso de plástico está vacío. Extiende el brazo para coger la botella de limonada de McAvoy. Echa un trago y hace una mueca.

–¿Has comprado patatas fritas y golosinas también? ¿Un paquete de gominolas de coca-cola y galletas de caramelo? Es increíble que aún te queden dientes.

McAvoy recupera su limonada. La coloca junto a él en el banco, lejos del alcance de su jefa. Por enésima vez, trata de conseguir una respuesta que le sirva de algo.

–Jefa, ¿cree que él podría haber matado a Simon?

Pharaoh arroja la colilla al suelo y luego se queda mirando fijamente la brasa.

–¿Por qué he hecho eso? Todavía le quedaban tres caladas.

–Jefa...

–Oh, por el amor de Dios, Hector, sí. ¿Vale? Sí, podría haberlo matado. ¿Ya estás contento? Cualquiera puede matar a alguien. La gente se comporta de manera extraña. Por ejemplo, yo tengo trabajando bajo mis órdenes a un sargento gigante que es un puto idiota. Dejó que una sospechosa de asesinato durmiera anoche en su casa. Y luego va y me invita a un picnic.

McAvoy se permite echar una brevísima ojeada al pecho de su superiora. No ha alcanzado la tonalidad encarnada que adquiere cuando se enfada de verdad, ni tiene una pátina de sudor en las sienes ni en el labio superior, de modo que sabe que el cabreo no es tan grande como pretende que parezca.

–No tenía ningún sitio a donde ir. Estaba herida. No tiene a nadie...

Pharaoh le clava una mirada tan intensa que él se ve obligado a apartar los ojos.

Por un momento siente que le estuviera leyendo la mente como si fuera un libro abierto.

Finalmente, la superintendente se pasa las manos por el pelo y extiende los brazos, aunque el estiramiento no va acompañado de ningún bostezo.

–¿Sabes por qué razón los polis no llevamos pistolas en este país, Hector? Porque si lo hiciéramos, te dispararía.

–¿Me mataría? –pregunta él, como si hubiera alguna diferencia.

–No –repone tras pensárselo–. Pero te dolería. Quizá solo tendría que pegarte con ella.

Él sonríe.

–Gracias, jefa.

Ella también le sonríe y vuelve a su actitud maternal. Parece a punto de atraerlo para darle un abrazo.

–¿Cómo está?

–Le duelen las costillas. Tiene unos moratones feos.

–Ella no, Roisin.

McAvoy pone una cara rara.

–Está bien, o eso creo. Dice que está bien. Le estaba preparando el desayuno a Suzie cuando yo salía.

–¿Algo rico?

–Huevos revueltos con salmón ahumado. Y cebollino.

–¿Con qué tipo de pan?

–No estoy seguro. Puedo llamar si quiere...

Pharaoh se echa a reír.

–Hostia puta.

McAvoy sería incapaz de decidir cuál ha sido la indiscreción que más vergüenza le ha causado. Durante mucho tiempo se preguntó si a las demás personas les daban un manual cuando eran pequeños donde se especificaba lo que era y lo que no era socialmente aceptable. A él nunca le queda claro.

–Le gusta ayudar a la gente.

Ella se queda mirándole. Tuerce el gesto.

–Sí, imagino que se le dan bien las causas perdidas.

Tan pronto como pronuncia estas palabras, Pharaoh desearía no haberlas dicho. Maldice cuando comprueba el efecto de su comentario en la cara de su subordinado. La incertidumbre y el dolor le atraviesan el rostro como una onda en un estanque. Luego absorbe las emociones y las hace desaparecer.

–¿Se portó bien? –pregunta McAvoy con voz entrecortada–. Me refiero a Tressider.

–Es un profesional. Un tío decente, la verdad. Considerando las circunstancias.

–Sí. Considerando las circunstancias.

McAvoy mira fijamente el césped húmedo. Observa una flor de cerezo atrapada en las traviesas de madera de la mesa de picnic. Le gustaría liberarla para que pudiera unirse a sus compañeras y bailar con la brisa, pero teme que ella lo vuelva a mirar con desdén.

–Ahora sí que tenemos algo entre manos, ¿no es así? –pregunta en voz baja–. Se trata de un asesinato de verdad.

Pharaoh está a punto de llevarle la contraria pero pierde el entusiasmo. Asiente.

–¿Vamos a contárselo a los jefazos? ¿Vamos a abrir una investigación? ¿A hacer las cosas como es debido?

Pharaoh se encoge de hombros. Vuelve a intentar darle un trago a su vaso de café vacío. Mete la mano en el bolso y saca otro cigarrillo. Lo sostiene pero no lo enciende.

–Es mi primer día después de la baja, Hector –dice, mirando su perfil–. Por lo que

concierne a los jefazos, mi equipo está investigando el caso de las drogas. El cóctel molotov. Alan Rourke y el cabrón pelirrojo. Eso es lo que estamos haciendo. Y no lo estamos haciendo especialmente bien. Simon Appleyard no figura en ningún radar.

–Una llamada de teléfono –dice él, mirándola–. Haremos que sea posible.

Pharaoh levanta la vista al cielo. Todavía hay algunos retazos azules pero los nubarrones oscuros e hinchados de lluvia han empezado a concentrarse. Algunos cuelgan bajos, como si aguardaran a que alguien los rajara con un cuchillo. Resultan opresivos. De mal agüero. Podrían descargar tanto lluvia como anguilas negras.

–A mí no me tienes que convencer –dice ella–. No me resulta nada apetecible empezar a contarle a la gente que Peter Tressider debe ser formalmente interrogado en relación con una investigación por asesinato, pero quiero hacerlo. Aunque antes de que hagamos algo así necesito algo más aparte de unas cuantas coincidencias, algo de intuición y un gran acto de fe.

–Suzie –sugiere McAvoy, agachándose para liberar la flor de cerezo y dejándola ir con la siguiente corriente de aire–. Ella les contará lo que le ha ocurrido.

–Y ella es un testigo fiable, ¿verdad? Una chica con antecedentes a la que le pone el sexo con desconocidos.

–Fue atacada.

–Estaba practicando el sexo al aire libre y en una orgía.

–Es una víctima.

–Es un putón.

–Eso no es justo. Ha tenido que pasar por un montón de cosas desagradables...

Pharaoh arroja el vaso sobre la mesa de madera. Este rebota y rueda hasta la hierba.

–Estas palabras no son mías, Hector. Serán las que tendré que oír.

Permanecen sentados en silencio durante un rato. McAvoy tiene muchas cosas que decir pero no sabe cómo ordenar las palabras. En lugar de eso, continúa sentado preguntándose si Roisin estará enfadada con él. Pharaoh, a su vez, aparta de su mente estos pensamientos tan confusos. Se queda mirando sus medias negras estampadas y se pregunta si no debería haberse afeitado las piernas antes de ponérselas. Si no le habrá dejado marca en las axilas el armazón del sujetador, que le va estrecho. Si debería haberse comido el *brownie* que McAvoy le ha comprado o decidirse más bien por una pieza de fruta...

–Ray no parecía muy contento de verme –comenta con resignación–. No sacó nada en claro de los interrogatorios, ¿verdad? Pero había algo en sus ojos.

–Si tuviera algo, tendría que contárselo, jefa. Esa es la cadena de mando.

–Oh, sí, claro –repone sarcásticamente–. Todos seguimos al pie de la letra el procedimiento.

El cielo azul se oscurece un tono más. Las panzas de las nubes cuelgan ahora un poco más bajas. Observan a una golondrina posarse en una mesa de picnic próxima y picotear el tapón olvidado de una botella antes de emprender de nuevo el vuelo.

–Es un sitio bonito –comenta Pharaoh–. A Suzie le gustaría.

–¿Disculpe?

–Es un sitio solitario –se explica–. Uno podría montárselo de mil maneras.

McAvoy se disponía a girarse hacia ella pero se da cuenta de que está un poco ruborizado, así que se detiene y continúa mirando hacia delante.

–Usted sabe lo que deberíamos hacer –dice en voz baja. Toma aliento. Deja que se le bajen los colores. Finalmente se gira para mirarla a los ojos–. Sabe que funcionaría.

Pharaoh se lleva el cigarrillo a los labios y le da un golpecito al filtro con la lengua. El pitillo se balancea en sus labios mientras piensa.

–Corre el riesgo de salir herida.

–Yo estaré allí.

–¿Cree que lo haría?

–Sí, eso creo.

Los asentimientos son imperceptibles, el consentimiento es mudo. Se limitan a aceptar la verdad de lo que tiene que ocurrir.

–Necesitamos más –dice Pharaoh finalmente–. Si fuéramos a juicio, necesitaríamos demostrar que teníamos causa probada…

McAvoy se mete la mano en el bolsillo. Saca su móvil.

–Si no fuera él…

–Yo estaría encantada –asegura Pharaoh–. Eso es lo peor de todo esto. Si hemos ido por nuestra cuenta pero volvemos con un asesino, será un camino de rosas. Si volvemos con el presidente de la Autoridad Policial esposado, estaremos provocando los titulares equivocados.

Al aire libre el teléfono de McAvoy tiene más cobertura y suena enseguida. Él masculla una disculpa y contesta la llamada.

Con mucha discreción, una civil del personal de apoyo ha estado trasteando en la base de datos. A petición de McAvoy ha consultado las tablas y ha confeccionado una lista de todos los coches robados, perdidos o abandonados en un radio de ocho kilómetros alrededor del piso de Simon Appleyard entre los meses de septiembre del año anterior y marzo del presente año. Pharaoh ha calificado la idea de McAvoy de «presentimiento documentado», pero ha dado luz verde para que pudiera hacer uso de los recursos.

Ha pasado casi toda la noche en vela, con Lilah durmiendo tan tranquila sobre su pecho y con la calidez de la espalda y el trasero de Roisin contra su cuerpo. Oyó durante un rato el suave llanto de Suzie y se preguntó si debería llevarle una manta o un vaso de leche caliente antes de que el cansancio lo privara del entusiasmo necesario para bajar al otro piso. En vez de eso estuvo pensando en el trayecto en taxi. Por qué un asesino cogería un taxi para huir de la escena del crimen. Por qué pediría que un taxi lo recogiera frente a un supermercado abarrotado y bien iluminado. Ha tratado de meterse en la piel del asesino.

Manipulador. Inteligente. Astuto. Habría ido en coche hasta la escena, de eso no cabía duda. Quizá aparcara a unas calles de distancia de la casa de Simon, por mayor seguridad. Pero ¿por qué el taxi? ¿Por qué no marcharse en su coche? La respuesta se le ocurre al pensar en su actual vehículo. Tiene tendencia a calarse en segunda. El radiador gotea y el aire acondicionado está estropeado. El coche de Suzie también dejó escapar un

ruido lastimoso al doblar la pronunciada curva a la izquierda de la entrada de su casa.

Coches, piensa.

Malditos trastos imprevisibles.

Murmura algunas frases hechas y agradece la información a su interlocutora. Sostiene en alto un dedo para retener a Pharaoh. Vuelve a dar las gracias de todo corazón. Cuelga y se queda mirando la pantalla hasta que recibe el informe.

–Un Honda azul modelo CRV. Lo dejaron en Mortimer Close, a dos minutos de la casa de Simon. Bloqueaba el acceso a la cochera de alguien. Parecía como si hubiera sido abandonado. El vehículo estaba registrado a nombre de una compañía maderera de South Cave.

–¿Propiedad de...?

–Registrado a nombre de Paula Tressider. La única accionista de la empresa de su marido.

Su voz deja escapar un tono ligeramente triunfal.

–¿Se informó a Tressider?

–A la compañía. La grúa fue al día siguiente.

–¿Se le hizo seguimiento?

–No había necesidad. El trabajo terminaba ahí.

Intercambian una mirada.

–Se le estropeó el coche –deduce Pharaoh–. Fue a matar a Simon y el coche se le estropeó. Caminó hasta el sitio más cercano donde hubiera mucha gente y llamó a un taxi desde el móvil de Simon.

–¿Por qué le daría su dirección? ¿Por qué su propia casa?

–¿Y por qué no? Tenía planeado tirar el teléfono. Simon siempre sería considerado un suicida.

McAvoy hincha las fosas nasales, enfadado.

–Ni siquiera contó con nosotros –exclama–. Ni se lo planteó. El puto presidente de la Autoridad Policial tenía tan claro que éramos una panda de inútiles y vagos que creyó que no nos preocuparíamos lo más mínimo.

Pharaoh se descubre asintiendo.

–A ti te importa –dice en voz baja–. Y a mí también, pero no se lo digas a nadie.

–Ahora sí que tenemos bastante –dice McAvoy–. Yo haré todo el trabajo duro, lo sabe. Podemos despejar las incógnitas después de esposarlo.

Pharaoh está a punto de decir algo pero el sonido de un coche aproximándose la silencia. Oye el tic-tac del intermitente mientras un Volvo clásico se dispone a acceder a la zona de picnic. Está sucio y salpicado de barro y el conductor aparca adrede y sin muchos miramientos entre el deportivo de Pharaoh y el cinco puertas de McAvoy.

–Menudo pibón, ¿eh? –comenta Pharaoh con desdén cuando Ed Cocker se apea del vehículo.

El asesor político va sin corbata pero viste un traje gris con una camisa azul oscura. Les dirige una gran sonrisa mientras se aproxima. Le asoma un cuaderno del bolsillo de la chaqueta.

–Propio de una novela de espías, sargento McAvoy –comenta sonriendo–. ¿No podía haberme pedido simplemente que nos viéramos en un pub?

–Nos gusta el aire fresco –responde Pharaoh sin hacer ademán de levantarse y clavándole a McAvoy un dedo en la espalda disimuladamente para que tampoco él lo haga–. Nos gusta saber quién anda merodeando entre los arbustos.

–Y usted debe de ser Trish Pharaoh –dice, extendiendo la mano.

–Soy la superintendente Trish Pharaoh, sí –corrige ella, apoyando la barbilla en la mano.

–He oído lo del cóctel molotov. Y lo del ataque de los perros.

–Ha sido una semana dura –replica ella.

–Eso parece. Podría solicitar una indemnización ¿sabe? La opinión pública se pondría de su lado. ¿Una oficial de policía de alto rango? Podría conseguir un dineral. Quedaría un artículo fantástico...

–Estoy bien.

–Bueno, si se decide a contar su versión de los hechos... –insiste, depositando una tarjeta de visita en la mesa frente a ella–. Tengo muchos amigos en los medios de comunicación. Gente que me debe favores. Coja la tarjeta...

–Ya tengo una –dice ella, arrojándola al césped–. La que le dio a Peter Tressider. Y a Stephen Hepburn. Y a Mark Cabourne. Y a mi colega, aquí presente, también, aunque por motivos diferentes. Va proclamando a los cuatro vientos lo que ha venido a hacer. Algún periodista de uno de los periódicos locales no tardará en enterarse de que anda fisgando. ¿O es eso lo que quiere ahora? ¿Está intentando desacreditarlo? ¿Quiere a Tressider sí o no?

Cocker los mira a ambos alternativamente. Extiende las manos en ademán de rendirse.

–No queremos descartar ninguna opción –responde suavemente–. Podría ser una desgracia para nosotros o todo un hallazgo. Todos tenemos la capacidad de ser ambas cosas.

–Al final la política se reduce a eso, ¿no es cierto? –Pharaoh parece a punto de escupir.

Cocker no hace ningún intento por encandilarlos. Es evidente que ya se ha encontrado antes en este tipo de situación.

–¿Este es el momento en el que me sugiere que me largue antes de que empiece a ponerle las cosas difíciles a la gente poderosa?

Pharaoh suelta un bufido.

–¿Qué gente poderosa, si se puede saber? ¿Un puñado de concejales? A la gente le da igual. Les importa una mierda. Dios santo, nuestros parlamentarios hacen lo que les da la gana, nosotros al menos sabemos cómo son algunos. ¿Cree que la gente se sorprenderá de que un concejal tenga un pasado un poco oscuro? ¿De verdad? A mí todo esto me huele a trola.

Cocker abre la boca y luego vuelve a cerrarla. Sin que nadie se lo pida, se sienta en el banco de enfrente y asiente con la cabeza.

–Hepburn no es noticia –aclara–. No realmente. Pero ahí hay algo. Bajo la superficie hay algo que se nos escapa. Es un mentiroso. Un puto fraude, se lo puedo asegurar. Se

situó en una posición ventajosa jugándose la carta gay y sé a ciencia cierta que esa carta no es tan rosa como parece. Tengo un don para oler los problemas. Y ahí hay algún problema que podría preocupar a la gente que me paga el sueldo...

–¿Pensó que Tressider y Hepburn podrían estar liados?

Cocker se encoge de hombros.

–A veces pasa. Más de lo que creerían.

–¿Y qué es lo que ha descubierto?

Cocker mira al cielo, reacio a admitir que sus premoniciones no se han cumplido por ahora.

–Hepburn es una buena pieza. Tiene relación con algunos elementos poco recomendables, pero todos los poderosos del mundo tienen algo por el estilo en su pasado. Sé que tuvo un lío con otro concejal de la ciudad. Cabourne o algo así. Sé que le gusta que haya variedad en su vida.

–¿Variedad?

–Conseguí un informe policial. De hace bastante tiempo. Una patrulla le echó un buen rapapolvo al encontrarlo con las manos en la masa en los aseos públicos de Fraisthorpe. ¿Conoce el camping de caravanas en la carretera a Bridlington? ¿En el culo del mundo? La policía lo pilló allí haciendo cosas malas.

–¿Fue arrestado?

–Le echaron la bronca pero no hubo amonestación oficial.

Pharaoh y McAvoy intercambian una mirada.

–¿Sabe quién era la otra persona?

Cocker les dirige una amplia sonrisa.

–Los agentes fueron comprensivos. Lo típico entre hombres. A ella no la obligaron a decir su nombre.

McAvoy entrecierra los ojos.

–¿Ella?

–Lo que yo decía –asegura Cocker–. Puede que la carta rosa que juega sea un comodín. El chico le da un poco a todo.

McAvoy se dispone a hablar pero un apretón en la muñeca le indica que Pharaoh quiere que se calle.

–¿Le expuso a Hepburn todo esto?

Cocker asiente.

–No estamos interesados en él. Pero pensé que quizá sería honesto conmigo. Que me contaría si había algo de lo que preocuparse. No le gustó que le preguntara. Dijo que pensaba que a la gente le importaría un pito. Dijo que es un hombre soltero al que le gusta divertirse.

Pharaoh sonríe.

–Entonces, cuando visitó a Tressider ¿solo fue a ver si pescaba algo de casualidad?

–Fui a ver si sonaba la flauta. Él perdió los papeles conmigo. Se puso como loco cuando se enteró de que había estado hablando con su mujer. Ella tampoco estaba muy contenta.

–Entonces ¿qué es lo que va a escribir? –pregunta McAvoy–. En su informe. ¿Va a recomendarlo?

Cocker tuerce el gesto.

–Probablemente. No he encontrado nada que no podamos manejar. Creo que sería un parlamentario decente –reconoce a regañadientes–. Estoy seguro de que la decisión vendrá de arriba a pesar del asunto del dinero que le prestó a Hepburn. Eso no pinta bien pero, si esa ha sido su única indiscreción, sería una lástima que el partido lo perdiera. Es el tipo de persona que buscamos. No tiene hijos pero son una pareja sólida. Respetable. Entran en pánico con facilidad pero se acostumbrarán.

–¿En pánico?

Cocker le resta importancia con un gesto de la mano.

–No puedes liarte a gritos con la gente que necesitas que esté de tu lado. Hace falta un poco de dignidad. Estaba chillando como un energúmeno. Nos gustan más en modo Photoshop. Como en esa revista suya. Publicaron un reportaje sobre ellos. «En casa con los Tressider» o algo por el estilo.

–*¿The Journal?*

–Sí, esa es nuestra clase de gente. –Cocker se detiene. Hurga en el bolsillo de su traje y, frunciendo el ceño, vuelve corriendo a su coche. Regresa con un ejemplar de la revista. Se la entrega a McAvoy.

–Quédesela si lo desea –dice él–. El ángulo ha cambiado completamente.

Pharaoh frunce el labio.

–Hemos terminado –declara.

–¿Sí? ¿Eso es todo? Pensaba que me iban a dar una paliza.

–No lo descarte –dice ella, y luego le hace un delicado gesto con la mano indicándole que siga su camino.

Momentos después el Volvo arranca y desaparece entre el rugido del motor.

–Comadreja –bufa Pharaoh girándose hacia McAvoy, que acaba de abrir la revista y la está hojeando. La débil luz diurna baila sobre las páginas satinadas y tiene que sujetarla recta ante sí para poder ver bien las imágenes. Ve a Peter y Paula Tressider. Parpadea. Vuelve a mirar. Traga saliva.

–Ella estaba en casa de Hepburn –señala tranquilamente, rascándose un párpado–. Me ofreció una toalla.

Pharaoh coge la revista.

–Quizá sean amigos –apunta con cautela.

–Quizá.

Pasan otro minuto mirando las fotos. McAvoy echa un vistazo al texto y lee en voz alta:

–«Paula, de 49 años, gestiona dos boutiques en Beverley aunque también es la directora de dos de las compañías de su marido. Admite que la idea de ser la esposa de un político la intimidaba un poco, pero asegura que acompañará a su marido en su aventura parlamentaria si resulta elegido como candidato, como muchos predicen, el año próximo.

Pharaoh coge el relevo y lee las citas de Paula:

–«Ese es el papel de una esposa, apoyar a su marido. Siempre hemos sido una pareja sólida. Nuestro matrimonio no ha sido bendecido con hijos pero no sentimos que nuestras vidas estén incompletas. Siempre hemos tenido la sensación de que estamos solos contra el mundo. Será difícil dejar que los demás entren en nuestras vidas».

McAvoy y ella se dan cuenta de que les tiembla la pierna. Su respiración es más lenta. Inspiran y espiran casi como si fueran uno.

–Por dentro es una casa preciosa –comenta Pharaoh para romper el silencio.

McAvoy hojea de nuevo la revista. Mira de pasada un artículo sobre un prometedor jugador de polo y un especial de seis páginas sobre un *delicatessen* de productos orgánicos que van a abrir en North Ferriby. Echa un vistazo a los anuncios. Carnicerías. Panaderías. Fabricantes de velas jodidamente ornamentales.

Llega a la contraportada. Un anuncio de una joyería. Otro de una peluquería pija en Kirk Ella. Un estudio de tatuajes y *henna* en la avenida Newland...

Entrecierra los ojos para que no lo ciegue el resplandor de la página satinada. Sabe, antes de enfocar la imagen siquiera, que en la fotografía aparecerán un joven delgado con plumas de pavo real en la espalda y una chica rellenita con florecillas y lirios en la suya.

Cierra los ojos mientras le pasa la revista a Pharaoh.

–La misma edición –dice entre dientes–. La misma edición que decidiría su futuro contenía un destello de su pasado.

Capítulo 31

Media hora después. Avenida Newland, Hull.

Panaderías, carnicerías, tiendas de segunda mano y un par de restaurantes y vinotecas decentes.

Una calle populosa, donde los demandantes de asilo, los estudiantes y los bebedores madrugadores se sientan codo con codo con empresarios trajeados y concejales charlatanes fumando cualquier cosa, desde cigarrillos de liar a gruesos puros, en las mesas y sillas metálicas.

Un crisol de culturas: un ejemplo de multiculturalismo y un lugar donde puede adquirirse casi cualquier cosa, ya sea un chándal Kappa de segunda mano, una bolsita de maría o diez libras de pollo asado.

McAvoy aparca en una calle lateral junto a la franquicia Planet Coffee. El negocio se mueve a buen ritmo. Oficinistas jóvenes leyendo sobre grandes tazas de café *latte*. Estudiantes compartiendo una madalena en las mesitas bajas y hurgando en sus carteras llenas de billetes de autobús para encontrar cambio para la máquina de discos.

–Ese es –señala Pharaoh innecesariamente, mientras sale del coche.

El estudio de tatuajes Hull Ink ocupa el local de la esquina en la otra acera de la calle. Un cartel proclama que han recibido un premio, aunque no habrá sido por su decoración precisamente. El escaparate está empapelado hasta la mitad con diseños en blanco y negro, mientras que la puerta de cristal está cubierta con una doble página del *Hull Daily Mail*, mostrando a uno de los artistas trabajando duro y grabándole algo indistinguible en la espalda a uno de los periodistas más agraciados del periódico.

–¿Yo? –pregunta Pharaoh, mientras cruzan la calle.

–¿Sí, jefa?

–Que si hablo yo.

McAvoy no está seguro de qué decir. No sabe si debería decirle a su superiora que le deje a él la tarea.

–Improvisaremos.

McAvoy abre la puerta que da acceso a una habitación grande pintada de color crema. El suelo es un damero de baldosas y en las paredes hay un *collage* hecho a base de distintos diseños. Detrás del mostrador hay una mujer corpulenta de unos treinta años muy tatuada. Lleva *piercings* en las cejas y entre los orificios nasales. Va vestida de negro y, a pesar de que la ropa no le tapa los brazos, tampoco se podría decir que están desnudos. No se distingue el tono natural de la piel. Está magníficamente tatuada, un tapiz de diseños entrelazados en medio de una explosión colorista.

Les dirige una sonrisa radiante. Para ser gótica no parece un alma atormentada.

–Qué bonito –exclama Pharaoh con entusiasmo. Va directa a la chica del mostrador y comienza a admirar sus brazos.

–¿Te gustan? –pregunta la chica con un marcado acento de Hull.

–¡Me encantan! ¿Son un único diseño o han ido evolucionando así?

–Un poco de cada –dice la chica–. Me hice una clave de sol y luego algunas estrellas. Luego una línea alrededor del bíceps. Como la cosa se estaba volviendo un poco caótica comenzamos a unirlos. Llevó un tiempo...

–¡Seguro que sí! Son maravillosos. Me gustaría hacerme alguno más pero en el trabajo me mirarían mal. La verdad es que me gustaría tatuarme algo bonito. Un pájaro, quizá. Algo que transmitiera libertad.

McAvoy se gira. Trata de no preguntarse dónde oculta el tatuaje su jefa. Se obliga a hojear los distintos diseños que cuelgan de un revistero en fundas de plástico.

–Eso es lo que te gustaría entonces, ¿no? –pregunta la chica–. Hoy solo trabaja Devon. Stefan libra los fines de semana. Tenemos una cita en una hora más o menos.

–Lo siento, querida, en realidad he venido por trabajo, no por placer –se disculpa Pharaoh con el mismo tono de alegría–. Soy Trish Pharaoh. Superintendente de la policía, por si te interesa. Este tiarrón es el sargento McAvoy. Lo sé, para tatuarlo necesitarías una jabalina y un cubo de tinta, ¿verdad?

–Yo solo soy la recepcionista –dice la chica, aunque no parece preocupada–. Devon está arriba con una clienta...

–Dicho así suena como si te refirieras a otra cosa –ríe Trish, que ahora está fijándose en las revistas sobre el mostrador–. Ese es bonito –dice, señalando una hadita envuelta en una campanilla que serpentea por la espalda de una modelo de piel clara–. Pero lo que me interesan son los lirios. Y los pavos reales también. Vi vuestro anuncio...

McAvoy se acerca al mostrador.

–En la contraportada de *The Journal* –añade–. Un chico con plumas de pavo real y una chica con lirios y florecitas.

La chica asiente con entusiasmo.

–Ese anuncio ha tenido muy buena acogida. Es un trabajo de Stefan, pero lo hizo a partir de los diseños de los chicos. La verdad es que eso nos ha causado algunos problemas. La gente a la que le gustaba el anuncio luego no podía hacerse el mismo tatuaje. Es por un tema de derechos de autor, ¿sabéis? Tampoco es que un tribunal nos fuera a obligar a borrarlos si infringimos el *copyright*, pero lo cierto es que no se debe hacer.

–¿Conoces a esa pareja? ¿Al chico y a la chica?

–Me acuerdo de ellos. Él era bastante extravagante. Ella era divertida.

–¿Qué clase de información archiváis? Si alguien se pusiera en contacto con vosotros y quisiera saber más de los modelos...

La recepcionista tuerce el gesto.

–No se lo diríamos. Solicitamos a los clientes un número de teléfono y un nombre cuando piden cita, pero eso es todo, la verdad. Claro que, si entras en internet, puedes ver quiénes son nuestros clientes habituales y ahí es donde publicamos nuestros mejores

trabajos...

McAvoy la interrumpe con un gesto de la mano.

–¿Hay alguien en concreto que haya mostrado interés en estas fotos en particular?

La chica levanta la vista al techo, como si quisiera leer su propia mente.

–Una chica joven trajo una copia de la revista. Quería el mismo tatuaje que el de la modelo. Le explicamos lo del *copyright* y ella modificó un poco el diseño y quedó bien. No fue hace mucho. Podéis ver el trabajo en Facebook, creo que está ahí...

McAvoy y Pharaoh intercambian una mirada. Él se aparta del mostrador y se saca el móvil del bolsillo.

–¿Me lo puedes enseñar? –pregunta Pharaoh.

La chica, deseosa de agradar, saca un portátil de debajo del mostrador. Lo abre y entra en la página de la tienda.

–No está demasiado ordenado –explica, buscando en el *collage* de piel bellamente tatuada–. Diseños en blanco y negro. Flores. El resto es un cajón de sastre.

–¿Ahí aparecerán las plumas de pavo y los lirios?

–No creo. Dudo que Stefan colgara los diseños de otra persona aquí.

–Pero sí que los utilizó en el anuncio, el de la revista.

–¿Y quién lee revistas hoy en día? Era un trabajo bonito. No había ninguna estrategia comercial detrás... Ah, aquí la tenemos. Georgie-Lee. Bonito, ¿verdad?

Ella gira la pantalla hacia Pharaoh para que pueda verla. McAvoy se asoma por encima de su hombro. Piel desnuda sembrada de ramas y florecillas, lirios y pétalos.

–Pulsa en el nombre de la chica.

La recepcionista hace lo que le piden.

Un instante después los tres están leyendo página tras página de mensajes en el muro de una chica de diecinueve años que está presente en las oraciones de todos sus amigos.

–«No puedo creerlo» –lee Pharaoh despacio–. «No te mereces esto».

–«Espero que el que te hizo esto acabe muerto» –lee McAvoy.

–¿Habéis venido entonces por esto? –pregunta la recepcionista–. ¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien?

Pharaoh garabatea un nombre en la portada de una de las revistas de tatuajes. Luego rasga el papel de cualquier manera. Lo guarda en el bolso.

–Llévatela si quieres –dice la chica, pero Pharaoh ya le ha vuelto la espalda. Le murmura al tipo grande algo al oído.

–¿Necesitáis ver a Stefan? –pregunta la chica, mientras los detectives se marchan caminando rápidamente por el suelo de baldosas.

La puerta se cierra tras ellos de un portazo.

Pharaoh está sentada en el asiento del acompañante, con el móvil en una oreja y un dedo metido en la otra. Con una mirada llena de frustración le dice a McAvoy que cierre el pico y la deje oír.

–¿Y todavía está en casa? ¿En Morpeth Street? Eso está a dos minutos, ¿verdad?

McAvoy se revuelve en su asiento. Se plantea arrancar el coche. Decide no hacerlo.

Pharaoh cuelga. Levanta una mano y luego mira el teléfono.

–Nos lo están enviando –murmura.

McAvoy la mira con expectación.

–El agente Jensen le tomó declaración –dice–. De la comisaría de Queens Gardens. Al final nos lo habrían pasado a nosotros.

–¿Cómo dice, jefa?

–A la Unidad de Delitos Graves y Crimen Organizado. Tenía toda la pinta de ser un caso de los nuestros. Eso o algún colgado que iba camino de su casa. Nos lo habrían derivado de todas formas.

Pharaoh entrecierra los ojos para leer la declaración que ofreció Georgie-Lee ayer por la mañana desde la cama del hospital, mientras esperaba que una enfermera le quitara la vía de la muñeca y comprobara que los puntos de la frente no se le iban a saltar antes de llegar al taxi.

–Cumpleaños de una amiga... salió fuera para fumar y tomar el aire... vio un vehículo grande, un 4 x 4 con el morro abollado... oyó que se cerraba una puerta.

Pharaoh se detiene.

–Su atacante dijo «Suzie».

McAvoy cierra los ojos. Vuelve la cabeza. Mira por la ventanilla y ve a un hombre con ropa deportiva tomando un chocolate caliente y fumando un cigarrillo mientras intenta ligar con dos estudiantes. Se ve a sí mismo meneando la cabeza con incredulidad. Se pregunta si luego le hará gracia. Ahora mismo no se ríe.

–La tiró al suelo... comenzó a asfixiarla... la cogió del pelo... le dio la vuelta... pensó que iban a violarla...

–Dios –musita McAvoy.

–Le rasgaron el vestido. Lo hicieron prácticamente trizas.

–Buscaban su tatuaje –dice McAvoy innecesariamente.

–Le golpearon la cabeza contra el suelo, y después...

Pharaoh se detiene.

–¿Jefa?

–Dijo que lo sentía.

McAvoy se pasa la lengua por los dientes. Introduce la llave en el contacto por tener las manos ocupadas.

–¿Tenemos una descripción?

–Sí. Vaga, pero sí.

–¿Y la chica está en casa?

–Sí. A dos minutos.

McAvoy arranca. Cubre el breve trayecto recorriendo un entramado de travesías y callejas de un solo sentido.

–Esa es –señala Pharaoh, y él detiene el coche.

–¿La tiene? –pregunta él, y Pharaoh saca la revista del bolso.

Intercambian una mirada. De repente están extenuados. Tienen frío. Esta tarea interminable los consume.

Una chica joven y atractiva con pantalones de correr y un escueto top les abre la puerta. Se presenta como Jen y les cuenta, emocionada, que es la mejor amiga de Georgie-Lee. También les dice que ha estado cuidando de ella. Procurando que se sienta cómoda. Intentando animarla porque eso es lo que hace ella por todo el mundo. Les cuenta, con un tono un poco desquiciado, que Georgie-Lee le había organizado la «mejor fiesta de cumpleaños del mundo» el día que fue atacada y que no cree que nunca supere la impresión de encontrársela delante de la puerta de su casa sangrando e inconsciente.

–¡Georgie-Lee! ¡Tienes visita!

Abre la puerta blanca de un dormitorio. Una chica joven, aún más aniñada por el efecto del pijama y las vendas, está incorporada en la cama leyendo una revista y bebiendo una infusión de grosella. La habitación está decorada con pósters de grupos y atrapasueños, rockeros tatuados y unicornios de colores. Sonríe cuando su amiga entra en la habitación y se pone rígida cuando ve a McAvoy y a Pharaoh detrás de ella.

–¿Sois de la policía? –pregunta, tapándose un poco más con la manta–. ¿Los habéis pillado?

Pharaoh se sienta en la cama.

No dice nada. Se limita a mirar a la chica a los ojos y trata de transmitirle que todo saldrá bien.

Después saca la revista del bolso. La hojea. El sonido del papel cuché al engancharse y rasgarse con la manta la hace estremecerse.

Deja la revista sobre la cama, abierta por una página con la foto de un político y su mujer.

No hace falta que le haga la pregunta a Georgie-Lee. El miedo y el vil recuerdo en su rostro son más que suficientes.

Suzie está haciendo el pino. La sangre se le ha bajado a la cabeza y nota un zumbido penetrante en los oídos, solo interrumpido por los gritos que resuenan en el salón.

–Déjalo. No vas a durar...

Hace lo que le sugieren. Deja caer el cuerpo hacia la derecha y le entra un ataque de risa entrecortada.

Roisin y ella están en mitad de una competición de hacer el pino en el sofá y Lilah se está riendo tanto que corre el riesgo de que se le salte un ojo.

–¿Seguro que no te duele por el esfuerzo? –le pregunta Roisin después de enderezarse y hacerle muecas al bebé sonriente.

–Siempre duele –repone Suzie encogiéndose de hombros–. Qué más da estar boca abajo.

Roisin asiente y se queda pensando en la frase.

–Me gusta como suena. Deberíamos hacernos una camiseta.

–O unas bragas.

Se echan a reír como dos viejas amigas.

Roisin y Suzie no se han contado su vida ni nada por el estilo. Ninguna ha sondeado los secretos de la otra. Roisin solo sabe que esa chica excéntrica es alguien que su marido

ha traído a casa para que esté segura. No duda de él. Suzie le parece alguien que el mundo necesita.

Por su parte, Suzie considera que Roisin es la mejor persona del mundo. Quiere decírselo. Se lo suelta mientras esa chica gitana, morena y menuda le alisa el pelo ante el gran espejo sobre la chimenea.

–Eres encantadora –asegura–. No puedo creer que me esté riendo y haciendo el tonto.

–En esta familia nos gustan las tonterías –dice Roisin, haciéndole a Lilah una pedorreta en la barriguita.

–No creo que tu marido haga el tonto –aventura Suzie–. Parece un hombre bastante serio.

Roisin sonríe afectuosamente, como su estuviera mirando una imagen que nadie más pudiera ver.

–Es serio para algunas cosas. Es un pedazo de tontaina muchas otras veces.

–¿Y esto te parece bien? –pregunta Suzie.

–Está bien tener compañía. Y hacer el tonto.

Suzie se mira en el espejo. Lleva puesta una de las camisas de McAvoy y unos *leggings* de Roisin. No está maquillada aunque Roisin le ha prometido remediarlo después del almuerzo. Se siente rara mirando esta imagen tan ajena. Una cara del montón y un pelo normalito. Con ropa cómoda y sin tatuajes a la vista.

–¿Crees que me quedaría bien si me tiño el pelo de negro, como el tuyo? –pregunta.

Roisin lo medita.

–Quizá sea un color demasiado severo para ti. Tienes una cara cálida. Necesitas un tono cálido. Tu color de pelo te queda bien.

Suzie sonríe.

–Gracias.

Roisin saca a Lilah del parque. Finge morderle la barriguita.

–¿Quieres cogerla?

Suzie niega con la cabeza.

–Prefiero actuar para ella. Soy torpe.

–Aector también. Deberías verlo preparando el dinero para pagar el peaje del puente. No es capaz de coger las monedas de cinco peniques. Sus manos son demasiado grandes. Se pone de los nervios.

Roisin no lo dice con cinismo. Parece creer que la torpeza de su marido es tan digna de admiración como su fuerza.

–Seguro que consigue que te sientas muy segura –dice Suzie, preguntándose enseguida si no habrá cruzado una barrera invisible.

Roisin la mira con perplejidad. Sonríe.

–Sin él el mundo carece de sentido.

Disfrutan de la compañía mutua durante un momento, como dos nuevas amigas. Mientras se arreglan el pelo de pie frente al espejo y se alaban la una a la otra, los primeros goterones de lluvia comienzan a estrellarse contra el cristal. Van hasta la ventana, sorprendidas por esa tormenta inesperada.

–Está tan oscuro de repente... –comenta Suzie, encandilada con la negrura tras el cristal–. Podría ser de noche.

–Vamos a tener un buen verano –predice Roisin–. Si la primavera es una mierda, el verano será bueno.

–¿Eso es cierto?

Roisin se encoge de hombros.

–No, pero si lo decimos muchas veces al final igual sucede.

Mientras charlan, un coche toma a gran velocidad la curva del camino de acceso a la casa, despidiendo grava y haciendo chirriar las ruedas. Otro lo sigue muy de cerca y ambos se detienen en seco en la acera de enfrente.

–¿Aector?

Ambas mujeres observan cómo las puertas se abren de par en par. McAvoy es el primero en bajarse trabajosamente del minúsculo utilitario. Luego abre la puerta del pequeño biplaza deportivo una mujer pechugona de mediana edad con botas de cuero y un jersey de pico demasiado ceñido. Incluso a esa distancia, Suzie opina que el sujetador le queda tan ajustado que debe de dolerle.

–Su jefa –dice Roisin a modo de aclaración–. Le gusta el cordero.

–¿Sí? –repone Suzie, confundida–. Yo personalmente prefiero los conejitos.

La puerta se abre y McAvoy, con la cara encendida, irrumpe en el salón, tirando un cuadro de la pared a su paso. Pharaoh le pisa los talones.

–Estos dos –dice McAvoy, sacando una revista y mostrándole la fotografía de una pareja sonriente de cincuentones en una casa pija y lujosa.

Suzie mira a Roisin. Luego mira de reojo a Pharaoh, que está con los ojos muy abiertos y el rostro inescrutable.

–Mira esto, Suzie –le pide McAvoy–. ¿Conoces a estas dos personas?

Suzie coge la revista. Mira a McAvoy a la cara y asiente.

El enorme detective se da la vuelta y se aparta de ella mesándose el pelo. Le echa una mirada a su jefa. Va hasta la ventana y apoya las manos sobre el alféizar, recobrando el dominio de sí mismo. Sin decir nada, Roisin se coloca a su lado.

–¿Estás segura? –pregunta Pharaoh.

–Fue en un sitio en West Yorkshire –dice Suzie y, cuando oye a Lilah dar un gritito, baja la voz como si se avergonzara–. Un club privado.

–¿Un club de intercambio?

–Sí.

–¿Y?

–Simon había conocido a alguien *online*. Dijo que podíamos ir a ver qué tal.

–¿Cuándo sucedió esto?

Suzie se sorbe el labio.

–No creo que fuera hace más de un año. Yo me había hecho los tatuajes hacía poco. Simon también. –Se detiene, asiente nerviosamente mientras empieza a recordar–. Sí, ese fue su gran estreno. No podía esperar a lucirlos. El del estudio estaba encantado, la verdad. Dijo que iba a utilizarlos para los anuncios, que buscaba una clientela más

selecta...

Pharaoh le indica que se siente en el sofá. Ella hace lo mismo.

–¿Había muchas parejas allí? ¿Había más testigos?

Ella frunce el ceño.

–A la gente no le gusta hablar. Dan nombres falsos. Estás a salvo en esos sitios.

–¿Qué sucedió? –pregunta McAvoy, acercándose desde la ventana–. ¿Qué hicisteis?

Suzie mira alternativamente sus caras vehementes.

–Jugamos. Él conmigo. Luego él con Simon. Luego los cuatro juntos. Él era agradable. A Simon le pareció increíble. Ella era un poco antipática. Pero le gustaron mis tatuajes.

–Era esta pareja –dice McAvoy señalando la página–. ¿Estás segura?

Suzie abre la boca, espantada por haberlos confundido.

–No, él no –se corrige apresuradamente–. A él no lo conozco. Solo a ella. Llevaba una máscara. Era una mujer corpulenta. Como un hombre pero con tetas. Llevaba una máscara cursi cuando entramos. Creo que estaba acostumbrada a fiestas más pijas que la nuestra. Nosotros estábamos un poco de bajón, pero ella se metió de lleno en faena. Se quitó la máscara poco después. Estaba muy entregada. Sobre todo conmigo. También había otro tío. Simplemente se unió a la fiesta. Me da un poco de vergüenza hablar de todo esto...

Pharaoh se gira en su asiento. Intercambia una mirada con McAvoy. Este saca el móvil y busca rápidamente la web del Ayuntamiento de Hull. Encuentra la foto que busca. Se pone en cuclillas y se la enseña a Suzie.

–Es él, ¿verdad? ¿Era él el otro hombre? ¿Stephen Hepburn?

Ella asiente.

–Sí. Un tío simpático. Divertido. A Simon le gustó. Entonces ¿no son pareja? ¿Quién es el tío de la barba que sale en la revista? ¿Ese es su marido?

Pharaoh suelta una carcajada.

–Ese es Peter Tressider. Presidente de la Autoridad Policial. Y futuro miembro del Parlamento británico.

Suzie mira a McAvoy sin comprender.

–¿Y él mató a Simon?

McAvoy niega con la cabeza.

–No –responde, restregándose la cabeza con su torpe manaza–. Fue ella.

Capítulo 32

La máscara descansa sobre el tocador del dormitorio principal, apoyada sobre el marco dorado del lujoso espejo ovalado y rodeada de frascos de perfume antiguos que titilan bajo la luz suave de las grandes velas prendidas tras la cama con dosel.

Paula recuerda dónde compró la máscara. Una tiendecilla llena de caras sonrientes y gárgolas risueñas en una calleja veneciana cerca del hotel exclusivo donde ella y su marido pasaron la luna de miel.

–¿Te gusta? –había preguntado él, llevándose la mano a la cartera.

No le había hecho falta responder. Estaba subyugada. Perdida en los ojos vacuos de esa cara dorada y carmesí que ansiaba ponerse sobre la suya.

Una máscara *bautta*, les había explicado el vendedor. Utilizada en el siglo XVIII por hombres y mujeres que no deseaban desvelar su identidad en las timbas de juego.

Ahora la alcanza. Acaricia la pintura brillante. Roza la nariz y la elaborada mandíbula con la parte inferior de los nudillos.

Paula nunca se ha sentido tan viva como cuando ha mirado el mundo a través de sus ojos.

Esa es la cara que luce cuando se entrega al juego. En fiestas. En habitaciones de hotel. Es cuando se permite ser libre.

Al principio solo eran travesuras. Una oportunidad de sentirse sexi con un hombre o dos. Se convirtió en una adicción. Y luego en algo más que eso.

Vuelve a contemplar la máscara.

Los colores son hipnóticos. Según la tradición debería estar pintada en blanco y negro, pero el diseño de arlequín en rojo y dorado capta mejor la luz. Es un trabajo exquisito, un ejemplo único en su especie. Se ata con un lazo detrás de la cabeza, cubre la cara entera, pero la línea de la mandíbula cuadrada apunta hacia arriba y permite que el portador pueda comer y beber sin quitársela.

Tras ese magnífico velo Paula ha experimentado el dolor y el placer a partes exquisitamente iguales. Ha chupado y ha saboreado, ha tocado y ha follado. Se ha entregado a todos los instintos y al deseo. Y nunca ha tenido que mirar su rostro en el espejo.

Al principio, claro, su identidad no importaba. Aunque fuera la esposa de un hombre exitoso, acostarse con extraños no le suponía más riesgo que a cualquier otra persona.

Luego comenzó la carrera política.

Comenzaron a sacarle fotos. Comenzó a ser conocida.

Y luego empezaron a decir que Peter podría llegar a ser parlamentario.

Al principio había confiado en su buena estrella. Se decía que cualquiera que la

reconociera por sus sórdidos escarceos tendría un interés personal en mantenerse callado. Pero no podía dejar de acordarse. No podía evitar pensar en todas esas noches en las que lo había arriesgado todo a cambio de sexo anónimo.

Pero la indiscreción que más la preocupaba fue aquella noche que acudieron a un tugurio. Después de que Hepburn y ella conocieran por internet a una pareja dispuesta a jugar y se decidieran a correr el riesgo.

Durante sus conversaciones virtuales la pareja mencionó el club privado de Huddersfield. Les contaron a Hepburn y a ella todo sobre el intercambio de parejas. Las cadenas. Les pareció tan sórdido como delicioso. Maravillosamente chabacano. Excitante de puro sucio.

Decidieron jugársela. Se convencieron de que ciento treinta kilómetros era lo bastante lejos de casa.

Habían dejado que sus fantasías tomaran forma y se habían excitado pensando en ello. Dieron nombres falsos y pagaron la cuota para hacerse miembros. Se tomaron una copa con el viejo cabrón deslenguado que dirigía el sitio y luego subieron al piso de arriba a una de las habitaciones privadas.

Paula llevaba puesta la máscara. Había estado esperando en una habitación privada, abierta de piernas sobre la cama, cuando Simon y Suzie entraron.

Suzie se había reído. Había echado un vistazo a la mujer de la cama, una señora de mediana edad, alta y ancha de espaldas, con una máscara veneciana de nariz ganchuda, y le había entrado la risa.

Por eso Paula se la había quitado. Deseó a la chica tan pronto como la vio. Quería tocar esa piel cálida y joven. Quería recorrer con su lengua las florecillas de su espalda. No quería que la noche acabara en una tontería. Se quitó la máscara y apretó a Suzie entre sus muslos. Y la fiesta había comenzado.

Un rato después, cuando la necesidad de placer pesó más que todo lo demás, le ordenó a Hepburn que abriera la puerta. Quiso que dejara entrar al primer hombre que viera. Se abrió de piernas y dejó que la poseyera un extraño. Su nombre era Connor Brannick y los pocos segundos que pasó dentro de ella acabaron por costarle la vida.

Ahora Paula esconde la cabeza en sus manos. Oye cómo su marido corta el césped del patio trasero. Desearía estar fuera también. Quizá sentada en una manta, bebiendo vino. Pero ahora no puede salir. Ni siquiera puede mirar el estanque.

Sabe que esto no puede continuar así. Que pronto su marido encontrará tiempo para investigar en condiciones por qué mueren continuamente sus costosas carpas. Encontrará el cuerpo de Connor con piedras lastrando sus ropas de motorista, descomponiéndose en el fondo plastificado del profundo estanque...

Su marido no sabe que es una asesina. Pero sí sabe que algo ha cambiado. Sabe que le está mintiendo. Le ha preguntado demasiadas veces cuándo le va a devolver la moto del garaje al «amigo» al que asegura que se la está guardando.

También sabe que ese sargento, ese grandullón escocés, se está acercando. La llamada de Hepburn a sus superiores no ha hecho más que convencerlo de que había algo digno de ser investigado.

Sabe que, más que su marido, es su amante, Stephen Hepburn, el que está a punto de formular la acusación. De preguntarle si ha matado a tres personas y si está intentando por todos los medios volver a hacerlo.

Se lleva la máscara a la cara. Mira a través de sus ojos. Aspira el olor a sudor rancio y se estremece al recordar la primera vez que cubrió su rostro.

Su móvil emite un pitido.

Tras la máscara, Paula esboza una leve sonrisa.

Al principio pensaron que no iba a contestar. Se quedaron sentados durante horas contemplando el teléfono de Suzie y esperando respuesta. Esta llegó sobre las seis de la tarde, mientras Pharaoh y McAvoy estaban sentados ante el portátil en la cocina, comiendo sándwiches de jamón y mostaza y rellenando las lagunas en la vida de la asesina.

Paula Tressider nació en 1959 en Manchester en el seno de una buena familia de clase media. Dos hermanas. Una madre creativa y un padre empresario. Ingresó en la universidad y conoció al hombre que sería su primer marido. Jugó a ser activista política pero parece que le interesaba más la apariencia que la causa. Se casó con un estudiante de historia con veintidós años y se divorció un año después. Encontró trabajo en una *boutique* de Leeds. Acabó siendo la gerente. Conoció a Peter Tressider. Se casaron en 1989. Se convirtió en la buena esposa. Comenzó a participar en las juntas de sus distintas empresas. A aparecer de su brazo en los actos políticos. Se mudaron a East Yorkshire donde abrió dos casas de modas. Dio charlas en el Instituto de la Mujer sobre la importancia de una unidad familiar estable. Comenzó a llevar conjuntos de punto y perlas. Se unió a la junta directiva de un colegio local. Se afilió al Partido Conservador. Se convirtió en un pilar de la comunidad y en la ejemplar esposa de un político.

–Debía de estar aterrorizada –comenta McAvoy suavemente.

–No me vengas con esas –le reprende Pharaoh entre bocados–. Como te ablandes, te echo los dientes abajo.

–Lo siento, jefa. Solo pensaba que íbamos tras un asesino que hacía esto porque le ponía. Pero ella solo quería mantener ocultos sus secretos.

Pharaoh se encoge de hombros.

–A ella le ponían otras cosas. Mataba para taparlas.

–¿Cree que lo sabe?

–¿Su marido? No. Si lo sabe, miró hacia otro lado.

McAvoy vuelve a mirar la página web. Paula Tressider, vestida con ropa de diseñador valorada en cientos de libras, posa con una sonrisa forzada ante la cámara, mientras le estrecha la mano al primer ministro durante una recaudación de fondos del Partido Conservador un año atrás.

–Cuando vio sus tatuajes en la revista...

–Sí.

El móvil vibra. Ambos toman aliento antes de que McAvoy lea el texto en voz alta.

–«Ya es hora de que terminemos nuestro juego. ¿Te apuntas?»

Su sonrisa está desprovista de alegría. Solo está aliviado de que su mensaje, cuidadosamente elaborado con la ayuda de Suzie, haya sido recibido y aceptado.

Roisin abraza a Suzie cuando se dirigen a la puerta. No sabe lo que está sucediendo pero su nueva amiga parece temblorosa y asustada.

–Él cuidará de ti –le dice, señalando a su marido–. Lo sé.

McAvoy se inclina y le hace cosquillas a Lilah. Choca la mano con Fin, que está sentado delante de la tele comiendo pasta al pesto con trocitos de salchicha.

–Han llamado –le susurra Roisin al oído cuando se levanta.

Él se gira hacia ella sin comprender.

–Hamer –dice–. Estará en el nuevo campamento. En Anlaby. Quiere que vayas.

McAvoy tuerce el gesto. Se pregunta cuánta carga podrán soportar sus anchos hombros esa noche.

–Soy policía.

Ella se asegura de que la está mirando a los ojos antes de replicar:

–Eres un hombre.

Él no añade nada más. Cierra la puerta despacio al salir. No se levanta el cuello del abrigo ni agacha la cabeza bajo la lluvia que no cesa. Abre la puerta y sube al coche. Pone en marcha el motor y encuentra algo relajante en una emisora de música clásica.

Observa cómo se encienden los faros.

Comprueba la radio y asiente.

Suzie, con el pequeño Peugeot, encabeza la marcha de ese convoy de tres coches. Fuerza la vista para ver mejor a través de la lluvia y la oscuridad creciente, guiñando los ojos frente a las luces distorsionadas de los coches que vienen de frente y desde atrás, a sabiendas de que las piernas no le tiemblan porque no quiere que se le cale el coche.

En el asiento del acompañante el teléfono que Pharaoh le ha dado deja escapar un pitido. Lee el mensaje. Se lo han reenviado desde su propio teléfono.

Necesito saborear tu piel. No tardes.

Cierra los ojos durante un instante lo más largo posible teniendo en cuenta que va conduciendo. Mira instintivamente hacia el asiento del acompañante. Se pregunta si siente la presencia de Simon de verdad o si solo es su imaginación.

El trayecto dura más de una hora por culpa del tráfico denso. En dos ocasiones teme haber perdido a McAvoy y a Pharaoh pero, cada vez que se prepara para aparcar y esperarlos, el teléfono se ilumina para informarla de que no la han perdido de vista. Que no está sola.

Es más fácil cuando sale a la autovía. Se queda en el carril del centro sin pasar de ciento diez. Trata de tranquilizarse con el sonido de las llantas mojadas sobre la carretera. Se concentra en la respiración. Casi desearía haber dejado que Roisin le pidiera a su marido que le permitiera acompañarlos.

Ha estado antes en este hotel. Está justo al lado de la autovía, a cinco kilómetros de Goole. Estuvo sentada en el aparcamiento durante dos horas mientras Simon complacía a un hombre que había conocido en la web. Ella había estado dibujando y se había comido una hamburguesa de pollo del McDonald's. Simon se lo había pasado muy bien esa

tarde. Aseguró que el hombre era agradecido y amable.

Suzie aparca. Quiere inspeccionar los otros coches que hay en el aparcamiento oscuro y mojado. Quiere ver si su asesina ya se encuentra allí. Se contiene. Sale del vehículo y, muy derecha y con la cabeza bien alta, camina entre los charcos y se dirige al hotel.

–¿Puedo ayudarla?

El chico de la recepción es más joven que ella. Tiene pinta de estar aburrido y su camisa es demasiado grande para su cuerpo enjuto.

–Tengo una reserva.

Le da su nombre. Trata de mantener la calma mientras él trastea en el ordenador y finalmente le entrega una tarjeta de acceso. Le pega un buen repaso, como si estuviera tratando con ganado. Incluso tiene la indecencia de asentir.

–Segunda planta –le indica.

Ella toma las escaleras. No soporta la idea de que el ascensor tenga espejo. No quiere verse.

Aprieta los puños y la mandíbula y finalmente está frente a la habitación. Pasa la tarjeta por la ranura y abre la puerta. Enciende la luz y mira a su alrededor, esa habitación impersonal y oscura, mientras el corazón le late con fuerza, con el consiguiente dolor en las costillas magulladas.

Otro mensaje en el móvil, esta vez de McAvoy.

Sé fuerte. Estoy aquí.

Se desnuda. Se quita la camisa prestada y los *leggings*. Trata de alisarse las imperfecciones de la piel. Saca el trozo de cuerda de su bolso y calza la puerta con una chancla para que no se cierre.

Despacio, como si a cada momento que pasara la doliera, como si cada aliento fuera una cuenta atrás, se dirige hasta la cama. Se tumba desnuda boca abajo. Siente las mantas frías rozando su piel cálida. Agarra fuerte el teléfono. Le envía un mensaje a su asesina.

Estoy lista.

El tiempo se ralentiza. Suzie no sabe cuánto rato lleva así. Su mente divaga. No sabe con certeza si se habrá quedado dormida estando ahí tendida, en esa habitación beis, sobre las sábanas blancas y el colchón delgado.

Solo sabe que es así como murió Simon. Y que estando ahí tumbada está colaborando a capturar a una asesina.

El ataque es imprevisible. No oye nada. Ni un crujido del parqué ni una amenaza ingeniosa.

Un momento está tumbada boca abajo en la cama el hotel. Al siguiente siente una presión en la espalda y la cuerda que ha dejado seductoramente colocada encima de sus nalgas ahora se cierne con fuerza sobre su cuello.

Trata de tomar aire. Pelea. Se revuelve como un animal. Pero el peso sobre su espalda es demasiado grande. Las manos demasiado fuertes. Es el mismo peso que la aplastó contra la hierba dos noches atrás y lo último que su amigo sintió mientras moría. Duele.

Abre la boca. Por un instante parece que los tendones de su cuello estuvieran quebrándose como un puñado de ramitas.

Y de repente ya no está. Suzie sigue boca abajo en la cama. Tiene la cara sobre la almohada. Las lágrimas en sus mejillas empapan el colchón. La tocan unas manos cálidas y tiernas.

Se gira. No sin esfuerzo, consigue ponerse boca arriba. Mueve la cabeza a un lado y a otro. Contempla la devastación de la habitación. La televisión reventada. Las tazas y la tetera desparramadas por el suelo. La puerta que cuelga sobre un único gozne.

–Suzie.

McAvoy está de pie junto a la puerta, con la camisa rasgada y sangrando por la nariz. Le ofrece una sonrisa agotada.

–¿Estás bien?

–¿La habéis atrapado?

–¿Estás bien, Suzie?

Ella asiente. Respira hondo, lentamente.

–Por favor...

–Los hemos atrapado a los dos, Suzie. Qué desastre...

Capítulo 33

Fue una noche de domingo del mes de julio. La serie de época de la BBC iba por la mitad. Una botella de vino ya vacía y los platos de la cena manchados de salsa abandonados despreocupadamente sobre la mesita.

Ese fue el preciso instante en el que Paula Tressider respondió a la llamada que la convertiría en asesina.

Cuatro tonos y medio y un hola cansado, el auricular de plástico caliente contra su mejilla carnosa.

La tele en pausa y la pareja que intercambia una mirada exasperada...

Cinco segundos de silencio y luego una voz masculina. Al principio no la reconoció. No le había escuchado decir casi nada la única vez que se vieron. Solo algunos gemidos y un gracias.

Un acento de West Yorkshire entrecortado...

–Puede que no te acuerdes de mí. Yo sí que me acuerdo. Fue en Huddersfield. Una noche deliciosa. ¿Sabe tu amorcito a qué dedicas tu tiempo libre?

Treinta segundos más.

Sin palabras, solo se oye su respiración.

–Creo que se ha equivocado de número...

Una risa. Una carcajada nasal y congestionada.

–No, te he pillado. La verdad es que ha sido una sorpresa. No creí que alguien de tu posición estuviera en el listín de teléfonos. Y tampoco pensé que alguien de tu posición haría las cosas que te vi hacer...

Miedo en el estómago revuelto.

La palidez que brota de la carne sonrojada.

–Lo siento, ¿podría llamar en otro momento para tratar el tema más a fondo? Quizá si me dejara su número podría llamarlo a una hora más conveniente...

Esta vez no hay risa. Pero la voz es helada.

–Yo te llamaré. Te volveré a llamar una vez y otra y luego quizá llame a otra persona. Y se lo contaré. Siento hacer esto. De veras que lo siento.

Un momento para considerarlo. Los ojos cerrados lo ocultan todo. Los recuerdos que se cierran sobre todo lo demás, como los pétalos al atardecer.

–Mañana. Llame mañana.

Un asentimiento mudo.

Clic.

Una semana sin comer. Una semana de manos temblorosas y sueño interrumpido. Teniendo que ir a mear cada treinta malditos segundos. Vomitando el vino que tan poco

consuelo le había traído. Saltando ante cada pregunta amable. Maldiciendo por cada comentario sobre la salud y la felicidad...

Pero volvió a llamar, claro. El otro hombre.

Fue a mediodía. Un viernes. Su marido estaba de compras.

Sola en casa. El auricular que golpea el cristal, empuñado por unas manos temblorosas.

–¿Ya estás lista para hablar?

Un asentimiento. Luego una respuesta más profunda y asertiva.

–No he hecho nada de lo que tenga que avergonzarme.

Su sonrisa.

–¿No? Eso está muy bien. Probablemente los periódicos me paguen un montón de dinero. Esta no es más que una llamada de cortesía.

–Eso es lo que quiere, ¿no es así? ¿Dinero? ¿Qué le hace creer que voy a pagarle? ¿O que pueda hacerlo siquiera?

Entonces llega el desdén. ¿Un momento de duda? Un desvío del guion...

–Tienes más de lo que yo tengo. Todo el mundo tiene más que yo.

Se resiste débilmente. Trata de hacerlo entrar en razón.

–¿Cómo sabe que es un secreto? Los que me conocen saben cómo soy...

–Chorradas. Lo recuerdo. Repetiste una puta docena de veces que estabas corriendo un riesgo muy grande. Que estabas rebajándote. Apostando fuerte. Jugándotela demasiado cerca de casa. No quieres que esto salga a la luz. Leo los periódicos. Eres alguien importante. Y te vi encima de esa chavalita guapa de las flores, estabas gozándolo. Yo también lo hice, cuando me dejaste que me uniera...

Lágrimas. Un ataque de tos que se convierte en vómito.

–¿Cuánto quiere...?

Clic.

La vida se detuvo. Las horas se convirtieron en una masa informe y descolorida.

Días y noches que se suceden desde el momento en que tomó la decisión, a altas horas de la mañana.

Rota de cansancio, atormentada por el miedo.

Planteándose transigir.

Valorando los riesgos de pagar.

Asintiendo en la oscuridad. Los ojos clavados en el techo. Lágrimas en las mejillas.

Paula Tressider asume lo que debe hacerse. Decide que todos han de morir.

Aquí y ahora, en la sala de interrogatorios de la comisaría de policía de Courtland Road, con la lluvia inmisericorde cayendo en el exterior y la respiración formando hilos de vaho deslavazado en el aire húmedo, Paula Tressider, derrotada, llora y se sorbe la nariz.

McAvoy la alienta con amabilidad. La acucia durante la confesión. Procura fingir que ya están al tanto de todo lo que ella está declarando voluntariamente...

–Le dije que le pagaría –revela. La voz llega amortiguada, tiene la cara enterrada en sus manos carnosas–. Le dije que viniera.

McAvoy se inclina hacia delante.

–Necesita decir su nombre para la grabación.

–Connor –señala, atragantándose con la palabra–. Connor Brannick.

El nombre no le dice nada a McAvoy. Trata de que no se le note. Siente una brisa cuando Pharaoh abandona la sala con el nombre garabateado a boli en la palma de la mano.

Paula está demasiado afectada para advertir su ausencia repentina. Continúa hablando sin más. Sorbiéndose la nariz. Secándose las lágrimas con la palma de la mano.

–Vino en moto. Fue a finales del verano. Era un día caluroso, lo recuerdo. Apenas podía dejar de mover las manos. De repente todo era real. Estaba en el camino de la entrada, con su casco y su ropa de cuero, preguntándome si podía meter la moto en el garaje para que la savia de los árboles no goteara sobre la pintura...

–Continúe.

–No se comportaba igual que por teléfono. Hasta se veía avergonzado. Cuando se quitó el casco parecía a punto de echarse a llorar. Hablaba y hablaba. Dijo que la casa era preciosa, que a su mujer le gustaría. Parecía que lamentaba estar pidiéndome dinero. Trató de justificarse diciéndome que las cosas le iban mal. Que nunca lo habría hecho si hubiera podido conseguir trabajo.

–Continúe, señora Tressider.

–Hablaba muy rápido. Parloteaba sin más. Estaba tan nervioso como yo. Le dije que entrara por el jardín trasero, para que fuera más discreto. Me siguió. Vio el estanque. Comenzó a contarme que le podía instalar algunas luces. Decía que era un electricista estupendo. Que quedaría muy bien iluminado desde abajo. Yo apenas lo escuchaba. Conseguí decirle que el dinero estaba en el cenador. Entré a buscarlo.

–¿Y entonces qué, Paula?

–Volví con un martillo.

Pharaoh vuelve a entrar en la habitación. Desliza una hoja de papel caliente frente a McAvoy.

LA PAREJA DE UN HOMBRE DESAPARECIDO
ASEGURA QUE NO HA PERDIDO LA ESPERANZA

La pareja de hecho de un electricista de Morley que lleva casi ocho meses desaparecido ha hecho un nuevo llamamiento pidiendo que vuelva a casa.

Connor Brannick, de 43 años, desapareció el pasado mes de septiembre. Le contó a su pareja, Gwen Simmons, de 39 años, que tenía un nuevo trabajo importante, pero nunca regresó.

La señora Simmons, madre de Andrew, el hijo de cuatro años que la pareja tiene en común, esperó varios días antes de ponerse en contacto con la policía, ya que al parecer su marido solía ausentarse habitualmente varios días seguidos por motivos de trabajo.

A medida que pasó el tiempo comenzó a preocuparse y el señor Brannick no

contestaba a sus llamadas.

La señora Simmons ha asegurado hoy al Huddersfield Examiner que, después de su desaparición, descubrió que su pareja le había estado ocultando graves problemas económicos.

Según ha declarado, «Ojalá me lo hubiera contado. Sé que todo el mundo dice que se habrá suicidado o que se habrá quitado de en medio para dejarme a mí el problema, pero tengo que aferrarme a la esperanza de que se encuentra bien y que va a regresar a casa».

«Nuestro hijo no deja de preguntar dónde está su papá. Lo necesito aquí. No se trata del dinero. Ojalá me hubiera contado los problemas tan grandes que teníamos. No sé qué voy a hacer ni a quién acudir. Solo quiero que vuelva a casa.»

El señor Brannick conducía una motocicleta cuando abandonó su domicilio y también ha desaparecido.

Si alguien dispone de información al respecto puede llamar a la policía de West Yorkshire...

McAvoy levanta la vista.

–¿Y su cuerpo?

Paula levanta la cabeza lo bastante como lanzarle una mirada asesina, pero luego ese destello desafiante desaparece.

–En el estanque.

–¿Le aplastó el cráneo?

Paula asiente.

–¿Podría decirlo para la grabación, por favor?

–Sí.

Por un momento se hace el silencio en la habitación. Luego McAvoy pronuncia el nombre que los ha traído hasta aquí.

–Simon Appleyard.

Paula se gira hacia el abogado de traje gris que está sentado a su izquierda y que no ha hecho nada salvo limpiarse las gafas con la corbata desde que su clienta le dijo que cerrara la boca y que la dejara hablar.

–La revista.

McAvoy asiente.

–*The Journal.* El anuncio.

–Ahí estaban los dos. Él y ella. El chico que Stephen consiguió para los dos y la chica que él trajo. Con sus tatuajes, burlándose de mí, igual que ella aquella noche. La noche que hizo que me quitara la máscara...

McAvoy se pasa la lengua por los dientes.

–Señora Tressider, ¿de verdad cree que Simon Appleyard o Suzie habrían intentado chantajearla? ¿Cree que aunque usted se hubiera convertido en la esposa del primer ministro ellos habrían descubierto su identidad o habrían tratado de utilizar ese

conocimiento en beneficio propio? No todo el mundo es así.

Por primera vez, Paula le sostiene la mirada.

–No me hable de la gente. Sé cómo es la gente. Sé qué es lo ocultan bajo la piel. No es hermoso. Es algo primitivo y desesperado y se apodera de todo lo que quiere...

Es Trish Pharaoh la que la detiene en seco, golpeando la mesa con la palma de la mano.

–¿Mató a Simon Appleyard?

Ella le sostiene la mirada a Pharaoh.

–Sí.

–¿Y es responsable del asalto a Georgie-Lee Suthers? ¿De la agresión al chico de la fiesta de intercambio de parejas? ¿De los distintos ataques a Suzie Devlin?

–Sí.

Pharaoh deja escapar el aire. Mira de arriba abajo a esa esposa de político grandullona y desgreñada.

–Los culpables son siempre los más discretos.

Capítulo 34

McAvoy está agotado, le duele hasta el alma. Y mientras atraviesa el aparcamiento bajo la lluvia torrencial medita sobre el deseo. Se pregunta acerca de la naturaleza de la lujuria. Se imagina a Simon Appleyard desnudo y sosteniendo su propia soga, esperando a la extraña que lo mataría allí mismo. Medita sobre Suzie, quien continuaba visitando áreas de descanso oscuras para conocer a extraños, a pesar de tener aún los moratones frescos en la piel.

Piensa en Paula Tressider.

Siempre habían ido de la mano, les contó durante el interrogatorio. Stephen y ella. Habían recorrido el país en busca de amantes. Ella pensaba que Huddersfield estaba demasiado cerca de casa. Eran solo ciento treinta kilómetros. Demasiado arriesgado. Pero la idea la excitaba. Le parecía liberadora. Desafiante. Se había entregado a la noche y se había divertido con la joven pareja de los tatuajes. Y entonces llegó la revista. Y pensar que había estado tan orgullosa. De la sesión de fotos en su hermosa casa. De la foto de Peter y ella. Sus dedos alrededor de los de su marido. La quintaesencia de la mujer de un político. Y allí, en los anuncios de la contraportada, la piel que había probado y que había rozado la suya. No sabía cuándo había decidido que cometería los asesinatos. Solo sabía que tenía que asegurarse de que nunca hablaran. Solo sabía que al chico le ponía ser dominado y que le gustaban ciertas webs. También sabía que le gustaba complacer. Le gustaban las palabras. Le gustaban los pavos reales. Podría encontrarlo y podría persuadirlo para que contribuyera a su propia muerte.

–Hector.

Se da la vuelta, ya con una mano en la manecilla de la puerta, la lluvia aplastándole el pelo contra la cara, empapando sus ya de por sí mojadas ropas.

Pharaoh atraviesa corriendo el aparcamiento lleno de charcos. Se cubre la cabeza con la chaqueta.

–Suzie –dice, y es una pregunta.

–Está bien –responde él–. Roisin la está mimando. Se diría que van a hacer una fiesta de pijamas.

–¿Está en tu casa?

–No. Roisin está en la suya.

–¿Y los niños?

–Ellos también.

–¿Y tú adónde vas?

McAvoy la mira durante un rato. Observa cómo la lluvia le recorre la cara. Ve cómo el rímel se le acumula alrededor de los ojos. Se ve reflejado en sus pupilas.

–¿De qué ha servido todo esto? –pregunta, levantando la voz para hacerse oír por encima del estruendo de la lluvia.

Pharaoh le dirige una sonrisa alentadora.

–Tenemos una confesión. Hemos resuelto un asesinato.

–Nadie sabía que era un asesinato.

–¿Y qué importa eso? Tú lo sabías.

–¿Por qué hago esto? –pregunta.

Ella no sabría decir si lo que surca su cara son lágrimas o regueros de lluvia.

–Porque eres de los buenos.

Él niega con la cabeza.

–Eso no me hace sentir mejor.

–¿Pensaste que eso sería lo que pasaría?

–No lo sé, me siento peor.

–Oh, Hector, no ha sido por tu culpa. Tú eres el único que ha hecho bien las cosas. Esa mujer habría matado a Suzie, lo sabes. Tressider estaba mal del corazón. Lo mantuvo en secreto. Pensó que eso arruinaría su carrera política. Ya la has oído. Por eso ella acudió a Hepburn.

El *affaire* había comenzado hacía poco más de un año. Su marido los había presentado en un acto municipal. Mencionó que habían tenido un pequeño negocio en común en el pasado y luego los dejó a solas compartiendo un rincón tranquilo y unas copas de vino blanco insípido. Hepburn parecía un hombre vibrante, un fuera de serie. Excitante. Ligón. Ella pensó que era gay hasta que le preguntó si podía oler su perfume y luego le lamió la mandíbula hasta llegar a la boca. Paula recreó una vida secreta que no sabía que deseaba y que se volvió adictiva.

Por un instante McAvoy y Pharaoh no hacen otra cosa más que mirarse, tratando de darle sentido a su trabajo aplicando la percepción que el otro tiene del crimen. Se giran al oír el portazo de un coche, un sonido mecánico y apagado, apenas audible con la lluvia.

Echan una ojeada a la calle lateral que conduce a la entrada principal de la comisaría. Les cuesta reconocer a Stephen Hepburn vestido con una camiseta que se le pega a la piel y unos pantalones vulgares. Camina con los hombros caídos. Echa un vistazo por encima del hombro al coche que acaba de aparcar de cualquier manera sobre el bordillo.

Ahora se detiene. Permanece de pie junto a la barrera que corta el paso al aparcamiento del personal.

–Las noticias viajan deprisa –comenta Pharaoh.

McAvoy ha comenzado a aproximarse a la figura distante. No inclina la cabeza para resguardarse del vendaval. Recibe el frío y la lluvia en su cara sin quejas y sin evasivas.

Hepburn lo distingue al acercarse. Se endereza. Se despega la tela mojada de la piel. Se pasa una mano por el pelo y luego deja caer los brazos a los lados. Ahí se quedan, torpes y fláccidos.

–¿Es cierto?

Hepburn ha hablado con voz temblorosa.

McAvoy se queda plantado frente a él, sin decir nada. Mira de arriba abajo al hombre

más menudo. Trata de situar a este tipo anodino y desastrado en el centro de tantas historias. Se lo imagina por un brevísimo instante jodiendo con Paula Tressider en la colina de Welton. Se lo imagina ante el teclado, persuadiendo a extraños con un apetito sexual desaforado para encontrarse con ellos en habitaciones de hotel y aparcamientos. Recuerda al hombre arrogante y engreído que hizo una mueca de desprecio desganada cuando McAvoy le contó que estaba investigando un asesinato.

–Por favor –suplica Hepburn–. Paula. ¿Fue ella la que mató al chico? ¿Al de la fiesta?

McAvoy lo mira de arriba abajo. Aguanta esa mirada llorosa y perpleja.

–Entonces no tenías ni idea –dice, y no es una pregunta–. Porque no te importaba una mierda, ¿verdad?

Hepburn abre la boca para hablar.

McAvoy lo silencia con un movimiento de cabeza.

–No solo lo mató a él, concejal. Ese hombre que se unió a vosotros esa noche en Huddersfield. A él también lo quitó de en medio. Mató a cualquiera que pudiera contar algo sobre el día que se quitó la máscara.

A Hepburn le cae un hilillo de agua de la punta de la nariz.

–No lo sabía –declara, antes de que las protestas dejen paso a un intento de conservar el tipo–. No tuve nada que ver.

McAvoy traza un círculo lentamente con la mandíbula y aprieta los dientes.

–No te condenarán –dice con voz tranquila–. No sé de qué podríamos acusarte. No sé si se podrían presentar cargos por lo que has hecho. Ni siquiera sé qué pensar de ti. No sé si habrás hecho algo malo. Solo sé que te has librado de una buena y que espero que nunca se te olvide.

Hepburn mira fijamente los ojos castaños de McAvoy. Se ve reflejado, borroso y difuso. Un ser oscuro, un borrón barrido por la tormenta.

–Yo solo quería jugar.

McAvoy se aleja. Agradece que la lluvia que le entra en la boca sepa tan mal. Le da una buena razón para escupir.

–Lo hizo todo por la misma razón –dice McAvoy en voz baja cuando vuelve al coche y se encuentra a Pharaoh esperando, calada hasta los huesos–. Trató de atropellar a Suzie. La atacó en la fiesta. Golpeó al chico en la cabeza e intentó estrangularla. Lo hizo todo para asegurarse de que nadie dijera nada.

–Me parece que le cogió el gusto –añade Pharaoh, que prefiere no preguntarle qué le ha dicho a Hepburn–. Creo que decidió llevarlo hasta el límite. Quizá esto era solo otro juego para ella. No me creo toda esa mierda de intentar enterrar el pasado.

–Entonces ¿qué cree que va a pasar? –formula la pregunta con cautela, como quien camina sobre hielo quebradizo–. A nivel político, quiero decir.

Pharaoh frunce los labios. Tiene empapado el vendaje del cuello y lo alisa con una mano.

–Creo que estaremos bien. Hemos actuado con guante de seda, ¿no es así? Lo hemos mantenido fuera de los cauces oficiales. Investigamos un poco y conseguimos resultados.

–Deberíamos ir a verlo –propone McAvoy–. Ahora. Seguro que quiere hablar.

Pharaoh le sostiene la mirada.

–¿Crees que lo sabía?

McAvoy asiente.

–Creo que él arrojó el móvil donde sabía que yo podía encontrarlo. Creo que salgo más barato que contratar a un detective privado.

Capítulo 35

23:14 horas. Hospital Hull Royal.

Peter Tressider está incorporado en una cama del hospital, sin fuerzas, vestido con un pijama de quirófano prestado. Parece un hombre hundido. Consumido. Pequeño. Le falta un trozo de cuero cabelludo y tiene la piel enrojecida bajo el vello áspero del cuello.

Al entrar en la habitación individual, a McAvoy le viene a la mente un oso rapado. La imagen se le pasa por la cabeza espontáneamente. La tiene llena de carne cruda y rosada y pelo sanguinolento. En ese hombre de la cama del hospital ve una bestia abatida, herida, mutilada por dentro y por fuera.

–Concejal.

Tressider abre los ojos. Observa a sus visitantes. Aector McAvoy, calado hasta los huesos y con una mirada desprovista de expresión. Tras él, Trish Pharaoh, con el maquillaje corriéndole por las mejillas y el pecho húmedo.

–No seguiré escuchando eso por mucho tiempo –repone suavemente.

Pharaoh cierra la puerta tras ellos. Se sienta en una silla con el respaldo de plástico duro. McAvoy no se mueve. Solo le aguanta a Tressider la mirada.

–La seguiste –dice Pharaoh finalmente–. Hoy por la noche.

Tressider traga saliva. Aparta la mirada.

McAvoy se coloca a su lado para poder mirarlo de nuevo a los ojos.

–¿Desde cuándo lo sabía?

Tressider se incorpora un poco más. Se pasa las manos por la barba. Se mesa el cuello con los dedos.

–Casi me partes el gaznate –dice, tosiendo–. Cuando me sacaste a rastras. Eres más fuerte de lo que parece. Y eso que pareces muy fuerte, joder. También me has arrancado el pelo. Me has sacado media cabellera de un tirón.

McAvoy no habla. Se hace el silencio en la habitación, solo roto por el sonido que hace Pharaoh al retirarse el pelo de la cara y volver a cruzarse de piernas.

–¿Desde cuándo lo sabía, concejal? Podemos hacer esto de manera oficial, si lo prefiere. Llevarlo a la comisaría. Puede llamar a su abogado. Aunque quizá allí haya fotógrafos...

Débilmente, como si esas cosas no fueran con él, Tressider le resta importancia con un gesto de la mano.

–¿Creéis que me importa todo eso? ¿Creéis que alguna vez me ha importado?

McAvoy no replica. Espera a que el otro hombre rompa el silencio.

Tressider arruga el entrecejo. Se dirige a la figura que no deja de asaltar su imaginación.

–Me preguntáis si lo sabía –dice, pasándose la lengua por los labios–. Yo también me lo pregunto.

McAvoy se inclina hacia delante. Escruta la cara del concejal de la misma forma que un forense examinaría un cadáver.

–Hable conmigo, señor –le pide suavemente–. Para que podamos comprenderla. Para que comprendamos a Paula. Para que comprendamos a la mujer que amaba.

Tressider mira fijamente a McAvoy. Se observan mutuamente reflejados en sus pupilas.

Tressider deja escapar el aire y es un sonido enfermizo. Fatigado. Cercano a la tumba.

Finalmente extiende el brazo al borde de la cama y toma un sorbo de agua. La saborea.

–Cuando nos casamos sabía que estaba llena de vida –dice, mirando el techo con su alicatado gris y sus luces estridentes–. Sabía que había fuego en su interior. ¿Sabía que me era infiel? Al principio no. Nunca lo pensé. Éramos felices. Fuera lo que fuese que tuviéramos, funcionaba. Ella parecía quererme, eso sí que lo sé. Parecía que disfrutaba con nuestra vida...

–¿Y empezó a sospechar?

Con los ojos aún cerrados, Tressider asiente.

–Se compró un segundo móvil. El primero era el de empresa. Así podíamos desgravar las llamadas de trabajo, ya sabéis. Todo dentro del marco legal. Pero cuando vives con alguien no se lo puedes esconder todo, ¿verdad? Lo vi en su bolso. Sabía que me lo estaba ocultando. No puedes evitar ponerte en lo peor, ¿no?

–¿Se encaró con ella?

Tressider traga con dificultad. Niega con la cabeza.

–No sabía si quería saber la verdad. No realmente. No en ese momento.

–¿Qué sucedió, concejal?

Tressider abre los ojos. No hay lágrimas pero tiene la cara pálida y demacrada y los labios grises. Es la sombra de lo que fue.

–Traté de no pensar en ello –confiesa–. Me dije que lo que fuera que teníamos, funcionaba. Traté de ser un hombre moderno, supongo. Cuando comenzó a hacerse amiga de Steve Hepburn, la animé. Que se lo pasara bien. Supuse que tener un amigo gay y extravagante debía de llenar la parte de su vida que yo no estaba satisfaciendo. Hicieron buenas migas. Incluso llegó a sugerirme que invirtiéramos algo de dinero en uno de sus negocios...

–El teléfono, concejal. Simon Appleyard.

Tressider se alisa la pechera del pijama. Aprieta los labios.

–Recibió una llamada en casa hará unos meses. Estábamos sentados y contestó en el fijo. Regresó tan blanca como la pared. No hablaba. No me decía nada. Traté de animarla pero sabía que algo iba mal.

–El chantajista –completa McAvoy, girándose hacia Pharaoh–. Brannick.

–Estuvo rara durante días. Dijo que no se sentía bien. Me aseguró que no me preocupara y que me concentrara en el trabajo. En la concejalía. En la Autoridad Policial. Que me ganara el favor del partido...

A Tressider le tiembla el labio inferior. Se lo muerde, tratando de ser fuerte.

–¿Qué va a sucederle? –pregunta.

McAvoy se pasa las manos por el pelo. Se tira de las perneras mojadas del pantalón.

–Van a acusarla de asesinato, concejal.

Tressider vuelve a tragar saliva. No dice nada durante al menos diez segundos.

–El estanque –señala finalmente–. Brannick está en el estanque.

McAvoy se gira primero hacia Pharaoh y luego de nuevo hacia el hombre de la cama.

–¿Usted lo puso allí?

Niega con la cabeza.

–Lo encontré allí. Mirándome. Con unos ojos como faros...

McAvoy necesita moverse. Lleva quieto demasiado rato. Va hasta la ventana y su mirada atraviesa su propio reflejo y contempla las luces de la ciudad. Los amarillos y los azules que parpadean y relucen en medio de la oscuridad y de la lluvia.

–¿Formaba parte de la Autoridad Policial y no se le ocurrió llamar a la policía?

Siente los ojos de Tressider clavados en él. Se niega a girarse.

–Lo sabía –musita inexpresivamente–. Sabía que ella lo había hecho.

Pharaoh carraspea.

–¿No se enfrentó a ella?

–Quería hacerlo –murmura Tressider, su voz casi un lamento–. Pero de repente parecía muy feliz. Contenta. Casi lozana. Me dije que tendríamos unos días así y que luego hablaríamos. Pero los días se convirtieron en semanas. Éramos felices.

McAvoy se gira desde la ventana con la cara enrojecida.

–¡Había un muerto en su estanque, concejal! Tendría que haber querido saber más.

Tressider se seca la nariz con el dorso de la mano.

–Traté de olvidarlo...

–Y entonces desapareció la alegría –continúa McAvoy–. Ella volvió a comportarse de forma extraña.

–Fue esa maldita revista –le espeta él–. Estaba tan orgullosa de nosotros, joder. No dejaba de hojearla. Le encantaba pensar en lo que íbamos a convertirnos. Y, de repente, cambió. Estaba fría. Dejó de hablar...

–El móvil –dice Pharaoh–. ¿Dónde lo encontraste?

Tressider se vuelve hacia ella. Trata de fruncir el ceño pero le fallan las fuerzas.

–La seguí –explica, rompiendo el contacto ocular–. Un domingo, un mes antes de Navidad. Vino a casa en taxi. Dijo que se le había roto el coche y que necesitaría una grúa, estaba cerca de Anlaby. No tenía ninguna razón para estar allí. ¿Qué había estado haciendo? No podía soportarlo. Dijo que necesitaba despejarse la cabeza y volvió a salir tan pronto como había llegado.

–¿Adónde fue?

–Al valle –responde Tressider, perdido en el recuerdo–. Al que hay pasado Welton. Un lugar hermoso.

McAvoy asiente. Conoce la zona. Un paraje rodeado de colinas y circundado por árboles, perfumado por las campanillas y el perifollo verde, el aire limpio y la tierra.

–Vi cómo enterraba algo –dice Tressider–. Apartaba los terrones de tierra con las manos desnudas. Estaba llorando. Yo quería abrazarla...

–Pero quería saber qué estaba haciendo.

Tressider guarda silencio.

–Y lo desenterraste –apunta Pharaoh.

–Al principio no –corrige Tressider, como si eso importara–. Traté de detenerme. Traté de convencerme de que todo había terminado. Esperé a que volviera a ser feliz, como antes. Pero no fue así. Estaba más fría que nunca. Siempre frente al ordenador, salía de casa a todas horas.

–Entonces volvió.

Tressider asiente.

–Desenterré lo que ella había ocultado. Desenterré el móvil.

–Estaba roto –dice McAvoy–. No podía hacerlo funcionar. No podía conseguir respuestas.

–Lo intenté –asegura Tressider, apretando los puños sobre las sábanas–. Pero no sabía qué hacer...

–Acudió a Hepburn –prosigue McAvoy–. Ese mismo día. El día de la primera reunión de la Autoridad Policial. Trató de encontrar respuestas. Quería saber lo que él sabía...

–Me contó que habían mantenido una relación –dice, enjugándose una lágrima–. No trató de ocultarlo. Dijo que no era tan gay como la gente se pensaba. Dijo que lo sentía. Que esperaba que todos pudiéramos pasar página.

Pharaoh se levanta de la silla. Avanza hasta la cama.

–Y entonces decidiste que sí podías –dice Pharaoh glacialmente–. Decidiste que podías vivir con un cadáver en el estanque. Que podías perdonarle cualquier cosa que hubiera hecho. Y arrojaste el móvil al río.

Tressider se gira. Se queda mirando a McAvoy.

–Te vi –murmura–. Yo tenía mi propia idea de cómo debía ser la policía. Supongo que confié en el destino...

McAvoy se burla abiertamente. Sonríe con desdén.

–¿Quería que yo lo encontrara? –pregunta, apretando los puños–. Lo dejó ahí para mí. ¿Quién soy yo, su puto chico de los recados?

Tressider baja la vista. Suelta una breve risotada al asimilar la imagen que presenta.

–No lo sé.

McAvoy vuelve a girarse hacia la ventana. Aprieta la cabeza contra el cristal frío.

–Hoy por la noche –dice, y su aliento empaña el cristal–. La siguió hasta el hotel.

Comprueba cómo Tressider asiente en el reflejo de la ventana.

–Leyó los mensajes del teléfono de su mujer.

Otro asentimiento.

–Pensó que iba a verse con otro hombre.

–Sí –contesta suavemente.

McAvoy se pasa la lengua por los labios, deja caer los párpados. De repente, se siente agotado.

–Estás acabado –dice Pharaoh tras él. Y aunque su comentario va dirigido al concejal, McAvoy es quien siente el aguijón de sus palabras.

En ese momento piensa en el amor. En la devoción ciega y total. En Roisin. Se pregunta cuánto estaría dispuesto él a perdonar. Cuánto sería capaz de tolerar. Cuánto tendría que sufrir para conseguir que ella lo quisiera y que nunca lo abandonase.

Se da media vuelta. Clava la mirada en Tressider.

–Ella le amaba de verdad –dice suavemente–. Hizo todas esas cosas para protegerle de la gente que podía descubrir que le había sido infiel. Quería que consiguiera todo lo que siempre había querido.

Pharaoh lo mira burlonamente, sorprendida por ese gesto repentino de compasión.

–Sí, claro –tercia ella con socarronería–. Tenía un puto corazón de oro.

McAvoy le sostiene la mirada a Tressider. Respira despacio y abre la puerta. Le hace un gesto de cabeza al agente uniformado del pasillo y se marcha dando grandes zancadas húmedas en dirección al vestíbulo. Baja las escaleras de dos en dos. Pasa como una exhalación por la recepción y sale a la tormenta tras los cristales.

–¡McAvoy!

No se da la vuelta, pero el sonido de las botas de Pharaoh sobre el linóleo es inconfundible. Ella lo retiene tomándolo del brazo.

–¿No quieres ser tú quien lo arreste?

McAvoy frunce los labios con una sonrisa distorsionada.

–No sé lo que quiero.

Pharaoh abre la boca. Se pasa la lengua por los labios, carnosos y redondos. Le pone una mano en el brazo y le da un apretón, sin dejar de mirarlo a los ojos.

–Has hecho un buen trabajo, Hector.

McAvoy aparta la mirada. Se encoge de hombros. Comienza a alejarse.

–¿Adónde vas?

Solo necesita una palabra para contestar.

–Roisin.

No la oye moverse. Puede imaginársela allí de pie, observando cómo se hace cada vez más pequeño.

Se pregunta cómo interpretará su respuesta.

Si sabrá que va derecho a su primera pelea con un gánster.

Capítulo 36

23:18 horas. Terrenos de juego de Anlaby.

Colin Ray está pegado a la pared de ladrillo húmedo de los vestuarios, oculto entre las sombras más negras que ha podido encontrar. Está calado hasta los huesos. El traje se le pega a su figura desgarbada y cada pocos segundos le recorre un escalofrío que provoca que caiga una pequeña cascada de la visera de la gorra de béisbol negra que le han prestado.

–¿Tenemos algo?

Shaz Archer habla entre dientes. Está tras él, mejor resguardada bajo la entrada de la edificación.

–Siguen hablando.

Los gitanos se han marchado. Las caravanas y los caballos, los muebles y los 4 x 4, todo ha desaparecido en algún momento hoy por la tarde. Si alguien los ha visto marcharse, prefiere no decir nada.

Ellos no son la razón de que los dos oficiales de policía se encuentren aquí. Han venido a por el hombre que hay sentado en el interior de un Lexus cercano, aparcado en una parcela de gravilla llena de baches y barrida por la lluvia a menos de cien metros de donde se encuentran ellos esperando, con la ropa empapada.

Ray está de un humor de perros. Ha corrido la noticia de que McAvoy y Pharaoh han capturado a una asesina que él ni sabía que andaban buscando. Existe la posibilidad de que la medalla que se cuelgue hoy no sea la más llamativa del día.

–Col, ¿estamos seguros de...?

Ray levanta una mano para silenciarla. Por la valla de madera asoma un coche que se aproxima y se detiene a menos de treinta metros del Lexus.

–Corren tiempos duros para los putos gánsteres –reflexiona Ray, entrecerrando los ojos para ver mejor, tratando de enfocar la silueta que se está bajando de un pequeño utilitario.

Siente a Archer a su lado, incapaz de quedarse callada.

–¿Ese no es...?

Ray asiente.

–McAvoy.

Lo observan en silencio mientras el corpulento escocés avanza a paso seguro por el aparcamiento hasta llegar al Lexus. Lo ven llamar al cristal tintado.

–Col, ¿qué está haciendo?

McAvoy se retira. Se quita el abrigo. Lo dobla y lo deposita en el techo del cochazo.

–Oh, Dios, a esto se refería...

De repente Ray se acuerda de las palabras de Alan Rourke. Lo que mencionó acerca de que Hamer exigía respeto. Sus intenciones de hacerle daño al madero que hirió a su ahijado.

–¿Está solo?

Ray no contesta. Permanece observando mientras las puertas del Lexus se abren. Ve cómo se bajan cuatro hombres.

–Tú ves mejor que yo –susurra, agarrando a Archer del bolsillo de su chaqueta vaquera empapada. La atrae hacia sí–. Cuéntame.

–Ronan –dice suavemente–. Hamer.

–Hostia puta.

Sin palabras, observan cómo McAvoy retrocede. Ven cómo una figura se adelanta al paso del cuarteto. Toma el mando.

Ray levanta la radio.

–¿Me recibís?

–Sí, señor.

–Aguantad posiciones.

A través del velo de la lluvia, la figura que ha tomado la delantera se convierte en Giuseppe Hamer. Se transforma en un tipo de mediana edad corpulento y fuerte con chaqueta y vaqueros.

Está hablando con McAvoy. Se inclina hacia delante. Están cara a cara. Ahora le clava un dedo en el pecho al otro hombre.

–Col, va a conseguir que lo maten…

Si Ray no se mueve de su sitio no es por malicia. Lo que le mantiene en la oscuridad sin actuar es el pragmatismo. Ve una oportunidad de realizar un arresto. Ve una distracción mucho mejor de lo que habría planeado nunca.

–Señor.

Baja la vista irritado y mira la radio que resuena en la oscuridad. Vuelve a levantar la cabeza.

–Dejadles jugar…

–Esta no es tu pelea, Hamer. ¡Te está mintiendo!

Lo grita lo bastante fuerte como para que Ronan lo oiga. Ve cómo el adolescente pelirrojo hace el signo de la victoria, flanqueado por dos matones con chaqueta de cuero.

–Te vamos a machacar, madero. A machacar.

McAvoy trata de no perder terreno cuando el otro hombre, de menor tamaño, se abalanza hacia delante lanzándole puñetazos rápidos y potentes a la cabeza. Los frena con los antebrazos, lanza un gancho y se aparta, esquivando los golpes de este tipo que lucha a pelo con rapidez y agilidad. Trata de hacer de esto un combate de boxeo. Algo vagamente noble. Recuerda sus combates en la universidad: cascos, protectores bucales, chalecos y pantalones cortos acolchados. Esa experiencia sirve de poca cosa en esta parcela de grava llena de baches, donde se enfrenta a un hombre cuyos vendajes en las manos están manchados de negro de la sangre que ha derramado en innumerables

combates como este.

–Acercaos, chicos, acercaos.

McAvoy no conoce al árbitro. Es un hombre bajo y menudo de mediana edad, con la cara casi oculta por el cuello de su abrigo de piel de borrego y la visera de su gorra. Les ha hecho un breve resumen de lo que se supone que son las normas y le ha advertido a Hamer que no se ande con las tonterías de siempre. Le ha preguntado a McAvoy si no tenía a nadie que lo apoyase y ha meneado la cabeza al oír la respuesta.

–Te voy a dejar sangrando, chaval –le desafía Hamer–. Vas a llamar llorando a tu mamá.

Las palabras de Hamer son amenazas susurradas, gruñidas suavemente mientras McAvoy trata de acorralarlo y retenerlo para comprobar su fuerza y mermar su energía.

–Te está mintiendo –le dice McAvoy a Hamer al oído, mientras una andanada de ganchos de izquierda le taladra las costillas–. Tu ahijado. Es un mentiroso. Ha vuelto todo esto en vuestra contra. Y ahora tú estás librando sus batallas...

Otro golpe lo trae a la realidad, este le ha dolido de verdad. Hace una mueca de dolor y Hamer se huele la victoria. Le lanza un derechazo que lo alcanza detrás de la oreja, seguido de un golpe en la barbilla propinado con la base de la mano.

A McAvoy se le nubla la vista. Oye un pitido agudo y luego interferencias.

Cae sobre una rodilla. Levanta una mano, intentando esquivar los golpes que le están cayendo encima.

El árbitro hace retroceder a Hamer antes de que este pueda propinarle una patada a su oponente caído. Aquí hay reglas. Un código. Nada de patadas. Nada de puñetazos cuando hay alguien en el suelo. Nada de mordiscos, a no ser que tu oponente esté intentando desgarrarte las amígdalas. Todo lo demás vale.

McAvoy se incorpora, grogui y desorientado. Unos brazos fuertes le lanzan otra lluvia de puñetazos. Levanta las manos. Recibe los golpes en los antebrazos. Trata de agarrar al otro hombre como si estuvieran contra las cuerdas de un ring.

Unos derechazos potentes le alcanzan las costillas. El aire se escapa de su cuerpo. Sus piernas se niegan a cooperar...

Colin Ray levanta la radio. Se prepara para dar la orden a su equipo de ponerse en marcha. McAvoy continúa de pie. Se niega a tirarse al suelo. Se niega a casi todo menos a ser un objetivo fácil.

–Pelea, puto escocés de mierda –rezonga Ray entre dientes–. Arráncale la cabeza.

Hamer retrocede, mirando a los demás hombres, como si no fuera capaz de entenderlo. Las miradas y los gestos de cabeza no dejan lugar a dudas. «Acaba con él.»

Vuelve a aproximarse con los brazos en tensión, preparándose para lanzarle un gancho en la parte inferior de la mandíbula desprotegida.

McAvoy lo ve venir. Ve los nudillos llenos de cortes y cicatrices ir derechos a machacarle el mentón.

Reacciona. Suelta un derechazo directo. Su puño se empotra contra la mandíbula de Hamer.

Es el gitano quien finalmente llora, un chillido agudo y afeminado, como el de un gato herido.

Y ahora McAvoy avanza. Se mueve como un boxeador, con los pies equilibrados y los puños en alto.

Le lanza un gancho de izquierda que le noquea la cabeza hacia atrás. Otro que es como una puñalada. Dispara un derechazo que le habría arrancado la cabeza a su oponente de no haberse detenido en el último instante...

–Vamos, hijo...

Ray observa con la boca abierta cómo McAvoy se lanza hacia delante y engancha a Hamer de la cintura. Atraviesa el aparcamiento con el otro hombre entre los brazos y lo empotra en el costado del Lexus con tanta fuerza como para combar las puertas.

–Ahora. Vamos, vamos, vamos...

Ray ya ha visto bastante. Ha disfrutado de cada puto segundo.

Mientras Ray y Archer atraviesan corriendo el aparcamiento ven cómo las otras tres figuras se abalanzan sobre McAvoy. Comienzan a propinarle codazos, puñetazos y rodillazos en sus anchas espaldas mientras un Hamer inconsciente se desliza hasta el suelo.

Ahora se oyen sirenas. Luces azules parpadeantes y los gritos de Colin Ray.

McAvoy se gira, agarra la cabeza más cercana y la estampa contra al coche. Luego le lanza un derechazo contundente a un cráneo resbaladizo y afeitado.

Caos.

Las dos figuras que continúan en pie se detienen en seco.

Entonces McAvoy cae sobre una rodilla. Y Ronan echa a correr.

–¿Estás bien, hijo? –brama Ray para hacerse oír con la lluvia, mientras se acerca al compañero caído. No dejan de salir agentes uniformados de los coches de policía a su alrededor. A su derecha, Shaz Archer le está poniendo las esposas a un tipo con la cabeza rapada y chaqueta de cuero que está tumbado medio inconsciente sobre un charco.

McAvoy lo mira con un ojo que ha empezado a hincharse.

–¿Señor?

Ray deja escapar una carcajada de alivio. Se aparta de él y releva a un agente uniformado que está esposando al otro grandullón con chaqueta de cuero. Giuseppe Hamer está siendo atendido por dos agentes. A lo lejos, dos policías con impermeables fluorescentes desaparecen en la oscuridad, en pos de la figura cada vez más vaga de Ronan.

McAvoy acepta la mano que le ofrecen. Se incorpora. Mira a su alrededor aún atontado. Es una imagen tranquilizadora ver a los hombres de uniforme y los villanos esposados.

–Señor, no estoy muy seguro...

Colin Ray vuelve a su lado.

–Hamer –dice, señalando con la cabeza al hombre tirado en el suelo que gime y se agarra las costillas–. Tenías razón, hijo. Alan Rourke lo delató. Nos dio el soplo de que vendría aquí esta noche a hacer negocios. Pensábamos que serían los vietnamitas...

–¿Señor?

–Su ahijado, Ronan. Está trabajando para los nuevos traficantes que han desplazado a los chinorris. Tiene su propia gente. Él es quien ha estado jodiéndonos las estadísticas criminales.

McAvoy se aprieta la cabeza con una mano, tratando de asimilarlo todo.

–¿Y estos dos? –pregunta, señalando a los otros hombres que los agentes están metiendo a pulso en la parte trasera de los coches patrulla.

–Son el músculo de la nueva banda. Los matones de Ronan. Tienen un bonito historial por robo de coches antes de que comenzaran a meter manos de señoras en ollas de aceite hirviendo.

–¿Fueron estos dos?

–Según Rourke, sí.

–¿Y va a testificar?

–No. Pero Hamer sí lo hará.

McAvoy frunce el ceño.

–¿Qué?

–Su ahijado Ronan. Ese mierdecilla está descontrolado. Hamer comprenderá que le conviene apartarlo de sus nuevos amigos.

McAvoy parece a punto de caer de rodillas. Recupera el equilibrio. Se seca el agua de la cara y hace una mueca de dolor al tocarse las facciones magulladas.

–No testificará, señor.

Ray sonríe y le pone una mano en la espalda.

–Tengo mis métodos, hijo. Hamer es un hombre orgulloso. No le gustará enterarse de lo que le han estado haciendo estos matones a su ahijado.

–¿El qué?

–Tiene mucho carácter, el bueno de Pepe. Y cuando descubra que sus nuevos socios han estado abusando de su chico de ojos azules...

McAvoy se queda mirando la cara de mala leche del veterano.

–¿Y ha sido así, señor?

–No estamos tratando con un genio, hijo. Estamos tratando con un hombre muy malo.

Se sostienen la mirada durante un rato. De pie bajo la lluvia, calados hasta los huesos. Con la sangre de McAvoy manchándoles las manos.

–He oído que habéis pillado a una asesina –dice Ray finalmente.

–Ha confesado, sí.

Durante un momento son solo ellos y la lluvia. Y el sonido de tres hombres volviendo en sí para encontrarse doloridos y esposados.

–¿De verdad viniste aquí a pelear? –pregunta Ray suavemente.

McAvoy se permite una vaga sonrisa.

–Esperaba poder hacerlo entrar en razón.

–¿Y no funcionó?

–Por lo visto no soy demasiado persuasivo.

Ray menea la cabeza. Sonríe. Mira a su alrededor y asiente con aprobación ante esa productiva noche de trabajo. Aunque le duele, echa a correr hasta Shaz Archer y finge que es McAvoy. Se echan a reír mientras él hace como que la agarra y la estampa contra el Lexus.

McAvoy está solo. Cierra los ojos y espera a que se le pase el mareo.

Levanta el rostro y deja que lo purifique la lluvia. Se sorbe la nariz con fuerza pero la única sangre que huele es la suya.

Finalmente se dirige hasta el Lexus y recupera su abrigo. Está completamente empapado pero se lo pone de todas formas. Saca el móvil del bolsillo y mira el mensaje en la pantalla.

Te queremos mucho. Bss.

Sostiene el teléfono en la mano durante un rato. Lo acaricia, como si fuera lo único que lo mantiene en pie.

Sonríe al darse cuenta de que, efectivamente, así es.

Agradecimientos

Muchas gracias al equipo de Quercus, que hace mejores mis libros. Ellos son Jon, Richard, Lucy y Ron.

Le expreso todo mi agradecimiento al superagente Oli Munson. Gracias por soportarme.

Y levanto mi copa por Rob L y por Babs, por no dejarme ser, en fin, como soy.

Y me gustaría darle una palmadita en el hombro a mi hijo, George, y hacerle alguna pedorreta en la barriga a mi hija, Elora. De veras, sin vosotros no soy nada.

Índice

Portadilla 4
Créditos 6
Dedicatoria 7
Citas 8
LA OTRA PIEL 9
Prólogo 10
Capítulo 1 14
Capítulo 2 23
Capítulo 3 33
Capítulo 4 38
Capítulo 5 49
Capítulo 6 53
Capítulo 7 60
Capítulo 8 66
Capítulo 9 72
Capítulo 10 78
Capítulo 11 89
Capítulo 12 100
Capítulo 13 107
Capítulo 14 112
Capítulo 15 120
Capítulo 16 132
Capítulo 17 140
Capítulo 18 150
Capítulo 19 160
Capítulo 20 165
Capítulo 21 179
Capítulo 22 186
Capítulo 23 197
Capítulo 24 210
Capítulo 25 215
Capítulo 26 224

Capítulo 27 235
Capítulo 28 242
Capítulo 29 252
Capítulo 30 262
Capítulo 31 271
Capítulo 32 279
Capítulo 33 285
Capítulo 34 290
Capítulo 35 294
Capítulo 36 299
Agradecimientos 305